
	Página
Prólogo	07
Ganadores por categoría	09
Jurado	19
Categoría 1. Cuento corto	23
1.1 Preparatoria	23
1.1.1 La guerra de las letras	23
1.1.2 El pétalo de cerezo errante	27
1.1.3 Una melodía de despedida	33
1.2 Profesional	36
1.2.1 Batallas en la ladera	36
1.2.2 Cortando leña	41
1.2.3 Perdido en Villa Perdedor	44
1.3 Posgrado, egresados, profesores y empleados en general ...	49
1.3.1 Soledades que se encuentran	49
1.3.2 Hoy destruiría el mundo	52
1.3.3 El trabajo más sencillo del mundo	57
Categoría 2. Cuento Largo	65
2.1 Preparatoria	65
2.1.1 Se busca	65
2.1.2 Marea alta	80
2.1.3 Fabi	97

2.2 Profesional	108
2.2.1 El criogen de Woodstock	108
2.2.2 Ahí estaba de nuevo	129
2.2.3 Multitasking	138
2.3 Posgrado, egresados, profesores y empleados en general	145
2.3.1 La peculiar y heroica muerte de Bill Parsons	145
2.3.2 Chabelita está llorando	151
2.3.3 MAIA	158
Categoría 3. Dramaturgia	165
3.1 Preparatoria	165
3.1.1 Presencias de una muerte	165
3.1.2 Ody	198
3.1.3 La voz del silencio	210
3.2 Profesional	221
3.2.1 Arrebato de inocencia	221
3.2.2 Alien	238
3.2.3 El godinato	257
3.3 Posgrado, egresados, profesores y empleados en general	267
3.3.1 Caperucitas	267
3.3.2 Historias de ¿amor?	282
3.3.3 Armadura	311

Categoría 4. Poesía	321
4.1 Preparatoria	321
4.1.1 Tragedias fantásticas, comedias honestas	321
4.1.2 Pasado, presente y futuro	333
4.1.3 Sentimientos sin sentido	338
4.2 Profesional	342
4.2.1 El agua no hierve	342
4.2.2 Espectrogramas de la espontaneidad	345
4.2.3 En el seno de Perséfone	364
4.3 Posgrado, egresados, profesores y empleados en general	368
4.3.1 Basho pisa la luz de los relámpagos: su linterna ...	368
4.3.2 Si te llega este baúl, papá	372
4.3.3 El nudo de mis palabras	379
Aviso legal	384

Prólogo

Querido participante, hoy quiero felicitarte porque no solamente has decidido concursar en este festival literario, sino que has vencido una de las inquietudes más comunes entre los que soñamos con ser escritores: vencer el miedo a la hoja en blanco. El mundo de las letras es maravilloso; un escaparate, una dimensión paralela en donde poseemos total libertad creativa. No cabe duda de que a lo largo de nuestras vidas nos surgen ideas brillantes que merecen ser contadas, pero si no están plasmadas en papel pronto la memoria terminará por olvidarlas.

Gracias por deshacerte de los prejuicios y escribir esas líneas que, aunque no todo el mundo las entienda, son especiales para ti. Celebro tu constancia, tu disciplina y tu esfuerzo. Todos podemos empezar un escrito, pero pocos lo terminamos.

A pesar de que, como jueces, se nos invita a emitir una opinión ante sus obras, quiero que sepas que la escritura es muy personal. Considero que no existen textos pobres mientras encuentren unos ojos que se conmuevan al leer sus palabras... a reír... a soñar. Te invito a seguir escribiendo, a pulir el talento que ya existe dentro de ti.

Gracias por permitirnos leerte, fue un placer.

Daniela Richer



Categoría 1. Cuento corto

Preparatoria

La guerra de las letras

Euken Bizcargüenaga García Zapico

Primer lugar

Campus Cuernavaca

El pétalo de cerezo errante

Emma Córdova Oropeza

Segundo lugar

Prepa Tec Monterrey

Una melodía de despedida

Keila Reyes Rivera

Tercer lugar

Campus Tampico

Profesional

Batallas en la ladera

Juan Francisco Carrillo Perales

Primer lugar

Campus Monterrey

Cortando leña

Jesús Antonio Martínez Quiroz

Segundo lugar

Campus Laguna

Perdido en Villa Perdedor

José Mario Flores Beltrán

Tercer lugar

Campus Sinaloa

Posgrado, egresados, profesores y empleados en general

Soledades que se encuentran

Elizabeth Carranza Zaragoza

Primer lugar

Campus Guadalajara

Hoy destruiría el mundo

Mónica Olympia Ceballos Martínez

Segundo lugar

Campus Monterrey

El trabajo más sencillo del mundo

Bernardo Jesé Avendaño Arredondo

Tercer lugar

Prepa Tec Monterrey

Categoría 2. Cuento largo

Preparatoria

Se busca

Paola Elizabeth Espinoza Olivo

Primer lugar

Campus Estado de México

Marea alta

Gabriela Carolina Torres Quesada

Segundo lugar

Campus Ciudad Juárez

Fabi

Ximena Arrambide Flores

Tercer lugar

Prepa Tec Monterrey

Profesional

El Criogen de Woodstock

Zayd Rogelio Solís Cortés

Primer lugar

Campus Estado de México

Ahí estaba de nuevo

Alec Talamas Tanner

Segundo lugar

Campus Guadalajara

Multitasking

Jesús Antonio Martínez Quiroz

Tercer lugar

Campus Laguna

Posgrado, egresados, profesores y empleados en general

La peculiar y heroica muerte de Bill Parsons

Ricardo Daniel Barba Magdaleno

Primer lugar

Campus Monterrey

Chabelita está llorando

Francisco José Rodríguez Puente González

Segundo lugar

Campus Ciudad Obregón

MAIA

Marcos Emilio Bustos Flores

Tercer lugar

Campus Estado de México

Categoría 3. Dramaturgia**Preparatoria**

Presencias de una muerte

Iliana Martínez de Alba

Primer lugar

Campus León

Ody

André Borda Ramos

Segundo lugar

Prepa Tec Monterrey

La voz del silencio

Julián Arturo Estrada Martínez

Tercer lugar

Campus Estado de México

Profesional

Arrebato de inocencia

Juan José Maya Godínez

Primer lugar

Campus Morelia

Alien

Juvenio Vargas Suárez

Segundo lugar

Campus Monterrey

El godinato

Servio Tulio Reyes Castillo

Tercer lugar

Campus Estado de México

Posgrado, egresados, profesores y empleados en general

Caperucitas

Mónica Viridiana Perea Rosas

Primer lugar

Campus Estado de México

Historias de ¿amor?

René Maximiliano Reyes García

Segundo lugar

Campus Cuernavaca

Armadura

Jaime de Jesús Castro Gerardo

Tercer lugar

Campus Guadalajara

Categoría 4. Poesía

Preparatoria

Tragedias fantásticas, comedias honestas

Sebastián Rigel Robledo Uribe

Primer lugar

Campus Estado de México

Pasado, presente y futuro

Mónica Sagastegui Roel

Segundo lugar

Prepa Tec Monterrey

Sentimientos sin sentido

Michelle Sánchez Armas González

Tercer lugar

Campus Morelia

Profesional

El agua no hierve

Teresa Rivera Flores

Primer lugar

Campus Querétaro

Espectrogramas de la espontaneidad

Roger Eduardo Vázquez Tuz

Segundo lugar

Campus Monterrey

En el seno de Perséfone

Ximena Martínez Aranda

Tercer lugar

Campus Estado de México

**Posgrado, egresados, profesores y empleados en
general**

Basho pisa la luz de los relámpagos: su linterna

Afhit Hernández Villalba

Primer lugar

Campus Cuernavaca

Si te llega este baúl, papá

Fernando Moisés Ávila Ortega

Segundo lugar

Campus Aguascalientes

El nudo de mis palabras

María Cristina Gutiérrez Martínez

Tercer lugar

Campus Central de Veracruz

Jurado

Daniela Richer Figueroa

Guionista con especialidad en series de ficción y largometrajes. Participó en la adaptación de la película animada *Over the Hedge* y en las cápsulas televisivas *Goleo* y *Pille*. Creadora de las series *Morir en martes* (temporadas 1 y 2), *#HoySoyNadie* y *Cuenta pendiente*. Guionista para la serie *Descontrol*. Dialoguista de la serie *El dragón*, basada en los escritos de Arturo Pérez Reverte. Autora de la novela *El dolor de la cigüeña*.

Concepción León Mora

Actriz, dramaturga y directora. Nació en Mérida, Yucatán, donde fundó la compañía de teatro Sa'as Tun. Es miembro del Sistema Nacional de Creadores del Arte, CONACULTA-FONCA. Es columnista del periódico *Milenio Yucatán* e investigadora de la Secretaría de la Cultura y las Artes de Yucatán. Es autora de más de sesenta obras de teatro. Imparte talleres de dramaturgia, biodrama, teatro ritual y testimonial.

Humberto Beck

Es historiador, ensayista y editor. Ha trabajado como editor en línea de *Letras Libres*. Fue fundador y codirector editorial de *Horizontal*. Es autor de *Gabriel Zaid: lectura y conversación* y *Otra modernidad es posible. El pensamiento de Iván Illich* y coeditor, con Rafael Lemus, de *El futuro es hoy. Ideas radicales para México*. Su libro más reciente es *The Moment of Rupture: Historical Consciousness in Interwar German Thought*.

Roberto Cruz Arzabal

Posdoctorante en el programa de Maestría y Doctorado en Letras Modernas de la Universidad Iberoamericana, donde es profesor. Fue docente de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM (2012-2019). Editor del volumen *Aquí se esconde un paréntesis: lecturas críticas a la obra de Cristina Rivera Garza*. Coeditor de *Historia de la literatura en México. Hacia un nuevo siglo* (1968-2012). Integrante del Laboratorio de Literaturas Extendidas y Otras Materialidades.

Gabriel Wolfson

Profesor del Departamento de Letras de la UDLAP. Ha publicado los libros de narrativa *Ballenas*, *Los restos del banquete*, *Be y pies*, *Profesores* y *Lo que sea un nido, nadie lo racione. Historias de fuga*. Fue reseñista de la revista *Crítica* más de diez años. Como crítico, ha colaborado en otros medios culturales del país. Es editor del sello Cabezaprusia.

Jorge Comensal

Es autor de la novela *Las mutaciones* y el libro de ensayos *Yónquis de las letras*. Fue coeditor de la antología *Entre frondosos árboles plantada*. Es consejero ambiental de la revista *Este País* y miembro del consejo editorial de la *Revista de la Universidad de México*, donde fue editor. Colabora regularmente en medios nacionales, como *Nexos* y *Letras Libres*. Fue becario de la Fundación para las Letras Mexicanas y del FONCA.

Fernanda Melchor

Es autora de las novelas *Temporada de huracanes* y *Falsa liebre*, también del libro de crónicas *Aquí no es Miami*. Por su trabajo, ha recibido reconocimientos de literatura y periodismo en México y el mundo, como el Premio Anna Seghers 2019, el Premio Internacional

de Literatura de Alemania 2019 y el Premio PEN a la Excelencia Literaria 2018. Actualmente es miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte.



Categoría 1. Cuento corto

1.1 Preparatoria

1.1.1 *La guerra de las letras*

Euken Bizcargüenaga García Zapico

Una batalla despiadada en la que los débiles son perseguidos y torturados intensamente hasta que se pierden y olvidan. En esta guerra no hay inocentes. Todos nacen para ser usados por la guerra. La única salvación en tiempos de guerra es la intervención divina, pero por desgracia, el dios de este mundo dejó a su merced a las palabras. Este dios se llamaba Diccionario y era el gran y poderoso creador de todas las palabras.

Según la iglesia alfabética nadie puede ser olvidado en ese mundo porque si eso sucede, el gran y poderoso Diccionario te recibirá en sus páginas de oro. Entre sus brazos encontrarás a toda tu familia de palabras, vivirás pacíficamente y sin envidias porque para Él, todas son importantes.

Había dos bandos en esta guerra: el de las B y las V. Ambas fuertes letras con un gran deseo de ser las más usadas. Y esa fue la razón de su conflicto, el intento de predominar en el lenguaje. Las B querían deshacerse a las V y viceversa; las V querían reemplazar a las B.

El problema iba más allá de la simple búsqueda de la notoriedad, se trataba de un grave problema familiar porque los comandantes de la B y de la V eran hermanos gemelos, homófonos para ser precisos.

Tuvo y Tubo, increíblemente listos y experimentados.

Ambos nacieron juntos en el territorio de las T, pero se separaron debido a sus padres. La madre se llevó a Tuvo y el padre a Tubo. La razón del divorcio fue la misma que ahora: la letra dominante.

Tras varios meses, la batalla había provocado un caos. Los estragos en ambos lados provocaron la formación de oraciones sin sentido, con los cuerpos de las palabras dañadas.

Vestido Hecho De Venado

Vestido, Hecho, De y Venado fueron algunos de los caídos que formaron una oración con sus cuerpos y por alguna extraña razón estaban desmembrados...

Ambos bandos, ya vencidos por el agotamiento, tomaron una decisión. El comandante Tubo optó por atacar al enemigo con groserías, una armada de psicópatas nacidos para insultar, molestar y agredir.

Empezaron por ofender a las V, causando que las tropas perdieran bastante prioridad, pero lo que ignoraban las B era que, al igual que Tubo, su hermano había liberado también un arma; o más bien un monstruo, una bestia sin educación ni enseñanzas de lo correcto e incorrecto. El Comeletras, dos piernas largas, dos brazos con garras al final de ellos, ¡una cara! Y lo más temible de esta, una boca por donde introducía las palabras y las torturaba con un látigo gigante y baboso para luego escupirlas. Sin duda, el Comeletras era una bestia impredecible y peligrosa.

Las V estaban a punto de perder la prioridad gracias a las groserías, pero pudieron sostenerse por dos días más en la última trinchera esperando los refuerzos. Eso fue lo que esperaban, pero lo que llegó fue el Comeletras encadenado, acompañado de 20 palabras.

Soltaron al monstruo. Este corrió a las trincheras con gran un gran salto que hizo temblar el suelo. Con sus garras arrasó con los soldados de aquellas trincheras. Las groserías vieron aquel gigante y se retiraron del miedo. Los sobrevivientes fueron devorados. Las B, que aún no habían salido del miedo viendo a sus compañeros en

la boca de aquel engendro izaron una bandera blanca, pero eso no importó porque también se los comió.

Ante los ojos de las V eso había sido un acto excesivamente cruel y en su intento por detener al Comeletras, generaron sin querer más muertes. La fiera al sentirse amenazada comenzó a escupir varias palabras. Salieron de su horripilante boca: aiga (haya), juiste (fuiste), ira (mira), entons (entonces), oi (oye), nomás (nada más) y picca (pizza).

El ataque feroz y fuera de control del monstruo impidió a ambos bandos seguir luchando. El temor de terminar devorados en las fauces de la bestia dio fin a sus deseos de seguir enfrentándose. Habían peleado suficiente.

Esta paz en el frente no fue autorizada por ninguno de los comandantes, esto incitó a ordenar la exterminación inmediata del bando opuesto y aquellos que desertaran serían juzgados por la Real Academia de la Lengua Española. Esto pudo haber sido la causa del reinicio de la guerra, pero sucedió lo contrario. Abanderados de cada tropa, agitaron sorprendentemente al mismo tiempo una bandera blanca. Los alféreces cruzaron sin temor el campo de batalla y se encontraron palabra con palabra. Un apretón de manos demostró lo que los soldados querían. Y así se hizo la paz.

Tubo y Tuvo querían seguir peleando. Bien sabían que sus soldados ya no pelearían, por eso, los gemelos decidieron adentrarse al campo de batalla y con sus propias manos reactivar la guerra.

Una vez frente a frente, algo inesperado sucedió. Mientras se acercaban a sus respectivas centrales se escucharon gritos muy extraños. Tubo se percato de esto y en vez de ir a la central fue directo hacia las trincheras. Mientras tanto, Tuvo en el cuartel, esperó a que el coronel Vigilar le informara de la situación.

Tubo en las barracas encontró cuerpos sin vida, cuerpos más grandes de lo normal que por alguna extraña razón tenían una S al final. Eso no tenía sentido ya que ninguno de sus soldados tenía antecedentes S. El comandante siguió indagando a lo largo de varios

metros cuando un siseo llamó su atención. Alterado, apretó el paso en dirección al sonido y al cabo de cinco minutos una advertencia lo puso en alerta. “¡Ahhh! Ayuda, ¡está loco!”

Una palabra sentada en posición fetal había emitido el aviso. Tubo se acercó lentamente y tocando el hombro del soldado preguntó si estaba bien. En ese preciso momento la palabra se levantó y enfurecida empezó a perseguir al comandante. Tubo sin dudarlo ni un segundo corrió a toda velocidad sin dirección. No alcanzó a ver quién era esa palabra, si era V o B pero sí notó una S al final de ella.

Mientras tanto, Tuvo entró a la central y no vio a nadie. El lugar había sido abandonado. El comandante decidió investigar y se acercó a la radio. Transmisiones cercanas se escuchaban deformadas. De repente, una palabra llegó por atrás de Tuvo y comenzó a golpearlo. Se trataba de un vocablo enorme de 10 letras.

Tras segundos, Tuvo se recuperó de la sorpresa y pateó a su atacante. A metros de él pudo reconocer al comandante Vigilar que ahora contagiado por una rara deformación se había convertido en “Vigilastes”.

“Eres un traidor troglodita que no sigue las reglas gramaticales”, fueron las palabras que Tuvo dijo para deshacerse de Vigilastes.

En la radio la señal se aclaró. En la transmisión se escuchó el siguiente comunicado: “Aquí coronel Sabio llamando al comandante Supremo; aquí coronel Sabio llamando al comandante Supremo: hemos cumplido la misión de contagiar a las B y V con el virus S. Repito, misión cumplida”.

La ira transformó el rostro de Tuvo al enterarse que las S se habían entrometido en su guerra. Se avergonzó de su ineptitud y de su afán por continuar con la guerra. Lamentó el no haber podido salvar a sus tropas, incluso las de su hermano.

Se sentó en la silla y empezó a llorar repitiéndose “Voy a matar a las S”.

Tubo, su hermano gemelo, llegó justo al momento de la transmisión. La radio seguía repitiendo “misión cumplida...”

“Hermano...”, dijo Tubo colocándole una mano sobre el hombro. “Sé que yo fui el que te envió con papá y que él te abandonó. Aunque hayas matado a mamá para vengarte de mí, creo que por primera vez tenemos el mismo propósito”.

Tubo se puso de pie, vio a los ojos a Tubo y le ofreció la mano extendida. Los hermanos pactaron la paz y así como muchas veces sucede con los gemelos, sin decir palabra, conectaron sus mentes y corazones para vengarse de las S y de todas sus alianzas.



1.1.2 El pétalo de cerezo errante

Emma Córdova Oropeza

Aquella primavera, los cerezos habían florecido antes de tiempo. Los pétalos caían por todos lados: en la carretera, la acera, los lagos, el césped, las terrazas y las entradas de las casas. Las señoras, con sus largas faldas opacas y sus holgadas blusas de color pálido, barrían con calma cada uno de ellos; como la suave marea del mar atrae de nuevo a su cuerpo el brillo etéreo de la arena. Sentado en una banca de madera, él contemplaba impasible los árboles de cerezo y la niña lo contemplaba a él sin moverse un ápice.

—Debe de ser triste— dijo ella volteando hacia los pétalos en el suelo. Él no contestó.

—Debe de ser triste para los pétalos tener que separarse de los demás— el hombre siguió sin decir una palabra.

—Tengo hambre- dijo ella de repente después de un largo silencio —¿Te parece si comemos una crepa? Conozco un lugar cerca de la estación de Shibuya.

El hombre se mantuvo callado por unos segundos.

—No suena mal— fue su única respuesta.

Como era primavera el clima era agradable y apacible. La niña vestía una falda rosada a rayas blancas que le llegaba a las rodillas, una blusa blanca y un jersey color amarillo. Tenía el pelo recogido en dos coletas y el flequillo cubría gran parte de su frente.

—¿Por qué siempre vistes tan raro? — preguntó ella al hombre mirando sus zapatos —Ha de ser incómodo caminar con esos zapatos de monje.

El hombre vestía un *yukata* azul marino y unos zapatos *geta* de madera de roble. Los zapatos hacían un sonido hueco con cada paso que el hombre daba, aunque de cierta manera, el sonido constante y pasivo de los zapatos tranquilizaba a la niña. La acera por donde caminaban estaba cerca de la zona concurrida en Shibuya, que por ser hora pico los oficinistas que salían de sus trabajos y los estudiantes regresando del instituto llenaban los cruces peatonales y las estaciones de autobús. Caminar entre tanta gente con esos zapatos debe ser difícil, pensó la niña.

—No me has dicho tu nombre— dijo el hombre de repente.

La niña sonrió de oreja a oreja.

—Mi nombre no importa. De todas maneras, pronto nos olvidaremos, como los pétalos olvidan el botón en donde nacieron y el botón olvida a donde han volado sus engendros.

Mientras caminaban, el hombre miraba atentamente la sombra de la niña y ella caminaba dando saltitos cortos.

—Sabes— dijo ella para hacer conversación —mi padre solía usar zapatos *getas* también. Se quejaba constantemente de lo

incómodos que eran y mi madre le reprochaba el sonido molesto que hacían. Pero vivíamos como una familia en un templo, así que no nos quedaba otra que acostumbrarnos.

El hombre la escuchaba atentamente sin decir una palabra.

—Una vez que papá murió y mamá también, ya no hubo quejas sobre los zapatos.

—¿Ah sí? — dijo el hombre con sutileza.

La niña no dijo una palabra más hasta que llegaron al local de crepas y ella compró una de su preferencia. Se la comió en silencio y una vez hubo terminado siguió caminando. El hombre no sabía a dónde se dirigían, pero no dijo una palabra. La niña siguió avanzando a paso seguro por casi dos horas.

—Luego llegó el Señor Viejo— afirmó ella —el hombre vestía igual que tú, solo que en color gris y era muy alegre. Después llegó el Niño Zorro, que portaba también un *yukata* como el tuyo, pero en rojo y una máscara de madera en forma de zorro; era muy hermoso y me gustaba.

El paisaje ya no era la ajetreada ciudad que hace unas horas los rodeaba, sino un área rural llena de árboles color verde oscuro y cerezos. La niña dio vuelta en una esquina y al seguirla, el hombre avistó un templo a poco más de sesenta metros.

—Ahí nací yo— dijo ella apresurando el paso —la madera del templo siempre conservaba nuestros cuartos frescos y cuando el Niño Zorro jugaba conmigo, nunca sudábamos. El Señor Viejo siempre nos preparaba té helado de todos modos.

Pronto llegaron a la entrada del templo. Al pasar por la entrada, el hombre se dio cuenta de que la propiedad estaba en un estado de total abandono. La única fachada decente era el templo que aún conservaba un poco de color y no parecía a punto de caerse, a diferencia de cualquier otra cosa en aquel complejo sintoísta.

—¿Están en casa el Niño Zorro y el Señor Viejo? — preguntó el hombre con calma.

—Se marcharon ya hace mucho. Salieron a caminar y nunca volvieron. Después de tanto tiempo, creo han de haber llegado ya a Hokkaido, al otro lado del país.

La niña se encaminó a la parte trasera del templo, en donde ambos se encontraron con un vasto campo con césped sin cortar y lápidas engullidas en las salvajes garras de aquel pasto delgado. El sol se había puesto, el cielo había adquirido un color naranja vibrante y rosa en gradiente; el hombre seguía observando la sombra de la niña. La niña caminó a una de las lápidas y se recargó en ella.

—Un sabio una vez dijo que solo la mano que borra, puede escribir la verdad. Hubo silencio.

—Dime— continuó ella —si borrara mi sombra, entonces... ¿podría escribir a mi yo de verdad? El hombre miró la sombra de la niña o, mejor dicho, miró el lugar en donde se supone debía estar su pequeña sombra.

—La gente le teme al olvido— dijo ella nuevamente —le teme a la muerte instintivamente. La niña se arrodilló ante la lápida en la que se había recargado.

—Muchos dicen que no pueden confiar ni en su propia sombra— la niña dijo.

—En cambio— comentó el hombre imperturbable —tú ya no posees sombra.

—Es cierto. Ya no hay nadie que cuide mi espalda ni nadie que me traicione. Me he olvidado del sentimiento de acompañamiento y posiblemente también, ella se haya olvidado de aquella niña a la que debía seguir— hizo una pausa antes de continuar—Se ha olvidado de mí, así como yo de ella. Posiblemente mi sombra, errante desde hace mucho, llegó ya a Hokkaido.

El hombre seguía estático, escuchando cada palabra que la niña tenía que decir.

—Perdí mi sombra hace mucho— dijo ella —pero siempre que pierdes algo, otra cosa llega por ley. Llegaron a mí muchas personas: personas amables, personas perdidas, todas eternas errantes que deben haber llegado ya a Hokkaido.

—Hokkaido parece gustarte— observó el hombre.

—Antes de morir— dijo pausadamente la niña sin nombre —mis padres me dijeron que nos veríamos en Hokkaido algún día. El Niño Zorro y el Señor Viejo dijeron lo mismo antes de que me olvidaran.

—¿Olvidaran? — preguntó el hombre intrigado.

—No hay motivo de sorpresa. La gente olvida con facilidad; su percepción de la realidad es muy vaga, etérea, como el brillo de la arena. Es difícil que la gente se aferre a algo fuertemente y cuanto más se aferra a algo, más fácil es perderlo. La vida es más pesada si es vacía. Por eso, olvidar, está de más.

El viento corría, moviendo el pelo de la niña y agitando el *yukata* del hombre.

—Sin embargo— continuó la pequeña —debemos recordar que no siempre será nuestra culpa; el olvido es incomprensible pero constante. No debemos culparnos por algo que no podemos controlar. Si tiene solución no hay razón para llorar y si no la tiene tampoco la hay. Me olvidarás; no habrá rastro de mí en tu mente o conciencia y me desvaneceré como la nieve de Hokkaido en primavera o como el Niño Zorro y el Señor Viejo lo hicieron.

De repente el hombre se comenzó a preguntar, qué hacía en un templo abandonado.

—Mi trabajo es guiar y ser olvidada. Cuando haces algo mal, la gente lo recuerda y cuando haces algo bien la gente tiende a olvidar.

Dan por sentado muchas cosas. Mi trabajo es guiarte.

El hombre, extrañado, comenzó a caminar hacia la salida trasera del templo.

—La salida del alma— comentó ella —te llevará a Hokkaido.

El hombre no dijo una sola palabra mientras caminaba. En el trayecto, atravesó una lápida bien erigida en el suelo, como si esta careciera de forma física. O tal vez, fuera al revés.

—Salúdamelos si los ves por allá— dijo la niña —se pone solitario por aquí de vez en vez.

—¿A quiénes?

—Las demás almas de las que te hablé: el hermoso niño con máscara de zorro y el amable anciano con una eterna sonrisa. Para el invierno ya habrás llegado allá.

Antes de atravesar la salida, el hombre volteó a ver a la niña con una mirada de soslayo.

—¿A dónde?

La niña soltó una risilla y contestó de manera alegre.

—¿A dónde más tontillo? Al alma de Hokkaido.



1.1.3 *Una melodía de despedida*

Keila Reyes Rivera

Donde el amor se aspira, y la música tiene color. ¿Qué es un color? Mina había nacido ciega, sus pupilas distinguen la nada. ¿Cómo explicarle a alguien la forma de una manzana si nunca la ha visto? ¿Cómo describir un atardecer a quien nunca ha visto el cielo? Pero lo que a Mina la resalta de las demás personas, es su habilidad para crear música. En un mundo donde los instrumentos emiten luz al ritmo de la melodía, una orquesta es un increíble espectáculo. A compañía de Syrio, un habilidoso violinista, y ella pianista, sus obras eran algo que todas las personas ansiaban ver.

Pero la felicidad nunca dura para siempre, la guerra se acercaba. El país vecino nunca estuvo en armonía con el de nuestros protagonistas. Los bombardeos y disparos eran cosa de todos los días. La creación de un arma fulminante era la respuesta para terminar esta situación de una vez por todas. Tras varias investigaciones, los científicos llegaron a la conclusión de una emisión de sonido letal para sus enemigos.

Como consecuencia, Mina y Syrio fueron encomendados por el ejército para la creación de una melodía mortífera. ¿Cómo 2 chicos de 17 años podrían causar una gran devastación? Mina se negó. Su sueño era crear música para la felicidad de las personas. ¿Por qué ahora tenía que usarla para matar? No quería verse como una asesina. ¿Quién iba a amar alguien ciega y de paso asesina? Ante el abandono de sus padres por su condición y el rechazo de las personas, lo único que siempre ha buscado es sentirse querida.

Ante la mirada de terror de ella, antes de comenzar la verdadera batalla, Syrio supo lo que estaba pensando, había pasado casi toda su vida a su lado. Tomó su mano.

—Si yo te digo que te voy a querer para siempre, ¿me crees?

Las palabras de Syrio retumbaron en la cabeza de Mina. Él siempre ha estado con ella, inclusive en esos momentos.

—Más que una pareja de músicos, seremos una pareja de asesinos— dijo él con una divertida mueca en su cara— eso no se ve todos los días.

—Creo que tienes razón, yo no lo veo— dijo Mina con una sonrisa en su cara ante la ironía de su compañero.

El día del juicio llegó, junto con la melodía letal. Syrio y Mina se preparaban con trajes especiales para ser protegidos de las ondas mortíferas. Se dirigieron a una cabina con sus instrumentos, la cual conectaba con una antena que emitiría la canción. Syrio volvió a tomar la mano de Mina, la cual temblaba como una hoja ante el viento. Ante eso ella pudo estar tranquila y seguir adelante.

Con la afinación y nivel de sonido adecuado, iniciaron su encomienda. Viéndolo de un lado positivo, la guerra por fin terminaría. El trato fue atacar directamente al gobierno enemigo, sin lastimar a las personas inocentes. La dictadura y opresión por fin terminaría.

Con todo listo, inicia la ejecución.

A medida que se iba reproduciendo la canción, la intensidad aumentaba. Muerte y destrucción los rodeaba en ese preciso momento, los dos habían pasado de ser unos simples mortales con un fin noble, a convertirse en ángeles de la muerte sin piedad alguna. Pero, ¿cómo no serlo cuando se esperaba tanto de ellos por parte del gobierno? Debían defender los intereses de ellos, debían terminar por fin una guerra que estaba agotando los recursos de ambos países. La brutalidad del suceso no hacía sentir cómodo a ninguno de los dos, ya que, así como Syrio prefería cubrir sus ojos para no ver los efectos de una onda sonora con tal exceso de decibeles sobre el cuerpo humano, Mina intentaba apagar sus tan sensibles sentidos para no tener que oler y oír todo lo que en ese

momento la atormentaba. Ante tal espectáculo mortal, se podía suponer que los trajes con los que contaban no iban a soportar tal exposición prolongada a las ondas, sobre todo si tomamos en cuenta que, por seguridad, estos nunca fueron expuestos a ellas.

La señal de que ya no había más vida en el área afectada se hizo presente, lamentablemente, también habría algunas pérdidas en el interior de esa cabina. El ambiente era distinto, el terreno había sido dañado superficialmente debido a las fuertes vibraciones producidas por el sonido, para Syrio, un solo color era el que inundaba todo el lugar, mientras que, para Mina, un solo sonido lo hacía...la nada, el silencio absoluto...calma, tanta calma que casi podía sentir las almas de los fallecidos yendo a donde sea que lo hicieran. Ella tardó en darse cuenta de que sus oídos estaban destrozados, lo que resulta increíble debido al dolor que los mismos debían de producirle. Syrio, en cambio (y como se mencionó hace unos momentos), solo podía percibir un color, y este era la oscuridad, sus ojos habían cedido, y ahora no eran más que restos de lo que en algún momento fueron.

Entre tropezones y un último aliento de vida, Mina siente como sus labios son rozados, mientras una lágrima recorre su mejilla. En un mundo donde la música tiene color y los besos saben a despedida.



1.2 Profesional

1.2.1 Batallas en la ladera

Juan Francisco Carrillo Perales

Recupero mi aliento, tenso mi cuerpo a la espera de otro impacto. Escucho el crescendo coordinado de lanzas impactando contra madera, y luego, el ensayado clamor de metales que chocan. Tambores tocan a lo lejos, con ese mismo ritmo ambos lados escuchan los gruñidos de hombres que caen; ilusos que, como nosotros, luchan por lo que creen hasta las últimas consecuencias.

La brisa nocturna refresca las partes expuestas de mi piel, recordándome que el gambesón y la cota que llevo no protegen todo mi cuerpo, y si no fuera por mi escudo, estaría completamente abierto. Esperamos romper las filas enemigas pronto, la ladera que protegemos tiene solo un punto débil, la lluvia que llega cada noche en esta estación. Esta última idea me estremece al pensar en lo que pasaría si repentinamente lloviera, hasta que un hacha me devuelve del mundo de mis pensamientos al dar contra mi escudo. El brillo de las antorchas altas se refleja en la afilada hoja, a unos centímetros de mí; formulo una respuesta y el hacha pierde su dueño, pero se queda clavada en el trozo de madera tratada que cargo.

El cuerpo de mi escudo está debilitado al punto de que el golpe de otra hacha me dejaría expuesto a los lanceros. Puedo ver en la madera una polilla sobriamente pintada, ahora con una grieta que parte una de sus alas; si volteara detrás de mí vería estandartes con versiones superiores, hechas por una mujer de arte, y si volteara a los lados vería hombres con el mismo blasón, una idea, una convicción.

El ruido de los tambores se acerca a lo lejos, mis enemigos parecen blandir al ritmo en que tocan; incrementando sus fuerzas conforme sube el volumen. Veo un destello y, en contra-ritmo, desvío un hacha que se acercaba peligrosamente. Un gruñido humano. Un lancero a mi izquierda deja al villano desgarrado, y yo dejo caer mi maza contra el siguiente enemigo.

En la cima de la colina, nuestra gente se esconde; una muralla de piedra los defiende contra los invasores. Flechas vuelan desde la escalinata de la muralla, las veo penetrar muy dentro del lado enemigo; mi hijo está sirviendo con ellos, preparando ballestas y arcos; mi hija y mi esposa se refugian con los otros. Si no ahuyentamos a los ofensores, no habrá más que un castillo cerrado donde la gente muere de hambre. Esquivo una espada, mi contrincante acaba de lanzarse torpemente con todo su cuerpo; mostrándome toda su táctica antes de si quiera moverse, como aquel que ríe cuando está mintiendo.

Escucho a los tambores, el golpeteo resuena en mis huesos. Nada está cambiando el curso de nuestra lucha, poco a poco nos acabaremos; tres mil hombres contra siete mil y de nuestros tres solo mil están entrenados. No es como si hiciera mucha diferencia, la mayoría de los hombres que he vencido hoy son escuálidos, se mueven como simples granjeros a los que les dieron armas. Veo otra ráfaga de flechas y, como si rebotaran, noto como los arqueros del otro lado responden. Pero algo sobrecarga mis sentidos. Mi corazón se acelera. Un destello de luz. Rompo los huesos de un pobre distraído, mientras cuento en un susurro:

Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis

Escucho un estruendoso gruñido, como si el cielo mismo partiera la tierra. Durante un par de segundos escucho solo el agudo ruido de metales que chocan, hombres que gruñen, cuerpos que caen. Cuando me doy cuenta de que estaba muy callado, el retumbante clamor de los tambores vuelve, más cerca que antes. Tropiezo sobre las rocas del piso por el susto. Esta sorpresa me cuesta mi escudo, cuando el hombre que tenía enfrente aprovecha mi distracción. El momento me deja aturdido. La hoja, iluminada por las altas antorchas de manera que su brillo mezcla el azul y el naranja, desciende hacia mi hombro. Es un gran y visible hueco que deja en su defensa, pero no puedo reaccionar.

Pero no tuve que, el lancero a mi izquierda lo traspasa y el hacha revienta solo algunos anillos de la cota que cargo.

Estoy en el piso, los escuderos cierran fila delante de mí.

—Vamos— escucho en mi oído, mientras una mano me toma de la axila— no puedes morir aquí, hazlo por ellos.

Me incorporo, tomando una lanza del piso.

—La debilidad del hombre es el miedo— digo hablando solo— no podemos romper filas. Y con eso, el olor de la tierra llena mis pulmones, escucho el aguacero por el que bendijimos tanto tiempo, y siento mis guantes de cuero pasar una mezcla de agua roja.

Tenemos solo unos minutos hasta que la tierra haga estragos y todos los que somos protegidos por armadura caeremos por el lodo. Escucho los tambores, se nos acaba el tiempo.

Mi mente, ante el estrés, vaga a una vieja canción que suele aparecer en mi vida, en los momentos que usualmente se quedan grabados en mi memoria.

*Ante la vida el tiempo dirá,
que solo sabemos memorias
tirar. Donde las nubes se
forman habrá almas de
quienes queremos llorar.*

Otro pecho es atravesado por mi lanza, mientras el escudero que protejo recibe un hachazo feroz.

*La tristeza mi pecho se comerá,
y la lluvia mi cara tendrá que rociar.*

*Mi amor ese pecho me
arrancará, y con la lluvia el
campo cebar.*

Mis instintos se llenan con el diligente hedor de los muertos, mi cuerpo ya no lo soporta, pero mi voluntad sigue. Levanto mi susurrado canto poco a poco, para mantenerme concentrado y constante; cada golpe, cada injuria se siente como las gotas de lluvia y sudor que desde mi cabeza se derraman. Es por mi familia, por mi país, por los hermanos que conmigo pelean.

Escucho al lancero que me levantó entonando su voz, es un susurro al principio, pero las notas siguen lo que siento en mis entrañas. Poco a poco, los hombres al frente y a los lados comienzan su canto, como si rezaran por cada uno de los que se les encomendó proteger. Una protección que desarma los tambores enemigos, nuestros alaridos vencen a su concentración. Los escuderos enemigos empiezan a perder el ritmo, desbalagando su intención y desincronizando sus ataques.

Empieza a brillar el talento individual, escuderos simples caen, lanceros sin experiencia son penetrados, espadachines y pelotones son, con su propia sangre, mancillados. La brutalidad de la guerra real comienza a relucir. El suelo de la ladera se convierte en terreno imposible de travesar, los pequeños errores comienzan a convertirse en fatalidades; deslices, tropiezos, pies atorados en la espesa mezcla que es ahora el pasto, agua, sangre y tierra roja.

Trastabillo con el cuerpo de un desafortunado, dando de bruces con la tierra. Los brazos me pesan. Si me incorporo de golpe llamaré la atención de alguien. Comienzo a arrastrarme con las fuerzas que me quedan, hacia un claro abandonado. Tomo un escudo familiar, y poco a poco se me concede un camino libre. Escucho una ráfaga de flechas. Los tambores poco a poco recolectan el ritmo perdido. El torrente de lodo y agua empieza a arrastrarme ladera abajo. Llego mi oportunidad de incorporarme usando mi lanza doblada y mis ojos ven a los hombres luchar.

Y, sin ningún aviso, momentáneamente, el cielo se parte a la mitad sobre el campo. El destello por primera vez veo combinado con el bramido intenso, penetrando mis huesos y provocándome susto. El suelo está quemado. Donde antes había trescientos, ahora ni uno solo se mueve. El campo enemigo fue mancillado por el cielo mismo.

Pero no es todo el ejército, una bandada de ellos carga hacia donde ahora hay un hueco. Para cuando estoy completamente incorporado, siento nuevamente frío en todo lo que hay descubierto. El torrente de agua está llegando a su punto más feroz, con fuertes vientos acompañando nuestro sibilante canto, como si el mismo viento cantara con nosotros. Mis oídos ya no son bombardeados por los tambores, esos que hasta hace un momento parecían recuperarse ahora son más que un susurro de su anterior figura; y me parecería que incluso son menos.

Retomo mi lugar en la línea frontal y, mientras corro, parecería que los arqueros hicieran lo mismo con una ráfaga que sobrevuela nuestras cabezas. El ahora inquebrantable espíritu de batalla ha nacido en nosotros, los hombres a mis flancos blanden sus armas con un vigor que no había visto. Es la devoción que tienen la que los hace fuertes, no sus escudos, ni sus hachas, ni sus mazas, ni las espadas, ni las lanzas; es el deber. Los tamboreros lo saben, lo entiendo por el débil raqueteo que ahora expresan. Atravieso el rostro a un hombre y, en mi interior, me disculpo; veo al hombre que estaba detrás suyo girar y echar correr.

El canto que alguna vez cantaba mi madre, colgando ropa recién lavada; el que escuché a un trovador tocar con suaves cuerdas, mientras hablaba por primera vez con la dama que se convertiría en mi esposa; el que canté mientras lloraba por una pérdida, devastado por un hijo que no llegué a conocer, ahora es un rugido entre fieras bípedas.

Un escudero echa a correr y tropieza en la ladera frente a mí, el lodo de los riachuelos provocados por el agua lo arrastra. Escucho un solo tambor. Los choques metálicos se escuchan como una melodía, si esta fuera tocada por un oído desafinado. Al escudero lo siguen uno y otro. A mi cuerpo lo sobrelleva el cansancio, pero es satisfactorio. En vez de escuchar tambores, escucho el ulular del cuerno enemigo.

Los tambores cesaron. La trifulca se acabó. La moral enemiga fue para siempre acabada. Los que no abandonaron el campo serán rápidamente rodeados y fulminados, o aprisionados. Colapso del

cansancio con los sueños y esperanzas de volver pronto a mi esposa, a mis hijos, a mi ciudad.



1.2.2 Cortando leña

Jesús Antonio Martínez Quiroz

Me encuentro solo. He estado peleando con este tronco por casi 15 minutos. Tal vez aún no estaba del todo seco, pero aun así Pierre lo ha recogido y lo ha traído aquí. Dijo que él se encargaría de los trozos más difíciles, pero yo sabía que no era cierto; cuando cumple con la mitad de su tarea, que es talar los árboles y recolectar la madera, abandona todo y se va de juerga: siempre termino haciendo toda la otra mitad por mi cuenta. Tomo el hacha más cerca del extremo del mango y lo vuelvo a intentar. La herramienta es muy grande y pesada para mis infantiles manos, y la base sobre la que me apoyo no está equilibrada, por lo que no puedo dar varios golpes seguidos sin tener que reacomodar el tronco que quiero partir.

Me tengo que dar prisa. El sacerdote me dijo que todo tenía que estar listo para el atardecer. Para eso falta menos de una hora. No entiendo exactamente cuál es el punto de todo esto; no me quieren explicar porque dicen que soy muy joven aún, aunque también dicen que ya estoy en edad de iniciar mi formación. (*De nuevo se desniveló la base, tengo que reacomodarla*). Lo único que sí sé es que todo se hace por el bien de nuestra pequeña comunidad y de todo el mundo, aunque tampoco entiendo cómo encaja el resto del mundo en esto.

Nuestro pueblo está caracterizado por ser el de menor importancia en la comarca. *(Tal vez si le quito la corteza pierda humedad y pueda tener éxito)*. En realidad, aquí nunca pasaba nada extraordinario, la vida era apacible y hasta cierto punto aburrida o monótona si no podías darte el lujo de viajar a otros lugares. Hasta que llegaron esos hombres. Me cayeron muy bien al principio, porque hablaban sobre salvación, bondad y justicia. *(O si lo coloco sobre otro tronco más grueso, así se romperá)*. También predicaban sobre el amor de Dios hacia nosotros. El sacerdote del pueblo lleva diciendo cosas parecidas desde que yo tengo memoria, pero ellos parecían tener el don de hacerse escuchar por las multitudes, pronto todo el pueblo empezó a prestarles atención y la fe fue en aumento.

Pero de repente, esos mismos hombres dejaron de lado todas esas palabras de esperanza, y las convirtieron en amenazas. *(Ya encontré una base más gruesa, pero el tronco no cede, tal vez el hacha no está afilada)*. Comenzaron a sembrar el miedo y a radicalizar los castigos que su libro les indicaba. Ya no hablaban de milagros y bienaventuranzas, sino de tormentos destinados a los que no siguieran el camino correcto. No cesaron nunca. A partir de la repetición constante de la misma letanía, las personas empezaron a ver con aceptación esas prácticas, e incluso apoyarlas y ser parte de ellas, hasta que se volvió algo recurrente aquí y en los pueblos vecinos.

Ahora vienen llegando algunos de los hombres de Dios, seguidos por otros tantos oriundos de mi pueblo. Algunos campesinos y obreros recogen los trozos de madera que ya están listos y se los llevan sin darme las gracias o siquiera voltearme a ver; los hombres de Dios supervisan todo el proceso en silencio y se alejan siguiendo a los cargadores. Solo quedamos el tronco necio y yo. *(Sé que ya no tiene importancia si lo corto o no, pero no me dejaré vencer)*.

Ellos nos dicen cómo debemos actuar en cada aspecto de nuestras vidas. Incluso llegué a pensar que eran personas malas, pero eso no tendría ningún sentido, porque hasta ese hombre importante de Roma les envió su bendición en forma de un papel. El sacerdote

aseguró que ese documento era lo más sagrado que había entrado al pueblo en muchos años.

Luego trajeron el libro. Más delgado que el que usaban para predicar y totalmente impreso con las placas móviles que son tan famosas en el reino vecino. *(Ya estoy harto de este tronco, ojalá lo parta un rayo)*. No sé leer, pero las ilustraciones que contenía me hicieron sentir un malestar en el estómago que nunca he logrado entender. A partir de la llegada del libro comenzó la verdadera cacería.

Tal vez las mujeres se volvieron malvadas al estar cerca de ese texto, o tal vez ya eran así y solo la sabiduría de los hombres de Dios nos abrió los ojos ante la verdad. *(No puedo dejarlo así, tengo que partirlo)*. Nunca he soportado contemplar uno de esos espectáculos, por eso me ofrecí para cortar en pedazos los troncos que Pierre trajera del bosque; para poder mantenerme alejado sin miedo a ser reprendido por hereje.

Por fin cedió el maldito tronco, y junto con el estruendo de su rompimiento, se escuchó el alarido de otra vida siendo consumida por el fuego, un fuego avivado por la leña que yo partí. A veces creo que estamos haciendo algo mal, que una vida no puede terminar así.

Pero es la vida de una bruja, así que no importa.



1.2.3 Perdido en Villa Perdedor

José Mario Flores Beltrán

Nombre: Tadeo Casimiro Cayado Gudiño. Código postal 10053R, calle De la Soledad, fraccionamiento Salsipuedes, ciudad Villa Perdedor, población... yo.

Si un día despertaras en un pueblo sin nadie a tu alrededor. ¿Te sentirías perdido? ¿Qué traerías contigo? Para mí es simple no estaría perdido y traería un libro, una libreta, una lata de mi refresco favorito y exactamente 125 gramos del mejor chocolate suizo que puedes encontrar en el supermercado y a un precio accesible que no dañe tu presupuesto.

Para mí no es complicado analizar este escenario, dado a que hablo de mi situación de cada día, verán, en mi ambiente escolar existe una segmentación geográfica definida con base en tus atributos físicos, condición socioeconómica y capacidad para obtener reacciones aprobatorias en redes sociales. Cuando tus habilidades rondan en el promedio, obtienes tu pasaporte directo a “Mediocristán” donde estás con todos los promedios; pero al probar más suerte puedes llegar a Ricocia, si tienes mucho dinero; a Famosanía, si eres alguien de que se hable mucho por tener talentos natos en áreas deportivas o culturales siempre y cuando no sean escribir cómics o dibujar. O inclusive a Elitistovia, si llegas a cumplir las anteriores además de poseer un buen atractivo físico, lo cual yace en una probabilidad menor a la de ganar la lotería, por lo cual solo 20 personas en la preparatoria Global #107 poseen ese lujo, representando a menos del 1% de la población total.

Por otro lado, puedes estar por debajo sin tener siquiera un pasaporte a Mediocristán y te tienes que conformar con vivir en Otakón, Virtualicia o, peor aún, en Villa Perdedor.

Pero no te preocupes, solo yo vivo en Villa Perdedor, supongo que mi falta de interés en animaciones asiáticas o juegos de video me vuelve un candidato rechazado incluso para obtener si quiera una

visa temporal a Otakón o Virtualicia. Es interesante como existe en este mundo una falta de valor para las personas académicamente destacadas con pasatiempos limitados como lo son la geografía, la cultura del mundo y los caramelos provenientes del extranjero. Pero está bien, el clima es fresco, las compañías gratas y en general es una ciudad pacífica, solo que a veces se encuentra en ataque, esencialmente en días de estudio, aunado a un posible misántropo cuyo diseño consideró que era necesario cruzar una cancha de fútbol y una de basquetbol para poder llegar a la biblioteca escolar, sin embargo, los habitantes de Villa Perdedor son normalmente ignorados por los miembros de otros pueblos.

Pasan los días y ves las interacciones entre pueblos y naciones, ves islas formarse para pronto ser disueltas mientras sus miembros consiguen pasaportes a destinos mejores, creando lugares donde las cosas son mejores, o son deportados para quedar indefinidamente en Mediocristán, todos buscando una manera de destacar en este cruel mundo, porque a veces inclusive ser de los grupos bajos es mejor a ser uno del montón.

Previo a una amenaza inminente de examen final de matemáticas para todos los pueblos, yacía en la biblioteca, el sitio turístico por excelencia de los habitantes de Villa Perdedor, antes de una amenaza nunca vista en este pueblo... una visitante.

Toca mi hombro con delicadeza, la veo y solo veo el mar en su mirada, las dunas en sus cabellos y en su cuello una brillante esmeralda que destaca su posición, no era solo una visitante, era Alicia Suárez, una de las representantes más identificables en Elitistovia y, quizá los ojos más distintivos de la escuela... Me habla, no sé qué responder, mas no hace falta porque deja en claro su intención, busca una asesoría y francamente vino al lugar indicado. Caballerosamente la atiendo como suelo hacer, o como lo haría si alguien pidiera mi ayuda de manera más frecuente. No obstante, parece ser ineficiente, tantos conocimientos que están normalmente a mi disposición parecen estar bloqueados y con una incapacidad por salir por parte de mi lengua que se traba sin cesar y es acompañada

por un sudor que solo se presenta en el pueblo durante los exámenes de educación física.

Ella se va, pero doy mi máximo por evitar su salida del pueblo, era la primera vez que alguien pisaba Villa Perdedor de forma voluntaria y tal ocasión debía ser tomada con regocijo y mostrando la mejor hospitalidad que se espera de un pueblo como este. Tomo control de la situación, logro explicarle lo que quiere saber, así como decirle que debería saber, desde trigonometría hasta integrales, pasando por cálculo diferencial y aclarando las propiedades de los ángulos.

Y de la nada parece que mi trabajo ha terminado al igual que la visita, sin embargo, ella agradece bastante y ofrece una cantidad exorbitante de dinero, desgraciadamente, en Villa Perdedor dicha denominación no suele circular y mucho menos es aceptada por los servicios bancarios, lo cual generó una confusión en su rostro, señalando que dicha acción no podía simplemente no ser recompensada, con lo cual ella invita a un *tour* guiado por una de las moradas más prestigiosas de todo Elitistovia, su propia casa.

Con el fin de evitar una mirada desaprobatoria de parte del pueblo, doy por aceptada la invitación y para el anochecer de esa misma tarde me encuentro en una casa ajena, un tipo de lugar que nunca había pisado, puesto que en Villa Perdedor se tiene un código muy estricto de no acudir a hogares sin invitación previa, las cuales nunca habían aparecido.

Llego a conocer a unos padres de familia bastante acaudalados y con fotografías por toda la casa de lugares distintos del mundo, desde las edificaciones europeas hasta los barrios más lujosos en Asia, con lo cual es claro su interés en conocer el mundo.

A la hora de la cena preguntan si he visitado otra nación.

—¡Me encantaría!... pero por más que busco las oportunidades no han llegado y poseo mayores egresos en casa que complican la situación— le respondo.

—¡Absurdo! — me grita el padre —en el mundo moderno no viaja el que no lo desea— y me habla de grupos y fundaciones, de asociaciones y empresas que motivan a que los jóvenes puedan viajar.

En segundos la cena termina y mi momento de volver a mi pueblo es cada vez más evidente, pero Alicia se despide de forma cordial y dice con una gran sonrisa.

—Muy pocas veces se conocen a personas que les interesa el mundo— comentario que me pareció absurdo, hasta ridículo.

—Cualquiera estaría interesado en salir de la caja en la que reside, pero salir no siempre es tan fácil— me despido cordialmente teniendo en mi estomago una triangular cena horneada estilo Italia con carnes frías, bastante disfrutable y gozoso de haber visitado un lugar mejor por una noche.

Para mi sorpresa en otro examen ella solicita una nueva asesoría la cual en esta ocasión era de historia, y yo cordialmente la ofrezco de nuevo y sin darme cuenta terminaría obteniendo la misma recompensa previa con más invitaciones para un futuro, a eso llamo buena negociación internacional. Este ciclo se repetiría en exámenes posteriores, pero terminando la temporada de exámenes temía que mi gira por la residencia Suárez finalmente se diera por concluida.

Para mi sorpresa, el día siguiente ella vuelve a tocar mi hombro y me abre platica, no busca una explicación de un tema, una asesoría, ni siquiera un temario para su transcripción, sino que busca saber más de quien soy yo... lo cual en retrospectiva jamás había analizado por cuenta propia.

¿Quién era? Ya había dicho todo de mí, mi nombre, dirección, gustos. ¿Qué más podría decir? Era un estrepito de emociones donde al cerrar mis ideas, alguien más hablaba de mí, era yo, pero no el yo de siempre, era como sentirse controlado... y agradezco a quien haya sido, dado a que ella parecía genuinamente interesada.

Conforme los días pasaban ella y yo ya éramos amigos, ¿Por qué? Me gustaría haber sabido la respuesta también, pero ella estaba ahí y yo no podría ser más feliz.

Era fascinante encontrar tanta afinidad entre miembros de sociedades tan distintas, gusto por música particularmente diseñada para espectáculos teatrales, una afición peculiar por probar dulces de sabores desagradables provenientes de distintos países, así como una pasión por conocer cada rincón del mundo y descubrir que lo hacía tan particular. Tener una amiga era algo inigualable, una sensación que jamás creí poder vivir en carne propia.

Sin embargo, como en todas las relaciones internacionales ocurre, no todos los miembros suelen estar de acuerdo, habitantes de Elitistovia se encontraban insatisfechos con las giras de una de sus más notables ciudadanas, relegándola a puestos menores y apartándose de ella. Era clara la situación, la gente de Elitistovia, no disfruta interactuar con gente de otros pueblos, naciones ni islas, por lo cual era obvio que debía apartarme para evitar un conflicto a su sociedad y más importante afectar a mi... a los ojos más bellos de Elitistovia.

Pasaron los días y Alicia se acerca una vez más, a decir hola, mientras mis labios tienen listo un adiós, pero de manera increíble ella dice que no disfruta ser parte de un grupo como Elitistovia, un lugar carente de conversaciones sobre el mundo o sobre arte, por lo cual buscaría un nuevo lugar donde se le dieran papeles y fuese más interesante estar.

Su visita cambio mi vida, es como si no me sintiera perdido como antes, y mientras miro la ventana del avión sigo sin creer que realicemos un viaje de este nivel juntos, dispuestos a aprender de una cultura tan distante, además desde mi partida Villa Perdedor se encuentra de fiesta dado a que paso lo inimaginable, la población llego a dos ciudadanos.



1.3 Posgrado, egresados, profesores y empleados en general

1.3.1 Soledades que se encuentran

Elizabeth Carranza Zaragoza

El mundo le sabía a café con galletas, aunque el médico le hubiera dicho que, a su edad, debería dejar los dulces y los irritantes. Su casa le sabía a sonrisas, a comodidad y a historias; unas mejores que otras, pero todas dignas de contarse. Y el tiempo, el tiempo le sabía a camaradería, se habían hecho buenos amigos y caminaban de la mano sin reprocharse demasiadas cosas.

Las 7 de la mañana le sabían a berrinche, peleaba consigo mismo por no querer levantarse de la cama y a veces se permitía engañarse hasta las 8. Las 9 sabían a nostalgia, a despedidas, a dedicarle dos momentos al cuadro que colgaba en lo alto de la escalera. Uno para contemplar lo bella que había sido su esposa, incluso hasta poco antes de morir, y otro para agradecer haber tenido la suerte de topársela en el camino. No se engañaba a sí mismo, su ego era grande, pero no tanto como para obviar que Raquel pudo haber tenido a cien otros, a cien mejores y lo escogió a él.

Las 10 de la mañana le olían a antojo y le sabían a menta; al antojo de huevos estrellados y jugo de naranja y a la menta del dentífrico azul. Las 11 de la mañana no le sabían, le gustaban menos, se le antojaban un tanto aburridas porque el autobús siempre llegaba tarde y le molestaba que el viento lo despeinara durante la espera.

Las 12 le sabían a juventud, eran divertidas; caminaba el kilómetro que separaba la terminal del autobús de su parque favorito y disfrutaba el sonido de las hojas bajo sus pies. No necesitaba el elegante bastón negro que lo acompañaba a todos lados, pero se había vuelto su acompañante favorito; algunas veces lo usaba como espada para pelear con los niños en la plaza, otras para espantar

palomas o para caminar muy derecho en un ritmo calmado y despreocupado que lo hacía sentir importante.

Había comenzado a salir sola de su casa apenas hacía dos años, cuando se dio cuenta que su difunto marido no iba a regresar y que sus hijos no podían dejar sus ocupaciones para hacerle compañía cada momento del día.

En un principio lo hacía solo para no quedarse en aquella casa llena de sus fotos, sus libros, sus trajes y sus ideas. Para no sentirse ahogada por la pena y el miedo, para construir una rutina nueva y para regresarles un poco a sus hijos que empezaban a sacrificar momentos importantes de su vida por monitorear que no se deprimiera, que no se dejara morir.

No había sido fácil, los últimos 40 años había tenido a alguien que se encargaba de pensar, decidir y disponer. Ahora, de frente a la vida, no sabía cómo actuar y si sabía, le daba miedo recordarlo. Empezó con poco; volver a tejer, ir a clases de yoga y caminar por el parque. Resultó un fracaso; el parque era muy grande y ella tenía muy mala condición, además, odiaba el yoga, siempre terminaba agotada y le dolían partes del cuerpo que no sabía que podían dolerle, sin embargo, recordó que le gustaba hacer suéteres.

Después aprendió que disfrutaba otras pequeñas cosas; como el viento que despeinaba su cabello cano o lo ridículos que se veían los perros del parque con su ropita de colores. La plática con sus compañeros después de la clase de yoga, en la que había mejorado un poco con el tiempo, la sonrisa de su instructor cada que ella decía alguna ocurrencia, la caminata después de cada sesión y ese parque que se había convertido en uno de sus sitios favoritos porque podía respirar tranquila, sentarse a tejer y no preocuparse por nada.

Así, poco a poco, paso a paso, clase a clase, caminata a caminata y puntada tras puntada, se fue dando cuenta de dos cosas; la vida era buena y lo podía seguir siendo aunque extrañaras mucho a alguien.

El lugar no sabía a huevos estrellados con jugo de naranja ni a menta, más bien le sabía a sitio ruidoso lleno de niños corriendo de un lado a otro, pero era un buen lugar. Le gustaba sentarse en una banca a la sombra de un árbol, que probablemente tenía tantos años como él, y leer su periódico. Lo consideraba el sitio ideal, en realidad; cómodo y con buena vista.

Era el mejor momento de su día; respiraba tranquilo, estiraba las piernas, se refugiaba en las tiras cómicas de su diario y observaba, a través de las páginas y a escondidas, a la mujer que tejía sentada frente a él en el otro extremo del parque. Siempre estaba ahí cuando él llegaba, siempre desde hacía dos años. Llevaba ropa cómoda y el cabello gris recogido en una coleta, se sentaba derecha con las piernas cruzadas y tenía el porte de alguien de la realeza.

Utilizaba unos anteojos pequeños que se recorría hasta el final de la nariz para concentrar su mirada en los hilos que bailaban diestramente en sus agujas y él disfrutaba cada movimiento de sus manos casi tanto como su café matutino.

Cuando se sentaba en su banca, a la sombra de su árbol, leyendo su periódico y la observaba entre las historietas y las noticias locales, sonreía...

—Buenos días mi señora— susurraba y su día se sentía completo.

El parque era su sitio favorito por varias razones, la principal era que aquel lugar lo había descubierto sola, no tenía ningún recuerdo con su marido o sus hijos en ese espacio. Cuando estaba ahí pensaba en sus clases, sus amigos, su incapacidad para hacer un arco invertido y lo mucho que disfrutaba sentarse a tejer bajo la sombra de los árboles. No era la esposa de nadie, la madre de nadie, la hija de nadie; era la señora que se levantaba todos los días a caminar, convivir, aprender y vivir, y le gustaba.

Tejía por gusto, porque la relajaba y porque sentía que la mantenía despierta. Saber cuántos reverses eran necesarios mantenía a su mente en forma. Tejía también porque era la excusa perfecta para sentarse horas y horas frente a aquel hombre que llegaba jugando a las espadas con su bastón y se sentaba a verla pretendiendo leer el periódico. La hacía feliz sorprenderlo observándola, como si tuviera 20 años otra vez.

Solía ser puntual, aunque había días que los minutos pasaban y una pequeña angustia crecía en su pecho pensando que no vendría. Después aparecía asustando a las palomas o correteando a los niños y se sentaba justo frente a ella con el periódico del día y el cabello despeinado.

Y ella sonreía pensando que el suéter que tejía le quedaría muy bien algún día.

—Buenos días mi señor— y su día estaba completo.



1.3.2 Hoy destruiría el mundo

Mónica Olympia Ceballos Martínez

Hoy destruiría el mundo. Despertó decidido. El mundo recibiría su merecido. Se sentó en la cama y dio una gran respiración. Adiós aire limpio, bienvenida la polución. Se dirigió al baño y abrió la llave de la ducha, a toda presión y a la temperatura más alta. <<'Toma tu merecido querido planeta, qué tal saben las emisiones de mi boiler quemando gas natural. Tomen mantos acuíferos, desgástense cómo este maldito mundo me ha desgastado a mí>>.

Mientras el agua de la ducha corría, tenía buen tiempo para conectar a la corriente todo lo que estaba a su paso. Tres cargadores para iPhone, aunque él vivía solo y tenía un único aparato. La aspiradora tiene un foquito, habrá que conectarla. Encender *Play Station*, conectar humidificador.

Se dirigió a la cocina mientras encendía todas las luces a su paso. Hay que conectar el microondas y el horno eléctrico. <<¡Chupen cual vampiros toda esa deliciosa electricidad! Esos relojitos no van a brillar solos. >>

Parece que no queda en la casa un solo enchufe sin usar. Ojalá se quemem muchos hidrocarburos para alimentar todos estos aparatos eléctricos. Ojalá el Amazonas siga achicharrándose. ¿Qué ha hecho el Amazonas por mí últimamente? Prefiero Amazon, él sí que aporta algo a mi vida. Viva Amazon, arda el Amazonas. Pensó mientras entraba a la ducha.

Afortunadamente aún tenía ese *shower gel* con nanoplásticos que le regaló su mamá. Se preguntó cuántas tortugas resultarían con estómagos nanollos de esos plásticos. Por cierto, debía ir al supermercado a comprar una gran caja de popotes, lo recordó al pensar en las tortugas y su alergia al plástico. << ¡Qué se mueran las tortugas! ¿Qué han hecho las desgraciadas por mí? Ah, por cierto, debo recordar quitar el agua y las flores de la ventana. No más comida gratis para esas inútiles abejas. ¡Que se mueran todas!>>

Qué lástima que compró un auto híbrido. Pero lo compensaría llenando el tanque de la gasolina con más plomo que encontrara y conduciría tan rápido como pudiera. De camino a la gasolinera haría una parada en McDonald's y pediría una hamburguesa con doble carne.

Gracias vaquitas por contaminar más que las refinerías. Ojalá que nunca hayan podido ver la luz del sol en sus cortas existencias, nadie merece luz en este mundo de mierda. Adiós señor Sol, o más bien, bienvenidas sus flamas llameantes. Pensó mientras buscaba al fondo del cajón la lata de *spray* fijador de cabello que no veía desde los noventa.

Limpio de cuerpo y sucio de pensamiento, salió de su casa procurando asegurarse de que la lavadora estuviera funcionando a carga completa con un par de calcetines dentro y, que cada aire acondicionado estuviera fijo en 18 grados, al volver a casa encendería la calefacción.

Un *tweet* mientras espera en la fila del *drive thru*. Seguramente haría rabiarse a muchas feministas y esa idea le encantaba. Un *retweet* a Donald Trump, esos seguro ayuda a destruir el mundo. “No, no deseo donar mis centavos. Qué importa que los niños mueran de cáncer, hoy destruiré al mundo” pensó mientras *twitteaba*.

Terminó su hamburguesa en el coche estacionado en el cajón azul. Dejó la basura justo junto a la puerta del auto, aunque el bote no quedaba lejos, y se dirigió a su oficina.

—Muy buen día Licenciado— lo saludó alegremente su secretaria.

—Muy buen día Sarita, cómo le va— preguntó, más por hábito que por interés.

—Ay Licenciado, muy nerviosa ya mañana es la boda, ¿siempre sí va a poder ir?

—No sé Sarita. Todo depende de cómo salgan las cosas hoy. Estaré muy ocupado— sus planes maléficos revoloteaban en su mente.

—Ay Licenciado, sí se acuerda que el pedí la tarde de hoy, ¿verdad? Todavía tengo muchas cosas que hacer y no me va a dar tiempo.

—No se preocupe Sarita, váyase sin pendientes, yo puedo solo.

—¿Dónde está su casco? — le preguntó la secretaria mientras le veía ambas manos.

—Hoy dejé la bici en casa, traje el coche— dijo. Cada hidrocarburo cuenta, pensó.

—Le ayudo a descargar.

—No Sarita, traigo todo lo que necesito— dijo él con una leve sonrisa. La secretaria estaba acostumbrada a que el coche solo llegaba a la oficina cuando había carga de por medio o cuando estaba lloviendo. Hoy era un hermoso día soleado. Ojalá el agujero de la capa de ozono estuviera justo aquí, pensó y la ceja fruncida sustituyó a la sonrisa.

—¿Va a salir con alguien en la tarde Licenciado?

—No Sarita. Hoy solamente quise traer el coche y ya.

—Está bien. Présteme su termo para servirle su café.

— No se preocupe Sarita, hoy compré uno en el McDonald's— le mostró el vaso desechable.

Primera actividad del día. Cancelar la donación automática a Green Peace y a todas esas asociaciones salva perros y pandas. Lástima, los perros y los pandas son buenos. Ojalá tuviera un Arca para salvar a sus especies favoritas. Seguro los dinosaurios eran unos imbéciles y por eso no tuvieron cupo con Noé, pensó mientras esperaba que alguien del *call center* de Amex contestara su llamada.

Sarita se casa mañana, o al menos eso cree ella. Mañana no habrá mundo donde casarse. Lo distrajo ese pensamiento. Colgó el teléfono de inmediato al darse cuenta de la ironía de cancelar pagos futuros cuando el futuro no existiría.

Sarita también estaría en esa Arca, el novio no. Jefe y secretaria serían los ejemplares que repoblarían al mundo, no necesitaban al fulano ese.

No tiene sentido seguir aquí. El tren de su pensamiento dejó a las bodas de Sarita y regresó a lo irónico de su situación.

Ja, Sarita pasaría el último día del mundo en preparativos de boda. ¡Qué boba! Tal vez debería contarle sus planes del día para que

lo aprovechara en otra cosa. ¡Tal vez accedería a acompañarlo en su destrucción o incluso accedería a ayudarlo! Detuvo ese pensamiento pues reconoció esperanza en él, el destructor del mundo no podía darse el lujo de tener esperanza. Además, seguro Sarita preferiría al fulano ese que a él.

—Sarita, me tomaré el resto del día libre, váyase de una vez y termine sus preparativos.

—Ay Licenciado, ¿es, en serio? ¡Qué pena con usted! Todavía no termino el presupuesto que me pidió, y usted lo necesita para la junta del lunes en la mañana con el Ingeniero.

—No se preocupe Sarita, el presupuesto ya no es necesario. Yo me las arreglo el lunes. Váyase de una vez. Y que disfrute de su boda y su luna de miel, si es que ya no la veo.

Dijo mientras salía de la oficina sin mirar atrás. Sabía perfectamente que ya no la vería, nunca. Un suspiro expresó sus ganas de querer salvarla a ella. Solo ella merecía sobrevivir.

Siguió con su fastuosa destrucción una actividad a la vez, estaba convencido de que cada acto era una letra más en el acta de defunción del planeta. Compró maquillaje probado con animales, aunque jamás en su vida usó maquillaje. Pidió doble bolsa de plástico en la tienda de conveniencia, aunque en su auto híbrido siempre había bolsas reusables. Vacío el agua de las botellas que acababa de comprar, y tiró en envase PET por la ventanilla del auto. “Ojalá tape una coladera y caiga un diluvio hoy, y que un perro, un viejito o un niño mueran ahogados en una inundación”, pensó muy alegre.

Volvió a casa poco después de que cayó la noche y se nubló el cielo, encendió la calefacción y saltó a la cama. Prendió la televisión y escuchó el noticiero nocturno. “Acabamos de recibir la confirmación de que Perú se ha unido a la lista de países que han declarado estado de emergencia. Al momento son ya 40 países que han solicitado ayuda a las Naciones Unidas. Disturbios generados por escases de alimentos, agua y desastres naturales tienen en caos

a diferentes naciones. Se espera que la lista siga aumentando en el transcurso de las próximas horas”, escuchó decir al reportero.

Apagó la televisión y cerró los ojos, tenía una gran sonrisa en su rostro. ¡Qué día tan productivo! ¡Qué hermosa forma de ir a dormir!



1.3.3 El trabajo más sencillo del mundo

Bernardo Jesús Avendaño Arredondo

—Ser maestro es el trabajo más sencillo del mundo, ¿no? Solo debes de saber de qué estás hablando, darle una estudiada una noche antes y presentarte a las clases. Es algo que me gustaría hacer como *hobby* cuando me retire, creo que tengo una cosa o dos que enseñarles a estos jóvenes. Necesitan saber más, conocer más, las nuevas generaciones no entienden lo que pasa en el mundo. Además, tienes muchas vacaciones. ¿Cuánto tiempo te dan? ¿Son dos o tres meses?

—Los alumnos tienen tres meses de vacaciones, pero nosotros estamos haciendo planeaciones y revisando calendarios y...

—Bueno, ya, ya, te creo, pero dime, ¿sí o no es el trabajo más sencillo del mundo?

—¿Por qué los duendes son verdes? ¿Quién lo decidió? ¿Se imagina a un grupo de gente en la Edad Media discutiendo sobre eso? Uno diría “deben de ser azules porque salen del mar” y el otro

sería como que “no, no, no, aquí ni hay mar, deben de ser verdes como el bosque” y mientras están discutiendo apasionadamente, llegaría la peste negra y los mataría a todos.

Rodrigo apretaba el plumón verde sobre la mandala. Parecía estar muy concentrado en pintar dentro de la línea y casi terminaba. De las cinco hojas que se desprendían de la flor que estaba en el centro, tres estaban completas y Rodrigo iba por la cuarta. Pintada de amarillo, rojo, naranja, rosa y azul, el color verde parecía tan fuera de lugar como los otros cinco.

—Bueno, al menos estabas poniendo atención en clase. Pero no creo que todos hayan sido verdes... es solo el estereotipo. Los duendes podían ser de muchos colores, dependiendo de las regiones en que vivieran.

—Ojalá y yo fuera de colores— Rodrigo dejó de pintar por un momento y volteó al frente, a ver a su profesor— o no, ya sé, que cuando llegaras a los 18 años, te dijeran “ok, puedes escoger de qué color quieres ser”. Eso sí sería un cambio importante. Pero que hubiera mucha variedad, ¿cómo se vería un cuerpo rojo? ¿Y si fuéramos morados? O azules y que, cuando te enojaras, te pusieras morado. No sé, yo escogería ser naranja, quizá. ¿Y usted?

—Amarillo. Eso sería divertido.

—¿Como el sol? Me agrada.

El profesor terminaba de hacer un póster que decía “¡Ven y relájate pintando mandalas!”. Detrás de su escritorio, en la pared, había dibujos de al menos 30 mandalas de colores diferentes. Al poner el último signo de admiración, notó que Rodrigo traía una maleta.

—¿Te vas de viaje?

—¿Eh? ¿A dónde?— dijo Rodrigo, enfocado de vuelta en su mandala. El profesor señaló la maleta.

—Ah, eso. No. Voy con mi papá. Es su semana. Silencio.

—Mi papá habría escogido un color negro opaco. ¿Sabe? No el negro brillante de la pintura, negro opaco. O... pensándolo bien: gris. Sí, gris está bien.

—¿Por qué gris?

—Siento que habría sido el primer color que se le viniera a la mente y no lo pensó dos veces. En ese mundo, escoger tu color debería ser algo importante, ¿no? Porque toda tu vida vas a ser de ese color y eso determinaría tu ropa, cómo te ven los demás, tu estilo. Para mi papá, habría sido como “ok, escojo el gris, un pendiente menos, ¿qué sigue?”. Él va por la vida terminando pendientes, nada más. Y el próximo pendiente soy yo: el hijo con el que nadie sabe qué hacer.

—Estás siendo injusto, Rodrigo. Estoy seguro que tu papá hace todo lo que puede para estar contigo, pero la vida es... frenética — contestó el profesor, intentando encontrar un punto medio.

—Ni siquiera recordaba que esta era su semana. Ayer le tuve que decir— Rodrigo terminaba la quinta hoja de la mandala.

— Rodrigo... eso no significa nada, fue un...

—Lo sé, lo sé. Lo entiendo. Solo es como que... quisiera que las cosas fueran diferentes. Solo un poco. A lo mejor algo más... azules.

Rodrigo alzó el dibujo de su mandala y lo examinó. Estaba completa. Sin embargo, se veía insatisfecho. Hacía todo tipo de gestos teatrales con su boca y sus ojos para mostrar su descontento.

—Creo que le falta... un toque de rosa. Como a mi madre.

El profesor levantó la mirada. Varios minutos atrás había perdido la concentración e intentaba seguirle el juego a Rodrigo.

—Actualmente, mi madre sería... violácea. Como... un color frío pero que intenta ser cálido. Si solo pudiera moverse un poquito

más, cambiarse de la acera en donde está la sombra cuando camina por la calle...

Los bordes de la mandala ahora estaban pintados de rosa.

—¿Sabe lo más difícil de todo? Cuando ves las diferencias. Para mí ella es violeta, pero para Diego debe ser un rosa mexicano. Diego es el esposo de mi madre, por cierto. Y cuando Diego llega a la casa es como... como en esos comerciales donde usan un detergente para limpiar y el piso está brillante y de pronto salen flores y entra el sol y todos bailan y viven en un mundo mágico. Y cuando yo llego es como el resto de los días en que el piso sigue opaco, las hojas de las flores se han caído y está nublado.

—¿Y se lo has dicho? ¿Le has intentado decir que se pinte de rosa? Rodrigo tardó unos segundos en contestar.

—Profe, ¿qué se dice cuando alguien te pregunta “cómo estás”?

—¿Cómo?

—Sí. Como por cortesía o educación. Cuando alguien te pregunta “cómo estás”, ¿qué se contesta?

—Pues... “bien, ¿y tú?”

—Exacto. Cuando le pregunto, mi madre solo contesta “bien”. Supongo que no lo hace adrede y que con el bebé y la mudanza y Diego y todo, es como si yo fuera un elemento más de una lista de cosas, pero cada semana me tacha de ahí después de cumplir con todos los pasos— Rodrigo tomó la hoja de la mandala en la palma de su mano, tapó el plumón rosa y empezó a hacer ademanes simulando pasar lista— ¿Cada viernes ir al cine a ver una película? *Check*. ¿Cada sábado ir a comprar un helado? *Check*. ¿Cada que se va con su papá decirle que lo quiere mucho? *Check*. ¿Hacer las cosas en automático y no sentir nada? *Check, check, check*— dejó la hoja en su escritorio, destapó el plumón y, sin saber bien qué más hacer, siguió pintarrajeando de rosa, casi al azar.

El primer instinto del profesor fue darle un discurso a Rodrigo. Decirle que la vida da muchas vueltas, que debía apoyar a sus padres, que no pasaba nada, que cuando creciera lo entendería. En lugar de eso, solo preguntó:

—¿Qué harías tú con tus hijos? ¿A dónde los llevarías?

—El punto no es... salir o ir a lugares divertidos... el punto es... no sé... escuchar. Solo escuchar. Tengo cosas que decir, pero nadie quiere escucharlas. No quiero que nadie quiera arreglar mi vida o ser parte de la rutina de alguien. Solo quiero saber que existo. Que me escuchen. Que estoy.

Rodrigo se levantó y comenzó a dar vueltas por el salón. Tomaba su cabello y lo despeinaba, a veces rápido, a veces lento. El profesor, desde el otro lado, lo miraba, buscando las palabras precisas que lo ayudarían. Pero justo en ese momento, el celular de Rodrigo recibió una notificación. Rodrigo se acercó, la vio y empezó a guardar sus cosas.

—Ya llegó mi papá por mí. Tengo que irme.

Tomó un plumón amarillo, dio unos últimos detalles al dibujo y se lo entregó al profesor.

—Tenga —dijo, mientras apuntaba con los ojos hacia la pared—. Para que lo agregue a su colección.

El profesor tomó la mandala y, sin saber si iba a poder mantener su palabra, dijo:

—Rodrigo... todo va a estar bien. Créeme. Lo prometo.

—Eso espero.

Rodrigo tomó su mochila y se llevó la maleta.

El sonido de las ruedas dando vueltas por el piso se quedó en la mente del profesor varios minutos después de que su alumno se había

marchado. Se preguntaba si había hecho bien, si debió de haberle dicho más, si era necesario hablar con los padres de Rodrigo, si estaba exagerando las cosas, si no debía de inmiscuirse en esos asuntos o incluso si todo había sido una gran mentira.

Mientras seguía reflexionando, abrió el cajón de su escritorio y sacó la cinta para pegar la mandala de Rodrigo. Y cuando estaba por ponerla en la pared, notó unas nerviosas letras en la esquina inferior derecha. Sonrió y colocó la mandala lo más alto que pudo.

El profesor cerró la puerta del salón de clases. El lugar quedó casi a oscuras, salvo por una delgada línea de luz que se colaba por la ventana y que iluminaba el mensaje de Rodrigo: “siga siendo amarillo”.

—Tienes razón. Solo tienes que preparar tu clase, estudiarla la noche anterior y presentarte. Es el trabajo más sencillo del mundo.



Categoría 2. Cuento largo

2.1 Preparatoria

2.1.1 *Se busca*

Paola Elizabeth Espinoza Olivo

Esa noche llegaron los carrancistas buscándome a la cantina, un compadre me avisó y sin perder el tiempo salí hecho la mocha por la puerta trasera para subir a mi caballo criollo e irme a galope rumbo a la estación. Todavía me quedaba un cartucho por gastar y no pensaba desperdiciarlo. Otro amigo, que me esperaba en la estación, se llevó el caballo al establo, mientras que yo tomaba el tren a la 14. No tuve tiempo para despedidas, apenas y subí en pleno movimiento. La noche fue larga. Todo el vagón lo ocupaban mineros: hombres de piel curtida, manos empolvadas, cansancio considerable y sueño pesado, por lo que en un inicio no repararon demasiado en mi presencia. En aquel entonces las personas iban y venían sin rumbo, siempre huyendo, ya fuera de la revolución o del hambre. No podía dormir, no sabía si algún maquinista o garrotero alzaría la voz, de ser así terminaría en el paredón. Solo me quedaban mis pensamientos para mantenerme despierto y la esperanza de que nadie supiera mi identidad.

A esas alturas poco sabía de mí, poco más allá de que no era ningún revolucionario. No me gustaba meter las manos al fuego porque sé que el fuego quema cerros. Antes de terminar como prófugo, cuidaba caballos en los establos del patrón, un hacendado. Me encargaba de cepillarlos y alimentarlos. Esos caballos eran finos: el patrón los cuidaba hasta con balas, por eso me dio el revólver que llevo bajo la camisa, además del criollo que monto, en recompensa por haberlo salvado de una víbora de cascabel. No me quejaba, el trabajo era ligero, los animales dóciles y el patrón me proveía de un techo en el cual pasar la noche. Hasta ese entonces el pueblo era cerrado, no había forajidos. De vez en cuando se recibían noticias

de una tal fuerza villista allá por Chihuahua. Algunos decían que sus tropas estaban por entrar a San Luis, pero en nuestro pueblo las cosas eran tan tranquilas que nadie se fijó en ello, o al menos así fue hasta finales de ese año.

Dentro de las cantinas se escuchaban rumores de que el padre Palacios estaba involucrado en esas fuerzas revolucionarias. Los rumores se extendieron hasta los lavaderos de la hacienda, provocando que algunos briosos decidieran unirse y abandonaran el pueblo, mas yo me mantuve fiel al patrón, ya que no tenía intenciones de meterme en revueltas.

Una tarde llegaron hombres armados, rompieron de un tiro el candado del cancel y tiraron la puerta. El patrón, pistola en mano, comenzó a disparar desde el ventanal, pero cayó herido al poco rato, fue un blanco fácil. Yo cargué mi revólver y cerré el establo, atrancando la puerta con leña. Para cuando llegaron, el cura de la iglesia estaba a la cabecilla de la tropa; recuerdo haberlo visto bajar de un caballo pura sangre.

-Pedro, si sabes lo que te conviene te vienes con nosotros, necesitamos hombres que sepan de armas. Y ay de ti si nos contradices, porque te juro que ahorita mismo vas a chupar faros-dijo mientras me apuntaba al corazón. Antes de que pudiera decidir, ya se habían llevado todos los caballos y tanto mi criollo como yo íbamos en un vagón rumbo a la ciudad. Ahí nos cruzamos con algunos hombres de Carranza y Obregón, eran tropas enviadas por un tal Cárdenas hasta donde sé. De guerra conozco poco. El padre Palacios se había equivocado al decir que yo era un hombre de armas: durante el mes que estuve en la revolución, únicamente maté a hombres en defensa propia y escapé apenas tuve oportunidad de hacerlo. Mientras las tropas dormían, dije que iría a revisar si algún caballo se encontraba herido. Esa misma noche, sin mirar atrás, mi criollo y yo partimos a la sierra.

Desde ese momento ambos perdimos tanto el nombre como el techo. Éramos prófugos de la Revolución y del hambre. Pasábamos de poblado en poblado y el que alguna vez fue caballo de carrera, terminó por convertirse en uno de tiro. Se necesitaban animales de

carga para transportar mercancía, algunas veces cosecha y otras tantas, munición.

—Oye, tú eres nuevo, ¿verdad? — preguntó un minero con dificultad.

—Sí.

—¿Dónde está tu pico? ¿Por qué no lo llevas?

—Es que yo soy arriero.

—Anda pues ¿y cómo te llamas?

—José.

—Deberías dormir. Tau refleja en el fierro y te quema— dijo el minero con un acento indio.

Los mineros se abrigaban pobremente con un chal rezurcido, con pico al lado; algunos recostados y otros sentados, pero todos profundamente dormidos. Sin saber a qué hora, duermo. Despierto con el calor del fierro sobre mi cara como me dijo el indio. Al poco rato llegamos a otra estación. En el pueblo gasto los pocos bilimbiques que me quedaban en tinta y papel para escribir una carta a mi hermano Juan Pablo, avisando de mi llegada a Real de Catorce.

Durante el resto del viaje procuro cuidarme las espaldas en cada estación en la que nos detenemos. Para mi fortuna la mayoría de los mineros pertenecen a tribus indias, por lo que al hablar su lengua no se enteran ni preguntan sobre las listas colgadas en cada estación, en busca de desertores. Entre las cuales generalmente al final de la hoja figuraba el nombre de Pedro Castillo Sánchez.

Una mañana de agosto hago mi última parada, una carretera empedrada tan larga que reverbera en los cerros que se ven al horizonte, en medio del desierto, en medio de la nada. Los mineros se ponen sus cascos en un intento por proteger su curtida piel del sol. Yo me pongo mi sombrero esforzándome por seguirles el paso en la caminata. La carretera es nuestra guía, pero ellos no parecen seguir

su sendero, prefieren caminar entre el espinoso desierto, siempre mirando al suelo. En un inicio pensé que lo hacían para evitar tropezar con algún cactus, pero al cabo de unas horas comienzan a cortar la tierra, sacando lo que creo que son piedras para comerlas lentamente y absorber su jugo. Pese a que me invade la curiosidad, decido no preguntar, todas las historias que contaban sobre los indios yaquis que peleaban a favor de Obregón dejaban claro que solían tener costumbres rituales que no debían ser interrumpidas si no se quería desatar su ira.

La mañana va convirtiéndose en noche, y los indios no parecen mostrar la menor señal de cansancio, más allá de las piedras no comen nada; el sueño que tan pesado les era al caer el atardecer, ahora ya no los ataca. Yo apenas podía mantener mis pasos: mi piel estaba despellejándose, en todo el día me había alimentado de los frutos de las biznagas, tunas y garambullos, no tenía más energías. Adelantándome al minero quien me había preguntado por mi nombre, lo detengo.

—No puedo, necesito dormir— en respuesta, el indio me extiende la mano ofreciéndome un cactus muy parecido a una piedra de color verde azulado.

—Come— dijo sin más conversación.

Doy una primera mordida, es un sabor muy amargo, aún más que el alcohol puro. Tiene una textura esponjada y suave, nada fibrosa, diferente del nopal. Termino de devorar aquella hierba extraña, mi estómago la rechaza, mi frente suda y estoy a punto de vomitar, pero el aire fresco de la noche me hace recuperarme un poco. Sigo caminando iluminado por la luna. Los mineros cantan al ritmo de su marcha, algunos llevan esqueletos de xoconostle encendidos por dentro. Conforme avanzo mis pasos se vuelven ligeros hasta el punto de que puedo caminar a la par de mis compañeros. El sueño desaparece, me siento como si recién me hubiera levantado, me pierdo en esos cantos desconocidos, las estrellas se vuelven brillantes al igual que la luz que guía nuestro camino.

—Pedro, por favor regresa.

—Madre...

—Ya no digas nada, busca a tu hermano.

—Madre... Juan no va a regresar, ni esta tarde ni ninguna otra.

—No estoy hablándote de Juan, ya me he despedido de él.

—Necesitas descansar, iré a buscar al médico, debe darte algo.

—Pedro, necesito confesarte algo antes de que Dios me juzgue. Cuando era apenas una muchacha, tu abuelo... Tu abuelo pecó ante los ojos de Cristo. Tuve que matar a la criatura en cuanto nació, después de eso no estoy segura de si pueda ganarme una eternidad en el cielo. Ruega por mí Pedro, ruega por mi alma. Busca a tu hermano y clama por su perdón. Prométeme que me enterrarás en tierra santa. Necesito un perdón, Pedro, lo necesito.

Atravesamos un río, su caudal es bajo, apenas se consigue llenar las manos con sus aguas, las lluvias escasean en estas tierras áridas. Cuando me lavo la cara, veo como un pequeño hilo rojo se desplaza por las piedras, cada vez se ensancha más hasta que termina por inundar todo el río. Los cerros rasguñados por otros ríos secos y senderos empedrados, se vuelven rojizos también. Al fondo del cerro se escucha penoso el llanto de un niño.

—¡Arriero! — grita el minero cuyo nombre desconozco, pero quien parece ser de los pocos, si no es que el único, capaz de hablar español a medias.

Nuestro viaje dura cinco días, en los cuales encontramos otros poblados, pero en ninguno de ellos veo a nadie ajeno a los indios. Cuanto más subimos, más gélido se vuelve el viento, como si aquel pueblo fuera inalcanzable.

Finalmente, cruzamos el túnel de Ogarrio, llegando a Real de Catorce. Los mineros van en conjunto a una posada señalada con un letrero al fondo de una de sus estrechas calles empedradas. Dentro de uno de mis bolsillos, junto a mi revólver, conservo la carta de Juan.

“La tercera casa del cancel de vidrio, a la izquierda cruzando dos cuadras a la entrada del túnel, pregunta a la casera Doña Rosa por mí.”

—Buenas noches.

—Buenas noches, mijo ¿en qué puedo ayudarle?

—¿No estará Juan? ¿Juan Castillo?

—¡Juan! — grita la anciana. Su ojo izquierdo está casi completamente blanco, como polvo que se le hubiera incrustado, mas su ojo derecho aún conservaba su color marrón— Ya bajará, siempre es tardado el muchacho. Por ahora pase que hay café caliente en la olla.

—Gracias— la anciana saca la olla de la leña y me sirve café en un jarro de talavera, mientras espero a Juan sentado en un banco a un costado de la mesa. La anciana parece vender tejidos de lana y prendas de tela. Su mirada se ve cansada a la par que curiosa en cuanto a mi presencia. Juan debió avisarle de mi llegada pues parecía muy dispuesta conmigo como para tomarme como extraño.

—Pedro— la voz ronca de Juan, como de la mayoría de mineros, me saluda.

—Pensé que ya no volvería a verte.

—Yo también lo pensé—me reprochaba el hecho de ser un prófugo, después de todo, seguía siendo el mayor.

—Al fondo del corredor está el cuarto.

—Sí— ambos continuamos hasta su habitación: un cuarto con una sola ventana, un petate en el suelo, un catre al lado y dos cobijas de lana.

—Mañana empiezas en la mina, el patrón quiere que estemos ahí antes de la primera misa del día, que es a las 7 de la mañana. Puedes dormir en el petate—dice Juan al tiempo que se descalza las

botas, apaga la vela al centro de la habitación, y se recuesta sobre el catre. Antes de que me hubiera acomodado o pudiera decirle cualquier cosa, Juan ya estaba dormido, habrá pasado toda la tarde esperándome. El problema es que no tuve tiempo para advertirle sobre el revólver. Sería difícil esconderlo en una mina, pero había aprendido a vivir con él, dormir con él, montar con él. Era la única forma de vida que conocía, aquella vivida al borde de la muerte, la de un prófugo sin nombre.

Apenas cantan los gallos cuando Juan, pico en mano, me despierta.

—Ya es hora Pedro, no podemos rezagarnos—me levanto del petate y calzo mis botas. Mi hermano y yo tomamos otro jarro de café, el reloj sobre la mesa marca las 6:00 en punto, y dada la hora Doña Rosa aún se encuentra durmiendo.

Pese a que no es extraño para mí despertar en una habitación distinta cada mañana, siento que algo dentro de este pueblo no cuadra. Hasta ese momento los únicos pobladores que había visto eran Juan y su casera. Los gallos cantan, los burros rebuznan, pero nadie sale a apaciguarlos. El viento me corta la cara, especialmente en la piel que se despelleja debido al ardor del sol desértico. Es una desolación absoluta, parecida a la de la Revolución.

Sin que quisiera recordarlo, las imágenes de los colgados en las vías llegaron a mi cabeza. Lo que un hombre puede hacer cuando se le da rienda suelta, no se compara en lo más mínimo a lo que un animal podría hacer. Durante mi tiempo en la Revolución, vi pilas de hombres muertos, escuché los gritos de niños que nunca encontraron a sus madres y conocí a mujeres que no tenían nada más en la vida que el rifle que cargaban. Pero de entre todas hay una memoria que nunca pude borrar, la de mi pueblo desolado. El padre Palacios tomó todo lo que pudo, mató a los hombres y se quedó con las mujeres, de aquel pueblo no quedaron más que escombros.

—Apúrate Pedro, que el almuerzo se acaba rápido.

Paramos en una cenaduría cerca de la iglesia. Donde me encuentro nuevamente con mis compañeros de viaje mezclados con otros nativos, no parece extrañarles mi presencia. Ahí nos sentamos en una mesa hecha de leña, una mujer cargando a su niño a lomo, nos sirve seis canastas de pan. Los mineros comen con voracidad al igual que Juan. Poco tiempo después la mujer llega con una olla humeante de guisado, una de café y una pila de platos. No se detiene a acomodarlos, simplemente los deja frente a la olla de guisado, marchándose arrullando al niño, el cual ha comenzado a llorar. El aroma desprendido de las ollas indica que han sido preparados recientemente, aun cuando no debían sobrepasar de las 6:30. Toda la madrugada la mujer habría estado cocinando a leña.

Entre empujones logro alcanzar un plato para servirme. El guisado es un consomé de médula de res. No hay cubiertos todos sorbemos directamente del plato, las ollas quedan limpias en muy poco rato y dejamos medio centavo en compensación. Tras el almuerzo Juan se dirige a un pequeño corral junto con los mineros nativos quienes conservan los rasgos indios, pero hablan su lengua en menor medida. Ahí Juan llama a una mula de espaldas anchas.

—La mina queda a unos pocos minutos por el cerro.

—¿Le dijiste al patrón de mi llegada?

-Con cada jornada llegan hombres nuevos, la revolución ha hecho que la mina funcione más que nunca, pero todos los hombres partieron en armas, solo quedaron los indios.

El cerro es empinado y su sendero sumamente estrecho, los colores variantes me hacen creer que es un cerro rico, con inmensidad de metales. Algunos indios llegan a pie mientras que otros andan en mula, burro y muy pocos a caballo. Todos viajamos en grupo, hasta llegar a la mina señalada por el ardor de sus maquinarias, las cuales descubriría poco tiempo después. Varios hombres con lazo, montados en caballos de buena providencia, señalaban a cada grupo las secciones de la mina, quienes poseían de pico iban directo al tiro

o a los túneles. Los demás triturábamos, lavábamos, avivábamos con carbón las fundidoras y otras maquinarias o transportábamos los metales.

—Sigue a ese grupo—indicó Juan señalando—ellos buscan plata de lo que sacamos, tú namás toma grava y enjuágala hasta que veas que algo brilla—fue así que vi a Juan partir y perderse en la oscuridad de un túnel.

Siguiendo al grupo que Juan me había señalado, además de preguntar a uno de los hombres encargados de nuestra supervisión, llegué a una especie de pileta en la cual corría agua enlodada, tras ella había un pozo de agua fresca. Cerca del pozo algunos hombres se dirigen con carros cargados de grava la cual brilla. Sus ojos se ven enrojecidos, sus guantes desgastados, sus espaldas destrozadas al igual que el resto de sus extremidades y están llenos de hollín. Los de apariencia más exhausta se dirigen a una choza para regresar al pueblo. La mina trabaja las 24 horas, día con día gana y pierde hombres constantemente.

Uno de los mineros me cede su puesto dándome una charola honda de acero

—Debes ser nuevo.

—Sí.

—¿Habías trabajado antes?

—Era arriero— el minero me mira con cierta compasión a la vez que paciencia.

—La mayoría de los novatos viene aquí como primera estación.

—¿Tú ya llevas tiempo?

—Cuatro años.

—¿Vives en el pueblo?

—Soy minero de paso, hace unos años estaba en Chihuahua, pero...

—Comprendo.

—El trabajo es simple, basta con agarrar un buen puñado de grava, tomar un poco de agua fresca del pozo y enjuagarla moviéndola hasta encontrar algo, la plata brilla incluso en las mañanas. Nunca la dejes caer por la pileta. Una vez que tengas el bote lleno lo llevas a la fundidora, que es esa parte de allá donde arde el carbón. Suerte, novato— el minero se marcha, dejándome con mi nueva tarea.

El rechinado de las máquinas y las poleas eran ensordecedores, por lo que no había gran comunicación, apenas era capaz de escuchar mis propios pensamientos. Durante horas me limito a ejercer mi tarea, pronto el cielo se cubre de matices rosáceos dando lugar al amanecer. Cuando el sol está un poco más alejado de su punto más alto, me quedo sordo, en un inicio no lo noto, pues no mantenía conversación con nadie. Cuando intento soltar un silbido para evadir mi cansancio, no soy capaz de escucharlo. Caigo presa del pánico al no poder gritar ni escuchar mi propia voz, arrojo el plato de metal contra el borde de la pileta para así provocar el mayor ruido posible. Todos están tan enajenados en su tarea que nadie se da cuenta de mi situación. Sin estar seguro de si realmente hablo o no, comienzo a decir que me he quedado sordo, veo los labios de mis compañeros moverse, pero nadie se resuelve a acercarse a mí. Por un momento dentro mi desesperación pienso en disparar un tiro al aire, pongo una mano en la cartuchera bajo mi camisa y un instante antes de hacerlo veo a los hombres que nos vigilan desde la lejanía, lo que me hace comprender las razones de mis compañeros para mantenerse alejados de mí. Ante eso solo puedo continuar con la labor, si no quiero terminar con plomo en el pecho.

El único pensamiento que tengo es el de encontrar a Juan antes de la puesta de sol. Maldigo una vez más el día en el que el padre Palacios mató al patrón robándose mi vida. Me pregunto en qué

momento las cosas terminaron de esa manera e incluso pienso en mi criollo. ¿Estaría todavía en manos de José, o ya se lo habrían llevado con los carrancistas o ese tal Villa? Hay demasiados pensamientos en mi mente, demasiados para un sordo.

Algunos de los hombres que salen de los túneles tienen en su espalda hilos de sangre provocados por las palizas que los vigilantes del patrón les dan. Uno de mis compañeros en la pileta es golpeado por uno de ellos, al haberse guardado un poco de grava en el morral en el que cargaba su pico.

A la puesta de sol, veo a Juan buscarme en la pileta, dejo el plato sobre el pozo y acelero el paso hacia él, no me sentía tan aliviado de verlo desde que éramos niños.

—¡Juan, me quedé sordo! — mi hermano luce agotado, pero al mismo tiempo sus ojos reflejan alivio por verme. Al leer sus labios me dice que lo siga además de tranquilizarme. Vamos hacia la choza a la cual había visto dirigirse a otros mineros, una vez ahí un muchacho nos paga unas cuantas monedas por la jornada y nos da una pluma para registrar nuestros nombres. El papel está lleno de cruces dibujadas por analfabetos, al figurar mi nombre entre las listas del gobierno, me hago pasar por uno de ellos.

Ya de camino al pueblo, nos detenemos en la plaza, los faroles están encendidos y la noche ha caído sobre el poblado. Juan me tapa los oídos y me dice que sople lo más fuerte que pueda, lo hago con todas mis fuerzas hasta casi desmayarme, al cuarto intento recupero mi audición.

—¿Me oyes?

—¡Sí! ¡Puedo oírte! — digo en un tono suplicante, Juan suspira— Tienes que alejarte de la maquinaria de vez en cuando, pasar a otras estaciones, debí habértelo dicho, lo siento— lo decía con arrepentimiento. Así que le propuse hablar en algún lugar tranquilo donde pudiésemos comer. En una cantina, le conté sobre

mis paraderos, así como el por qué había terminado como prófugo, pese a su cansancio me escuchaba.

—Aquí las cosas no han cambiado mucho, antes de la Revolución el patrón nos daba vales para la tienda de raya, sus hombres nos vigilan y aquel que sorprendan con plata en los bolsillos lo matan frente a nuestros ojos. Por una temporada estuvimos viviendo en los túneles. Muchos enfermaron, yo me salvé gracias a una salida alterna. Estuve vagando por mucho tiempo, hubo derrumbes y sequías, hasta eso nunca llegaron tropas de ningún bando. Pensé en escribirte, pero lo último que supe de ti fue la tarde en la que nuestra madre murió y sabía bien que los papeles de esa casa ya no estaban a su nombre.

— La tarde que me dejaste vi a nuestra madre morir— los recuerdos me abruman, la voz de mi madre resuena en mi cabeza. En mi alma siempre cargaría el pesar de no poder cumplir su última voluntad de enterrarla en tierra santa— Recuerdo como se le marcaban sus huesitos. Murió con esa mirada mustia que siempre tenía cuando veía a nuestro padre regresar de la mina, ¿te acuerdas, Juan? — Juan miraba el vaso de tequila sostenido por la mesa— Al final estuvo preguntando por ti... Me quedé con ella, abrazándola hasta que amaneció. Quise llevármela, pero apenas podía cargar con el catre. No fue hasta que llegaron los coyotes atraídos por el olor, que tuve que darle la espalda. Después llegó Don Sánchez a ocupar la casa y la hizo enterrar en una fosa— Un nudo en la garganta se formaba en mí— Camino a la ciudad unos bandoleros me asaltaron y me quitaron todo el dinero de la venta.

—¡Chingada madre! ¡Pedro, sabías bien que esa casa era lo único que teníamos! Por lo que nuestro padre dio su vida entera en una mugrosa mina, en lo que yo día con día me estoy matando ¡Y ahora me dices que unos pinches bandoleros se llevaron todo!

—¡Tenía 12 años era solo un niño, no se supone que debieras dejarme solo!, me dejaste ahí, con nuestra madre gritando de dolor y con la casa vendida, ¡sin nada, sin nadie!

—¿Quién pagaría la deuda de nuestro padre?! ¿Quién?! ¡Lo único que quise fue protegerte de esta miseria! ¡Aún con la mitad de lo de la venta sigo pagando esa deuda! Esperaba que te fueras, que te hicieras de una vida con ese dinero. Pero no, lo mejor que se te ocurrió fue dejar que unos bandoleros te quitaran todo. Pasan los años y lo primero que sé de ti es que eres un maldito prófugo pidiendo asilo como un perro ¡Qué orgullo! ¡Pedro, de verdad!

— Si tanto te avergüenzas de mí, entonces hubieras dejado que me fusilaran en el paredón— dando un puñetazo a la mesa, salgo de la cantina y me pago una noche en la posada donde el resto de los mineros se hospedaban. Con rabia me dejo caer sobre un catre— Juan puede pudrirse aquí si quiere. Yo me voy a largar, mañana me llevaré toda la plata que pueda, al fin que el que tiene un revólver soy yo-digo a las paredes del cuarto.

Despierto con las campanas de la iglesia. La posada se encuentra casi vacía pues todos ya han partido rumbo a la mina desde hace una hora. Recorro el pueblo con detenimiento, almuerzo en el comedor y al terminar, camino por las abandonadas calles. Mis pasos contienen rabia, e inconscientemente me llevan a una tienda, encontrando en ella una vez más, tinta y papel. Deteniéndome en el cancel de vidrio, llamé a Doña Rosa pidiéndole que entregue dicha carta a Juan, evito sus preguntas o indagaciones y finalmente me marché convencido de que antes del amanecer habría dejado Real de Catorce.

Mi jornada comienza a la puesta de sol, lavo toda la plata que puedo, colocándome al final de la pileta donde dejan los carros con cargamento. Hay mucho movimiento si se observa a larga distancia, además de dar la espalda a los vigilantes. Continúo trabajando un tiempo más, llevando algo de plata a la fundidora, pero guardándome los trozos más grandes en mis bolsillos. Mis compañeros se percatan de ello, pero ninguno muestra intenciones de revelarme.

Al momento en el que tengo la plata suficiente, decido adentrarme en los túneles. La fuerza con la que los indios pican

las betas saca chispas, lo cual me da un poco de luz adicional, además de las lámparas de aceite. Al no conocer en lo más mínimo la estructura de estos túneles, tomo uno de los carros llenos de grava picada y comienzo a seguir el rechinado de las vías que conducen hasta lo que supongo es una salida.

A medida que avanzo las lámparas escasean, los picos siguen destellando en la oscuridad, pero cada vez con menor frecuencia, parte de la grava cae provocando un terrible eco en los túneles comparable al de un derrumbe. Cada vez me es más difícil respirar, “piensa en lo que harás cuando salgas de aquí”, me digo a mí mismo para motivarme.

Llegado el punto hay un momento dentro de la penumbra en la que el golpeteo de los picos cesa, una tenue luz natural me hace creer que me encuentro cerca de alguna salida, así que aprovecho la penumbra y soledad para revisar si conservo toda la plata que he tomado. A mis espaldas un fósforo se enciende, es uno de los vigilantes, quién me pide detenerme preguntando sobre mi procedencia, al no obtener respuesta observa el cargamento en busca de trozos de plata sueltos, dándome la espalda mientras lo hace.

Inmediatamente saco el revólver de la cartuchera, mi índice está justo sobre el gatillo a unos pocos segundos de tirar de él, el vigilante concluye su revisión girándose sobre sus rodillas, disparo. Doy en el cuello, no hay tiempo de que el hombre grite, pues tapo su boca al mismo tiempo que se ahoga con su propia sangre, arrastro su cuerpo a una abertura que se ha formado cerca de las vías, y lo cubro con la grava. Dejando el carro de lado, eché a correr.

La luz de las salidas se refleja, el aire se vuelve más fresco y tengo la sensación de respirar mejor. Estoy a punto de salir cuando una bala me cruza por el hombro, volteo y en cuanto lo hago caigo sobre mis rodillas para caer sobre el suelo, disparó sin estar seguro de haber dado en el blanco, pues el túnel seguía en considerable penumbra. Las balas se intercambian hasta que mi gatillo se traba en señal de que el cartucho está vacío, tomo una desviación de las

vías. Frente a mí una vieja escalera de madera aparece, es el tiro. El resto de los mineros es llevado a la superficie mediante un arnés jalado por poleas, por lo que la escalera resulta anticuada.

Escalo con todas mis energías ignorando el resto del mundo que me rodea, puedo observar los carros de carga y escuchar la maquinaria de la fundidora, las voces se acercan, estoy a nada de llegar a la salida cuando pierdo el equilibrio y el tiempo se detiene, todo se resume en un blanco destello.

“Ruega por mí Pedro, ruega por mi alma. Busca a tu hermano y clama por su perdón. Prométeme que me enterrarás en tierra santa. Necesito un perdón, Pedro, lo necesito”.

Vuelvo a abrir los ojos y me encuentro justo a la salida del tiro. Respiró hondo, el resplandor del amanecer baña mi piel, y recae sobre mis ojos ya acostumbrados a la penumbra. Finalmente lo logré, logré salir de ese infierno. Nadie parece reparar en mi presencia, los vigilantes no fijan la mirada en mí por un solo instante, así que me es fácil huir. No pierdo el tiempo en pasar para recoger mi paga, yendo directamente hacia el pueblo.

—¿A quién busca, joven? — pregunta doña rosa, mientras abre la astillada puerta en un rechinido.

— A Juan— contesto. La anciana se frota su único ojo bueno con el rebozo, mirándome con pesar.

— Ay Pedro, hubieras venido en la noche. Juan fue corriendo a buscarte a la mina no más leyó tu carta.

— Dígale que ya he regresado. No, sabe qué, mejor dígame dónde está.

— En la iglesia.

—¿La iglesia? — digo sorprendido, ni mi hermano ni yo somos devotos. Las campanas resuenan tras de mí.

— Está en el velorio.

—¿Velorio?

— Descansa en paz Pedro, ahora eres libre, han dejado de buscarte. Hoy en la mañana caíste por el tiro de la mina.

— Eso es imposible Doña Rosa, ahora mismo estoy parado frente a us...— miró al espejo principal en el cual se entrevé una anciana a las puertas de una casa, hablando con el viento.



2.1.2 *Marea alta*

Gabriela Carolina Torres Quesada

El fondo del océano podía llegar a ser un lugar solitario; carente de sonido y muy apenas iluminado por escasos rayos de luz. La única compañía que Joel tenía eran los peces, que difícilmente alcanzaba a visualizar debido a la oscuridad. Su tiempo pasaba en cámara lenta mientras cerraba los ojos, cada segundo con más ganas de quedarse dormido. Hacía rato que dejó de preocuparse por intentar nadar al exterior.

Pensó en su madre y en lo que estaría diciendo la gente al ver a una mujer tan hermosa llorar desconsolada, buscando con desesperación entre la infinita extensión de agua sin encontrar nada más que eso, el mismo líquido transparente que tanto odiaba y temía en esos momentos. Pensó en su padre, quien seguramente se hallaba volteando hacia otro lugar esperando a que las cosas se resolvieran por sí solas, como acostumbraba hacer con cada problema que se le presentaba.

Justo antes de ser dominado por el sueño, supo que se le había otorgado una segunda oportunidad. Su madre dejaría los lamentos a un lado y su padre tendría un problema menos que resolver: entre las algas, los peces y los demás animales marinos, juró escuchar el eco de una voz desconocida, que provenía de todos y de ningún lado al mismo tiempo.

«No puedo sacarte de aquí».

Capítulo uno

La chica sonreía al relatarle sobre sus más extravagantes historias, irradiando alegría que contrastaba sus ojos tristes y cansados.

—¿Y tú? — preguntó dando el último sorbo a su café— Casi no has hablado desde que llegamos.

Joel se limitó a devolverle la sonrisa, demasiado distraído contemplándola para contestar cualquier cosa. Al instante de conocerla descubrió que pasar el rato con ella era uno de sus pasatiempos preferidos. Lucy era la primera bocanada de aire después de un largo día de haber aguantado la respiración. Era su mejor amiga, el hombro que siempre estaría allí cuando necesitara desahogarse, la confidente a la que le podía contar sus secretos oscuros. Lucy era su alma gemela, y la parte favorita de sus miércoles y sus domingos.

—Hoy no tengo nada que contar —admitió— así que, por favor, continúa lo que decías.

Su celular comenzó a sonar tan pronto la chica abrió la boca, interrumpiendo lo que Joel creyó pudo haber sido una gran conversación. No tardó en reconocer la voz de su esposa al otro lado de la línea, quien le preguntaba dónde estaba y por qué todavía no llegaba a casa. Su elaborada explicación incluía un jefe malhumorado que no le había permitido salir temprano del trabajo, unos colegas que lo invitaron a comer justo después y un carro con unas inmediatas necesidades de reparación. Era capaz de inventarse las excusas más vanas con tal de no decirle la verdad.

Por la expresión en el rostro de Joel después de colgar, Lucy se percató de inmediato de quién se trataba.

—¿Emma otra vez?

—Sí. Tengo que irme, nos vemos el domingo.

—Está bien. Te amo.

—Yo también te amo.

Alargó su camino a casa, esperando tardarse lo suficiente para no encontrar a su esposa despierta. La culpa terminaba por caer sobre él después de unas horas. No soportaba la idea de traicionarla de esa manera. Le había prometido que tendría ojos nada más para ella, pero ahora ni siquiera se atrevía a mirárselos debido a la vergüenza. Al entrar las luces estaban apagadas, indicándole que su familia ya estaba dormida. Exhaló con un suspiro silencioso, aliviado de que sus plegarias fueran escuchadas. Vio a Emma acostada en el sillón, pero al notar que había conciliado el sueño tan placenteramente decidió no despertarla. Subió las escaleras intentando no hacer ruido y abrió la puerta de la habitación con el mismo cuidado de siempre.

—Ya llegaste —Nicolás, su hijo pequeño, lo sobresaltó a sus espaldas— mamá se sentó en el sillón a esperarte, pero tardabas mucho. Se quedó dormida.

—Siento llegar tan tarde, campeón —le despeinó un poco el cabello—, pero tienes que entender que cuando papá trabaja se le va el tiempo de las manos.

—Sí, lo entiendo.

—Ahora ve a tu cuarto, estas no son horas para seguir despierto.

El niño asintió mientras se frotaba los ojos, luego se dirigió a su cuarto sin protestar.

Joel sintió una vibra extraña al momento de entrar a su habitación. Tal vez era el ruido que hacían las ventanas al ser golpeadas por el viento, o que el ambiente estaba un poco más sombrío de lo normal. De igual forma, estaba tan cansado que decidió acostarse en lugar de tomarse la molestia de ver qué era lo que no cuadraba.

Pasadas las horas, el viento comenzó a hacer ruidos nada semejantes a los de costumbre. Se distorsionaron al grado de percibirse como una voz que se acercaba a su cama, sonando tan real que parecía susurrarle cosas al oído. Luego se escuchó fuerte y claro.

«Joel».

Abrió los ojos de golpe. ¿Acaso alguien había irrumpido en su casa? ¿Habían lastimado a su familia?

La luz de la luna iluminaba lo suficiente para distinguir la figura de un hombre posado en la esquina de su habitación. Este lo observaba, quieto igual que un tronco de árbol y con una mirada bastante severa.

«Me debes un favor».

Su voz era antigua, tan vieja como el tiempo. Era una voz conocida, que le traía memorias de varios años atrás. Recordó el fondo del mar, sintiendo de nuevo sus pulmones llenarse de agua y sus últimas llamadas de auxilio ser ignoradas. Recordó la sensación de su cuerpo volviéndose uno con el océano y el mismo rostro con ojos penetrantes, ofreciéndole la oportunidad de salvar su vida justo antes de morir.

Capítulo dos

Despertó antes de que la alarma sonara, aún inquieto por el vívido sueño que tuvo esa noche.

Durmió las horas suficientes, pero no había descansado en absoluto. Pensó en su cuerpo asemejándose a un autómatas: partes de él crujían al levantarse y mostraba dificultad para mover sus extremidades, como piezas oxidadas igual que un artefacto cuando no lo enceran de la manera correcta. Eso, añadiéndole que sus rutinas no cambiaban, como si su cerebro estuviera programado para repetir las mismas labores una y otra vez.

Al bajar a la cocina, su esposa le dio los buenos días con una sonrisa. Era una carencia de emociones, un intento fallido de parecer verdadera. Él sabía que ella no era feliz. Sabía que sus hijos, quienes yacían dormidos en el cuarto de arriba, tampoco eran felices. Y eso era, en parte, culpa suya.

—¿Hoy también tardarás en llegar?

—No. Te dije que hoy no iría a trabajar, voy a visitar a mi mamá. Quiero saludarla antes de irnos.

Esa había sido su conversación más larga de la semana que no terminaba en una discusión.

Generalmente intercambiaban pocas palabras, porque los dos estaban conscientes de que cualquier paso en falso podría llevarlos a comenzar guerras que demorarían días en concluir.

Su teléfono sonó y Joel sintió un repentino alivio. Era Lucas, su mejor amigo, avisándole que ya estaba fuera de su casa. Se despidió de Emma con un beso en la mejilla, intentando hacer el menor contacto físico posible. Se retiró a los pocos segundos, pasando por alto la notoria mirada de confusión de su mujer y la pregunta que hizo justo después.

[...]

—Te ves preocupado —comentó su amigo en el trayecto al hospital— relájate, es una visita nada más. ¿Qué es lo peor que puede pasar?

Su vista, que todo el tiempo estuvo en el camino, se dirigió hacia Lucas.

—¿Por qué preguntas si ya sabes la respuesta?

—Es una simple charla con tu madre. No sé a qué le tienes tanto miedo.

—A eso mismo.

El resto del recorrido fue en silencio. Aún así, sus pensamientos eran ruidosos, lo suficiente para ponerlo nervioso y dejarlo con unas tremendas ganas de decirle a Lucas que girara el volante y condujera hacia otro lugar. Hacía meses que no veía a su madre por una razón. La amaba y respetaba, pero cada palabra de su boca salía escupida con veneno y pesadumbre. La vejez y el peso de los años le habían trastornado la mente, y su demencia hacía cualquiera de sus afirmaciones cuestionables. Ya no podían entablar conversaciones amenas, ni mucho menos normales.

—¿No te vas a bajar? —Lucas parecía llevar rato esperando cualquier reacción de su parte, dedujo Joel, debido a su rostro repleto de impaciencia.

Le agradeció y se bajó del carro, aún con cierta indecisión. Después de despedirse y ver a su amigo alejarse, tragó saliva, respiró hondo, y caminó hacia la entrada del edificio. En menos tiempo del que pensaba ya estaba tocando la puerta del cuarto 2210. Al otro lado, su madre se hallaba reposando serena.

—Pasa.

Las paredes blancas le daban un tono alegre a la atmósfera, y la luz que entraba por las ventanas la hacía ver agradable, nada como se lo imaginaba en su cabeza. La mujer de aspecto derrotado

lo recibió con una sonrisa de lado a lado. Hizo señas con su mano para que se acercara.

—Ven. Y pon una buena cara, muchacho. Hace tiempo que no vienes a ver a tu madre.

Joel pensó que no había cambiado mucho. Seguía estando idéntica su última visita, a excepción de su cuerpo cada vez más delgado y su semblante pálido y cadavérico. Se preguntó si tardaría en salir del hospital en esta ocasión.

—Vengo a saludar —caminó dando pasos lentos hacia ella— y a contarte que Emma, los niños y yo iremos a la casa de verano de papá. Pasaremos el fin de semana en la playa.

La expresión de la mujer se tornó a una distinta en cuestión de segundos, convirtiendo su sonrisa en una extraña mueca. La tranquilidad que albergaba en la habitación se esfumó por completo. Las paredes ya no reflejaban alegría, y la luz del sol había dejado de iluminar lo suficiente para permitir la entrada al frío, que le invadía cada parte del cuerpo como fuertes choques eléctricos.

No debió mencionar eso.

No debió haber ido desde un principio.

—En ese lugar solo ocurren tragedias.

—No les llames así a los simples accidentes.

Sabía que ese era un tema bastante delicado, así como también sabía de las fuertes convicciones que su madre tenía al respecto. No le cabía duda que esa conversación terminaría por un rumbo similar a las anteriores, en la que incluiría mitos y seres fantásticos relacionados con su familia de alguna manera.

—La muerte es algo más serio que un simple accidente. Al momento en que regreses a esa casa, no tardará en encontrar la forma de llevarte con ella, así como se llevó a tu padre y a tus abuelos. Así como, eventualmente, me llevará a mí.

—La muerte se lleva a todos, mamá. Nuestra familia no es la excepción.

—Sigues siendo muy ingenuo, Joel. Desde pequeño tienes el mal hábito de no ver lo que está justo en frente tuyo. Dime, ¿ya se te olvidó lo que pasó ese día en la playa, cuando la marea estaba tan alta que se llevaba consigo todo a su paso?

Por supuesto que no. Las pesadillas y los traumas del pasado lo atormentaban lo suficiente como para permitirle olvidar.

—Muy en el fondo, sabes que un milagro no es la razón por la que estás aquí y ahora, hablando conmigo —continuó, tomándolo de la mano— te salvó el ángel que debió haberte dejado morir, el único responsable de que tu corazón siga latiendo.

¿Cómo podía ella saber eso?

¿Hablaba de la misma persona que vio en su sueño?

¿Por qué sus pensamientos sonaban como si estuviera a punto de creerle?

—Ten cuidado —su madre lo trajo de vuelta a la realidad— Es un hombre peligroso, pero sobre todo impaciente. Ya han pasado treinta años, no tardará en pedirte algo a cambio.

Capítulo tres

Estaba acostumbrado al ruido. Su vida se basaba en los sonidos y voces monótonas de las cuales nunca contaba con el interés suficiente para prestar atención. Así que esa noche, invadido por el silencio acogedor, se mostraba interesado hasta por el más mínimo detalle que pasaba a su alrededor: su esposa tenía el rostro cansado de siempre y sujetaba el volante como si fuera a caérsele de las manos. Sus hijos estaban dormidos en los asientos de atrás. El mar se observaba a la distancia y las estrellas irradiaban una luz llena de nostalgia. El ambiente era cálido y lo recibía con alegría; después de tantos años, finalmente estaba llegando a casa. Su verdadera casa.

—¿No vas a contestar? —Emma apartó la vista del camino para mirarlo. Joel pensó que un segundo de distracción bastaba para que las tragedias sucedieran.

—Tengo que encontrarlo primero —el celular apenas había comenzado a sonar, pero los niños ya se habían despertado y el ruido le hacía compañía de nuevo, saludándolo con punzadas en los oídos.

Ring.

No estaba en su mochila.

Ring.

Prendió la luz y volteó hacia los asientos traseros. Tampoco estaba ahí. Luego, el sonido se detuvo.

Ring.

El silencio había regresado para irse segundos más tarde.

Ring.

El objeto se hallaba atorado en alguna parte debajo del asiento.

—¿Bueno? —Se preguntó quién podría ser, marcando a esa hora y con tal insistencia.

—Joel—habló una voz gruesa y nerviosa al otro lado de la línea—. Disculpa por molestarte tan tarde, pero, de casualidad, ¿no tendrás el gato que te presté la semana pasada?

Era Ignacio, su compañero y amigo del trabajo más cercano.

—En serio lo necesito. Mi esposa acaba de decirme que es de su padre, y ya sabes cómo se pone ella con las cosas de su familia.

—Creo que te confundiste, Ignacio. A mí no me prestaste nada.

—Por supuesto que sí. Fue el miércoles, después de la comida por el cumpleaños de George. Me marcaste en la noche para

pedirme ayuda con tu carro que se averió en medio de la carretera, ¡y al final te quedaste con todas mis herramientas! ¿Ya te acordaste? Y mira, en serio que yo no soy el tipo de persona que exige las cosas. Puedes quedarte con ellas el tiempo que gustes, solo devuélveme el gato lo antes posible, por favor —el hombre colgó después de una breve despedida y no sin antes mencionarle por tercera vez que le entregara el artefacto.

Debía ser un malentendido. El miércoles había salido temprano del trabajo para ir a tomar un café con Lucy. Recordaba perfectamente salir del trabajo, subirse a su carro y arrancar.

Recordaba... ¿qué más recordaba?

Salió del trabajo, se subió al carro y arrancó. Vio la sonrisa de Lucy, que se difuminaba en su mente como si estuviera siendo pasada mil veces por un borrador. ¿Era acaso la sonrisa de alguien más?

Salió del trabajo, se subió al carro...

—¿Quién era? —Emma seguía sujetando el volante con fuerza.

—Ignacio —se pasó una mano por el cabello y dio una rápida ojeada a sus hijos, quienes no habían tardado en volverse a dormir.

El silencio regresó, pero ya no era acogedor. Ahora era uno gris y siniestro, que esperaba la oportunidad de tomarlo desprevenido para devorárselo entero.

Tenía que marcarle a Lucy. Tenía que asegurarse de que estuviera bien y, sobre todo, preguntarle qué había pasado ese miércoles en la noche.

[...]

Después de un largo viaje de tres horas, finalmente habían llegado a la casa de verano de su padre. A lo lejos se podían escuchar las risas y las olas del mar, ya que esta se localizaba a escasos metros de la playa.

Leslie y Nicolás no tardaron en ponerse los trajes de baño y rogarle a su madre que los dejara ir a nadar un rato a pesar de ser de madrugada. Emma terminó por acceder gracias a los comentarios persuasivos de Joel y las miradas de súplica de sus hijos.

—No se vayan a lo profundo —ordenó su madre una vez pisando la arena de la playa—. Y Nicolás, ¡no te quites los flotadores!

El pequeño solo asintió mientras tomaba la mano de su hermana mayor, quien lo guiaba hacia los adentros del océano.

—La marea se ve un poco alta —admitió Emma preocupada después de un rato—. Esto fue mala idea, creo que será mejor que regresemos.

Joel estaba muy distraído observando el paisaje para prestarle la más mínima atención. La arena blanca, el olor a algas y pescado, mezclado con la demás variedad de olores tropicales. Era perfecto. Tal como lo recordaba.

«Joel».

No estaban solos en la playa. Sintió de nuevo esa mirada penetrante que siempre le causó escalofríos, distintiva del único hombre que últimamente parecía seguirlo a todas partes. No tardó mucho en encontrarlo, parado sobre el agua, a escasa distancia de él y su familia. Una sonrisa retorcida se formó en sus labios mientras volteaba la cabeza hacia Nicolás, que daba chapuzones sobre las olas que llegaban a la arena. Luego se giró de vuelta hacia él.

«Al fin regresas».

En eso desapareció, así nada más. Pasó tan rápido que Joel pensó que se lo había imaginado.

Era probable que solo estuviera cansado, o en el peor de los casos, que estuviera perdiendo la razón al igual que su madre. Eso lo explicaría todo.

Las distracciones se habían ido, ahora podría concentrarse de nuevo en la tierra que pisaba y el mundo que continuaba girando a su alrededor. Pero no le gustó lo que vio: el rostro de su esposa invadido por las lágrimas. Los ruidosos gritos de su hija, Leslie. Las olas arrasando con la arena, queriendo embestirlos con ataques violentos. Y Nicolás, por ningún lado.

—¿Qué pasó? —preguntó Joel desconcertado.

—¡No hiciste nada! —la mirada de Emma estallaba en desesperación—. ¡A Nico se lo tragó el mar, y tú no hiciste nada!

Último capítulo

Desde pequeño le tuvo miedo a la muerte, aunque nunca se atrevió a admitirlo en voz alta.

Sabía que algún día se encontrarían de nuevo, y que no tendría el valor suficiente para afrontarla cara a cara.

Cuando le dieron la noticia de su padre, fue como si el tiempo pasara más lento de lo normal.

Podía sentir cada movimiento, cada respiración, cada sonido del reloj.

tic toc

«

¿

J

o

e

l

?

»

*t**i**c**t**o**c*

«No te pongas triste. Él ya está en un lugar mejor» tic toc

«Joel, ¿entiendes lo que acaba de pasar?»

Su padre perdió la vida en un accidente, a manos de un conductor ebrio que no pudo controlar el volante. Era un pueblo pequeño, un lugar seguro. Ahí, ese tipo de eventos no ocurrían ni en la más lejana de sus fantasías. Lo que había pasado no tenía sentido.

—Este lugar puede llegar a tener hermosos paisajes, es por eso que me gusta tanto —el hombre a quien tanto temía se hallaba parado junto a él, con las manos en los bolsillos y la mirada fija en el mar reflejando los rayos del sol. —Más que cualquier otro lugar en el mundo, y eso ya es decir mucho.

Los gritos y los llantos cesaron. El ambiente se quedó inmóvil, y las olas, estáticas. El tiempo no se había vuelto lento, esta vez había parado por completo.

—Te llevaste a mi hijo.

—Te dije que me debías un favor. Ahora estamos a mano, ¿o no?

Se atrevió a voltear la cabeza y verlo directamente; tenía pelo negro, ojos cafés y vestía de esmoquin, arreglado para la ocasión. Era una persona común y corriente, o mínimo, eso aparentaba.

—Te devolveré tu favor, pero debes salvar a Nico primero.

Todo se percibía tan real que empezó a dudar de su salud mental. Se preguntó si lo que veía era producto de su imaginación.

—Solo hay una forma de devolverme el favor. Una vida a cambio de otra vida —A pesar de la situación, el hombre seguía con la vista al mar, casi como si lo que pasaba no le interesara por completo—. Tú o tu hijo. Dime, Joel, ¿qué será?

—Salva a mi hijo. —Ni siquiera dudó.

—Predecible elección, tu padre hizo la misma. Y el padre de tu padre. Y el padre de tu padre de tu... bueno, supongo que ya sabes cómo va.

Se quedó pensativo unos segundos. Tomó la decisión correcta, pero, ¿por qué se había quedado con un mal sabor de boca?

Tal vez era porque estaba inconforme, con ganas de más. Su vida se resumió en cosas rutinarias y sin importancia. Traicionó a su familia por ir en busca del amor que le faltaba, y terminó encontrando uno que le hacía daño, como amargos tragos de licor que le quemaban la garganta pero que igual disfrutaba ingerir. No hizo nada de lo que estuviera orgulloso. No hizo nada importante. Se le otorgó una segunda oportunidad, ¿y qué hizo con ella?

—Tú...

—Por favor, llámame Azrael.

«Te salvó el ángel que debió haberte dejado morir» las palabras de su madre emergieron por alguna parte de su cabeza casi al mismo tiempo que el sentimiento de terror e incomprensión. Su mente lo atacó con preguntas que incrementaban en número, dejándolo ansioso por saber todas esas respuestas que nadie podría otorgarle.

—Azrael, ¿me podrías decir a dónde me llevarás después de esto?

—Es un secreto. Aunque después de todo lo que has hecho, me imagino que ya te haces una idea.

—¿A qué te refieres?

El hombre finalmente dirigió la vista hacia él, viéndolo con interés por primera vez desde su encuentro.

—Fuiste un mal esposo, un mal padre y un mal hijo. Incluso tú sabes que no eres una buena persona, y eso que nunca fuiste muy bueno poniendo atención a las cosas obvias.

—¡Te equivocas! —objetó Joel, invadido por el pánico que lo atormentaba— Es solo que he pasado por una etapa difícil. Son problemas pequeños, ninguno que no se pueda arreglar con una simple disculpa.

—Se me olvidó que eras de los que no son capaces de aceptar verdades sobre sí mismos.

—¿Por qué crees saber tanto de mí?

—No lo creo, lo sé. Tú mismo me contaste sobre las peleas con tu esposa, el disgusto hacia tus hijos y tu amorío de los miércoles y los domingos.

Sí había hecho una cosa semejante como esa, no lo recordaba en absoluto. No le contaba a nadie sobre su vida personal, a excepción de Lucas y Lucy.

—Permíteme explicarte. A tus ojos puedo ser un desconocido —se señaló a sí mismo, aún con esa sonrisa que a Joel le resultaba tan molesta—, pero, verás, ese es solo uno de mis múltiples disfraces. También puedo hacerme pasar por una persona que te escuche y entienda, una que siempre esté ahí para ti. Mejor amigo, creo que le llaman.

De pronto ya no estaba frente al ángel de la muerte, sino ante un hombre bajo y de piel morena, con un rostro bastante familiar.

—Lucas —Joel estaba anonadado. La voz de la razón le decía que no creyera lo que sea que estuviera viendo, porque era su mente dejando explotar su imaginación.

«No es real» se repetía. Estaba enfermo, enfermo como su madre. Era por eso que veía cosas que no estaban ahí. Seguro ése era otro de sus sueños vívidos y en cualquier momento despertaría en el mundo real.

—O, a veces incluso, puedo disfrazarme de un amor prohibido —reconoció al instante esos ojos tristes y cansados que veía con tanta frecuencia. La tierna sonrisa frente a él ya no lograba tranquilizarlo. No podría volver a escuchar la dulce voz de Lucy sin pensar en la muerte.

Pensó en Ignacio y en su llamada de la noche anterior. Se percató que sus memorias del miércoles pasado no incluían a ninguna chica, nada más que una comida y un carro averiado. Recordó la pregunta que hizo su esposa, justo antes de irse a visitar a su madre al hospital.

«¿Quién es Lucas?» Y aludió el largo camino a ver a su madre, sin la compañía de nadie. Era como si los recuerdos de ellos dos se hubieran esfumado en el viento.

—Me manifiesto de diferentes maneras. En tu caso, soy una enfermedad en tu cerebro que acabará por arrastrarte a la locura. Todavía puedes decidir si esta acaba por consumirte o no. Ten en cuenta que Lucas y Lucy fueron solo el principio, así que te diré una última vez, ¿qué será?

Joel cerró los ojos y disfrutó los segundos que le quedaban de silencio, esperando que a donde Azrael lo llevara, fuera un lugar tranquilo y sin demasiado ruido. No había nada que él pudiera hacer ya, más que darle fin a lo que tuvo haber acabado hace mucho tiempo.

—Quiero que saques a Nico del agua [...]

A pesar de llevar un buen rato ahí, no se había acostumbrado al frío. Se dio cuenta que el fondo del océano podía llegar a ser un lugar muy oscuro, pero también muy interesante si sabías por donde mirar.

Los rayos del sol apenas alcanzaban a llegar a tales profundidades, pero iluminaban lo suficiente para que Nico pudiera ver a los peces de diferentes colores, quienes se movían alegres a su alrededor y parecían saludarlo al mover las aletas.

Ya no sentía su cuerpo, solo sus párpados que cada vez se hacían más pesados. Hacía rato que dejó de preocuparse en nadar al exterior, ya que decidió concentrarse en disfrutar lo que sería la última vista que contemplaría en toda su vida. Aún siendo pequeño, sabía lo que le pasaría si se quedaba más tiempo dentro del agua.

La nostalgia lo invadía mientras hacía el máximo esfuerzo por no quedarse dormido.

Extrañaría mucho a su familia, sobre todo a su hermana. Pensó en sus padres, quienes acabarían con un gran vacío emocional y seguramente un constante sentimiento de culpa. Pero sus preocupaciones se desvanecieron casi al instante después de que llegaron, y la confianza se adueñó de su cuerpo, haciéndole saber que lo que fuera que pasaría después, saldría bien: entre las algas, los peces y los demás animales marinos, juró escuchar el eco de una voz desconocida, que provenía de todos y de ningún lado al mismo tiempo.

«Yo puedo sacarte de aquí».



2.1.3 *Fabi*

Ximena Arrambide Flores

La incómoda rigidez de mi cuello me forzó a abrir los ojos. Me topé con que estaba acostado en una posición extraña de la que me incorporé como pude para verme invadido por un terrible calambre en el cuello y espalda. Bostecé y me llevé una mano a la cara para tallármela y noté que está estaba cubierta totalmente por una capa de sangre seca. Un poco más arriba del antebrazo en ambos brazos; una capa rasposa y ahora cuarteada por el movimiento de mi piel me cubría como un par de guantes. Me sentí confuso hasta que noté la misma sensación en mi cara. “No puede se-”. Y sí que podía ser. Mitad de mi rostro estaba cubierto por una mascara roja de sangre seca que se expandía desde mi nariz. Ese supuesto doctor al que me había llevado Fabi para cauterizarme era un estafador inútil.

Fabi.

¿Y Fabi? Ahora que reaccionaba, la alarma no me había despertado y al girarme de vuelta a la cama no había rastro alguno de ella... Supongo que se debió haber ido temprano y no me quiso levantar. Miré el reloj de la pared contraria. 7:41. Era tardísimo. Desesperadamente, abrí la llave del agua y comencé a tallarme la cara como un maniaco. No tenía caso. Me desvestí y aventé dentro la regadera esperando tener éxito.

— ¡Eh, Martín! — mi cuerpo se detuvo en seco justo antes de entrar al elevador. —¿No me esperas? — suspire para mis adentros.

—Solo ordeno mi escritorio y ya— me vi obligado a retroceder del elevador y acercarme al escritorio de Toño, uno de mis pocos amigos dentro de la oficina. Llevaba apenas un año trabajando ahí y por lo general soy serio, por lo cual diría que soy más solitario que sociable.

—¿Todo bien? Estuviste medio ido todo el día y te ves desganado— fruncí el ceño al recordar la razón.

—Estoy cansadísimo; dormí chueco y amanecí todo manchado de sangre. Creo que hasta arruiné las sábanas.

Despegó la vista de su escritorio para mirarme extrañado.

—¿Sangre?

—De mi nariz acuérdate— ¿De dónde más? Pensé. Estará estúpido.

—Ah sí. ¿Qué no habías ido con un doctor a arreglar eso? ¿Cómo se llamaba? El rrino-oto-”

—Otorrinolaringólogo. Y sí, si fui. Fuimos de hecho— Fabi otra vez. —Pero ya ves pa’ qué sirvió.

Toño acabó por fin y nos empezamos a dirigir de vuelta hacia el elevador. La oficina estaba vacía, excepto por nosotros; un bosque gris de escritorios y computadoras, parecía más como una especie de campo interminable trabajado por zombis que una empresa productiva.

—Por cierto— el pensamiento no podía abandonarme. —¿No sabrás algo de Fabi?

—¿De Fabi? Pero si es tu novia... ¿Qué no vivían juntos? — Toño se giró para quedar frente a frente después de presionar el botón del elevador

— Si, si, pero no he sabido nada de ella en todo el día. Con eso de que me desperté tarde olvidé mi celular y pues como antes se llevaban.

—Ah, pos antes. La última vez que hablé con ella fue para preguntarle sobre el día de tu cumpleaños hace como un mes— entonces sonrió y me codeó como si lo que había dicho fuera divertido. —Que de hecho ya está muy cerca... ¿Se vendrá algo bueno?

Me limité a girarle los ojos e intentar ignorar el comentario mientras entrabamos al elevador. No había sido la respuesta que estaba buscando. Se sentía extraño. Nada, nada en absoluto de ella. Ninguna llamada preocupante a la oficina, ningún mail, ni siquiera el café en la mañana; tenía la sensación de que había algo fuera de lugar.

— Mmm... pues yo digo que no te preocupes. Ya sabemos cómo es, toda... impulsiva, toda espontánea— agregó levantando las cejas de manera exagerada al igual que con tono sarcástico. — Ya sabes, como todas las mujeres muy disque independientes y esas *ideuchas* de ahora.

—Sí... suena como Fabi.

—Yo digo que ha de haber despertado con las hormonas locas y le debieron de dar ganas de hacer alguna cosa innecesaria, como plantar árboles o de esas acciones sociales, yo que sé— asentí con la cabeza mientras seguía mirando el número de piso hacerse más chiquito.

—Al rato seguro te la vas a encontrar con la cena lista, tu ropa planchadita y quizás y alguna cosita más— y me soltó un guiño antes de que saliéramos hacia el oscuro estacionamiento.

—¿Fabi? — dije al cruzar la puerta para toparme con un recibidor oscuro y ninguna señal aparente de nadie. — ¿Fabi estás aquí? ¿Llegaste?

Nada. Caminé y dejé las llaves en la barra de la cocina, asomándome por todos lados.

—¿Fabi? — dije de nuevo con bastante incertidumbre. Todo estaba como lo había dejado. Cocina sin el café de las mañanas preparado, cama destendida y sábanas manchadas, mi ropa sucia aventada afuera de la regadera; ¿adónde había ido?

Me dediqué a buscar mi teléfono, pero curiosamente encontré el de ella en vez. Lo sostuve en mi mano intentando descifrar el por qué estaba aquí en mi mano y no donde sea que ella estuviera. Sin detenerme, empecé a buscar algo que me pudiera ayudar para saber lo que pasaba y di con un evento en su calendario.

“Expo en Tijuana” venía marcado desde ayer domingo hasta pasado mañana y al instante una rabia extraña me invadió el pecho. Sentía una mezcla de despreocupación al saber ya dónde estaba, pero a la vez abandono ya que había preferido ir a una estúpida exposición que a quedarse conmigo. Alcancé a leer dentro de los detalles el nombre de un museo justo antes de que mi brazo lanzara el teléfono hacia la pared, causándole una abolladura. Al ver lo que había hecho, resoplé y me tumbé en el sillón de la sala para ver el partido y así dejar de gastar mi tiempo en cosas inútiles.

El tráfico de Gonzalitos me estaba mareando. Sentía como si las luces rojas de los carros alrededor mío me quisieran destruir los ojos; como si fueran una multitud asechándome, queriéndome atrapar.

“Son las 7:35 en esta oscura y maldita mañana del segundo día que...”

Reaccioné entonces al fuerte claxon del carro detrás de mí y solo dejé caer mi pie en el acelerador.

“...las siete con treinta y cinco minutos aquí en Telediario Matutino, seguiremos contigo Abimael en el clima...”

—¿Supiste algo de ella? — Toño me preguntaba, apoyándose sobre una pila de papeles que acababa de organizar.

—No y quítate que le tengo que entregar eso a Don Cuauhtémoc— se levantó en seña defensiva a mi tono hosco.

—Oye, perdón.

Tomé los papeles y caminé hacia el escritorio de Rocío para poder entregárselos de una vez y poder largarme a comer; Toño me seguía como un perro hambriento de la calle.

—¿Pero en serio, nada nada?

Suspiré sin verle la cara.

—Rocío traigo esto para Don Cuauhtémoc, son los reportes que me había pedido.

—Sí, si yo se los entrego más al rato que ahorita está ocupado hablando con su esposa sobre la boda de su hija— se bajó los lentes y acercó más hacia mí, como si estuviera a punto de revelar la combinación de la caja dentro de su oficina. — Que me dicen que no va así muy bien que digamos... la niña se le había prometido a un *hippioso* peludo que conoció allá en sus viajes, pero el señor Cuauh logró salvar el futuro de la muchacha comprometiéndola justo antes con el hijo de un compadre suyo, y que se ve que es buen muchacho— y terminó con ese tonito típico de una señora que reconocía una oportunidad de la cuál se quisiera estar colgando.

— Martín, por favor, ya cálla...

— ¡¡Qué Toño?! ¡¡Qué!!”

Todo el mundo dejó de hacer lo que pretendían hacer para voltear a verme como palomas cuando te les acercas con pan; esperando alimentarse de mí.

—Tranquilito muchacho, no hay por qué levantar la voz— añadió en voz baja la vieja chismosa, mientras metía en su boca un puño de conchitas rancias con salsa, que podía jurar estaba masticando justo en mi oído por el abrupto y perturbador

crunch-crunch-crunch-crunch-crunch-crunch

El color del aceite con el que Juan inundó la carne para mis tacos era sospechoso. De igual forma, decidí ignorarlo como el martes anterior.

Y el anterior a ese, y el anterior a ese otro.

—Aquí está Martín, una de trompo—el plato de hielo seco cruzó del interior del puesto hasta la barrita metálica donde me sentaba. Juan me ofreció una coca la cual tomé sin dudar, dándole un trago largo y embriagador.

—Pepe encárgate un rato, ¿no? Que ya me tocaba acompañar a este— misma excusa. A mi parecer siempre han sido mayores las ganas de alejarse un rato del calor de la parrilla que las de hacer como que está interesado en mi vida. Dio un paso afuera del puesto y al recargarse en la barrita justo al lado mío esta se movió haciéndome dudar de si podría comer sobre ella.

—¿Y cómo has estado?

— Igual— contesté entre mordida y mordida, percatándome de algo fuera de lugar en mi orden de trompo habitual.

—¿Abusado por tu jefe y durmiendo en el sillón? — ¿es enserio que así me sentía siempre? Realmente que no podía entender por qué la gente decía lo que decía o hacía lo que hacía.

—Supongo— mientras tragaba, la carne y tortilla tomaban una consistencia extraña. El sabor sazonado del trompo y la grasa de las tortillas se habían licuado en algo espeso que se deslizaba lenta y viscosamente por mi garganta. Hice una mueca e intenté pasar saliva, pero un sabor metálico y salado me inundó toda la boca haciéndome querer escupir.

—¿Todo bien? — me giré inmediatamente a Juan que tenía los ojos espantosamente rojos y venosos, como si se le fueran a salir de sus cóncavas.

— S-s-si... — regresé los ojos al plato desconcertado, para ver que la carne de mis tacos se había convertido en una masa color carmesí oscuro y que asemejaba a un coagulo de sangre caliente cuyo olor me aturdió.

Tallé mis ojos fuertemente y volví a ver el rojo vivo del trompo a medio comer y a un Juan mirándome con una ceja levantada.

— M-me tengo que ir, perdón— me despegué del frágil rectángulo metálico, sacando con rapidez un billete de \$50 de la cartera y alejándome lo más rápido posible del lugar.

Mis pies se seguían el uno al otro hasta que llegué a mi carro, al que me subí automáticamente sin pensamiento alguno más que el del sabor salado y espeso de la sangre en mi garganta.

Abrí los ojos de repente y los colores brillantes de la televisión me saludaron. Una película que no entendía estaba puesta y no tenía ni la menor idea de que hora era. Intenté incorporarme hacia adelante, topándome con la mesa y tirando varias botellas vacías al suelo.

Oops.

Me paré y mi cabeza daba vueltas, como si estuviera en un juego mecánico de una quermés. Después de unos segundos logré centrarme en un bloque de vidrio enfrente mío. Tenía un color verdoso que me hizo acercármele para darme cuenta de que era la pecera. La luz de la televisión le daba un tono fosforescente al verde del agua y alumbraba el pequeño castillito al fondo de esta. Mi vista se posó en los dos peces anaranjados que habitaban el contenedor. Se encontraban boca arriba casi afuera del agua flotando tan tranquilamente. De seguro era tarde ya que ya estaban profundamente dormidos. Apagué la tele, ya que pensé que la luz los molestaría haciéndolos despertar de mal humor, y me tambaleé hasta la cama desvaneciéndome en un sueño que me pegó como una droga.

Mi cabeza era una bomba de tiempo en la mañana. Me había pasado de tragos la noche anterior y amanecí con una resaca tremenda. Por suerte la alarma logró levantarme a tiempo obligándome a tomar un baño e intentar sordear lo que sea que había pasado anoche, que no poseía ni el más mínimo recuerdo. Al alistarme pasé por el celular de Fabi que había lanzado contra la pared días antes y algo me hizo tomarlo del suelo. Intenté encenderlo, pero no sucedió nada; al parecer me había pasado un

poco. Vino a mi mente el nombre del museo que había visto en su calendario y miré el reloj.

7:52: tenía algo de tiempo aún así que busqué el número de teléfono del museo y llamé desde el fijo del departamento.

Mientras timbraba empecé a pensar en qué iba a decir y se me empezó a hacer inútil el hecho de esta...

—Buenos días, ¿en qué le puedo ayudar? — muy tarde, la voz de la mujer me había impedido colgar.

—Ah buenos días, quisiera saber si me podría ayudar a reconocer a una persona. Se trata de mi novia, se llama Fabiola López y es pintora. No he sabido nada de ella en varios días y lo único que tengo sobre su paradero es la fecha de una exposición en su museo marcada el domingo pasado... Ella es muy llamativa— llamativa, más bien rara— probablemente vestía una falda colorida y siempre carga.

—Perdone que lo interrumpa, pero, ¿ha dicho Fabiola López?

—Sí.

—¡Fíjese que el lunes tuvimos una pequeña exposición para artistas independientes y su novia estaba dentro de la lista de expositores, pero nunca llegó!

Dejé de pensar.

—Pensamos que llegaría un poco más tarde, pero supimos nada de ella.

—Ah— fue lo único que pude articular.

—Siento mucho no poder ayudarle, si le sirve de al-

El teléfono se resbaló de mi mano y se quedó colgando en la pared; de pronto me encontraba frente a la ventana y pude terminar. ¿Dónde estás Fabiola?

Alrededor de las nueve me subí al carro. Y manejé. Solamente manejé. No fui capaz de llegar al trabajo, solamente de pisar el acelerador y mirar hacia enfrente por horas sin preguntarme a dónde llegaría. Llegó un punto en donde logré ver un señalamiento para Linares y fue ahí cuando reaccioné y tomé un retorno. No sabía lo que hacía.

Fabi no estaba, no sabía nada de ella, ¿qué iba a hacer?

¿Quién me haría compañía en las noches?

¿Quién haría el café en las mañanas?

¿Quién lavaría mi ropa?

¿En quién me desahogaría?

Sin saber realmente cómo, fui a dar al estacionamiento del edificio por ahí de las 9. Salí del carro y caminé hacia el elevador desgastado y con una profunda frustración que hasta tenía ganas de soltarme a llorar de la pura rabia.

—¡Martín! ¿Cómo has estado? — era Pablo, el que trabajaba en el bar. No sabía que vivía aquí.

—Hola.

Se paró al lado mío esperando al elevador, cargando unas bolsas de papel que parecían traer abarrotes.

—¿Cómo seguiste del otro día? — me giré completamente sacado de onda.

—¿Otro día?

—Sí, del domingo— me quedé en silencio.

—Ah, bueno es que... ya sabes ese es mi día de descanso y me platicó Julián, el otro chavo, que estuviste en la barra ese día por mucho tiempo, que toda la tarde algo así, y... y que bebiste...Que

no parabas de pedir otro y otro y otro trago y ya sabes, Julián es nuevo y, y no sabe qué se hace en esos casos, y... — Su vista evitaba mis ojos, estaba nervioso.

La ansiedad me comenzó a invadir y me empecé a exasperar.

—¿Y qué Pablo? ¿Qué sucedió? — mi tono lo hizo mirarme y no me gustó lo que vi.

—Estabas fuera de ti, me dijo que te volviste loco después de contestar una llamada, le lanzaste tu vaso y comenzaste a golpear cosas y te tuvieron que sacar entre varios. Por lo que entendí Carlos te trajo aquí, pero hasta ahí sé.

—¿Q-qué?

—¿Es real que no sabías nada de esto?

No hallaba como contestar.

—N-no, no recuerdo nada del domingo. Desperté el lunes sin siquiera preguntarme qué había hecho el día anteri...

Fabi. Fabi no estaba desde el lunes.

Instantáneamente me moví hacia las escaleras, pero paré justo antes de subir.

—¿De quién era esa llamada Pablo? La que contesté.

—De tu novia.

Irrumpí en el departamento empapado de sudor y vuelto un huracán. Había subido cinco pisos por pura adrenalina; había algo, algo que no estaba viendo.

Abrí sus cajones, el closet, debajo de la cama; algo sucedió, Fabi hizo algo que causó todo esto. Me rasqué la cabeza en desesperación y comencé a caminar por todo el espacio sin saber qué hacer y fue entonces que lo noté

La maleta justo en frente de la lavandería.

Abierta y vacía; ella no se había ido, entonces, ¿dónde podría estar?

Una pila de ropa doblada yacía encima de la lavadora como si la hubieran interrumpido justo antes de guardarla. Sin darme cuenta tropecé y me agarré de lo que pude para evitar caer. Había sido la manija de la puerta del cuartito; todas las cosas de pintar de Fabi estaban den...

La idea cruzó por mi mente y no dudé ni un instante en girar la manija y jalar. Al principio no hable.

No articulé sonido alguno.

Entonces me pegó el olor. Pesado y sofocante, lo podía ver envolverme como la neblina en las mañanas.

—La expo era el lunes, pero quiso irse desde el domingo. Me quiso avisar, pero perdí la razón.

Después llegó esa sensación; de frío y bochorno que me causaba un ataque de escalofríos y me hacía temblar dejándome sin voluntad para actuar. El sabor infectó lenta y dolorosamente mi boca, como si miles de clavos viscosos y calientes estuvieran en mi paladar.

—La caché empacando y la arrastré al cuarto.

Pero no me hallé capaz de despegar la vista de ese color. Me llenaba de una energía inexplicable, me hipnotizaba. Sus diferentes tonos: oscuros, claros, carmesíes o rubíes;

—La golpeé aterrorizado. No la iba dejar irse. No me podía dejar solo.

Delante de mí yacía el verdadero arte, el que todo este tiempo había querido imitar, pero al que tuvo que sucumbir.

Fabi estaba aquí. Nunca se había ido y nunca más pensaría en irse. La maté.



2.2 Profesional

2.2.1 *El criogen de Woodstock*

Zayd Rogelio Solís Cortés

—Doce o trece, quizá. No lo recuerdo. Esos detalles no son relevantes. Pero fue en el setenta y dos. Vivíamos, como todo matrimonio recién consumado, en el hermoso pero humilde barrio de Lázaro. Sí, el mismo en donde Serge Billard pasó la noche cuando visitó nuestro estado. ¿Quién diría que semejante personalidad dormiría alguna vez en un pobretón lugar como ese? Habiendo hoteles gigantes y casas de lujo— alzó los hombros—. Pero así son las estrellas: excéntricas, impredecibles. Hay tanta pasión en sus corazones como locura en sus mentes. Este pueblo ha visto a cientos de ellas llegar con seis cuerdas y marcharse sin una sola, pero convertidos en leyendas. Aunque no siempre es el talento lo que les da una posición en la cima, no. En ocasiones, la habladoría es el representante idóneo para alcanzar el éxito. Yo siempre he dicho, la farándula es un catalizador que sirve solo para dos cosas: abrir camino al olimpo o afiliarlos al club de los veintitantos. Es increíble medir el poder de las palabras con el chisme ¿no te parece? Por supuesto, eso solo se ve allá afuera, en el resto del mundo. Aquí no.

Las cosas por acá son...reales, aterradoras, y restan valor a esas trivialidades mundanas. En fin, volviendo a mi vida, pues eso has venido a escuchar. Mary y yo estábamos enamorados. Éramos un par de jóvenes caprichosos y felices. Locos de amor. Era hermosa y divertida, el sueño de todo hombre. Llevaba dentro de ella dos de las cosas más fantásticas que este mundo ha podido dar. La primera era su voz, ¿puedes imaginar el sonido de una divinidad astral, una ópera cósmica o el coro de mil serafines? Pues ante Mary y su hermoso canto, estos no representan nada. Su voz me robó el corazón la primera vez que la escuché. Le apasionaba interpretar sus propias piezas y el alma de los oyentes derretía con piel china, choques eléctricos y escalofríos frente a su cantar. Aquello siempre terminaba en ovaciones de pie y llantos enérgicos —el hombre sonrió ruborizado e hizo tronar su cuello—. La segunda de las cosas iba depositada en su vientre, en donde llevaba el fruto de nuestra bella unión, una unión de casi tres años. Añoraba más que nada salvaguardar el apellido de mi padre con una criatura nacida en la tierra que me vio crecer: Woodstock. Hay una energía funesta y especial en este sitio. Lo que voy a decir es historia universal, muchacho, pero me has pedido que sea preciso con todos los detalles, así que...

El joven interlocutor agradeció con un movimiento de cabeza y continuó escribiendo lo que el hombre dictaba.

—Woodstock era conocido mundialmente por ser el hogar del músico. Se decía que Apolo y varias musas habían elegido nuestro pueblo para sembrar la semilla de la melodía y el ritmo. Atrayendo a los más brillantes artistas de todas partes, y engendrando voces tan angelicales como la de Olivia Rubalcaba o la de mi Mary. Woodstock era el centro de reunión de los más talentosos músicos provenientes de todas las naciones. Pero al mismo tiempo, servía como fábrica de compositores y genios musicales. Ningún otro pueblo ha concebido tantas celebridades como este, eso te lo puedo asegurar. Corría el año sesenta y nueve cuando se nombró en Nueva York, en honor a esta tierra, al más grande concierto que el hombre haya visto jamás:

Woodstock. Eso, claro, fue tres años antes de la primera tragedia, lo cual nos remota, como te decía, a mil novecientos setenta y dos — el hombre se rascó la barbilla y bostezó.

—En épocas decembrinas era costumbre recibir a decenas de artistas de todo el globo. Su visita venía acompañada de hordas y hordas de aficionados que dormían en las calles cubiertos en periódicos. Esperando la ansiosa llegada del *criogen*. La nieve derretía ante el clamor de los cánticos en un espectáculo de cellisca. La gente estallaba de emoción, estaban completamente locos, locos en un sentido hermoso. Adolescentes e incluso ancianos, veteranos de guerra en su mayoría, fumaban y danzaban entre nubarrones de humo y tabaco tomados de las manos de manera casi mágica. Las trompetas y los clarinetes sonaban por doquier sobre el redoble de las baterías. Créeme que ni el hombre más elegante, ni la mujer más refinada podían resistirse al ritmo del viento. Saxofón por allá, cuerdas por acá. Todos danzaban, cantaban y brincaban en una atmósfera de alegría ¡Era una locura! —su piel se erizó ante el recuerdo. — En una ocasión, escuché a un hombre decir que Woodstock era el burdel de los ángeles. Alcohol, drogas y sexo rebosaban en cada esquina. Los límites solo existían en la imaginación — el hombre paró unos instantes, apoyó un cigarrillo entre los labios y lo encendió. Le pegó una larga bocanada y continuó.

—Así era Woodstock hace una década, vivaz, glorioso. Ni los locos veinte fueron tan felices como entonces. Ese era el mejor maldito lugar y momento para vivir. En aquellos años, incluso mi cuerpo y mente gozaban en toda plenitud —dijo mostrando un muñón deforme en el brazo. — Pero eso, ¡ah! Eso estaba por cambiar. Por desgracia, todo en esta vida tiene un precio. No hay exceso que no conduzca al infortunio. Y tras meses y meses de juerga y desorden, así fue. La primera factura llegó a Woodstock tres semanas antes del *criogen* — el hombre alzó su muñón al aire.

—Aguarda un segundo, ¿quieres? — se puso en pie y contestó el intercomunicador.

El joven escribano, observaba a la ilustre figura con curiosidad y pena. Suspiró de agotamiento y se recostó en el asiento. Se sobó las muñecas cansadas de tanto escribir y bebió un trago de café. De pronto, el hombre regresó a la mesa y dejó un billete sobre el mantel.

—Lo siento, muchacho, es una emergencia, debo partir. ¿A la misma hora mañana? — el escribano asintió. —Dale el cambio a la mesera — giró sobre sus pies y desapareció corriendo tras la puerta. El joven, de facciones finas y porte elegante, carraspeó molesto y dio una ojeada a sus notas.

—¡Con un demonio! — aplastó una tostada a medio comer y se desabrochó el cuello de la camisa. Se puso en pie y caminó hacia la barra. El tabernero lo miró con curiosidad y recibió la paga con una sonrisa. El escribano cogió su abrigo, se puso el sombrero y salió a la oscuridad del pueblo.

Resintió el frío viento que soplaba entre los callejones. Cargaba en su brazo un maletín lleno de papeles viejos y notas casi incomprensibles. Se avecinaba desde el oeste una fuerte tormenta, unas cuantas gotas le mojaron el rostro. A pesar de la pesadez de las nubes, la noche se le antojó preciosa y sintió la necesidad de silbar. Pero se contuvo al recordar la advertencia del taxista: “Nada de música, Johnny. No lo olvides.”

Observó el barrio desde la ventana de la habitación en la que se hospedaba, ignorando el letrero de *No Fumar*. La tormenta inundaba las calles y activaba las alarmas de algunos autos a lo lejos. En el edificio de enfrente, una pareja danzaba bajo las sábanas iluminada por los fúnebres relámpagos. Sintió lástima por ellos. Pronto llegaría el día del espectáculo y la paz del pueblo terminaría. El joven apagó su cigarrillo contra el balcón, se recostó en la cama y contempló el techo. Concilió el sueño con una última y repulsiva imagen en la mente: el muñón deforme en el brazo de su entrevistado.

—Sabes lo que ocurre cuando cae el invierno, muchacho.

Y eres muy valiente por estar aquí, admiro tus cojones. Incluso con el espectáculo natural, muy pocos se atreven a venir en esta época. Ayer...ayer fue el primero del año, y vendrán más. Deberé estar colmado de paciencia para aguantar lo que nos espera. Las precauciones jamás serán suficientes, está en nuestra naturaleza. La música, me refiero a la música; nuestros propios latidos no son más que redobles del alma. Además, no hay nadie en este pueblo que no sepa tocar un instrumento y leer un pentagrama, se enseña en los primeros años de escuela. Yo...lo lamento. Permíteme continuar, ¿en dónde me quedé? —preguntó el sujeto al día siguiente en la misma taberna.

— ¡Woodstock, sí! Yo no era más que un oficial cualquiera, mi labor consistía en mantener el orden entre los visitantes que llegaban en espera del criogen. Mis compañeros y yo limpiábamos las calles de forajidos ebrios y turistas intoxicados. Trabajaba más de lo que veía a Mary. Mientras, ella cantaba y hechizaba a las masas con su radiante voz angelical, su vientre se inflaba día a día como un balón. A pesar de que casi no nos veíamos, creo que jamás estuvimos más unidos que entonces. La alegría de un hijo y la ola de sueños que trae mantenía a nuestros corazones fusionados como uno solo. Era el hombre más feliz de todos, con la mejor cantante de este pueblo, un salario decente y un gran futuro por delante, nada podía ser mejor. Pero escucha esto, muchacho, el equilibrio solo sirve para una cosa: dar paso al caos. Y eso ocurrió un martes al final del otoño, cerca de la medianoche, ahí fue cuando la factura nos cayó. Fumaba tranquilamente en el auto, con Audrey Coldivar de fondo, cuando una voz salió del intercomunicador: “Atención a todas las unidades. Situación en el barrio Bustamante. Número diecinueve”. Encendí las sirenas del auto y conduje a toda velocidad. El sitio era un edificio pequeño, gastado y despintado de unos seis pisos de altura. La entrada estaba acordonada y custodiada por dos gorilas uniformados que portaban armas. Bajé de la patrulla y avancé hasta mi compañero más cercano, un negro obeso y amargado, a quien pregunté qué era todo ese alboroto. “Hombre caucásico de treinta y tantos. El tipo quiere volar como un pajarito desde la ventana”,

contestó. “Parece que consumió hongos o cualquier otra mierda. Si se lanza nos haría un favor a todos”.

—Los gritos despertaron al vecindario entero. “¡Hey, Jim, ven un momento!” Se giró y mientras platicaba con su amigo, otro negro del mismo talante, en la espera de instrucciones, alcé la vista al cielo. Ahí donde en otros países solo hay nubes, pude ver la maravilla de Woodstock: unas delicadas pinceladas de color pastel que se movían como colas de serpiente. Eran las primeras auroras boreales del *criogen* — en la taberna, el hombre le pegó un trago a la cerveza y se secó la espuma con la manga.

El escribano movía de prisa el bolígrafo sobre el papel.

—Aquel maravilloso avistamiento me hizo desear regresar a casa con Mary. Woodstock, además de aglutinar el talento musical, es famoso por el desfile natural de luces que llega en el último mes del año. Se habían dejado de ver en el periodo cenozoico, pero por alguna razón que no comprendemos, aparecieron nuevamente hace poco más de tres siglos. ¡Qué dicha poder disfrutar de algo así en la vida! ¡Mira por la ventana, se alcanza a ver el rastro de una aurora! —el escribano obedeció y contempló la radiante culebra verde en el cielo.

— Hermosa ¿no es cierto? El director Domingo Rinaldi, muy adelantado a su época, fue el primero en visualizar un espectáculo musical que mezclara el arte de los hombres, con el arte de los Dioses —el escribano desvió la mirada de la aurora y escribió con mucha rapidez. —Y en el año cincuenta y nueve, se llevó a cabo la primera edición de su hermoso festival. Alcanzando un éxito enorme y obteniendo el reconocimiento mundial como el legado cultural de la década. Un concierto nocturno al aire libre con los mejores músicos de todos los países, cantando, tocando e interpretando sus mejores piezas bajo las místicas auroras. Rock, jazz, blues, ópera. Todo sonaba en un gigantesco escenario a escasos metros del mar. La gente acampaba y bailaba en la fría arena, sirviéndose de la música, los fuegos artificiales, las drogas y los sentidos para el ritual

artístico más grande jamás antes visto: el *criogen*. Era todo un suceso para los tiempos que corrían. La Guerra Fría estaba convirtiendo las artes en una pérdida de tiempo, pero el festival de Woodstock les dio esperanza. Las revivió y transformó en un movimiento de paz, armonía y cambio. Era como un abrazo caluroso entre la cruel hostilidad ¿Por qué se decidió llamar *criogen*? Nadie lo sabe. Hubo muchos términos para referirse a cualquier contracultura artística y liberal en esos años: *diggers*, *beatniks*, *hippies* y otra docena de esas mierdas. Quizá Rinaldi quería crear su legión de Cryonics—alzó los hombros con una carcajada. —Quién sabe. Algunos teorizan que el nombre se debe a las bajas temperaturas que hay durante la fiesta.

—**Mi** interés por eso es nulo. Sea como sea, le va como anillo al dedo —el sujeto se frotó el muñón y pegó otro trago a su cerveza. El escribano anotaba sin parar.

—Volviendo a aquella noche de servicio. Unos gritos desgarradores como los de una bestia salieron del interior del edificio. Miré hacia donde los reflectores apuntaban y sentí una punzada en el pecho, era el cuarto piso, ahí estaba un hombre “caucásico de treinta y tantos” en el marco de su ventana, escupiendo borbotones de sangre y gruñendo como un maldito perro rabioso. El líquido rojo le escurría por el cuello a ríos, sentí ganas de volver el estómago. Luego de haber vislumbrado la belleza de las auroras, aquello me tomó desprevenido. Claro que estaba acostumbrado a esa clase de cosas, pero algo en el aire no me daba buena espina. Los bomberos preparaban una tela elástica a pies del edificio en caso de que al tipo se le ocurriera saltar. Ocultos en sus balcones, los vecinos husmeaban horrorizados viendo al hombre sacudirse en la ventana. “¡Luke!”, gritó una voz a mis espaldas, “Luke Vera ¿eres tú? ¡ven un momento!” Era el jefe de policías de mi estación, el gordo Davis. Caminé hacia él, atisbando el desconcierto que se cernía en cada uno de los oficiales. Cuando finalmente me posé frente a su barriga, me tomó por los hombros y me habló con ese tono adusto y tan

sureño: “Esta mierda está fuera de control, Luke. Ya sabes lo que tienes que hacer”. Su aliento apestaba a tabaco y tocino. Cuando escuché eso, en verdad creí que era una maldita broma “¿Quiere que vaya allá arriba, señor?”, pregunté. “Conoces el protocolo, Luke. Además, eres el mejor calificado, o el único, entre toda esta bola de holgazanes”. Los dos hombres negros que espiaban tras de mi refunfuñaron ofendidos. “Haz que se tranquilice y bájalo a la ambulancia ¡date prisa!”. Maldije en voz baja y caminé hacia la entrada del edificio pasando a un costado de los gorilas guardianes —en la taberna, una joven mesera interrumpió la conversación entre el escribano y su entrevistado para limpiar la mesa.

Sus extremidades estaban cubiertas por gruesas vendas amarillentas. Al escribano esto le llamó la atención y pensó que no serían de mucha utilidad. Cuando la mujer se fue, ambos tomaron un sorbo de sus bebidas y continuaron.

—Todas las miradas me perseguían con misericordia— prosiguió Luke — quería largarme de ahí cuanto antes, pero un oficial siempre debe hacer lo que un oficial debe hacer. No hay vuelta atrás. Me metí al jodido edificio y me recibió una multitud de vecinos con los rostros pálidos y exaltados. Había algo casi aterrador en el modo que me veían, como si fuera yo una clase de salvador o algo así. Me armé de valor y presioné el botón del elevador. La dorada rejilla se abrió y me condujo hasta el cuarto piso, donde la puerta del apartamento esperaba cerrada. Toqué el timbre un par de veces sin obtener respuesta, los agrestes gruñidos del interior se filtraban por el cerrojo. Es el ruido más espeluznante y sombrío que haya escuchado en toda mi vida. Tenía que entrar o aquello empeoraría. Le di un fuerte puntapié a la puerta y se derribó cayendo sobre la alfombra. Me adentré avanzando unos pasos entre la oscuridad, con mi revólver de frente hacia las sombras. Era un departamento con decorado clásico, demasiado estilo Luis XV para mi gusto. Había ropa regada por todas partes, polvo, hojas rasgadas, pedazos de vidrio roto y un dulzón aroma a comida quemada en el aire. La calefacción del apartamento estaba apagada y no sé si en

aquel momento, mi cuerpo temblaba de nervios, o por el terrible frío que hacía en esa maldita sala. Estaba todo tan oscuro, que no podía ver ni el vaho de mi propia respiración, pero sí pude percibir algo. Había una melodía orquestal en la habitación, una musiquilla alegre de fondo con violines y piano. Cogí la linterna de mi cinturón y apunté a un gramófono que hacía girar un disco de etiqueta irreconocible a un lado de una robusta novela de Ronald De la Croix. Era una canción linda, suave y pegadiza. Aún la escucho de vez en cuando en mis pesadillas. Mientras miraba la trompetilla dorada del artefacto, escuché un frasco caer y rodar en la habitación de al lado. Avancé con las puntas de los pies en esa dirección, el piso crujía con mi andar, las piernas me temblaban como platillos y los dientes como castañuelas. Te lo digo, hombre, todo en nuestro cuerpo es música. En fin, empujé la puerta y escuché el gruñido de aquel sujeto. Estaba de espaldas en el marco de la ventana, con la cabeza oculta bajo los hombros. En un principio, creí que se estaba convulsionando, daba arqueadas como alguien que se está crispando o como un perro que bebe agua. Los gritos aterrados de la multitud de afuera me hicieron retroceder, algo iba muy mal. Una tabla rechinó bajo mi pie delatándome —el escribano lo miró ansioso y anotó cuidadosamente todo cuanto escuchaba. Parecía fascinado por aquella imagen. La taberna estaba medio vacía.

—El hombre fue girando lentamente con una sonrisa funesta de oreja a oreja. Jadeaba, reía y se atragantaba con su saliva, todo al mismo tiempo. Ahí supe que no estaba vomitando ni crispándose. Había sangre por doquier, las gotas volaban como pintura en aerosol coloreando las paredes de un tono cobrizo. Le apunté al rostro con la linterna, sus ojos estaban completamente negros como los de un caballo. La pupila dilatada había desaparecido todo rastro de iris, convirtiendo aquellos en dos puntos oscuros y abismales que me observaban atentos. Debía ser un vampiro o una especie de demonio. El maligno ser dejó escapar un grito de bienvenida, y antes de salir corriendo por la puerta, pude ver que masticaba entre los dientes una masa gomosa y húmeda que parecía saborear con locura. Era carne, su carne. Tenía el brazo derecho ensangrentado,

con tirones de músculo arrancados como hilos. Las venas expuestas y roídas, con grumos de grasa blanca que las rodeaban, palpitaban aún vivas y lacerantes con profundas dentelladas. Los ligamentos carcomidos se estiraban al ritmo de su respiración, tensándose con un jugoso sonido húmedo. Los pliegues de piel sanguinolenta colgaban como tela vieja ahí donde relucía una amplia marca de dentadura. El tipo jugueteaba con un gajo de su propio tendón en el paladar. ¡Se estaba comiendo a sí mismo!

—**Fallé** en comprenderlo en primera instancia, no es algo que se procese con facilidad. Eché a correr por donde había entrado, pero la creatura venía tras de mí, tragándose el trozo de carne fresca con satisfacción. Dejé caer la linterna al suelo por accidente y quedé en completa oscuridad. En la penumbra de la sala, sentí un empujón que me hizo desplomar. Tendido en el suelo, y con aquel monstruo encima de mí, no pude evitar lloriquear. La cosa empezó a soltar mordidas entre mi cuello y la alfombra. Me sentía tan aturdido que apenas notaba el ajeteo del exterior que se mezclaba con la melodía del gramófono. Hice acopio de fuerzas y logré alzar el revólver para apuntar entre las cejas del monstruo. Sus ojos negros e inyectados en sangre me miraban con tanta rabia que me hizo dudar si aquello había sido alguna vez humano. Comenzó a forcejear tratando de arrancarme el pescuezo mientras yo lo apartaba con los puños. Apreté el gatillo y la bala perforó el techo. No podía protegerme y apuntar al mismo tiempo. Cuando encontré la oportunidad, rodé en el suelo cambiando de posición y me paré de un salto. El ser yacía tirado sacudiéndose y riendo a carcajadas. Me froté el cuello en busca de heridas mientras corría hacia la entrada. Giré la mirada para ver si el monstruo se había levantado, pero todo estaba tan oscuro, que no pude distinguir ni un carajo. Desde el abismo de la sala escuché un berrido inhumano, un desgarrador grito de guerra seguido de unos pesados pasos. Venía a por mí. Si esos iban a ser mis últimos momentos en este

mundo, prefería pasarlos imaginando el bello canto de Mary y al hijo que nunca conocería en mi mente. Cerré los ojos, apunté el revolver hacia enfrente y en cuanto escuché las zancadas del monstruo aproximándose hacia mí, vacié toda la munición hacia las sombras. ¡*Bam,bam,bam!* Los disparos brillaban como fuegos artificiales, destrocé jarrones, ventanales y tapices, dejando un rastro de agujeros en la pared por el que el brillo boreal comenzó a filtrar. Una de las balas atinó al viejo gramófono haciéndole un hoyo en el medio y estropeando sus circuitos. La música calló en seco. Una serenidad inquietante inundó la estancia y entonces se hizo el silencio, un silencio aterrador. Aquel monstruo empezó a recobrar la conciencia, su semblante perdió el toque demoniaco, su piel cadavérica se tiñó de un tono normal y las pupilas de sus ojos recuperaron la dilatación natural. La locura poco a poco se fue disipando hasta transformar al tipo en ese torpe yonqui aficionado que era. Cuando su juicio se vio restaurado casi por completo, se paró perplejo, observó desorientado a su alrededor viéndome con extrañeza y reparó en su miembro carcomido. Soltó un grito de espanto y cayó inconsciente sobre la alfombra ensangrentada. El servicio médico se lo llevó en una ambulancia minutos después. Yo fui conducido a la oficina de protección civil de Woodstock en una patrulla que no era la mía. Ahí me pidieron mi testimonio y me hicieron rellenar formularios. Más tarde, llegó Mary con lágrimas en los ojos y una rebanada de panqué de higo que había hecho para la cena. Ninguno de los dos sabíamos, luego del beso más consolador de todos que nuestras vidas, y las del pueblo entero, estaban por cambiar para siempre.

—La noticia repercutió a nivel mundial y el turismo descendió drásticamente. Causó tanto pánico que en algunos países prohibieron visitar Woodstock. El hecho asustaba, y con mucha razón, a fanáticos y artistas de todo el globo, condenándonos al confinamiento. El suceso comenzó a ocurrir con más frecuencia

en adultos, ancianos y niños, así como en algunos mamíferos y reptiles. El gobierno local rápidamente tomó medidas para controlar la contingencia, y así repararon en una directa relación entre la mezcla de música, auroras y el comportamiento de la mente humana. Una melodía sumada a un estímulo visual de las coloridas y naturales luces celestiales de Woodstock, de algún modo, afectan el sistema límbico y convierten a la víctima en una bestia que se devora a sí misma. Existen algunos registros olvidados que datan de la época victoriana, que con la ambigüedad de una sociedad que creía en brujas, posesiones demoniacas, duendes y hechiceros, hicieron mención del suceso rebajándolo a solo eso: inexplicables episodios paranormales ocurridos durante los cantos de celebración de misa. Individuos castigados públicamente por Dios, punidos por desobedecer las reglas de su iglesia. Fuimos tontos al ignorar aquellas antiguas inscripciones, pero encuentro injusto el culpar a alguien por ello, ¿quién en este santo mundo podría tomar con seriedad algo así? Lo que sí estuvo mal, fue desatender a lo que más tarde se indagó. En la época del *swing*, el charleston y el *boogie-woogie*, los diarios locales mencionaron casos similares de locos que se comían a sí mismos al escuchar música. Los escasos científicos de Woodstock, hay que recordar que esta tierra engendra músicos y no hombres de ciencia, bastante se acercaron entonces a la raíz más razonable del problema, atribuyéndolo al dodecafonismo y atonalismo en nuestras melodías, y a la homogenización mundial de frecuencias impulsadas, según dicen, por Goebbels. La cual estandarizó la afinación y modificó las reglas del juego, haciendo que poco a poco ocurriera con más frecuencia. No obstante, nada de eso daba explicación a la influencia de las auroras en la mente, ¿por qué solo ocurre cuando estas se pintan en el cielo? Nadie lo sabe. Nuestros actuales investigadores, sin poder encontrar lógica alguna en esta mezcla mortal, han abdicado resignados y aceptan la presencia de un factor mágico o desconocido en esas luces. Te lo pongo resumido: sales, observas las auroras, escuchas una canción y ¡*pum!* te transformas en un maldito grogui caníbal. No busques más explicación, muchacho, porque no la hallarás.

—Ante lo errático y caprichoso del asunto, la ley prohibió cualquier canción, silbido o tarareo durante el mes de diciembre. Se recomendó envolverse las extremidades con vendas para evitar morderlas en caso de ser inducido por el ritmo; se advirtió de los peligros de tener un instrumento en casa y se sugirió esconder los discos, grabadoras, radios y televisores al menos hasta que aquel...

Sol de marzo esfumase las auroras. La Agencia de Seguridad de Woodstock creó la División Musical encargada de atender los asuntos relacionados con crímenes melódicos: homicidios musicales, accidentes filarmónicos, suicidios sinfónicos y masacres rítmicas. Los delitos melodiosos son difíciles de rastrear, no dejan huella alguna, son el crimen perfecto. Por otro lado, el simple canto de las aves puede afectar la mente de un pobre inocente. Como ya dije, no existen condiciones predecibles. En algunos pasa y en otros no. Nuestra división se encarga de prevenir la calamidad y solucionar hasta lo imposible, de ahí nuestra importancia. Requiere ser precavidos hasta los dientes. Mary y el pequeño Luke se ponían tapones de algodón en los oídos. El talento y la pasión de mi esposa se convirtieron en el tabú más terrorífico de todos, y aunque jamás emitió queja alguna, yo sabía que nada le dolía más que abandonar el canto. Debimos enseñar a nuestro hijo a dominar la escritura. Desde muy pequeño, aprendió a comunicarse sin necesidad del sonido. Quizá eso influyó en que se decidiera por una carrera periodística como la tuya, y no una como la de su padre. Ser un policía musical es hoy en día uno de los trabajos más respetados pero temidos en todo el pueblo. Yo pasé de ser un inspector de las calles cualquiera, a ser el comisionado musical más importante de Woodstock. Operamos principalmente en el invierno, pero la planeación y logística nos toma la otra parte del año. Hemos tenido buenos resultados, después de todo, pero hay excepciones. Por supuesto, el famoso *criogen*, nuestro legado cultural, nuestro orgullo, debió ser movido a inicios de agosto, y debo decir que sin las auroras decorando los cielos, pierde su encanto, se vuelve insípido y vulgar. Un concierto cualquiera. Pero es lo que hay, y por ahora, llena el vacío de los borrachines y juerguistas. Creo...que he terminado — el hombre se estiró e hizo tronar su cuello.

Johnny, el escribano, advirtió de nuevo su mano amputada y desvió la mirada.

—¿Quieres saber también la historia detrás de esto? —preguntó Luke sobándose el muñón.

—No —respondió el joven trazando las últimas líneas. —No. Parece que lo tengo todo. Agradezco su apoyo y disposición, comisionado Luke —guardó sus hojas dentro del maletín y se lamió la tinta fresca de los dedos. —Aunque...

—¿Sí? —preguntó Luke.

—En su historia ha mencionado el nombre de Domingo Rinaldi, el inventor y primer hombre en dirigir el famoso *criogen*. Hay muy poca información sobre él en las bibliotecas. Me preguntaba si usted sabe algo más que pueda...compartirme.

—¿Rinaldi, dices? Pues sí. Solo que era un hombre casado, con siete hijos. Todos ellos emigraron al extranjero cuando el hombre envejeció. Su mujer murió de una apoplejía antes de la segunda edición del *criogen*. Dicen que estaba obsesionado con la leyenda local sobre las auroras. Según los antiguos nativos, las luces esconden las notas de una melodía mágica. Son una especie de pentagrama puesto ahí por los dioses o algo así. Me atrevería a decir que son puras estupideces, pero todo en este pueblo puede suceder. Aquel que toque la canción, puede controlar a voluntad a quien la escuche, similar al flautista de Hamelín, pero en la vida real. Una forma de domar a los zombis caníbales de Woodstock. La idea obsesionó tanto a Rinaldi que se volvió chalado, y en una noche de diciembre, salió a las calles tocando un laúd y clamando a la gente que lo siguieran. Hubo varios muertos y heridos. La Policía Musical llegó a escena en cuestión de segundos y yo mismo tuve que volarle los sesos antes de que las cosas se salieran de control. Verdad o no, no podíamos permitir que algo así sucediera. Lo siento, supongo que esas tonterías no aportan nada a tu investigación. Mary odia que cuente los detalles. Oye, muchacho, ¿estás seguro de que no te he visto antes? Tu rostro me luce muy, muy familiar.

—Me temo que no, comisionado—se apresuró a decir mientras se ponía en pie. —En nombre del Instituto y personalmente, quiero darle las gracias por todo. —hizo una reverencia.

Luke le arrojó una mirada inquisitiva.

—Que tenga usted una maravillosa velada. Aquí tiene—le extendió un billete de alta denominación, le estrechó la mano y se colocó el sombrero. Salió por la puerta y desapareció bajo la lluvia.

Al llegar al hotel, aventó su maletín sobre la cama y lo abrió como un libro. Adentro había algunos sobres y papeles viejos y arrugados. Cogió una de las cartas amarillentas que reposaban bajo un montón de esbozos desgastados, la desdobló y la leyó.

A mi querido hijo Johnny:

Nada llena mi vida de mayor regocijo y plenitud que saber que has seguido los pasos de tu padre. La música es el regalo más hermoso que los dioses nos han podido legar. He estado al tanto de tu carrera musical en París y de tu notoriedad bajo el nombre artístico de Johnny Lombard. Me alegra que honres a tu madre utilizando su apellido en las portadas de tus discos. Woodstock me ha enseñado la fuerza de la música y el poder que tiene para reunir a las almas. Como bien sabes, he descifrado las notas boreales que se pintan en el cielo, el pentagrama de luces nocturnas. Tras años de estudio, finalmente tengo en mi posesión la melodía mágica que esconden las auroras y que me ayudará a unificar al mundo. Esa canción que permite controlar a voluntad la mente de quien la escuche. Suena tentador, ¿no? Pero la misión de un buen hombre es darle un buen fin a algo tan poderoso. La usaré para extender a través de las naciones un mensaje de paz y armonía. Llevaré a mi ejército de artistas más allá de las fronteras, reclutando en mi camino a más prodigios y trovadores. Y así, con himnos de alegría y sosiego, poner fin a la Guerra Fría. Antes de que ella nos ponga fin a nosotros. Será el desfile sinfónico más importante de toda la humanidad. Con...

La *canción, haré que el mundo entero baile y cante. Que dejen atrás las diferencias y se amen los unos a los otros. Que los líderes se abracen*

y los combatientes sonrían. Guiaré a nuestra especie a un porvenir de hermandad y afecto, donde todos seamos felices.

Lo sé. Las primeras notas de mi canción, las cuales deben ser tocadas aquí, en Woodstock, arrebatarán la vida de algunos cuantos. Lo he pensado mucho y creo que se trata de un mal menor, por un bien mucho mayor. No pretendo ser utilitarista, hijo mío, y no soy nadie para decidir quién vive y quién muere. Pero solo así, el hombre podrá conocer la paz. Estoy dispuesto a ensuciar mis manos por el futuro de nuestra especie. Y por el bienestar de nuestra familia. Me embarco en una misión peligrosa y podría ser esta la única ocasión que tenga de comunicarme contigo. Quiero hacer de tu saber cuánto te amo y lo orgulloso que estoy de ti y tus hermanos. Dejo en manos de mi hijo el músico, las notas de la melodía mágica. Para que, cuando yo ya no esté, seas tú quien cambie al mundo.

Tu padre, Domingo Rinaldi.

Johnny giró la hoja y vio dibujado el pentagrama con las notas mágicas en él. Una lágrima le resbaló por la mejilla y aterrizó en la clave de fa, deformándola por completo. Apretó los puños con fuerza y gruñó. Había llegado el momento.

La plaza central de Woodstock, a solo unas calles del barrio de Lázaro, era un sitio arquitectónicamente hermoso. Los edificios se alzaban majestuosos entre fuentes y monumentos de gran belleza con una combinación barroca y moderna al mismo tiempo. Algunas de las casas de alrededor habían sido construidas por Manuel Lombard, prodigio de la arquitectura y hermano de Johnny. Y estaban decoradas en el interior con las mejores pinturas del legendario Pablo Lombard, el mayor de ellos. Había un enorme jardín con flores exóticas plantado en honor a todas las leyendas musicales nacidas en ese pueblo. Los pequeños restaurantes y los elegantes hoteles que daban la bienvenida a las celebridades abundaban en dirección al norte. Justo frente a la Casa de Gobierno, una construcción de mármol de unos doce metros de alto con instrumentos labrados, se encontraba un pequeño escenario. Johnny se dirigió a un banquillo metálico que estaba a su costado y se sentó cruzando las piernas. Dejó a un lado el maletín de cuero negro y metió la mano dentro de

su abrigo, rebuscando en el interior del bolsillo. Sacó una fotografía arrugada con el retrato de una bella mujer. Tenía unos preciosos ojos cafés, la piel blanca y unas cejas pobladas. Era esbelta y sensual, con el porte de una reina y la sonrisa de una diosa. Le pareció realmente hermosa. “Tal vez podría hacerla mí esposa”, pensó. Las manecillas de su reloj casi daban las seis en punto, no faltaba mucho. Mientras jugueteaba con una sortija plateada del Club Brooke entre los dedos, las auroras iban despertando tenues a lo lejos. De pronto, el viento corrió con tanta fuerza que la fotografía se le escapó de las manos y fue a parar al otro lado de la plaza. Casi se puso en pie para ir a buscarla, pero no sería necesario. Llevaba el rostro de la mujer grabado en su mente desde hacía años. En otros pueblos, las campanadas de una iglesia anuncian con su sonido la caída del anochecer, en Woodstock, una voz seca que sale de un megáfono proclama el arribo de la luna. “¡Dieciocho horas, dieciocho horas!”.

Johnny se puso en pie cargando su maletín. Una multitud salió de la Casa de Gobierno. Johnny esperó escudriñando los rostros de la gente en silencio hasta que encontró lo que buscaba. Avanzó hacia una mujer de vestido rojo que caminaba distraída y le clavó el cañón de un revólver en la cintura.

—Buenas noches, bella dama, ¿ha visto lo hermosas que están las auroras el día de hoy? Lo único que puede desviar mi atención de ellas, es vuestra preciosidad— la dama tembló y dejó escapar un alarido.

—No, no, por favor no haga ningún ruido. Arruinará la sorpresa y no queremos eso. Haga lo que yo diga, obedezca y todo saldrá bien. Clavó con más fuerza el revólver mientras ella, con las manos alzadas asentía moviendo la cabeza— Johnny sonrió emocionado.

—¿Pero en dónde están mis modales? Disculpe usted, antes que nada, debo presentarme adecuadamente ¿ha escuchado usted hablar de Johnny Lombard? — la mujer reconoció el nombre, pero creyó que se trataba de una broma.

—Seguro ha oído alguna de mis canciones, son muy famosas— comenzó a tararear una melodía moviéndose a su ritmo, la mujer volvió a asentir.

—Así es. Pues hoy... hoy escuchará la mejor de ellas, ¿y adivine qué? Va a interpretarla conmigo— la mujer ahogó un alarido. — No es preciso que me diga su nombre, yo sé bien quien es usted... Mary— la mujer berreó al escuchar su nombre e intentó zafarse de Johnny.

El hombre la cogió con fuerza del brazo y la condujo hasta el escenario. Se plantó en el medio llamando la atención de la gente.

— ¿Acaso es el verdadero Johnny Lombard? — preguntó alguien.

El famoso cantante se insertó unos tapones en los oídos y le tendió unos a Mary obligándola a hacer lo mismo. Sacó del maletín un viejo micrófono junto con un atril desplegable que tardó un segundo en armar. Colocó una hoja en el soporte y se giró para conectar el dispositivo a las bocinas del escenario. Alguien posiblemente había olvidado decomisarlas antes del invierno. Entonces se aclaró la garganta e, imitando a un experto juglar, cantó:

—Woodstock. ¡Oh! bello Woodstock. Sacro imperio musical, virtuoso nido de portentos. Prodigiosos son tus vástagos más indignos de su deificado ambiente. Que, en óptica y la acción, esta tierra convierte, en un fruto maloliente, en un desentonado trombón. El hombre aquí cosechado posé un corazón desdichado. Egoísta e infausto. Incapaz de atender a la merced colectiva ¡Maldigo su lógica inquisitiva! De tolerarla estoy terriblemente exhausto. Desoye el fin ajeno para izar su propio estandarte. Con inmodestia hicieron del prejuicio un arte, y con el arte un holocausto. Bienaventurado aquel que sueña más allá de los límites de su propia galera, pues...

Sirve condenado al cinismo. Esta, amigos, es mi era. La era del cataclismo.

La Policía Musical irrumpió en la escena. Decenas de patrullas rodearon el escenario y desplazaron a la gente que escuchaba conmovida. Los oficiales, con artefactos especiales para protegerse los oídos, apuntaron sus armas a Johnny, quien a su vez apuntaba a la cabeza de Mary. La mujer chillaba y se agitaba entre jaloneos y patadas “¡Luke!” gritó al ver a su marido bajando de un convoy

blindado. Luke Vera corrió hacia el centro de la plaza y apuntó a Johnny con una escopeta. El famoso músico continuó con su vesánica trova sonriéndole a la luna.

—Y el ente corrompido erige en sus cimientos, pues encausa su substancia, el dictamen a los vientos y la suma intolerancia. Desolador, su ineptitud suplicio inicia. Traedle un defensor...a la madre justicia. Johnny observaba el rostro de su público mientras entonaba.

—Ya vuestro pecado aludí. Aunque confesaré la verdad: su objeto no distingo. Que se haga tu voluntad, Rinaldi, Domingo. Pero antes sufriréis mi enojo que brota y brota. Ojo por ojo, nota por nota.

La gente asustada echó a correr y Johnny soltó una carcajada. Disparó al aire y el mundo entero se paralizó. El famoso intérprete se aproximó al rostro de Mary, quien lloriqueaba histérica, le destapó un oído y susurró:

—Perder una ilusión es triste, no cabe duda, tu destino es brillar. Esa voz con la que naciste, dulce y aguda, jamás se debe desperdiciar. Seré yo quien te devuelva esa pasión que te abrillanta. Canta, Mary, canta. Y mientras cantes para mí, tú esposo conservará su garganta.

La multitud gritó aterrorizada y de nuevo echó a correr entre las florestas de la plaza. La Policía Musical ordenó a Johny Lombard soltar a la mujer inmediatamente, pero este no paraba de reír como un loco. Mary divisó el rostro de Luke. Recordó la primera vez que hicieron el amor y una lágrima le resbaló por la mejilla. Sabía lo que tenía que hacer. Escudriñó el pentagrama que reposaba frente a ella, tomó una profunda bocanada de aire, pidió perdón divino y dejó escapar su voz celestial. Todos los presentes y quienes huían por refugio congelaron al escuchar la primera nota. Aquella enérgica neuma pareció detener el tiempo, las mariposas dejaron de revolotear y los patos dejaron de salpicar en el estanque. Se hizo el silencio durante largos segundos que parecieron eternos, y antes de que el público pudiese dar cabida de lo que habían presenciado, ya era demasiado tarde. La canción siguió en una mezcla de altibajos dulces, una síncopa sediciosa de finos adagios, solitario madrigal que hizo temblar el suelo sacudiendo el pecho de los

oyentes. Era lo más bello que aquel pueblo había escuchado nunca. Charcos de lágrimas se formaron en el suelo, reflejando la luz de las auroras. Y esa bella pintura sirvió para amortiguar lo que ocurrió a continuación: Antes de que el poder de la melodía mágica cobrara efecto, la aleación mortal de gente, música y auroras reclamó su maldición. Los presentes comenzaron a arrancarse las vendas protectoras y luego la carne de las extremidades. Ancianos se mordisqueaban los brazos y mujeres se devoraban los dedos, uno a uno. Los niños daban torpes dentelladas a sus rodillas y los hombres intentaban engullirse los pies enteros. La Policía Musical se desplegó entre la multitud para ayudar a los pobres espectadores y evitar que se devorasen a sí mismos. El valiente Luke corrió a salvar a una señora que ingería su propio muslo. Sin embargo, aquello solo había servido como cebo y los policías habían picado justo en el gancho. La melodía mágica que Mary interpretaba había terminado y se disponía a repetirla indefinidamente como indicaba el pentagrama. Johnny lo había conseguido, ahora podía controlarlos. Miró a su perturbado público y gritó:

—La sangre con sangre se paga, mis pequeños. ¡Que comience el festival de sueños! Han pagado ya el precio por las alevosías. Desnuden y liberen los oídos de esos policías.

Sus esclavos infernales obedecieron y se lanzaron contra los oficiales, arrebatándoles sus ropajes especiales y los protectores de algodón y elastómeros refinados para los oídos. Rápidamente, los agentes de la Policía Musical quedaron en desamparo y a merced de la combinación mortal. Comenzaron a mordisquearse los músculos y a atragantarse con sus propias carnes, hasta que finalmente Johnny les ordenó que se detuviesen y uniesen a las filas de su insólito ejército.

Luke estaba a punto de devorarse una mano, como había ocurrido años atrás, cuando el amable Johnny, que llevaba a Mary por los cabellos, se posó ante él, lo detuvo cumpliendo con su palabra y lo señaló con un dedo:

—Comisionado Luke, mi amigo, escucha lo que digo, ¡su mujer canta fuerte, fuerte! Y a usted le tocará un castigo. Uno con poca suerte, uno peor que la muerte. Mi padre deseaba usar este poder para cambiar al mundo, misión que honestamente secundo. Pero

fungiste como obstáculo, cerdo inmundo. Y mira hasta dónde me has guiado. Ahora te ordeno, desgraciado, algo sencillo en realidad— le tendió un tambor viejo— lo tocarás a mi lado, hasta el fin de la humanidad.

Luke obedeció.

Johnny se dirigió de nuevo al escenario acompañado por el canto de Mary, quien apenas podía emitir sonido alguno entre el llanto. El famoso parisino cogió el micrófono y se dirigió a su nueva tropa.

—Pequeños míos, ha llegado la hora. Seguid a esta dama. Esta cuyo canto llama y cantiga adora, cuya voz derrama, al gran poder de la aurora. Cantad y acompañadme nación tras nación. Recorreremos este mundo indecente, reclutando con esta canción, nuestra canción, a todo el que se plante enfrente.

Los pobladores de Woodstock obedecieron hechizados y acompañaron a Mary en su cantar. Un orfeón de inocentes víctimas se sobrepuso al viento asemejando a un canto gregoriano. Johnny movió las manos en el aire como un director musical y condujo el coro de la calamidad, disfrutando cada segundo de su obra maestra. Lo que había comenzado con un lúgubre réquiem, parecía ahora un alegre flamenco, todos danzaban y brincaban alegres a su alrededor. Aquel era el himno de paz más bello y alegre que haya podido existir. El hombre se volvió, le destapó los oídos a Mary y le susurró:

—Mary, amor mío, has hecho un trabajo increíble. Pero aún no terminamos. Juntos lograremos lo imposible, haciendo lo que más amamos. Este es solo el primer pueblo de una basta tierra. Aquí comienza nuestra guerra. De Japón hasta Inglaterra. Sigue cantando y no pares nunca, maldita...

Perseguido fielmente por Luke, quien tocaba el tambor con el muñón como un juguete de cuerdas, y Mary, quien guiaba a esa multitud de absortos cantantes, que al unísono entonaban la melodía mágica, iba sonriente el famoso Johnny Lombard, con su icónico sombrero negro. Su plan había funcionado a la perfección. Iniciaba al fin su tan esperada gira mundial, para dar a conocer su

más grande éxito. Con notas conquistaría la tierra, labrándose su camino a las estrellas. Con notas, cambiaría la vida del ser humano tal cómo se conocía.

La

manecilla

filada

anuncia su

llegada:

Tick, tock,

tick, tock.

El ultimo criogen de Woodstock.



2.2.2 Ahí estaba de nuevo

Alec Talamas Tanner

Ahí estaba de nuevo, avanzando difusamente entre el follaje que se aglomeraba a orillas del plantío. La luna, alta y fresca a comparación del interior de la jungla, cubría la tierra con rayos de luz que caían por entre las copas de los arboles como hilos de seda. De vez en cuando, el fulgor de los astros se cruzaba con aquella efímera figura que visitaba la selva. Un intruso, una aparición o una bestia a la cual era incapaz de denominar.

Justino la seguía con cuidado, cubierto con una delgada película de humedad que se adhería a cada centímetro de su cuerpo. Sus pasos crujían en el suelo donde la hojarasca se pudría en una muerte colosal que siempre proseguía al brotar inmenso de vida, dotando

a la tierra con una mezcla de aromas fermentados y fragantes. La estridente algarabía de las criaturas de la naturaleza escondía el sonido de sus pasos y de su respiración. Poco a poco desenredaba más su intriga, en persecución de aquel ente de esencia espectral, cuya carne desnuda, al igual que la de cualquier otro ser, era golpeada por el brillo de la luna. Solo había un elemento que no cuadraba con las tantas hipótesis del velador; bajo aquel suelo que atravesaba la alusiva figura no quedaba rastro alguno y, cada mañana, que se esmeraba en buscar una señal de que aquella sombra sigilosa era tan cierta como él, terminaba anonadado, pisoteando frenético el mismo fango que los pies de la criatura habían tocado. Que tomen por loco, él sabía lo que veía, él comprendía que la jungla daba mas vida de la que quitaba.

Justino continuaba avanzando con la cabeza baja, buscando esconder su regordeta figura entre los esbeltos contornos de los árboles. Aquello que seguía era una mujer, o por lo menos, similar a una. Ahora podía decirlo con certeza, reafirmando su juicio con los cortos segundos en que un resplandor inconsecuente del cosmos la descubría. La había visto varias veces anteriormente, pues parecía cruzar cada noche las mismas hileras de plátanos solo para adentrarse en el terreno no labrado. Justino tenía ordenes de disparar a cualquier entrometido o entidad extraña, pero algo le impedía cumplir su deber. Tenía que saber más y esta vez no la perdería de vista. Sus pasos la siguieron a través del plantío a un ritmo discrepante, entrañándose cada vez más en lo salvaje.

No parecía seguir una vereda en particular. El terreno se tornaba cada vez más complicado hasta que la figura finalmente se detuvo. El corazón le latía con tal fuerza que sentía que su palpitar resonaba en las entrañas de los árboles. Sus piernas temblaban febriles y, en su frente, se juntaban espesas gotas de sudor. El sonido de los animales lo ensordecía mientras miraba congelado cómo aquella oscura silueta de cabello largo se inclinaba, ajena a los ojos de su acechador. El vigía, con el cuerpo encorvado y las manos casi rozando las filas de hormigas que cruzaban la tierra, continuó su hostigamiento con movimientos casi imperceptibles. La joven parecía bailar en cuclillas, sus brazos se levantaban en instantes y descendían con vigor. Su torso se agitaba a los costados en arcos irreales como aquellos que ilustran a los gatos. Pequeñas

ramas coronaban su cabeza, resaltando como la cresta de un arbusto espinoso. Justino la observaba de lejos, sin poder distinguir su cara o los rasgos de su cuerpo. Solo admiraba entre los huecos del follaje a aquella fluyente silueta que se arremolinaba entre el barro y las raíces. El vigía se detuvo, olvidando su trabajo por completo, atontado por aquel bailoteo infantil y delicado. La chica se precipitó de instante y cesó. El hombre mantuvo la vista al frente otro rato hasta que su sonrisa, de la cual no estaba consciente, se borró de su mirada. Estaba entumecido, esperando que en cualquier momento la figura resurgiera de algún lado, pero no fue así.

La fuerza lentamente regresó a sus piernas, las cuales se movían indecisas, desesperadas por encontrar lo que tanto tiempo habían perseguido. Entre más buscaba, más se impacientaba, perdiendo la sutileza de su dinamismo. Al igual que un animal en acecho, avanzó varios metros hasta que se percató de que estaba justo al frente de donde la vio por última vez. El aire le faltaba en la sofocante humedad, su respiración estaba acelerada por el revuelo de la persecución y sobre su rostro moreno, se condensaban espesas gotas de sudor que caían sobre sus ojos. Se incorporó, apoyándose con la culata del rifle y miró a sus alrededores. No había forma de que ella escapara, pues en ningún momento desvió la mirada, pero ahora se encontraba ahí, absorto en el corazón del lugar que había estado observando, al lado de un inmenso tronco de contornos retorcidos.

Solo su rostro y no las palabras podían explicar el sentimiento que le inundaba. Las lianas entretrejidas y las congregaciones de hojas anchas lo esperaban imperturbables, esperando una nueva señal de vida. Una vez más la realidad que percibía tan tangible parecía esfumarse y cualquier vestigio de certidumbre se desvaneció con ella. No había pisadas, ninguna marca, o rastro alguno de la mujer por la que estuvo deambulando por casi una hora. No estaba loco, él lo sabía, pero entre más se adentraba en aquella historia, más difícil le era encontrar su convicción.

Husmeó los alrededores por otro tiempo, ignorando el avanzar de la luna o el fungir de su trabajo. Estaba embebido en encontrar algo, cualquier cosa que resaltara que no vivía soñando, pero entre más se enmugrecían sus manos y sus botas con el espeso fango, se

daba cuenta de que aquel lugar siempre estuvo desolado, al cual solo sus suelas osaban pisotear.

Volvió derrotado a los plantíos, y se colocó de vuelta en su puesto. La excitación que su cuerpo había sufrido ahora residía y sus miembros cansados por la excursión lentamente se veían privados de vigor. Nadie había notado su ausencia y como cada noche, cualquier ser, pensante o no, procuraba evitar aquellas tierras que se sabía estaban protegidas por balas, al entendimiento del hombre, o por truenos, a percepción de las bestias. No se levantó de la vieja silla de plástico por el resto de la noche, pues no podía molestarse en dar más rondas fingiendo que realmente su vigila era un acto valioso y no una clara pérdida de tiempo. Antes de que esclareciera apareció Rodrigo, con sus dientes manchados y su bigote insípido. Le palmó la espalda y sacó el mismo tema de siempre.

—¿Que pajó compadre, ya dormido? Sí todavía ni amanece, ¿qué dirá el patrón? Dirá que me la paso de fiesta como tú.

Rio un poco antes de verse interrumpido por una toz amarga.

—Hueno fuera compadre, pero ya ve que uno, aunque quiera no duerme en esta jungla. Inches insectos están pior que las alarmas de uno, oiga.

—¿Por qué cree que yo trabajo de noshe? Pos ya sabe que uno descansa rete suave en las tardes, ya que el sol amaina.

—Va, que celos, eso de no tener ñora que te despierte a cada rato te lo envidio, Justino, mi mujer, que tampoco duerme, le da por ponerse de cacatúa, oie, y pos uno tiene que escucharla porque se enoja y luego ya no le dan de comer a Pancho— intentó reír de nuevo, invadido con un rasposo carraspeo. —¿Apoco no hermano?

—Pos sí, uno hay que hacerles caso.

Con esto último se levantó Justino y se colocó el sombrero.

—Pos ai nos vemos Rodrigo.

—Hasta luego.”

Justino subió la pendiente que bajaba hacia las tierras y se dirigió a las casuchas que el patrón les había facilitado. Unas chozas de un baño y dos cuartos, donde podían descansar y cocinar algo, pero nada más. Tenían techos de lámina y paredes de barro que habían sido construidas hace años y solo estaban disimuladas por un retoque que hicieron no hace mucho. El vigilante se encueró y, quitándose las pesadas ropas de algodón y las botas militares, se metió a la regadera a la vez que el sol comenzaba a calentar. Los insectos se asilenciaban poco a poco, cediendo su turno para cantar a las aves mañaneras y al fogoso gallo taciturno. Justino sentía que toda la noche había estado deambulando en una pesadilla. Salió de la regadera y, en calzones, dejando libre su gran barriga, se acostó sobre la hamaca a leer las mismas tres revistas de farándula que alguien había dejado ahí en algún punto y cuyas páginas había memorizado cual libro de texto.

La frescura del baño no le duró demasiado y pronto el bochorno húmedo se le adhirió una vez más al cuerpo. Los días se le escurrían en aquellos rumbos, pero sin los ahorros ni los estudios para zafarse de tal labor, no le quedaba más que dejar los días pasar y llenar la cochinita para buscarse una mejor chamba o incluso una señora. Con un lápiz reducido y un cuaderno maltratado se ponía a bosquejar las fotos de las celebridades de su revista o a los animales que poblaban el lugar, aglomerándolos en un montón de garabatos abstractos que solo cobraban vida en su cabeza. El único contacto que tenía era su madre “santa”, como él le decía, la cual trabajaba allá en el pueblo a duras penas y a quien telefoneaba a diario solo para hacerle compañía.

Después de cumplir con sus rituales rutinarios el tiempo no tardó en volar y pronto lo venció el sueño. Esa tarde soñó con el plantío, y en él, caminaba la esbelta silueta. Él la seguía incansable, entre ramas, fango, y nubes de mosquitos que se aglomeraban a su alrededor, los cuales eran inhalados por su aliento acelerado. En otro sueño ella lo estaba esperando en el umbral de su cuarto, el cual

se había transformado en una jungla de olorosas frutas carnosas. Su imaginación completaba aquel rostro vacío que desconocía, reafirmaba las líneas de su cuerpo con las curvas de las modelos en su revista y la dotaba de una cálida voz. Solo sus ojos tenían un aspecto irreal, ajenas a cualquier cosa que había visto antes. Eran grandes y completamente negros como el de una nivea lechuga, y, una vez que esa mirada se clavaba en él, él se congelaba sucumbiendo con extremidades paralizadas. La mujer se acercaba, colocando un pie enfrente del otro al caminar, hablando entre lenguas que durante el sueño entendía, pero no podía recordar. Era en el instante en que esta lo tocaba que podía despertar. Justino ya no sabía si el sueño se había colado a su realidad o si habían corrido en dirección opuesta, de lo tangible a lo irreal.

Esa misma tarde se levantó a obscuras, su sopor se había esfumado y, aunque quisiera, no podía conciliar el sueño otro rato. El cuerpo le sudaba como de costumbre, y sentía una debilidad enfermiza. Miró el techo intrigado por unos minutos hasta que sintió su espíritu retornar a su ser. Prendió la luz y, en lo que esperaba al guardia de la tarde quien vendría a tocarle, se dispuso a lavar los escasos platos que quedaban. Tomó agua, se remojó el rostro y se cambió una vez más a su uniforme camuflado, listo para regresar a su chamba, pero ahora sabía que otra cosa lo esperaba. Tenía que buscar esa silueta y comprobar que no soñaba de pie. A las nueve en punto, con el rostro de la luna en alto, tocaron a su puerta para despertarlo. Él, ya listo desde hace una hora, solamente respondió y juntó sus cosas.

Sin demoras, bajó la vereda, circundando la maleza que se extendía en aquellos tramos donde los arboles habían sido cortados, y dio pasos firmes hasta la pequeña caseta donde guardaban una silla y otras tantas cosas que un velador podría necesitar. Se mantuvo despierto, con las ideas merodeando en lo mismo de siempre. Contando grietas, tarareando canciones e intentando encontrarles forma a las ambigüedades de la noche. Dio su caminata de las diez, luego la de las doce sin mucho que respingar, pues sabía que solo hasta pasadas las dos, su mundo y el de los espíritus se combinaban. Era entonces que su corazón se impacientaba, y avisaba sus sentidos

en busca de cualquier señal chamánica o de ultratumba. Ya conocía bien la ruta de aquella mujer y lo único que debía hacer era esperar con los ojos bien abiertos para no perder la pequeña ventana de tiempo en que la vería cruzar. Con tal mentalidad, se sentó en un puesto estratégico. Se recargó en una palmera colocando el rifle sobre sus piernas cruzadas, y esperó. A veces golpeteaba los dedos contras sus botas, o tallaba círculos en la tierra blanda, pero siempre con la mirada al frente. Cualquier sonido lo avivaba, pero más veces que no, su emoción era en vano.

La silueta no era más ruidosa que el andar de las serpientes y como bien lo sabía, esta vez no fue la excepción. La vio cruzar las hileras en la misma dirección de siempre y no perdió el tiempo. Ahora conocía el camino y, si la rutina no cambiaba, sabría no perder su rumbo. Aquellas ramas como crestas de venado de la chica deambulaban impávidas y él, contrastando con la figura erguida de la mujer, se encorbaba con las rodillas casi en el pecho para no ser descubierto.

Caminó tres cuartos de hora y, al igual que el día anterior, la chica se detuvo a un costado del árbol e inició aquel bizarro ritual, agitando los brazos, extendiendo las piernas. Esta vez Justino se atrevió a acercarse más y pudo verla con mejor definición. No entendía lo que frente a sus ojos se desvelaba, pero podía ver el peso de sus movimientos. Parecía una chica normal, aunque un sentimiento desconcertante le prevenía lo contrario, y, mientras esta bailaba, él se quedaba pasmado, olvidando que apretaba un rifle entre las manos o que sus botas se ahogaban en el lodo. Bajo aquel árbol no había luz, la figura del cuerpo se cubría con sombras como si se trataran de sedosas prendas que la protegían de miradas indecentes, y su cabello, caía con la misma apariencia de las enredaderas salvajes, cubierto con espesas hojas.

Aquella ficción cesaba cada vez que la perdía de vista, desvaneciéndose sin previo aviso y sin patrón alguno. Justino se vio atrapado en este ciclo, despertaba para visitarla y dormía para ser visitado por ella. Todos los días planeaba encararla antes de que se

fuera, pero fútilmente, caía en un trance cuando esta comenzaba a bailar, a veces por cuartos de hora y a veces tan solo unos minutos. Nunca le pudo ver los ojos, ni los pechos, ni distinguir las líneas de su vientre, pero aquellos movimientos erráticos y salvajes eran suficientes para que él llenara los huecos con las piezas de su imaginación. Pronto sus garabatos de modelos y animales se metamorfosearon en aquella núbil del bosque, con poses dinámicas y cabellos herbáceos. Animales con ojos de búho, y capas de sombra. Ya no le importaba si se trataba de algo auténtico o de vividas imágenes evocadas por su mente, porque esas cortas horas eran reales para él, sin importar la procedencia.

¿Y qué si estaba loco? Cada noche la encontraba y la veía, en un mundo más real que el de las mujeres en sus revistas, que sus dibujos de animales o que la voz incorpórea de su madre. Sin embargo, en su fanático estupor había olvidado el propósito que se le había sido asignado por un jefe más que real y, una noche que Rodrigo fue a visitarlo, este lo encontró ausente. Lo buscó por horas hasta que finalmente lo vio regresar sigiloso entre las hileras del plantío como si fuera ajeno a aquellas tierras. Su compañero no lo mencionó, traicionado por la curiosidad morbosa que se imponía sobre su amistad sincera. Fue hasta que lo vio volver una segunda vez, y después una tercera, que su morbo creció junto con su obsesión. El cuarto día decidió seguirlo, “al demonio”, dijo, “al cabo nunca duermo”. Tomó su rifle y, buscando revelar los secretos carnales de su amigo, lo siguió a tientas. Justino nunca se percató de esto, en su cabeza, él siempre era el acechador, con los ojos fijos en su objetivo, pero esta vez los roles se habían cambiado.

Desafortunadamente Rodrigo no era un cazador de sangre fría, temblaba con cada paso, y cuando al principio fantaseaba con descubrir el secreto de un amorío, entre más veía a su compañero adentrarse en la selva, más temía meterse en líos, pues aquella jungla no era ajena a la trata de personas, al narcotráfico o las brujerías.

De tal manera, Rodrigo lo siguió titubeante hasta que vio como el panzón hombre finalmente se detuvo a la distancia, estático como

si hubiera visto lo peor. Ya no quería saber sus secretos, pues ahora sufría de un terrible temor ante lo que fuera que se escondiera ahí. Cruzó por entre el follaje y a través de las ramas, a unos cuantos metros de él, percibió a una silueta que se arrojaba violentamente sobre el suelo. Soltó un grito estremecido y sin pensarlo jaló el gatillo del rifle al cual se aferraba cobardemente. Un gemido, mitad bestial mitad humano, se propagó entre el meollo de la selva. Justino no reaccionó ante el estruendo. Rodrigo le gritaba para llamar su atención, al mismo tiempo en que el corazón se le subía a la garganta. Agitó a su amigo y al notarlo inmóvil se hecho a correr.

Justino miraba la tierra frente a él, cubierta bajo la protección del árbol encorvado donde la chica se hundía con pesadez. Absorto, se acercó a la joven y colocó su mano en su costado. Sus dedos se hundieron sobre aquella suave cadera y, por primera vez, supo que era real, tangible. Su piel envuelta en pétalos de alcatraz, sus labios tiernos de durazno, sus muslos moldeándose como el barro. Cada sueño que tenía se veía interrumpido al momento en que ella lo tocaba, pero esta vez no fue así. Finalmente podía sentirla, arrojando fuera todo delirio de su imaginación. Solo perduraba algo más que seguía desconociendo. Aquella mirada que lo paralizaba en sus fantasías se mantenía escondida bajo unos tenues párpados, ocultada para siempre. Lentamente lo entendió, ese momento junto a ella era cuando más lejano se encontraba del espíritu que lo obsesionaba. Nunca la podría tener. La sostuvo en sus brazos. De su vientre brotaba un radiante manantial cargado de un brillo lunar que le salpicaba las ropas enlodadas. Esa noche Justino no volvió a la caseta de vigilancia ni a la hamaca en su cuarto sofocado. Rodrigo despertó a toda la hacienda para contarles del incidente, de la bestia encarnada en la jungla y del extravió de su amigo. Alaridos y linternas en persecución de las sombras se unieron al canto unísono de la noche hasta la llegada del amanecer. Ambos se habían desvanecido. Después de unos cuantos días, las personas ya habían vaticinado su desaparición, alimentando el misterio con suposiciones insólitas.

Un chico del pueblo pronto tomó su lugar, pues el patrón era indiferente a quien vistiera aquel uniforme con el fin de tener a alguien con rifle en mano cuidando sus tierras. El joven nunca pensó en tener dificultades. A pesar de ser recipiente de una cultura rebotante en supersticiones, nunca había creído en leyendas o augurios, sin embargo, con el pasar de las noches comenzó a notarlo. Ahí estaba de nuevo, una robusta silueta que por las noches merodeaba en el plantío. El chico nunca se atrevió a seguirlo. Era un hombre enloquecido por las entrañas de la jungla, quien viajaba nocturnamente hasta los pies de un retorcido árbol. En aquel lugar, cubierto con el manto de la noche, fornicaba con la tierra, el musgo y las plantas, sumido en un deseo cegador, cubriéndose enteramente con las entidades de la selva, pues Justino sabía que solo así, podía estar con ella.



2.2.3 *Multitasking*

Jesús Antonio Martínez Quiroz

Independencia corporal. Malabarismo. No te importa cómo lo llamen, tú solo lo haces. Tu pie derecho mece el portabebés mientras tus manos operan las dos agujas para tejer el gorrito de lana que tanto quieres para el pequeño. Tu pie izquierdo golpea suavemente la alfombra al ritmo de la música de la televisión. Tu boca eventualmente llama a tus dos hijos mayores a la mesa, a cenar algo que preparaste con anticipación, para poder comenzar a hacer todas las tareas que ahora ejecutas con perfecta coordinación.

Algo rompe el hechizo. Escuchas afuera el zumbido de un motor que se apaga a los pocos segundos: tu marido llega más temprano que de costumbre del trabajo. No hay nada preparado para él, simplemente no te dio tiempo, y pensaste que el bebé se dormiría

pronto, dejándote tiempo suficiente para cocinar algo rápido o pedir a domicilio. No fue así. Dejas de lado una a una las múltiples tareas que realizabas, cierras los ojos y respiras profundo.

Cada vez que lo haces resulta más fácil. Abres los ojos y todo está igual, te levantas del sofá y comienzas a preparar algo sencillo con lo que encuentras en la alacena. Mañana es día de súper: otra tarea más al montón.

En veinte minutos tienes un plato apetitoso listo para servir. Lo dejas y vuelves a la sala para retomar tu posición inicial. Te sientas y recuestas la cabeza contra el respaldo del sofá. Vuelves a cerrar los ojos y a hacer el mismo compás de respiraciones. No necesitas abrir los ojos para saber que todo volvió a la normalidad, solo escuchas la puerta principal abrirse y pasos acercándose a ti. Sonríes antes de mirarlo yendo hacia a ti sigilosamente, con mirada cansada pero satisfecha: otro día de trabajo duro, piensas. Se inclina para darte un beso y se inclina aún más para besar suavemente la frente del bebé. Luego se levanta y señala su estómago con gesto de sufrimiento. Tú señalas la barra de la cocina, donde dejaste preparada su cena. Él mueve los labios diciendo “gracias” y se aleja, subiendo el volumen una vez que está fuera del alcance del ahora somnoliento niño, para saludar a sus otros dos vástagos. Todo está bien. Fue un contratiempo, pero lograste cocinar por 20 minutos y tener todo bajo control sin que tus hijos se dieran cuenta siquiera que entraste en la cocina.

Nunca has sabido cómo lo haces, ni desde cuándo. Tu habilidad es más antigua que tu memoria. Una de las primeras veces que recuerdas con claridad es un día de verano a los diez años, cuando volabas un cometa en el parque, disfrutando el inusual viento fresco que te pegaba directamente en la cara. Pareció solo un parpadeo, pero fue suficiente para hacerte tropezar y caer sobre el pasto, soltando el hilo del cometa. Te sacudiste las rodillas y los brazos, y volteaste alrededor buscando el juguete. Lo encontraste justo donde lo dejaste. Literalmente. Nada excepto tú se movía, no había ningún

sonido audible, el viento cesó de golpe y retuvo el objeto en posición de vuelo. Llamaste instintivamente a tus papás, pero perdiste el rumbo mientras corrías y olvidaste en qué parte del parque estaban.

Comenzaste a gritar desesperada buscando ayuda, pero fue inútil. Te echaste en el suelo, con los ojos llenos de lágrimas y cubiertos por tus manos llenas de tierra y mugre. Te mantuviste en esa posición hasta que sentiste un trozo de papel que cayó sobre ti. Alejaste las manos de tu cara para ver cómo tu destrozado cometa se recostaba sobre tu espalda, y todo parecía igual que antes, incluidos los sonidos ambientales y el viento. Llamaste una vez más a tus papás, y estos respondieron en la lejanía, llamándote a comer un bocadillo. Te limpiaste las lágrimas y fuiste corriendo hacia ellos.

Poco a poco fuiste entendiendo, no el funcionamiento de tu habilidad, pero sí sus potenciales usos. Tareas escolares, quehaceres en la casa, tomar botellas de tequila para las fiestas de preparatoria, etcétera, etcétera. Eso sí, jamás robaste ni agrediste a nadie: si tomabas alcohol de una tienda, dejabas el pago correspondiente en la caja. Cada vez te resultaba más fácil, pero conforme creciste te volviste más cuidadosa, especialmente a partir de una vez que corrías en medio de una escuela fantasmagóricamente paralizada para no llegar tarde a clase, te tropezaste con el último escalón del edificio de artes plásticas y te rompiste el brazo en la brusca caída. Pudiste volver a la normalidad, pero tu brazo siguió doliendo horrores y fue necesario poner un yeso. A partir de ahí fuiste más cuidadosa con lo que hacías y por cuánto tiempo lo hacías: el tiempo podía detenerse, pero tú seguías adelante, con todas las consecuencias que eso tenía.

Luego te casaste. Fue algo repentino. En un año pasaste de estar soltera y negar la idea del matrimonio a estar frente al altar con el amor de tu vida. Luego llegaron los hijos. No fue fácil la transición de curadora de arte a ama de casa a tiempo completo. Pero te gustó, tanto que después de 10 años no has sentido la necesidad de volver a trabajar en el museo, por más que las llamadas de tu exjefe con jugosas ofertas de salario no dejan de llegar. Eres feliz y con eso basta.

Tu habilidad se ha relegado a cosas insignificantes como la del mes pasado con la cena de tu esposo, aunque en realidad nunca lo has usado para algo trascendental, ni lo has compartido con ninguna otra persona, ni siquiera con él. Es algo personal a lo que dejaste de buscarle sentido o razón hace mucho tiempo. Es agosto, y los niños están a punto de entrar a clases. Los útiles, uniformes, cuadernos obligadamente forrados, cuotas de inscripción, juntas con maestros, el primer año del pequeño en la guardería: todo te está sobrepasando. Una tarde, con el picahielos en la mano para agujerear las pastas de los libros de texto, decides mandar a volar todo por unas horas. Sales de la casa, procurando que los niños se queden al resguardo de su padre, que los entretiene en la sala mientras revisa las facturas del mes. No avisas a dónde vas, al fin y al cabo, no tardarás en regresar.

Sientes la fuerza del sol en tu piel al caminar por la acera, pero pronto te refugias bajo los árboles de la avenida central y repites el proceso tan conocido. Cuando abres los ojos, tu mente se vacía, para dar paso a un cúmulo de silencio y calma que disfrutas desde el primer instante. Entrás a un área verde y te sientas sobre el pasto, recargando tu espalda sobre el ancho tronco de una pingüica, disfrutando su fresca sombra. Pasa el tiempo, y te comienzas a sentir mareada. No sueles hacer esto por más de una hora, y menos sin estar ocupada en algo. Al parecer la mente necesita ruido, aunque sea el más mínimo. Regresas todo a la normalidad, te levantas y regresas, recorriendo las dos cuadras que separan al parque de tu casa.

Abres la puerta y te encuentras con una escena inusualmente tranquila. No hay ruido de los niños y, sobre todo, notas ciertos detalles fuera de lugar: una pared que uno de los dos niños rayó el domingo anterior, completamente limpia, pero también con un tono beige más oscuro del que había tenido por tantos años. No encuentras la lámpara de mesa que te heredó tu abuela, y las fotos de la sala están movidas, algunas hasta desaparecidas. Sigues caminando hasta la cocina, donde un hombre con barba moteada

de blanco sostiene el periódico sin mirarlo, fijando su asombrada mirada hacia ti. Es tu esposo. Lo sabes, y aun así no quieres creerlo. Él parece tampoco creerlo: se mantiene inmóvil con el periódico estrujado en una mano y la otra cerrada en un puño que puede expresar ira, miedo o algo más.

Oyes la voz de otro hombre, más joven esta vez, bajando por las escaleras, preguntándole a tu esposo por las llaves del auto. Se detiene al verte, y su mirada es innegablemente de odio.

— Tú — dice con la voz llena de desprecio. — ¿Qué haces aquí?

Lo miro a los ojos por primera vez, y veo al niño de seis años que hace unas horas dejé jugando con su papá y su hermano mayor. Lo llamas por su nombre, pero te ignora y, acercándose, hace ademán de golpearte. Su padre lo detiene con la voz y le dice que salga de la cocina. Lo ves alejarse y sientes una mano que te jala del brazo hacia el interior de la cocina. Tu esposo te obliga a sentarte e intenta articular alguna palabra coherente, mientras alcanzas a ver por el rabillo del ojo a un niño como de 8 o 9 años bajar las escaleras, mirándote con desconfianza antes de que su hermano lo tome del hombro y se lo lleve a la sala.

Tu esposo dice algo, pero tú no lo escuchas. Le preguntas por tu hijo mayor, te dice algo sobre la universidad. La cabeza te da vueltas. Él te pide explicaciones, y tú se las das; por primera vez le cuentas sin filtro lo de tu habilidad, cómo la fuiste descubriendo y cómo la usaba para realizar distintas tareas o aprovechar al máximo tu tiempo. Era tu detalle personal, pero no te importa, solo quieres que toda esa pesadilla acabe. No puedes haberte quedado atrás, tú solías ser la que iba adelantada a todo lo demás, no a la inversa. Te abruma la idea de haber perdido tantos años de tu vida, de tu familia.

Pero no puedes pensar en eso ahora. Acabas de explicar todo, con la mayor lógica que encuentras, y ahora buscas un atisbo de comprensión en el rostro de tu marido, pero solo encuentras

desprecio. No te ha creído una sola palabra. Te deja sola mientras sale de la cocina. Tratas de ordenar tus ideas, hasta que finalmente te levantas resuelta a hablar con tus hijos, con los que te quedan en casa. Tu esposo te detiene antes de que puedas llegar a la sala y te empuja hacia atrás, haciendo que caigas de espaldas en la alfombra. Toma de nuevo el teléfono móvil con el que parece estar hablando con alguien; se despide y cuelga. Te obliga a ir a su cuarto (el cuarto de ustedes dos), y te encierra ahí.

Golpeas la puerta. Gritas. Pides perdón. Pides ayuda. Nada funciona. Oyes una ambulancia en la calle. Voces apagadas por las paredes. La puerta se abre, pero no es a tu esposo a quien ves, sino a dos hombres vestidos de blanco que te sujetan por los brazos. Te resistes, pero su fuerza te supera y te sacan de la casa para ponerte en una camilla dentro de la ambulancia. Mientras forcejeas y llamas a gritos a tu familia, sientes un pinchazo en el brazo y de pronto todo se nubla.

Despiertas vestida con ropa igual de blanca que la de tus captores, en un cuarto pequeño, vacío excepto por una cama individual y una mesa de noche. Te dejan de comer por debajo de la puerta dos veces al día. Cada día sales a contestar las preguntas de una o dos personas; siempre las mismas preguntas, siempre las mismas respuestas: siempre la verdad. Nadie te cree. Tu familia no viene a verte. Eso es lo que más te duele.

Viene un abogado, supuestamente del gobierno. Te habla sobre la ley de salud mental, sobre derechos humanos y sobre mil cosas más que tú no escuchas. Cuando deja de hablar, le preguntas por lo único que te interesa.

— No hay muchas probabilidades— dice bajando la cabeza. Se despide y vuelves a la rutina.

Esto te está matando. La ausencia de tu familia, la nula actividad del lugar, la monotonía de los días, semanas y meses, que ya ni siquiera las entrevistas logran romper. Necesitas hacer algo,

pero tu mente está demasiado desbordada para intentar usar tu habilidad. Explotas. No puedes más. Usas la mesa de noche para hacer un hueco en la pared, pero solo sacas pedazos de la cubierta. Tomas un trozo caído y usas la punta de un extremo para perforar tu antebrazo. Notas cómo la sangre comienza a salir, al mismo tiempo que los de blanco entran en el cuarto. Pero no te importa. Tu mente ya está lo suficientemente despejada.

Logras repetir el proceso y sientes cómo todo se detiene a tu alrededor. Lo sientes, pero no lo quieres ver. Sigues en ese estado hasta que decides dejar correr el tiempo de nuevo. Tu cuerpo se encuentra en una posición mucho más cómoda, y antes de abrir los ojos, sabes que todo va a estar bien. Retomas tus tareas.

Tu pie derecho mece el portabebés mientras tus manos operan las dos agujas para tejer el gorrito de lana que tanto quieres para el pequeño. Tu pie izquierdo golpea suavemente la alfombra al ritmo de la música de la televisión. Tu boca eventualmente llama a tus dos hijos mayores a la mesa, a cenar algo que preparaste con anticipación, para poder comenzar a hacer todas las tareas que ahora ejecutas con perfecta coordinación.

Eres feliz y con eso basta.



2.3 Posgrado, egresados, profesores y empleados en general

2.3.1 *La peculiar y heroica muerte de Bill Parsons*

Ricardo Daniel Barba Magdaleno

Robert Pershing Wadlow fue registrado como el hombre más alto en la historia, pero los que hicieron esa declaración nunca oyeron hablar de Bill Parsons, o Big Billy, como lo conocían en el condado de Wyandotte, en Kansas. El muchacho de veinticuatro años medía poco más de tres metros de altura y estaba sólido como un roble. No tenía esos tambaleos ni problemas en las rodillas que les dan a los gigantes.

Vi a Big Billy por primera vez con una soga al cuello parado sobre un banquillo de madera que parecía iba a explotar bajo su peso. Lo habían condenado a la horca por el asesinato de su novia Mary Lou Jenkins; una dulce chica de Edwardsville que estaba loca e irremediablemente enamorada de él. Las circunstancias del asesinato nunca se conocieron del todo. La policía de Edwardsville respondió a una llamada telefónica de la señora Mortel, vecina de los Jenkins, diciendo que escuchaba ruidos en la casa de al lado. Los Jenkins habían salido esa mañana a visitar a unos parientes en Durango, Colorado y no volverían hasta dentro de tres días. Así que la señora Mortel tuvo razón en alarmarse con los ruidos. Cuando los oficiales llegaron a la pequeña casa de madera, como lo son todas las casas en Edwardsville, encontraron a la bella Mary Lou Jenkins inmóvil sobre su cama y a Bill Parsons sentado en el suelo junto a ella, llorando lágrimas que podrían llenar una alberca. Se necesitaron diez hombres para llevarlo a la jefatura. No podían separarlo del cuerpo de la chica. Trataron de interrogarlo, pero el pobre infeliz no dijo ni una palabra. Al principio, los detectives pensaron que era estúpido, o que tenía alguna clase de retraso mental, lo cual era natural suponer por su rostro un tanto desproporcionado con una frente prominente y los ojos hundidos. Pronto se dieron cuenta de

que Bill Parsons no era ningún idiota. Había estudiado ingeniería en la estatal de Kansas hasta hacía algunas semanas antes del crimen. El pobre diablo solo se había quedado mudo.

Los detectives hicieron una hipótesis en la que Bill y Mary Lou tenían planeado escaparse juntos hacia México, huyendo de la familia de esta mientras estaban de viaje. Algo pasó en medio de todo esto que llevó al asesinato de Mary Lou, que luego concluyeron los forenses había sido por asfixia, aunque no se encontraron marcas de ninguna clase en el cuello de la chica.

Después de interrogar a la familia Jenkins, se supo que el padre de Mary Lou había amenazado a Big Billy con su escopeta en varias ocasiones con el afán de ahuyentarlo de su hija. Claramente, eso no funcionó.

Debido a la presión de la familia Jenkins y a la poca colaboración de Big Billy para con su abogado, el juez lo condenó a la pena de muerte en menos de dos meses. Pero, ¿cómo iba a cooperar, si el amor de su vida, y al parecer la única persona en su vida, había muerto? La historia dirá otra cosa, pero yo nunca me convencí de que Bill Parsons hubiera asesinado a Mary Lou.

A mí me mandaron del Oklahoma Daily para reportar la ejecución. La noticia había crecido tanto que llegó a los estados colindantes de Kansas. De parte de la prensa estábamos yo, otros ocho reporteros de periódicos locales y uno más del Durango Herald. Ninguno nos esperábamos lo que ocurriría después.

A continuación, presento mi recuento de la ejecución de Bill Parsons:

Sábado, 17 de julio de 1937, 11:45 PM

El sheriff Lackey le leyó sus cargos a Big Billy, como si este no supiera el porqué de su condena, y le preguntó si tenía unas últimas palabras. Pero el gigante no dijo nada, como era de esperarse.

El verdugo, que era un hombre de buena estatura, mandó traer una escalerilla para poder alcanzar a cubrirle la cabeza a Big Billy con la bolsa de tela negra, característica de toda ejecución que, para variar, le quedaba muy ajustada. Todos tratamos de no reírnos por respeto al padre de Mary Lou, que era el único miembro presente de la familia Jenkins, y por lo serio de la situación. ¡Un hombre estaba a punto de ser asesinado, por el amor de Dios!

Todo estaba listo, y el sheriff dio la señal al verdugo. Este pateó el banco donde estaba parado Big Billy, y tan pronto su pie hizo contacto con la madera, el banco estalló en mil pedazos que nos bañaron a todos dejándonos cubiertos de astillas. Levantamos la mirada y vimos a Big Billy parado sobre el cadalso de la horca, justo como lo habíamos visto hacía unos segundos, pero sin el banco bajo sus pies. Ninguno de los oficiales ni de los presentes –con la pena me incluyo entre ellos–, nos dimos cuenta de que Big Billy era más alto que la horca misma.

Después de mucho discutir y del desconcierto colectivo, el sheriff anunció que la ejecución se pospondría hasta nuevo aviso, después de que se hicieran modificaciones a la horca.

En mi opinión debieron ser más meticulosos. Con la muerte de un hombre no se juega.

Sábado, 2 de octubre de 1937, 11:52 PM

La noticia corrió como un mal chiste y más periódicos quisieron escribir del gigante que burló a la muerte y del inepto departamento de policía de Edwardsville que lo había permitido, lo cual explicaba el número exagerado de reporteros que había en la bodega.

Los oficiales tuvieron que construir una compuerta en el cadalso que se abría al accionar una palanca y por la que Bill Parsons caería a una muerte segura.

Los eventos fueron muy similares a los de hacía cuatro meses: el sheriff le leyó a Big Billy sus cargos y nuevamente le preguntó si

tenía unas últimas palabras. De nuevo, Big Billy ni siquiera abrió la boca. El verdugo ya traía consigo una escalerilla y le puso la bolsa de tela negra sobre la cabeza al gigante. Esta vez no le quedó tan ajustada.

Debo decir que todos los presentes estábamos ansiosos por ver qué ocurriría. No estábamos ahí por la ejecución de Bill Parsons ni para hacer honor a la memoria de Mary Lou Jenkins. No. Estábamos ahí en espera de un espectáculo, y lo recibimos cuando el verdugo tiró de la palanca y la compuerta se abrió bajo los pies del gigante que se quedó atorado a media caída, con los bordes del agujero abrazándole los brazos y el torso a la altura del ombligo. La bodega estalló en risas, desde el sheriff hasta el mismo señor Jenkins, que dejó escapar una fugaz carcajada. No sé si Big Billy estaba riéndose debajo de la bolsa negra. Me gusta pensar que sí.

La ejecución fue pospuesta hasta nuevo aviso.

Sábado, 8 de enero de 1938, 11:41 PM

Empecé a preguntarme por qué las ejecuciones siempre eran los sábados por la noche. Primero pensé que lo hacían para que el próximo lugar que los testigos visitasen fuera la iglesia por la mañana. Pero luego me di cuenta de que el primer lugar al que la gente corre después de una ejecución es el bar, y se despiertan con una resaca que en cualquier otro día de la semana sería fatal. Pero, los domingos uno se puede quedar en cama hasta que se le pase.

Habían hecho el agujero del cadalso lo suficientemente amplio como para que cupiera un rinoceronte por ahí. Incluso habían ensayado la ejecución pidiéndole a Big Billy que se metiera por el agujero, y este lo hizo con gusto. Nada podía fallar. Todo estaba calculado y medido. El sheriff Lackey, casi con tono triunfal, le leyó sus cargos a Big Billy. Le preguntó si tenía unas últimas palabras, pero este no dijo nada. El verdugo se subió a su escalerilla y le puso la bolsa negra sobre la cabeza provocando las sonrisas habituales en la audiencia. A la orden del sheriff, el verdugo jaló de la palanca

abriendo la compuerta y el cuerpo de Big Billy cayó sin ningún problema hasta azotarse contra el suelo. Unos oficiales corrieron a ayudarlo mientras el resto de nosotros nos quedamos asombrados viendo la horca destruida. Se había roto en tres partes como un *picadientes* ante el peso de Big Billy.

La ejecución se pospuso hasta nuevo aviso.

La siguiente fecha fue el sábado 22 de octubre de ese mismo año, pero los eventos fueron muy similares, terminando con Big Billy en el suelo y la horca rota en tres partes. Y no es que no hubieran puesto empeño en construirla bien. Habían acomodado unos soportes en la base de la horca y también mandaron traer vigas de madera más gruesas, pero no fue suficiente.

Después de cinco horcas fallidas, a Big Billy se le había hecho un callo que le quedaba como collar. La gente dejó de ir a sus intentos de ejecución, pues la noticia ya se había hecho vieja. Hasta el señor Jenkins dejó de asistir. Supongo que se hartó del constante fracaso de los oficiales. Tal vez hasta haya perdonado a Big Billy después de verlo sufrir tanto.

En su sexto intento de ejecución, yo era el único presente. Estaba ahí más por curiosidad que por trabajo. Mis editores me habían dicho que desechara la historia hacía meses, pero yo sentía la necesidad de seguir a Big Billy hasta el final.

Big Billy se negó a que le pusieran la soga al cuello y, con palabras, las primeras palabras que cualquiera de los ahí presentes le habíamos escuchado, dijo que la horca que habían construido no iba a funcionar. Fue un momento muy extraño para todos, excepto para el gigante que, con toda naturalidad, explicaba que los soportes en la base estaban demasiado flojos y que no importaba qué tan gruesas pidieran las vigas de madera, tenían que reforzarlas con barras de acero. En especial, tenían que reforzar el codo de la horca que, según él, era el punto más débil.

Al final, el gigante trabajó por meses junto con los oficiales diseñando y construyendo la máquina que acabaría con su vida. Trabajaba en ello como si estuviera construyendo una casa en el árbol. Solicitó que en lugar de una soga se usara una cadena metálica de eslabones gruesos, por seguridad. Yo creo que la pidió porque ya no quería que se le raspara el cuello con la soga.

Por fin, un sábado, 19 de julio de 1941 a las 11:57 PM, con una horca que parecía salida de una historia de alienígenas medievales, el sheriff Lackey, un poco triste y preocupado, como lo estábamos todos, le leyó sus cargos a Big Billy y le preguntó si tenía unas últimas palabras.

Y este dijo: “A ver si esta sí funciona, sheriff”. El verdugo titubeó al ponerle la bolsa negra sobre la cabeza, aún auxiliado por su escalerilla, pero ya no había nadie que se riera, solo quedaba yo. A la orden del sheriff, el verdugo jaló de la palanca y el cuerpo de Big Billy quedó suspendido en el aire, con el suelo a unos cuantos centímetros de sus pies que pataleaban y se estiraban tratando de alcanzarlo. Después de cinco minutos Big Billy dejó de moverse, y solo para estar seguros, lo dejaron colgando diez minutos más.

No me molesté en reportar la muerte. Ya todos se habían olvidado del gigante.

Después de que descolgaron a Big Billy les invité unas cervezas al sheriff Lackey y al verdugo en el Jack's bar que estaba a unas cuadras de la comisaría, y los tres bebimos hasta el amanecer. Bebimos por nosotros, bebimos por la muerte y bebimos por el bueno de Big Billy Parsons.



2.3.2 *Chabelita está llorando*

Francisco José Rodríguez Puente González

Doña Chabelita está llorando. Mi esposa es una mujer muy sensible, me recuerda a mi abuela Paula. Siempre que me hablaba de mi madre terminaba llorando con tal fuerza que parecía que le estaba dando un ataque y había que echarle agua en la cara para que reaccionara. Chabelita, mi mujer, llora cuando vamos al cine, cuando nuestro hijo Marianito llora, o cuando Evita llora, o cuando Pepe llora, si le hablo golpeado, si sus vecinas le cuentan sus penas, si no se las cuentan, cocinando, leyendo, riendo, así todo el tiempo. Esta vez, sin embargo, no le faltan razones.

Sus hermanos han muerto, Rafael y Miguel. Los dejaron con la lengua de fuera y los huaraches colgando como péndulos de un reloj sin cuerda. No pudieron ni siquiera bajarlos a darles cristiana sepultura porque eran enemigos del estado. ¿Quién los manda a darle guerra a los hijos de la revolución? El general Calles se fue con todo contra la iglesia y ahí van estos tarugos, a repartir balas y machetazos. *Quesque* el que da la vida por la iglesia se va derecho al cielo. Derechitos quedaron, sí, pero estrangulados en un camino de Colima.

Yo no soy ateo, pero me cuesta trabajo creer en los curas. Desde niño siempre me dieron desconfianza y hasta miedo. Hace años, allá en Apulco, vivía yo en el cerro del Calvario; el cura me puso a enseñarle latín a una bola de indios como yo.

—¿Cómo quiere que aprendamos latín si a penas y hablamos la castilla? — protesté inocentemente.

Mis “amiguitos” chivatearon con el padre Valera lo que me valió una paliza que me sigue doliendo cuando me siento. El padre Margarito Valera también está muerto, o eso creo. Parece que lo fusiló el ejercito hace unos días.

Y es que hay curas que no hacen uso de la razón, manipulan los sentimientos de la gente y los mandan a morir para defender las riquezas de otros curas mejor posicionados que pelean desde sus grandes comedores, con los dedos gordos llenos de anillos ostentosos y manchas de mole de monja.

Aquella vez que nos cayó el cólera en el pueblo, la gente moribunda pedía atole. Todavía recuerdo sus voces apagadas mientras los arrastraban al camposanto, todavía vivos.

—¡Tole, tole! —pedían ya sin fuerzas, más allá que acá.

—Qué tole ni qué tole, camposanto —dijo el cura. —Cierra el ojo que ahí va la tierra.

Eso no se le olvida a uno nunca. Es la clase de memorias que mis nietos seguirán recordando.

Tampoco es que los ateos sean muy racionales que digamos. La bola nos mostró que los *comecuras* son igual de arbitrarios. También los líderes de la Revolución pelearon por la patria desde la comodidad del escritorio, con pluma y tinta y la ropa manchadas de chocolate caliente. Los otros, los que sí arriesgaron el pellejo, a esos ya se los comió la Revolución.

El general Calles es un héroe para muchos. Yo le reconozco su visión, su don de líder, nada más. Supo poner un poco de orden en este infernal caos que se soltó desde que Don Porfirio se embarcó al exilio. Dejarnos esta fiera suelta fue su último acto de crueldad.

Ya lo dije, la Revolución se comió a sus hijos: a Madero lo mató Huerta, a Huerta lo corrió Carranza, a Barbastenango le dieron cuello Obregón, Calles y De la Huerta (este último se salvó, porque se peló para los Estados Unidos). Zapata, Villa y hasta el mismo Obregón, todos fueron devorados sin compasión por la bola, la masa informe y destructiva de la Revolución: balazos, traiciones, abusos y sangre. Nos quedó Calles, pudo ser peor, sí, pero no mucho.

Doña Chabelita está llorando, a ella le vale quién se comió a quién. Sus hermanos han muerto y no los verá más. No puedo darle consuelo, el jalisciense que soy no sabe mostrar ese sentimentalismo que le hace falta. Así que me tomo mi café con pan, le doy un beso a Mariano, a Eva, a José que huele a que ya necesita un cambio de pañal y me voy a mi trabajo.

La oficina de correos de Tonila, Jalisco, no es el trabajo que hubiera imaginado para mí. Yo nací en Apulco, mi padre Mariano fue burrero toda su vida (que no fue muy larga). Tenía varias bestias y con ellas transportaba de todo, panocha, tercios de chiles secos de varias clases, sacos de fibra de pochote y hasta huevos de sus gallinas, todo bien protegido con divisiones de zacate que improvisaba.

Yo asumí que mi vida transcurriría igual, sin irme nunca de la hacienda de los Vizcaíno. Me crio mi abuela Paula de quien ya les hablé y a quién quise como una madre. Un pariente lejano en un arranque de orgullo y valor imbécil mató al dueño de la hacienda y todo se empezó a desmoronar, como un montón de piedras secas.

Murió mi abuela, mi padre, mi hermana Úrsula se casó y nunca volví a saber nada de ella. Una historia amorosa, de aquellas que no se olvidan por más que uno haga el intento, me obligó a irme de mi calvario sin burro, sin dinero y sin amor.

Tengo prisa por llegar, las oficinas están cerradas y yo soy el encargado de los dineros. Un puesto que me llena de orgullo por lo importante, pero que también me vuelve potencial víctima de ladrones y asesinos. En el camino a la oficina me detiene mi amigo, el capitán Antonio Martínez. Me dice que lo acompañe, me trepa a su caballo y nos vamos trotando a los campos de siembra.

—Voy a llegar tarde— le digo—no pueden abrir la oficina de correos, yo tengo las llaves. Mejor devuélveme.

—Tú hazme caso, compadre, te conviene. Te voy a enseñar algo muy bueno.

Mi amigo el capitán Martínez era un hombre con los pantalones bien puestos. La tropa lo quería mucho porque en cuestiones de balazos, siempre estaba del lado de su gente. Me apadrinó a una niña, Guillermina, que no vivió más que unos días. Lo conocía muy bien como para hacerle un feo, así que desistí y ya no dije nada.

Subimos a un cerrito, y desde la punta vemos los campos de maíz extenderse a lo lejos. Los campesinos están levantando la cosecha. A pesar de la distancia, alcanzo a ver como hay mujeres y niños repartiendo gordas con chile, caramba, qué tarde se debe estar haciendo.

—Bueno pues, ya estamos aquí. ¿Qué chinacos me querías enseñar tan bueno? — le dije, ya un poco exasperado.

—Bueno... a la mejor no, la palabra precisa no es esa, pero al menos sí es interesante. ¿Ves esa gente ahí? — dice señalando en dirección a los cultivos— Pues todos eso son cristeros.

Y entonces sí suelto la risa que no alcanzo a disimular.

—Ah cómo eres lengua. Son campesinos, gente de campo. Tú de verdad que ya estás loco.

—Te digo que son cristeros, compadre. Están armados. Le avisé a los del cuartel y nadie me peló, pero son cristeros.

—Que no son, si los estoy viendo que están levantando la cosecha y comiendo tortillas con chile. Carajo, ni siquiera veo que estén tomando.

—Tu dirás misa, José, pero esos son cristeros y se va a armar la gorda.

—Te digo que no son, no seas prejuicioso.

—¿Ah no me crees?

—No. No te creo.

—Pues vas a ver como sí.

Súbito, saca su pistola de la funda y sin decir agua va suelta un solo disparo al aire. La detonación suena en todo el valle y el eco parece no terminar durante un rato que parece prolongarse eternamente. Acto seguido, de debajo de las naguas de las mujeres, una decena de fusiles se levantan y comienza la lluvia de plomo contra nosotros.

El coronel, muerto de la risa, se sube a su caballo y yo detrás de él, en las ancas del animal.

—¿No te dije? Cristeros. Y bien armados. Estos van a atacar la ciudad y no creo que tarden en reunirse con los demás.

Yo, bien agarrado a su cintura, comienzo a pensar en mis hijos, en Chabelita, y hasta en mis cuñados muertos, colgando con la lengua de corbata y los huaraches bailando al aire la macabra danza de los ahorcados. Las balas nos pasaban por las orejas como mosquitos sedientos de sangre. No nos dieron por puro milagro, probablemente Dios no estaba apuntando en esa ocasión sus rifles.

—Tienes que dejarme en la oficina, Antonio. Tengo que recoger el dinero.

El capitán mete espuelas en las costillas del jamelgo y minutos después raya su caballo frente a las oficinas de correo de Tonila. La gente nos ve atónita.

—Ahí vienen los cristeros. Métense a sus casas. Tranquen las puertas y no salgan. Voy a avisar a la tropa.

Un griterío contagia el pueblo. Parecen hormigas cuando bloquean la entrada del hormiguero con una piedra. Yo entro inmediatamente a mi oficina y trato de abrir la caja fuerte. Tengo que poner la combinación tres veces porque los nervios no me permiten poner los números correctos. Dentro hay un saco de tela que guardo dentro de mi camisa y salgo corriendo, esperando que Chabelita no se haya ido de la casa.

Mientras cruzo por la plaza central, alcanzo a ver a don Melitón, el alcalde, entrando al palacio municipal con sus guaruras. Seguramente va a buscar el dinero del ayuntamiento. No era mala persona, seguramente lo devolvería cuando las cosas se calmaran. Yo pensaba hacer lo mismo.

Entro a la casa y de un portazo cierro la puerta de madera.

—Virgen santísima, don José. ¿Se le ha metido el diablo o viene tomado? — dice doña Chabelita.

—Ya sabe que yo no tomo y no se me ha metido ningún diablo todavía. Los cristeros entraron al pueblo y yo tengo que guardar este dinero.

—Nos van a matar, don José. Mis hijos.

—Si nos encuentran con este dinero, no lo dudo.

—Mételo en la pañalera, acabo de cambiar al niño y seguro nadie se va a fijar.

El fuerte perfume de los pañales usados me da confianza y efectivamente hundo el costal de dinero hasta el fondo de la pañalera. Por suerte no había lavado aún y estaba repleta.

Los balazos comenzaron a sonar. Un griterío espantoso. La bola, la locura. Un monstruo de cien cabezas que mata por placer, que viola, que roba. Lo mismo da que luchen por la libertad, por la evolución, por Jesucristo, por una cubeta, la bola es sanguinaria, voraz, jamás queda satisfecha. Es un perro con rabia que ya no tiene remedio y su espumoso hocico es dos veces mortal.

Pasan los minutos y doña Chabelita, los niños y yo nos escondemos debajo de la mesa. Puse detrás de la puerta un ropero pesado para trancarla, pero no será suficiente, yo lo sé.

Lo inevitable, tiempo después me enteraría que mi compañero del trabajo les informó dónde vivía y que yo tenía el dinero del correo. Igual lo mataron de tres balazos. Un grupo de bandidos

llega y empieza a patear la puerta. Sueltan uno, dos, tres tiros que atraviesan la madera de pino del ropero. Insultos y amenazas. Las patadas y los empujones empiezan a hacer mella en la puerta. El ropero está cediendo. Mis niños lloran en mis brazos y lo único que me queda por hacer es cubrirlos con mi cuerpo.

Se escucha un grito desde lejos.

—Están vaciando la tienda de don Hilario.

El grupo de bandidos se detiene, considera por unos instantes y al parecer les parece mejor presa la tienda de ultramarinos que un pobre burócrata y se van.

El ejercito llegó poco después, pero los cristeros ya se habían ido casi todos y habían dejado todo hecho añicos. A Don Melitón lo habían fusilado, le dieron el tiro de gracia y lo dejaron tirado creyéndolo muerto. Sobrevivió, sin embargo, y murió muchos años después, de viejo, rodeado de nietos. El *tragabalas* le decían.

El dinero lo regresé sano y salvo, eso sí, con un perfumito extraño. Chabelita volvió a llorar esa noche, pero por razones diferentes. De felicidad.



2.3.3 MAIA

Marcos Emilio Bustos Flores

Cuando tuve en mis manos el *MAIA 512* en su empaque brillante sentí la necesidad de evadirme durante unos días. Estuve jugando con la última plataforma, *Marte*, más horas de lo común, desmontando satélites enemigos y encontrando nuevos aliados en la red para edificar la mejor ciudad en la que pueda pensarse. Pero sabía que, por las restricciones de edad y nivel de confiabilidad, *MAIA 512* era completamente otra cosa. Era una nueva plataforma realidad virtual que te permite interactuar con otras de 3^a como *Kratos*, *IND* o la misma *Marte*. Puedes crear mundos, ciudades y, la peculiaridad de la interfase, recrear momentos específicos de tu vida, desde el último paseo que tuviste con tu primera novia hasta el sabor del pastel que te hacía tu abuela al salir del kínder. Para el grueso de consumidores de *VR* no pasará de ser un detalle que apenas agrega personalidad a la plataforma, pero a mí me causaba una sensación de intranquilidad desde que me asignaron para probar su posible venta al mercado. El rango de experiencias que podías recrear era verdaderamente amplio, uno simplemente tenía que escribir unas cuantas instrucciones y *MAIA* procesaba junto con tus instrucciones toda la información disponible en red de la persona, como gustos, aficiones, miedos, biografía, intereses, etc., y codificaba el recuerdo. Pero justamente esa posibilidad de revivir el propio pasado era lo que me dejaba un cierto sabor a que algo malo estaba ocurriendo. No sabía todavía cuál era el tamaño real de la misión que se me había encomendado, y miraba con cierto desdén lo que hasta ese momento era simplemente una finita cadena de detalles azarosos, esto es, mi propia vida.

Después de probarla unos días, decidí que para dar un veredicto correcto a las posibilidades de *MAIA* tenía también que enfrentarme con la posibilidad de que la interface me permitiera alterar con libertad mi pasado. Me di a la ejecución y análisis de códigos sin ningún tipo de restricción, transformé radicalmente mi primera

cita, tuve sexo con todas las mujeres que siempre había deseado, y fui transformando una a una todas las pequeñas e insignificantes historias que, más que otra cosa, padecí con mi mujer. *MAIA* me permitió dar felicidad a lo que fue un encuentro de penosos 10 años; hice que nunca apareciera en su camino Tefyy77, su actual esposo, realicé antes de empezar la relación un listado conforme a sus gustos de cosas que nunca hicimos y lo cristalicé, aprendí a guisar como profesional, podía congelar la imagen para interpretar sus sentimientos y dar respuestas siempre adecuadas, terminé haciendo buenas migas con sus padres y finalmente nos casamos. Vivía mi matrimonio con Sea606 todas las noches de vuelta de la oficina, pero cuando trabajaba ahí también deliberadamente me hacía tiempo para elegir lo que beberíamos y comeríamos, contarle historias vía chat de tal o cual deportista mientras conseguíamos boletos para la mítica final de ese año, o simplemente consumíamos ácidos escondidos en el pasto de un bello parque. Todo pasaba nítido y verdadero ante mis ojos, tan real como los sueños. Cuando los jefes me preguntaban si ya estaban listas las pruebas y el veredicto de *MAIA* les decía que todo iba muy lento, que la capacidad de desarrollo de la plataforma posiblemente no daría el ancho para su distribución comercial, pero que aún quería realizar una última conjetura.

Conocí otras mujeres, tuve sexo a mis 9 años con una amiga de la primaria, enamoré a la amiga de mi hermana, visité a mi madre cuando era joven y le hice el amor mejor que mi padre y combatí todas sus taras, regularmente me seguían voluptuosas las putas de la esquina después de clase. Me peleé más de una vez, en la escuela y el trabajo, me metí heroína a los 16, hice música, experimenté la cárcel por comportamiento enfermizo varias veces, y ahí en realidad fue donde encontré a TheBitch. Él, lo saben todos, es el famoso terrorista que moriría 2 años después de un fallido intento de asesinato del presidente. Tengo que confesar ahora que no era precisamente como nos lo anunciaron los medios: era un tipo divertido e inteligente, que no tardó mucho en hacerme parte de sus teorías erostratianas y de que él como cada pequeña piedra que existe y nos rodea, posee

una misión. Me habló de que sacrificarse por los otros no es más que el acto perfecto del egoísmo, pues es poner las vidas de los demás en tu propia balanza; me habló de que vivir una vida que pueda transformarlo todo es la única misión concreta del hombre, que todos los seres estamos destinados a transformar la Historia, pero solo los que asumen esa posibilidad son los que lo logran. Él aseguraba, mientras tallaba con la mano el suelo, que su misión era matar al presidente y alterar el orden económico mediante un temporal estado de caos: el constante sacrificio de los integrantes de la Patria y Fuego, su grupo terrorista, para permitir que a la misma velocidad como fueran nombrados nuevos líderes políticos, así serían sacrificados por nuevos patriotas hasta que, aterrados ante un grupo que no teme a la muerte, accedieran a promulgar nuevas leyes. Decía que la vida no tenía ninguna importancia, que lo único que existía era la muerte, por lo que meter una bomba en el Congreso era no solo el más digno sino el único acto sensato que podía realizarse. Vivir no tiene ninguna importancia, a menos que sea una vida enfocada a trascenderlo todo y alterar la realidad. Es el último acto del ego y el primero de la colectividad al mismo tiempo, decía. Darse cuenta que se puede intercambiar la propia absurda, limitada, experiencia humana a cambio de una muerte formidable que lo sacuda todo es por lo cual tenemos consciencia y es el único aprendizaje que venimos a adquirir. Todo lo que nos ocurre nos prepara para ese único momento de sabiduría, el resto es ejecución y bombas.

Así hablaba TheBitch, y yo obviamente no tuve ningún empacho en decirle que él moriría 2 años después y que solamente era ya una imagen emanada de un complejo dispositivo de *VR*. Él sonrió y me aseguró vagamente que la realidad era siempre una plataforma de *VR*. Sin ningún problema evidente, me uní a la liga Patria y Fuego y me llené las manos de gloria al revelar exactamente cómo sería el día de su muerte, y así un buen día asesinamos al presidente, quedando nosotros completamente ilesos. En la oficina me pedían mi veredicto y que regresara al día siguiente la plataforma. Dejé el trabajo y pasaba los días cogiendo en hoteles de lujo, devorando

cenar en yates sin pagar un solo centavo, y por las noches me reunía con Patria y les comentaba los siguientes pasos en la transformación de todo, pues ya sabía qué funcionaría y qué no en el futuro. Unos guerrilleros en la selva me enseñaron a disparar y cada que era capturado o asesinado por los soldados simplemente reiniciaba sin desesperarme la consola y me enfocaba en corregir mis errores. Cedí ante todas las ideas de TheBitch durante un año, que para nosotros fueron 25, e instauramos el nuevo gobierno. Salía una vez al mes a la calle solo para ver a la gente muriendo de hambre en las calles y a las prostitutas y drogadictos lanzarme sus miradas de hastío bajo las falsas pestañas postizas o los desorbitados ojos por la droga y la mala alimentación, solo para recordarme lo importante que se había vuelto mi misión.

Convertí mi avatar de Fred2706 a 3^a o Brahma, codifiqué el formato de tal manera que me diera información sobre cada una de las personas que había conocido y actuaba para corregir sus vidas. Cuando salía tomaba fotos de todos los rostros y todas las calles, regresaba e ingresaba esa información en la red y reconstruía paso por paso casas, ventanas, rostros, economías y les daba su justo valor, su importancia, o lo que para mí en mi “último paso del egoísmo” implicaba ello. Me interesaba realmente poco mi vida, estaba enfocado en ser una entidad que conociera todas las historias, que pudiera alterarlas conforme mis más egoístas fines. Corregía todo lo creado una, dos, tres veces, pero solo me metía en lo humano, pues comprendí que había que tener unas reglas de inicio para poder trabajar, y que no había otras mejores salvo las reglas con las que se había proveído así misma la naturaleza. No dudé, claro, en alterar algunas de ellas, disminuir principalmente los rasgos de miedo y autoconservación en las especies para que fuera más sencillo construir un mundo con aspiraciones a la estabilidad. Entendí que era un hecho que todo lo que ocurre y ha ocurrido era porque era necesario que así fuera, y que si dotaba de las mismas exactas leyes al universo de *MALIA* era muy posible que me arrojara otra vez al mismo mundo lleno de insatisfacción, miseria y miedo a la muerte.

Entendí finalmente que mi fin en la vida era encontrarme con *MAIA* y crear un universo personal y que lo que me estaba ocurriendo era el siguiente paso necesario de la evolución. Dios, la naturaleza o el caos, esos tres que son uno me había hablado a través de *MAIA*, en ella había encontrado mi verdadero ser y mi esencia; llegué a la conclusión de que no había nada que fuera real en el mundo tridimensional salvo el hecho de que estuve preparándome para cuando deviniera en Brahma a través de *MAIA*. El siguiente paso en realidad fue el más difícil. Puesto que cada vez me encontraba más enfermo, mis ahorros con el despido estaban menguando y mis lazos con el mundo tridimensional se habían convertido en un simple salir a tomar fotografías una vez al mes, así que decidí que no podía vivir más en la separación y que debía prepararme para migrar definitivamente a *MAIA*. Por la experiencia en la red, sabía perfectamente lo que tenía que hacer.

Contacté a Sea606, que ahora tenía tres hijos y una vida limitada y perfectamente miserable, por lo demás como cualquier otra, y concerté una cita. Como la conocía ahora como nadie jamás la iba a conocer, no me costó trabajo encontrar la forma de convencerla.

Nos vimos en una cafetería, un día espantoso de un sol tumefacto; me sorprendió lo agonizante que estaba la ciudad. Ya viene la nueva piel, dije al aire, pues sabía que escuchaba. Sea606 me aseguró que era un día magnífico, creo principalmente porque le expresé lo horrible que a mí me parecía. Me dijo amablemente que podía conseguirme un sicólogo, y que para nada era buena idea que nos hubiéramos visto. Yo obviamente no le comenté que seguíamos juntos en *MAIA*, que habíamos tenido diez hijos y que en ese otro universo había conseguido egoístamente que fuera feliz. Simplemente le dije que me estaba muriendo, que tenía una enfermedad incurable avanzando, y que era la última vez que la veía, por lo que necesitaba que me acompañara. La única manera de encontrar rápidamente un procesador que pudiera soportar *MAIA* era que me acompañara a casa, así que no hubo remedio. Cuando

cruzamos el umbral polvoso y desesperanzador de mi cuarto tuve que compadecerla; la muerte podía ya respirarse ahí. No podía tardarme más. Conseguí que se sentara frente a *MAIA* pero bajo una versión alterna al universo que yo había creado. Si hubiera visto mi universo hubiera sido el fin. No comprendió nada; me miraba entre triste y compasiva, pero logré hacer que regresara al día siguiente. Durante las que serían mis últimas semanas en el mundo tridimensional estuvo acudiendo diariamente a familiarizarse con la interface. A pesar de mi enfermedad incluso tuvimos sexo, y no me sorprendió en absoluto la torpeza con la que en él se seguía manejando; Sea606 no era Sea606. Decidí que estaba preparado para dejar ese remedo de mundo o, mejor dicho, esa versión apática, burda, hermosa y primitiva como un huevo que nadie ha abierto.

Al final, todo ocurrió como debía. Sea606 se compenetró con la interface, reparó sus problemas con Tefyy77, educó mejor a sus hijos, logró ayudar a mucha gente en muy poco tiempo. Al momento de mi migración, le dije que debía encargarse de que *MAIA* fuera aceptada y que comenzara lo antes posible su distribución masiva, que los estaría esperando. Se despidió de mí con un beso apasionado, como tantos había recibido de ella y de muchas otras, y le dije que no importaba, que estaba escrito, que la realidad es elegir si eres el hombre que sueña a un ave o el ave que sueña a un hombre. Me cerró los ojos con delicadeza y una sonrisa parecida a la de un Buda *sentpi* en mi rostro y sentí crecer a las estrellas dulces y brillantes en mí.



Categoría 3. Dramaturgia

3.1 Preparatoria

3.1.1 Presencias de una muerte

Iliana Martínez de Alba

Escena 1

(Época: 1980's. Habitación con una sola ventana, escritorio y un espejo. Cama sobre la que se encuentra Nen, con Idya a su lado. Doctor 1 se encuentra con Sofía y Ernesto en una esquina de la habitación).

SOFÍA. *(Preocupada)*. ¿Cómo está mi hijo, doctor?

(Doctor 1 hace un gesto negativo con la cabeza)

DOCTOR 1. Me temo que la fiebre es muy alta, ya no hay nada que se pueda hacer.

(Sofía se acerca a Ernesto, afligida y él la abraza fuertemente)

ERNESTO. De verdad, doctor. ¿No hay nada que podamos hacer?

DOCTOR 1. Lo lamento mucho. Los dejaré solos, para que pasen sus últimos momentos.

ERNESTO. Gracias, doctor.

(Doctor 1 sale, Ernesto y Sofía se acercan a la cama de Nen)

IDYA. *(Preocupada)*. ¿Qué dijo el doctor? ¿Nen va a estar bien?

ERNESTO. Sí, no te preocupes, Idya. Ven, dejémoslo descansar.

(Salen Ernesto e Idya)

NEN. (*A Sofía*). Mamá, tú no te irás. ¿Verdad?

(*Sofía le sonríe tristemente y asiente*)

SOFÍA. No, Nen. Me quedaré contigo hasta que te duermas.

NEN. ¿Es cierto que voy a estar bien?

SOFÍA. Sí, claro que sí, hijito. Estarás bien cuando despiertes, quédate tranquilo.

NEN. Mamá.

SOFÍA. Sí, Nen.

NEN. Voy a morir. ¿No es cierto?

SOFÍA. (*Atónita*). ¿Qué... por qué dices eso?

NEN. Siento frío, mucho frío. Y mis energías, parece que se desvanecen, muy rápido.

SOFÍA. Es solo tu enfermedad, Nen. Vas a estar bien, en serio.

NEN. Mamá, por favor no me mientas, en los libros esto solo pasa cuando alguien morirá.

SOFÍA. (*Llorando*). Nen, lo siento. Lo siento tanto.

(*Nen sonríe tristemente y toma la mano de Sofía*)

NEN. Por favor, mamá, no llores. Voy a estar bien, aunque no esté contigo. ¿No es así?

SOFÍA. Sí, Nen. Vas a estar bien, irás al cielo, hijo mío, y verás a los ángeles.

NEN. Mamá.

SOFÍA. Dime, hijito.

NEN. Te quiero mucho, y siempre te voy a querer.

(Nen se levanta un poco, besa a Sofía en la mejilla y cae suavemente sobre su cama, con los ojos cerrados)

SOFÍA. Yo también te quiero, Nen.

(Sofía toma la mano de Nen, la besa, y después sale, casi corriendo. Bajan las luces)

Escena 2

(Nen se encuentra vestido y de pie, completamente pálido, cerca del escritorio. Nen se mira las manos y su ropa con curiosidad)

NEN. Que extraño, juraría que estaba sobre la cama hace un momento, y me sentía muy débil, bastante mal. (Se encoje de hombros) Debí haber estado soñando. (Nen se acerca al espejo, y se mira). Aunque, sí debo estar enfermo, no recuerdo haber estado así de pálido alguna vez. (Nen se asoma en la dirección en la que salió Sofía). ¿Por qué estará llorando mamá? ¡Mamá, ven! ¡Mírame! No me pasa nada, estoy bien.

(Sofía entra rápidamente junto con Ernesto)

SOFÍA. Lo escuché, Ernesto. Nen me estaba llamando.

NEN. Sí, mamá, mírame. Estoy aquí y me siento bien.

ERNESTO. Por favor, Sofía. No le des más vueltas, deja que descanse en paz. NEN. Papá, no necesito descansar, ya me siento bien.

SOFÍA. *(A Ernesto)*. Es solo que, podría jurarlo, era su voz. Me estaba llamando. NEN. ¿Mamá? ¿Papá? ¿Qué les sucede? Estoy justo aquí. ¿Qué no me ven?

ERNESTO. Ven Sofía, necesitas calmarte.

(Pone su brazo sobre los hombros de Sofía y la aleja de la cama de Nen)

SOFÍA. Lo sé, lo lamento. *(Suspira)*. Es solo que, es difícil aceptar que *(silencio)* mi hijo haya muerto.

NEN. *(Sorprendido)*. Pero mamá, estoy aquí. ¿Por qué dices que estoy muerto? Ya estoy bien, estoy frente a ustedes.

ERNESTO. Tenemos que ser fuertes, Sofía. Por nuestra familia, por Idya.

(Sofía asiente tristemente con la cabeza. Ernesto y Sofía salen)

NEN. Pero... pareciera que no me vieron, no me escucharon, como si ya no existiera.

(Espíritu de los muertos sale de la oscuridad vestido de túnica)

ESPÍRITU DE LOS MUERTOS. Es porque ya no existes, chico.

NEN. *(Asustado)*. ¿Quién es usted? ¿Qué está diciendo?

ESPÍRITU DE LOS MUERTOS. Soy el espíritu de los muertos, el regente de este plano espiritual. Estoy a tu servicio durante tu estancia aquí.

(El espíritu extiende su mano a Nen quien la toma tímidamente).

NEN. Yo, me llamo Nen. ¿Por qué estoy aquí? ¿Qué sucedió?

ESPÍRITU DE LOS MUERTOS. ¿Acaso no es obvio? Moriste, hace tan solo un par de minutos. Por cierto, mis respetos para ti, Nen. Debes tener un espíritu fuerte, la mayoría de los espíritus tardan días antes de levantarse tras su muerte, por eso la mayoría despiertan en el cielo.

NEN. ¡El cielo!

ESPÍRITU DE LOS MUERTOS. ¿Qué hay con él?

NEN. ¿No se supone que debería estar allí? ¿Hice algo malo?

(El espíritu de los muertos se pone la mano en la barbilla, en gesto pensativo)

ESPÍRITU DE LOS MUERTOS. Dudo que hayas hecho algo malo, pero yo no sé nada de tu vida, mi trabajo está en cómo pases tu muerte.

NEN. Entonces, ¿por qué no estoy en el cielo?

ESPÍRITU DE LOS MUERTOS. A eso voy, pero es una larga historia, sentémonos para estar más cómodos.

(El espíritu se sienta sobre la cama y Nen se sienta tímidamente junto a él)

ESPÍRITU DE LOS MUERTOS. Verás, por lo que tengo entendido, en el principio, había un cierto número de ángeles destinados a ser los guardianes de los seres mortales. Pero, cuando los ángeles empezaron a ser atraídos por la oscuridad, muchos de los guardianes se convirtieron en demonios, y ahora hay personas sin ángel guardián. Como tú, por eso no puedes ir al cielo, no tienes un guía. Es por eso que te encuentras en este plano, entre la vida mortal y la siguiente.

NEN. Como un fantasma.

ESPÍRITU DE LOS MUERTOS. ¡Exactamente! Esa es la palabra que usan los mortales, fantasma. NEN. (*Triste*). ¿Eso significa que no podré ir al cielo?

ESPÍRITU DE LOS MUERTOS. No. Si así lo quieres, podrías ir al cielo, eventualmente.

NEN. ¿Eventualmente? ¿Cómo es eso?

ESPÍRITU DE LOS MUERTOS. Bueno, lo que te hace falta es un guía, así que, si alguien con un ángel guardián muere en esta casa, el ángel guardián los conducirá a los dos al cielo.

NEN. Entonces solo debo esperar. ¿Eso es todo?

ESPÍRITU DE LOS MUERTOS. En realidad no, no me has dejado terminar, Nen. Hay algunas reglas que debes seguir; si es que quieres ir al cielo. En primer lugar, no debes salir del edificio en el que moriste, de lo contrario, los ángeles no podrían verte. Luego, siendo que eres un espíritu, no tienes un cuerpo, no sentirás cansancio y no necesitas dormir, podrías, pero es recomendable que no lo hagas, porque un demonio podría fácilmente convertirte en un espíritu de sombra. Por último, no molestes a los mortales, porque entonces el ángel guardián que llegue podría confundirte con un espíritu de sombra y rehusarse a llevarte al cielo. (*Hace una pausa*). Me parece que es todo. ¿Alguna duda, chico?

NEN. Sí, de hecho, tengo muchas.

ESPÍRITU DE LOS MUERTOS. Adelante, pregunta. Pero que sea rápido, tengo que atender otras muertes, y nadie se queda en mi dominio mucho tiempo, así que no tengo delegados.

NEN. ¿Qué son los espíritus de sombra?

ESPÍRITU DE LOS MUERTOS. Son aquellos que están entre mis dominios y los del infierno, porque han sido influenciados por

un demonio. Normalmente son los que aparecen en esas películas de terror que les gustan a los mortales. ¿Algo más?

NEN. ¿Por qué los humanos ven fantasmas?

ESPÍRITU DE LOS MUERTOS. Hay varias razones, y solo una está en mi división, y es cuando los humanos aprenden una técnica para sentirte. Creo que existen otras dos. ¿Algo más?

NEN. ¿Por qué pudo escucharme mi mamá cuando la llamé?

ESPÍRITU DE LOS MUERTOS. Eso yo no lo sé. Pareces un chico muy curioso. ¿Cuántas preguntas más tienes?

NEN. A decir verdad, muchas otras.

ESPÍRITU DE LOS MUERTOS. No creo tener el tiempo para contestar todo ahora, alguien más acaba de morir, pero; me parece que lees bastante ¿No es cierto?

NEN. Sí, algo.

ESPÍRITU DE LOS MUERTOS. Te diré qué.

(El espíritu saca, de los pliegues de su túnica un libro grueso de tapas azules)

ESPÍRITU DE LOS MUERTOS. Este es uno de los manuales que tengo para espíritus en este plano, léelo con cuidado, y puede que venga a hacerte alguna visita después. *(El espíritu entrega el libro a Nen y después se pone de pie, caminando hacia la salida)*. Suerte chico. Y, por cierto, deberías quitarte de allí. Se supone que no lo ves, pero estás sentado exactamente sobre tu cadáver.

(Nen se levanta de un salto)

NEN. ¡Madre santa!

ESPÍRITU DE LOS MUERTOS. Suerte, Nen, y no lo olvides.
Descansa en paz.

(Sale el espíritu de los muertos, bajan las luces y salen todos)

Escena 3

(Cinco años después. Sala de estar de la casa. Nen está sentado sobre un sillón, leyendo el libro del espíritu de los muertos. Entran Sofía y Ernesto).

SOFÍA. ¡Por favor, entiéndeme, Ernesto! Ya no puedo vivir en esta casa.

ERNESTO. Es la casa de nuestra familia, Sofía. Hemos estado casi veinte años aquí, por favor.

SOFÍA. No, Ernesto. Lo intenté, lo he intentado por cinco años, pero no puedo.

ERNESTO. Ya hemos hablado de esto, por favor no sigas con lo mismo.

SOFÍA. Es que no lo entiendes. Tú no estabas allí. ¡Vi morir a mi hijo en esta casa!

ERNESTO. Pero también lo vimos vivir, y lo vimos crecer. *(Hace una pausa y habla en tono más calmado)*. Sé que los dos extrañamos a Nen, porque lo amábamos, es nuestro hijo, aunque ya no esté con nosotros.

(Ernesto abraza a Sofía, Nen cierra el libro y se acerca a sus padres)

SOFÍA. (Triste) Por favor, Ernesto. Te lo suplico, no puedo seguir viviendo aquí.

(Sofía y Ernesto se separan, y Nen toma la mano de Sofía)

NEN. Mamá, sigo aquí contigo, por favor, no te vayas.

SOFÍA. A veces todavía siento que me llama, que sigue sentado en su escritorio, leyendo. Hay noches en las que escucho su voz, y corro a su habitación, esperando verlo acostado en su cama, pero nunca está allí. A Idya le pasa lo mismo, pero son solo ilusiones.

ERNESTO. *(Da un largo suspiro)*. Está bien, Sofía. Nos iremos, buscaré otro lugar donde podamos vivir.

NEN. *(Desesperado)*. ¡No! Por favor, papá, yo no tengo otro lugar a dónde ir. No quiero quedarme solo. ¡Por favor, escúchame!

ERNESTO. A decir verdad, he llegado a sentir lo mismo, he sentido el espíritu de mi hijo. Y tienes razón, nos hace mal pensar que Nen sigue aquí.

SOFÍA. Gracias, Ernesto.

ERNESTO. Solo prométeme algo Sofía. Que seguiremos hablando de Nen, que no pretenderemos que nunca estuvo, por favor.

(Sofía suelta su mano de la de Nen y toma las manos de Ernesto)

SOFÍA. Lo prometo, de verdad.

NEN. Por favor, mamá, papá. ¡No me dejen!

ERNESTO. Llamaré a mi hermano, puede que él sepa de algún lugar que nos acomode.

SOFÍA. Está bien, mientras tanto hablaré con Idya, para que sepa la situación.

ERNESTO. Iré por el teléfono, te avisaré cualquier noticia.

SOFÍA. Gracias, Ernesto.

(Sale Ernesto y Sofía se sienta en el sillón, con expresión pensativa)

NEN. Si mi familia se va, tendré que esperar solo por mucho tiempo. Nadie habita nunca la casa de un muerto. ¡Me quedaré como fantasma!

(Nen cae, sentado sobre sus talones y se cubre la cara con las manos, sollozando. Bajan las luces y salen todos)

Escena 4

(Entrada de la casa. Nen observa un oso marrón de peluche que tiene en las manos, con aparente tranquilidad. De repente, la puerta se abre y Nen voltea, confundido).

NEN. *(Mirando la puerta)*. Hace veinte años, me hubiera dado miedo que fuera un fantasma, pero en esta casa el único espíritu soy yo.

ESPÍRITU DE LOS MUERTOS. *(Saliendo de las sombras)* ¿Estás seguro de ello? NEN. *(Sobresaltado)* ¡Vaya! Señor espíritu, no esperaba que viniera.

ESPÍRITU DE LOS MUERTOS. Bueno, nunca olvido un alma. Dime, ¿cómo ha estado tu muerte?

NEN. Va bien, dentro de lo que cabe, es solo que...

ESPÍRITU DE LOS MUERTOS. ¿Qué cosa?

NEN. He estado solo mucho tiempo, es deprimente. Cuando mi familia estaba aquí, al menos los veía, y sabía lo que pasaba allá afuera. Ahora no sé nada de lo que ha pasado, y no veo a nadie. Y, creo que el hecho de que hablar solo no ayuda, solo me deprimó más.

ESPÍRITU DE LOS MUERTOS. Ya veo, te hace falta alguien aquí. *(Hace una pausa)*. Sí, puedo sentir tu soledad, pero me pareciera que hay otro ser rondando por aquí.

NEN. *(Emocionado)*. ¿En serio? ¿Hay alguien más aquí?

ESPÍRITU DE LOS MUERTOS. A mi parecer, sí. Pero no te emociones, no es un fantasma. Puede que nunca lo llegues a ver, si no desea ser visto.

(Nen se levanta y asiente con pesar. Pasan un par de segundos de silencio)

ESPÍRITU DE LOS MUERTOS. Y... ¿qué tienes allí?

NEN. Solo una de mis cosas, mi hermana lo dejó cuando se fue.

(Nen extiende el oso de peluche y el espíritu de los muertos lo toma y lo observa)

ESPÍRITU DE LOS MUERTOS. Cambiando completamente el tema, deberías prepararte, no creo que estés solo mucho más tiempo.

NEN. ¿En serio? ¿Por qué lo dice?

ESPÍRITU DE LOS MUERTOS. Una mujer me lo dijo, una ancianita que llegó hace poco. Su hijo estaba buscando una casa en esta zona, en la que vivir con su familia, y esta es la única casa que se siente vacía. No aseguraría nada, pero existe una posibilidad.

NEN. Espero que tenga razón, creo que me sentiría mejor si alguien estuviera aquí.

ESPÍRITU DE LOS MUERTOS. Bueno, deberías empezar a esconderte, siento que alguien viene, y si no me equivoco, tendrías solo un par de minutos para buscarle un lugar a tus cosas, si no quieres que piensen que el lugar está embrujado o cosa parecida.

(Nen asiente, toma el oso de peluche de regreso y sale corriendo. El espíritu de los muertos sale tranquilamente, cerrando la puerta tras de él. La puerta se abre lentamente y por ella entra Idya, siendo ya una mujer adulta. Carlos y Joanne, tomando la mano de Urián).

IDYA. Muy bien, esta es la casa. Hace ya algunos años que nadie vive aquí, pero está en buenas condiciones.

JOANNE. A primera vista, me parece bien, tengo un buen presentimiento.

CARLOS. Yo también, pero me gustaría ver toda la casa antes de decidir.

IDYA. Me parece una buena idea.

(Urián jala la playera de Joanne para llamar su atención y ella voltea a verlo)

URIÁN. Mamá, ¿Puedo ir a ver lo que hay arriba?

JOANNE. *(A Idya)*. ¿Puede subir?

IDYA. Por supuesto, adelante.

(Joanne asiente a Urián y este sale. Bajan las luces)

Escena 5

(Habitación de Nen. La caja de cartón está sobre la silla del escritorio. Nen se encuentra de pie en una esquina. Entra Urián, casi corriendo).

URIÁN. *(Para sí)*. Es aquí seguramente. Sabía que en esta casa había un tesoro, y algo me dice que está por aquí.

(Nen sonríe por las ocurrencias de Urián y se sienta sobre la cama. Urián se acerca al escritorio y se asoma a ver la caja de cartón).

URIÁN. Aquí hay algo, hay libros, algunos juguetes, un par de calcetines. Esto sí que es un tesoro.

NEN. Bueno, al menos sé que mis cosas se quedarán aquí.

URIÁN. *(Hacia Nen)*. Lo siento, no sabía que eran tus cosas.

NEN. *(Sorprendido)*. ¿Me escuchaste?

URIÁN. ¡Claro! ¿Cómo no iba a escucharte? Si estás justo allí.

NEN. No, no se supone que puedas verme.

URIÁN. ¿Por qué? ¿Estabas escondido? Porque entonces, podría decir que te encontré.

NEN. No estaba escondido, hace mucho que estoy aquí.

URIÁN. ¿Vas a vivir con nosotros?

NEN. *(Dudando)*. Pues...sí, supongo que sí. *(Se sobresalta)*. ¡Espera! ¡No puedes decirle a nadie!

URIÁN. ¿Por qué no?

NEN. Porque... no estoy seguro de que tus padres dejen que me quede, y no tengo otro lugar a dónde ir. Soy como un inquilino secreto, nadie debe saber que estoy aquí.

URIÁN. *(Emocionado)*. ¡Como un amigo secreto!

NEN. Algo así, se puede decir que sí.

CARLOS. *(Voz)*. ¡Urián! Ya nos vamos, hijo.

URIÁN. ¡Voy, papá!

(Urián se dirige a la salida, pero al final regresa)

URIÁN. Por cierto, me llamo Urián.

(Urián extiende la mano hacia Nen, y él la toma, dudando al principio)

NEN. Yo soy Nen.

(Urián sale, bajan las luces y salen todos)

Escena 6

(La habitación de Nen pasa a ser la habitación de Urián. La cama tiene ahora colchas de color azul, hay un tocador de madera con espejo y varias cajas en la habitación. Urián está sentado sobre la cama, con su pijama puesta. Joanne está de pie frente a él).

URIÁN. Ya estoy listo para dormir.

(Joanne se acerca y le da un beso en la frente a Urián)

JOANNE. Muy bien entonces, avísame a mí o a papá si necesitas algo.

URIÁN. Estaré bien mami, en serio.

JOANNE. Perfecto. Buenas noches, hijito.

URIÁN. Buenas noches, mamá.

(Joanne sale y apaga las luces, dejando únicamente una lámpara encendida sobre el escritorio. Nen sale aparentemente de debajo de la cama, mientras que Urián se acuesta).

URIÁN. Buenas noches, Nen. Que descanses.

NEN. Sí, claro... gracias, Urián. Buenas noches.

(Urián se duerme mientras que Nen saca el libro del espíritu de los muertos de una de las cajas y se sienta a hojearlo, casi con desesperación)

NEN. No entiendo cómo puede verme y escucharme, como si yo fuera una persona viva. Es un niño de nueve años, no puede conocer maneras de verme, para eso tendría que saber que soy un fantasma, y no lo sabe, me habla como si fuera un amigo. ¿Por qué será?

ISABEL. *(Voz)*. Yo te lo puedo explicar.

(Nen se asusta y voltea en todas direcciones, buscando el origen de la voz)

NEN. ¿Quién está allí? *(Silencio)*. ¿De qué plano vienes? ¿Eres la presencia que mencionó el espíritu?

(Entra Isabel, vestida completamente de blanco)

ISABEL. (*Con voz tranquila*). No te asustes, Nen. Este no es el plano en el que debo estar, así que no tengo mucho tiempo.

NEN. (*Sorprendido*). ¿Eres un ángel?

ISABEL. Sí, Nen. Mi nombre es Isabel, y soy el ángel guardián de Urián. Él puede verte, porque yo estoy permitiendo que te vea.

NEN. ¿Por qué harías eso?

ISABEL. Porque, desde el momento en el que Urián pisó esta casa, pude sentirte, y sentí tu soledad. Al principio no supe si eras bueno, pero cuando te vi, te reconocí.

NEN. Eso no puede ser, llevo años dentro de esta casa, y nunca había visto a Urián.

ISABEL. Los ángeles no reconocemos de ese modo. Te reconocí porque has estado en los pensamientos de una persona que ya está en el cielo. De hecho, por el modo en que te reconocí, diría que tu madre piensa en ti desde el momento en que llegó allá.

NEN. Mi mamá, ¿Ya está en el cielo?

(Isabel asiente, una expresión de tristeza pasa por el rostro de Nen)

NEN. Entonces, me reconociste, pero eso no explica por qué dejas que Urián me vea.

ISABEL. Urián es un niño, no pensaría que tú eres un fantasma, y es un chico muy noble, nunca le diría a nadie un secreto. He pensado que conocerse les ayudará a los dos, confía en mí. Deja que él te aleje de tu soledad. Así tu espera será más ligera.

NEN. Podría intentarlo, hace tiempo que no tengo un amigo.

ISABEL. Debo irme, Nen. Mi lugar está entre la tierra y el cielo, no aquí.

(Isabel se acerca y abraza a Nen)

ISABEL. No estarás solo a partir de hoy, se fuerte, Nen. Aunque no me veas, te estaré cuidando, mientras este aquí.

(Nen devuelve el abrazo, bajan las luces y salen todos)

Escena 7

(Urián lleva pijama y está sentado sobre la cama. Nen está sentado frente a él).

NEN. Entonces, si tuvieras que escoger entre vivir en una película de caricatura o en un musical. ¿Qué escogerías?

URIÁN. Definitivamente en una película de caricatura, no hay musicales de superhéroes.

NEN. No sabía que te gustaran los superhéroes. ¿Cuál es tu favorito?

URIÁN. Flash, sin dudarlo.

NEN. Muy bien. Te toca preguntar.

URIÁN. Muy bien. Si pudieras ir al concierto de cualquier grupo musical de cualquier época, ¿a cuál irías?

NEN. Esa es fácil, cualquier concierto de ABBA.

URIÁN. *(Confundido)*. ¿De qué?

NEN. De ABBA, son los que tocan *Our last summer*, *One of us* y *Honey, honey*.

URIÁN. Aah, lo que tú quieres ver es la obra de *Mamma Mia*.

NEN. *Mamma Mia* es una canción, no una obra.

URIÁN. (*Ríe*). Te digo que es una obra.

NEN. Soy mayor, créeme que sé que *Mamma Mia* es una canción. (*Urián toma una de sus almohadas y golpea con ella a Nen*).

URIÁN. Es una obra.

(*Nen toma otra almohada y devuelve el golpe*)

NEN. ¡Es una canción!

(*La pelea de almohadas continúa, los chicos olvidan el tema de su discusión, pero siguen con su inocente pelea, entre risas*).

CARLOS. (*Voz*). ¡Urián! Ya a dormir, mañana nos vamos temprano. (*Los chicos se detienen y devuelven las almohadas a su lugar*).

URIÁN. ¡Sí, papá!

NEN. Tu papá tiene razón, mañana se van temprano. Deberías descansar.

(*Nen baja de la cama, y Urián se acomoda para dormir*).

URIÁN. ¿Estarás bien estando solo?

NEN. Sí, no te preocupes por eso. He estado solo antes, además, la vas a pasar muy bien de campamento con tu fami...

(*Nen no termina la frase, una sombra pasa por la ventana y los dos niños la ven, asustados*).

URIÁN. ¿Viste eso, Nen? ¿Qué habrá sido?

NEN. No lo sé, pero lo he visto antes. No pasa nada, acuéstate.

URIÁN. Buenas noches, Nen.

NEN. Descansa Urián. *(Bajan las luces y salen).*

Escena 8

(Mañana. Habitación de Urián. Nen está sentado frente al escritorio, Urián se pone un par de botas).

URIÁN. ¡Nen! ¿Dormiste anoche?

NEN. *(Se sobresalta)* No, no realmente.

URIÁN. Se nota. ¿Por qué no dormiste?

NEN. Estaba pensando.

URIÁN. ¿En la sombra que vimos? No te preocupes, debe haber sido algo en la calle.

(Nen asiente. Entra Joanne, dándole el tiempo justo a Nen para esconderse tras el escritorio).

JOANNE. ¿Estás listo, Urián?

URIÁN. Sí, mamá.

(Urián sale con Joanne, al final despide con un gesto a Nen. Él sale de su escondite).

NEN. Espero volver a ver esa sombra, así sabría qué es. No me había preocupado en otras ocasiones porque, después de todo,

estoy muerto, no podría pasarme nada. Pero a Urián... Leí algo sobre espíritus y sombras, pero definitivamente tendría que verla.

XAOC. (*Voz*). ¡Concedido!

(La sombra pasa por la ventana. Nen se queda paralizado por el miedo, entra Xaoc).

XAOC. Vaya, por fin se fueron. ¿Sabes? Me estuve preguntando en los últimos meses si nunca te dejarían solo. (*Silencio*). ¿Qué? ¿Te comió la lengua un gato, Nen?

NEN. (*Asustado*). ¿Quién eres? ¿Cómo sabes mi nombre?

XAOC. Ciertamente, no me presenté, es muy común que a un demonio se le olviden sus modales. Mi nombre es Xaoc, demonio de infierno, cercano a la tierra y el plano espiritual. Y del hecho de que te conozca, no te preocupes mucho, te he estado observando por años ya.

NEN. ¿Por qué? Podrías estar en cualquier lugar del mundo, incluso en otros planos, y aun así he visto tu sombra varias veces a través de los años.

XAOC. Sí, eso es algo deprimente, lo sé. Pero las cosas han estado un poco aburridas para mí, y hace casi medio siglo que estoy buscando un espíritu fuerte para que me haga de compañero. (*Pausa*). Pero no, no podrías ser tú. Quieres tanto ir al cielo que solo perdería mi tiempo contigo.

NEN. ¿Qué haces aquí, entonces?

XAOC. Quería saber, tú y el chico humano. ¿Qué hay entre ustedes? ¿Son cercanos ustedes dos?

NEN. Yo diría que sí. Hacía mucho tiempo que no tenía un amigo. ¡Espera! ¿Por qué te estoy diciendo esto? Tú lo dijiste, no te haría compañía, yo quiero llegar al cielo. ¡No tengo nada que hacer hablando con un demonio!

XAOC. (*Ríe*). ¡Vaya! Qué carácter, fantasmita. Se nota que solo eres un niño, al menos todavía lo eres. Vengo a ayudarte, a proponerte algo.

NEN. No, no hay manera en que puedas ayudarme. Estoy bien, Urián hace mi espera más llevadera, solo debo esperar unos años más para ir al cielo. Estoy bien, gracias.

XAOC. Oh, pero si no has escuchado lo que voy a proponerte. Haré que tu espera sea más corta.

NEN. ¿Qué quieres decir?

XAOC. Vendré dentro de tres noches. No tengo más que tomar la mano del niño algunos segundos para asegurarme de que muera pronto. Isabel intentará detenerme, pero he peleado con ángeles antes. Solo necesito que no intervengas. No necesito lidiar con dos espíritus en una noche. A cambio, cuando el chico muera, los dos van al cielo que tú tanto quieres. ¿Qué opinas, Nen?

NEN. Yo... No lo sé.

XAOC. Está bien, no respondas ahora. Solo apaga la lámpara que siempre encienden dentro de tres noches si es que estás de acuerdo, y piénsalo bien, Nen, todos ganamos. Yo habré puesto un poco de caos en la tierra, tú irás al cielo y tu amiguito contigo. Solo piensa en eso.

(Bajan las luces. Salen todos).

Escena 9

(Habitación de Urián. Noche. Urián duerme tranquilamente. Nen está sentado frente al escritorio, pensativo. La única luz es la de la lámpara).

NEN. *(Mirando a Urián)*. Se ve muy tranquilo, incluso feliz. Sería un crimen arrebatarle eso. *(Suspira)*. Pero él ya es un ángel, si muriera, yo no lo dejaría solo, iríamos los dos al cielo. No pasaría nada, él no sabría que tuve algo que ver en ello. *(Silencio)*. Puede que sea lo mejor para todos. Pero no, no puedo hacerlo. Urián es mi amigo, puede que yo no haya tenido una vida larga, pero él si se merece una, él es la única presencia que ha valido la pena tener en mi muerte. *(Silencio)*. Aunque, si lo pienso bien, me estoy dando demasiado crédito, no hay nada que o pudiera verdaderamente hacer para detener a Xaoc, además, Isabel es quien debe de defender a Urián. Al final del día, bien podría yo no estar aquí. Después de todo. ¿Qué es lo peor que puede pasar?

(Nen apaga la lámpara. Pasan algunos segundos y entra Isabel, irradiando luz blanca, con una espada en la mano, entonces pasa la sombra por la ventana).

ISABEL. ¡Nen! ¿Viste la sombra?

NEN. Yo... yo creo que vi algo, en la oscuridad no estoy muy seguro.

(Isabel se agacha y toma a Nen de los hombros, para tenerlo de frente).

ISABEL. Esto es grave, hay un demonio cerca, por eso bajé a este plano. No puedo dejar que nada le pase a Urián. Tú quédate cerca, y mantén los ojos abiertos. No te alejes de él.

(Nen asiente y se coloca junto a la cama de Urián. Isabel se mantiene en guardia, La sombra pasa por la ventana una vez más. Se apagan las luces. Xaoc entra, llevando una espada negra y enciende la lámpara del escritorio).

XAOC. Debo tener una linda sombra o no se hubieran volteado a verla tantas veces.

ISABEL. ¿Te irás de aquí por las buenas o tendré que sacarte por las malas?

XAOC. Depende de ti. ¿Me dejarás llegar al chico o tendré que pasar sobre ti? ISABEL. No te acercarás a él.

XAOC. Eso está por verse.

(Xaoc arremete con su espada contra Isabel, ella bloquea el primer golpe. Luchan a todo lo largo de la habitación. Al final, Xaoc da un golpe a Isabel y ella cae, inconsciente. Xaoc guarda la espada).

XAOC. *(A Nen)* Te lo dije, he luchado con ángeles antes. *(Silencio)*. Por un momento, llegué a pensar que ibas a traicionarme, estabas haciendo justo lo que el ángel te decía. Pero no, eres un buen fantasma, Nen, y tendrás tu recompensa.

(Xaoc se acerca a Urián, Nen se queda paralizado). ¿Sabes, Nen? Si no quisieras tanto llegar al cielo, hubieras sido valioso entre los míos.

NEN. No, no lo hubiera sido.

XAOC. *(Ríe)*. ¿En serio? Acabas de darme paso a un alma inocente porque eso te haría bien.

NEN. *(Para sí)*. Es cierto, me equivoqué. Sería mi culpa si él muere.

XAOC. ¿Dudando ahora, fantasmita? No te preocupes, nadie te culpará.

NEN. Yo lo haré, porque yo sé la verdad. No tengo por qué hacer esto. Cambié de opinión, Xaoc. ¡No dejaré que lo lastimes!

(Nen se planta firmemente para proteger a Urián. Xaoc no retrocede, se acerca hasta tener a Nen justo en frente).

XAOC. Así que tú vas a detenerme. Un fantasma. *(Ríe)*. Te reto, inténtalo siquiera.

(Nen se lanza contra Xaoc, ambos forcejean en el suelo. Al final, Xaoc queda por encima de Nen, le da un golpe en el rostro y se levanta, dejando al fantasma en el suelo).

XAOC. Hacía tiempo que no sentías dolor. ¿Cierto, Nen? Oh, pero esto es diferente. Es tu espíritu el que se debilita, como si murieras otra vez. En el estado en el que estás, me tomaría dos minutos convertirte en un espíritu de sombra. Ay, Nen. ¿Qué haré contigo? No quiero un traidor a mi lado, aunque privarte para siempre del cielo suena bastante tentador. Pero, suena mejor darte una probada del mismísimo infierno. ¿Recuerdas cómo moriste, Nen? Tan rápido, casi de un día para otro. Tu amigo no tendrá la misma suerte. Él va a sufrir, y tú junto con él, porque sabrás que tú lo causaste.

(Nen intenta levantarse, pero solo logra sentarse en el suelo).

NEN. No, por favor. Solo es un niño. ¡No lo lastimes!

XAOC. Por más que tus súplicas me diviertan, no me convencerán.

(Xaac toma la mano de Urián. Las luces parpadean y luego se apagan. Sale Xaac, suena música para indicar el paso del tiempo, las luces vuelven a subir. Isabel se levanta. Nen sigue sentado en el suelo, cubriéndose el rostro con las manos).

ISABEL. *(Confundida)*. ¿Qué pasó? ¿Cuánto tiempo habrá pasado? *(Preocupada)*. ¡Nen! ¿Estás bien?

NEN. Isabel, perdóname. Perdóname por favor.

ISABEL. ¿Intentaste enfrentarlo? Nen, eres un espíritu, no deberías enfrentar a un demonio.

NEN. Algo va a pasarle a Urián, Isabel. Intenté detenerlo. De verdad lo intenté.

ISABEL. El ángel guardián de Urián soy yo, yo debía protegerlo, no tú. Necesitas recuperar tus fuerzas, no te levantes todavía. Urián no tardará en despertar, debo volver a mi plano. Estaré cuidándote, Nen. No digas nada a Urián hasta que sepamos qué tan grave es. Recuerda que no fue tu culpa, descansa y quédate tranquilo.

(Isabel sale).

NEN. Pero sí fue mi culpa.

(Urián se despierta, parece que no le ha pasado nada).

URIÁN. Debí haberme quedado dormido en el camino. Lo bueno es que ya estoy en casa. ¡Nen! Ya estás despierto. *(Silencio)*. Espera un momento, ¿qué te sucede?

NEN. Nada, no me pasa nada.

URIÁN. ¿Te dio miedo estar solo? Ya estamos de vuelta, y no pasó nada.

NEN. Te extrañé, Urián.

(Urián baja de la cama, se acerca a Nen, y lo abraza. Nen devuelve el abrazo fuertemente).

URIÁN. Yo también te extrañé, Nen.

NEN. Perdóname, Urián. Perdóname, por favor.

URIÁN. ¿Por qué me pides perdón? No has hecho nada.

NEN. No... No puedo decírtelo.

URIÁN. Eso está bien, sé que te gustan los secretos. Te perdono, Nen. Eres mi amigo, los amigos se perdonan.

(Bajan las luces y salen todos).

Escena 10

(Un parque. Carlos y Joanne están sentados en una banca. Urián juega cerca de ellos, comienza a sentir un mareo y se acerca a sus padres).

URIÁN. Mamá, no me siento muy bien.

JOANNE. ¿Qué te pasa, hijo?

URIÁN. Me siento mareado, y mi cabeza duele. Quiero ir a...

(Urián no termina la frase, cae inconsciente, pero Carlos alcanza a tomarlo entre brazos antes de que llegue al suelo).

CARLOS. *(Preocupado)*. Hay que llevarlo al hospital.

(Joanne asiente y salen. Las luces bajan).

Escena 11

(Sala de espera de hospital. Joanne y Carlos están sentados, con expresión angustiada).

CARLOS. Va a estar bien, solo fue un desmayo.

JOANNE. Eso espero, nunca le había pasado nada parecido.

(Entra Doctor 2).

DOCTOR 2. Los padres de Urián Fuentes.

(Carlos y Joanne se ponen de pie. Doctor 2 hace una seña y los lleva a otro lado de la sala).

CARLOS. ¿Cómo está Urián?

DOCTOR 2. Lamentablemente no muy bien. No sabemos la causa, pero su hijo está perdiendo fuerzas. En este momento deben estarle haciendo algunos estudios.

JOANNE. Pero hay algo que se pueda hacer. ¿Cierto?

DOCTOR 2. Es muy pronto para dar un tratamiento específico, pero no tengo razones para pensar que sea algo muy grave. Por lo pronto, pueden pasar a ver a su hijo, y llevarlo a casa hasta mañana, cuando tengamos los resultados de los estudios.

JOANNE. Gracias, doctor.

(Bajan las luces y salen todos).

Escena 12

(Habitación de Urián. Entra Urián, tomado de la mano de Carlos. Carlos lo lleva a la cama y Urián se recuesta. Nen se queda de pie, mirando con preocupación a Urián).

URIÁN. ¿Voy a estar bien, papá?

CARLOS. Sí, hijito. No te preocupes, solo necesitas descansar y tomar tus medicinas. Pronto vas a estar bien. Quédate en cama y espera.

(Carlos le da un beso en la frente a Urián y después sale).

NEN. ¿Qué te dijo el doctor?

URIÁN. Que no sabe qué me pasa, pero que, si descanso y tomo medicina, voy a estar bien.

NEN. Tiene razón, vas a estar bien. Y yo voy a estar contigo.

URIÁN. Gracias, Nen.

(Las luces bajan rápidamente, y cuando suben es de noche. Urián duerme y Nen lo mira, sentado en el borde de la cama. Urián empieza a toser, Nen se levanta rápidamente y lo ayuda a sentarse).

NEN. *(Preocupado)*. ¿Estás bien, Urián?

(Urián niega con la cabeza y sigue tosiendo).

NEN. ¿Qué necesitas?

(Urián deja de toser y mira a Nen con tristeza).

URIÁN. Ya no quiero estar enfermo, Nen. Ya no quiero, todo duele.

NEN. Lo sé, perdóname.

(Bajan las luces. Suena música para indicar que ha pasado tiempo. Suben las luces, Urián está sentado sobre la cama y Nen junto a él. Hay varios frascos de medicamentos sobre el escritorio).

URIÁN. *(Con voz débil)*. Nen, ¿puedes pasarme otra cobija? Siento que hace frío. NEN. Es el invierno, Urián. No pasa nada.

(Nen le pasa una cobija de un cajón del tocador y la extiende sobre Urián).

URIÁN. ¿Hace cuánto que estoy enfermo?

NEN. Hace ya dos meses.

URIÁN. Mamá me dijo que hoy vamos a ir con el doctor, tal vez sea la última vez. NEN. *(Triste)*. Sí, puede ser.

URIÁN. Si mejoro, podría ayudar a papá a decorar el árbol de Navidad con los ángeles de cristal de la abuela. Creo que te gustaría verlos, Nen.

NEN. Sí, creo que sí me gustaría.

(Entra Joanne y Nen se esconde).

JOANNE. Urián, ya es hora, hijito. Vamos con el doctor.

URIÁN. Sí, mamá.

(Urián se levanta. Joanne lo toma de la mano y salen. Nen sale de su escondite, saca el libro del espíritu de los muertos y lo abre. Entra Xaoc).

XAOC. Puedes dejar de leer, ya no lo necesitarás.

NEN. *(Enojado)*. ¿Qué haces aquí? ¡¿Acaso no has tenido suficiente?! Urián lleva meses enfermo, y pronto morirá. No entiendo por qué lo hiciste. ¡Intenté detenerte! Dijiste que no necesitabas enfrentar a dos espíritus. Pudiste haber atormentado a cualquiera, y tuviste que venir aquí. ¿Por qué? ¿Creíste que era mejor atormentarme a mí también porque quiero ir al cielo?

XAOC. Veo que no has cambiado, Nen. Tendré que interrumpir tu monólogo, y espero que me escuches. Sería una pena tener que debilitar tu espíritu solamente para que me prestes atención. Vine a contestar tus preguntas, porque después de esta noche, no volveré a verte. *(Silencio)*. Si pusiste atención a lo que ese libro dice, sabes que yo fui un ángel alguna vez, pero eso no era lo mío, al menos eso creo. Hace algunos años, pasaba por este plano, y sentí de inmediato tu presencia. No sabía por qué estaba sintiendo tan fuertemente la presencia de un simple fantasma, así que fue una experiencia interesante encontrarte, y darme cuenta de que sentía... ¿Cómo decirlo? Lástima por ti.

NEN. ¿Por qué sentirías algo, lo que fuera, por mí? No tiene sentido.

XAOC. Pues es allí donde la historia se pone interesante. Sabía que querías ir al cielo, y cuando esa familia llegó, vi una oportunidad de ayudarte.

NEN. No lo entiendo todavía. ¿Por qué querías ayudarme?

XAOC. *(Enojado)*. ¡Porque sentía culpa, Nen, ¡por eso! *(Respira profundo para calmarse)*. Sé que me dejé llevar por las emociones esa noche, que estoy torturando a dos almas inocentes, que eso no es

correcto. Estoy haciendo que un niño muera, combatí a un ángel, haré sufrir a una familia. Esas son las labores de un demonio, pero, en el fondo, lo hice todo para que tú pudieras llegar al cielo, porque sé que, en un inicio, era mi deber llevarte ahí. Hice todo con la intención de un ángel, porque si no me hubiera convertido en demonio, yo hubiera sido tu ángel guardián.

NEN. Hay una razón para que no lo seas. No entiendes que yo era feliz, tenía a mi amigo y no necesitaba más. No creo que puedas ver esa alegría en las cosas pequeñas, y no te importó destruirla, ni siquiera lo pensaste.

XAOC. Nen, yo veo las alegrías, y las entiendo. Pero no puedo ser parte de ellas, por eso siento tanto odio, tanta envidia. Por eso soy un demonio.

NEN. Al menos sentiste culpa, y lástima por mí. Si pudieras alegrarte por esa felicidad de otros, tal vez serías un buen ángel.

XAOC. No, es tarde para eso. Él no me aceptaría otra vez, no después de lo que he hecho. Tengo demasiado tiempo siendo Xaoc para volver a ser Enmir. Pero eso no es importante, irás al cielo esta noche, Nen. Deberías agradecerme, supongo.

NEN. O tal vez deberías pedirme perdón.

XAOC. Puede ser. (Sonríe, pero solo fugazmente). Adiós, Nen.

(Xaoc extiende su mano hacia Nen).

NEN. Adiós, Xaoc.

XAOC. Vamos, no me dejes con la mano extendida, no te lastimaré. Déjame ser tu ángel guardián dos segundos, aunque sea solo por mis intenciones. (Nen toma la mano de Xaoc).

NEN. Hasta pronto, Enmir. (Bajan las luces y salen todos).

Escena 13

(Sala de espera de hospital. Urián se encuentra sentado, con expresión sentada en un sillón. Carlos y Joanne hablan con el Doctor 2).

DOCTOR 2. A decir verdad, lo lamento mucho. En dos meses no se ha podido descifrar de dónde viene lo que le está pasando a su hijo, por eso no podemos intervenirlos quirúrgicamente. No hay nada más que yo pueda hacer. De verdad lamento darles esta noticia, pero es muy probable que esta sea la última noche de su hijo. (Joanne y Carlos se abrazan, preocupados). De verdad lo lamento.

(Doctor 2 sale. Joanne y Carlos se acercan con Urián).

URIÁN. ¿Qué dijo el doctor?

CARLOS. Que te vas a poner bien, dijo que podemos ir a casa.

(Urián asiente. Bajan las luces. Cambia el escenario a la habitación de Urián. Nen está sentado sobre la cama. Urián se encuentra acostado en la cama. Joanne y Carlos están junto a él).

URIÁN. Voy a estar bien, mamá. Pueden ir a dormir si quieren.

JOANNE. ¿Estás seguro? Podemos quedarnos hasta que estés dormido.

URIÁN. Tengo a mi amigo conmigo, no me pasará nada.

(Joanne y Carlos se miran. Piensan que Urián delira. Ambos le dan un beso en la frente y salen, tristes y tomados de la mano).

NEN. Tal vez ellos pudieron quedarse, no había problema.

URIÁN. Lo sé, no quería que se preocuparan por mí. Siento que algo malo va a pasar.

NEN. Nada va a pasar, yo no voy a dejarte. Pase lo que pase, bueno o malo, estoy contigo.

URIÁN. *(Sonriendo)*. Gracias, Nen.

NEN. ¿Cómo te sientes ahora?

URIÁN. Siento frío, no me gusta. Es demasiado, más que en invierno.

NEN. Pronto pasará. Cierra los ojos, Urián. Cuando despiertes, estarás bien. URIÁN. ¿Me lo prometes?

NEN. Lo prometo. No hay secretos aquí, te prometo que estarás bien.

(Urián cierra los ojos. Bajan las luces. Cuando suben, no hay habitación, solamente luz blanca. Isabel está tomando a Urián y a Nen, uno en cada mano. Se miran y se sonríen. Salen. Bajan las luces).



3.1.2 Ody

André Borda Ramos

(El público entra al foro siendo alumbrados solamente por luz azul tenue. Dentro, hay varias pantallas en las cuales se ve una caricatura de niños. Una vez que todo el público está sentado, la caricatura es interrumpida por un anuncio de emergencia noticiero que tiene un sonido agudo. Después, se visualiza un noticiero que es interrumpido por estática).

PRESENTADOR. Urgimos a nuestros televidentes que se queden adentro, con todas las ventanas cerradas... fuga... gas nocivo... fábrica de la empresa... tecnologías innovadoras... *Living...lutions...* autoridades...mal manejo de químicos tóxicos...víctimas...arder en sus ojos, dificultades en respirar...muertes...siguen buscando una solución.

(La tele se apaga. A luz azul tenue, vemos a Ody tratando de reparar la computadora sigilosamente en silencio cuando esté, al mover el cable equivocado, despierta a la computadora. Se prenden los monitores. Se prenden luces blancas. Se escucha un breve sonido de start up).

COMPUTADORA. ¿Que está pasando aquí?... Ody, estás son horas programadas para sueño. Deberías estar experimentando movimiento ocular rápido este mo-

(Se da cuenta que Ody está tocando sus circuitos).

COMPUTADORA. *(Pausa)*...mento... Corromper mis circuitos incrementa las posibilidades de una falla total del sistem-

(La computadora para en seco de hablar).

ODY. Ay no....

COMPUTADORA. Se ha detectado una falla en el circuito P03, repárelo de inmediato.

(Ody queda paralizado, esperando que es lo que viene).

COMPUTADORA. Sistema de inteligencia: sin respuesta; sistema de datos: no detectado; circuito eléctrico general: fallando; sistema de comunicaciones: disfuncional; sistema proveedor o2 alfa: desconectado. Precaución, en unos instantes usted experimentará niveles de oxígeno bajo.

(Se escucha una alarma y se prenden y apagan luces rojas. Ody entra en pánico y busca más rápidamente que está mal en el sistema. Busca herramientas para reparar el circuito).

COMPUTADORA. sistema de inteligencia: conectado; sistema de datos: conectado; circuito eléctrico general: funcional; sistema de comunicaciones: funcional; sistema proveedor o2 alfa: conectado. Sistema: reiniciado.

(Ody se da cuenta que tiene cortadas en los dedos y en las manos, se pone cinta electrica en ellos. Se sienta en un rincón).

COMPUTADORA. Bienvenido de nuevo, Ody. Es el tercer periodo del día. Queda 27% de la capacidad del tanque de oxígeno. ¿Cómo te encuentras?

(Ody no responde).

COMPUTADORA. *(Con poco más volumen).* Ody, ¿cómo te encuentras?

(Ody no responde).

COMPUTADORA. (*Con aún más volumen*). Ody, ¿Cómo te encuen-

ODY. Yo.. Me.. Me tengo que ir.. tengo que.. ¡Ah!

COMPUTADORA. Ody, tras la última falla de sistema, queda solamente 27% del contenido del tanque de oxígeno de repuesto. Administrado correctamente, bastará hasta que el siguiente tanque llegue.

ODY. ¿Por qué? ¿Por qué no ha llegado el tanque?

COMPUTADORA. Si el sistema sufre otra falla, no quedará suficiente oxígeno para durar un día.

ODY. Sí, y estoy viendo enfrente de mí como se me acaba el tiempo. Sí espero. ¿Qué sí nunca llega el tanque?

COMPUTADORA. Ody...

ODY. ¡¿Qué si no llega?! ¡Estaría esperando mi muerte! ¿¡Espero a no puedo respirar?! ¡¿A terminar como... como?!

COMPUTADORA. Ody, he detectado un incremento exponencial en tu ritmo cardiaco, hiperventilación y niveles altos de cortisol y tiroxina en tu sangre, indicando un alto nivel de estrés. Iniciando *CalmVision*.

(Se apagan las luces).

COMPUTADORA. Iniciando secuencia. Para la mejor experiencia, menciona todo lo que ves.

(Los monitores, muestran todo lo que menciona Ody. Se prenden luces azules tenues).

ODY. Veo árboles que tocaban el cielo. Huele a tierra, pero limpia, como si el aire... El aire tocaba mi piel. El sol me calentaba. Los pájaros cantaban. Mi mamá...

(Ody se queda unos segundos en silencio apreciando la visión de su mamá. De repente vemos por un milisegundo se ve una imagen más oscura y violenta de la mamá, causada por lo que. Ody queda confundido, esto no había pasado antes. Respira y continua. Los monitores continúan mostrando más imágenes conforme habla).

ODY. Huelo a las palomitas del cine. El sonido cuando revientan. La cartelera iluminada. La luz de la pantalla. Las risas del público.

(Todo alrededor de él parece fallar. Las luces parpadean, el cuarto se pinta por milisegundos de una luz roja. En las pantallas se ven las memorias que él creyó escapar. Se escuchan los ecos de sus pesadillas. Se queda mudo, paralizado, como si su cuerpo entero no pudiera siquiera interpretar lo que su mente grita).

ODY. ¡No! ¡No! ¡No!

(Respira y cierra los ojos nuevamente).

ODY. Domingos por la mañana. Desayuno. El sol en el comedor. El verde intenso del patio. Los pájaros cantando, el sonido del aire moviendo los árboles. Las nubes.

(Vemos otra vez como se ve un glitch y después aún más imágenes de la mamá de Ody, ya más claras. No se acaban después de unos instantes como las veces anteriores).

ODY. ¡No! ¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamá!

(Se apagan las luces y los monitores. Se escucha la voz de Ody en la obscuridad).

ODY. Es mi culpa, mi culpa... Es mi culpa.

(Se prenden las luces, se escucha la mecánica de la computadora por unos instantes mientras que Ody ve hacia la nada, sintiéndose vacío).

COMPUTADORA. Del uno al diez, ¿cómo calificarías tu experiencia?

(Ody no responde).

COMPUTADORA. Ody, Ody, Od-

ODY. ¿Qué fue eso?

(Silencio).

ODY. ¿Qué fue eso?

COMPUTADORA. Del uno al diez, ¿cómo calificarías tu experiencia?

ODY. No, no, no. ¿Qué fue eso? ¿¡Qué fue eso!?

COMPUTADORA. Parece ser que no puedo identificar a qué te referes con “eso”, han sido ya años en los que mi aplicación *CalmVision* te ha relajado.

ODY. Pero esta vez fue... fue diferente. La vi... mi... mamá... la vi...

COMPUTADORA. En tu diagnóstico cognitivo-emocional se asociaron fuertes relaciones conscientes entre las ilusiones sobre tu mamá.

ODY. No.

COMPUTADORA. Y un cierto nivel de calma. Por ende, se proyectan intracranalmente imágenes recopiladas de tu madre en tu subconsciente vía tu dispositivo *ThoughtCatcher*.

ODY. No les digas ilusiones... Mi mamá sí era buena.

(Silencio).

ODY. Nunca ha sido así, *CalmVision*, me mostraste a mi mamá...
Mmm, hubo una falla, capaz.

COMPUTADORA. Ejecutando autodiagnóstico.

ODY. No.

(Se escuchan brevemente sonidos de la computadora).

COMPUTADORA. No se encontraron fallas en el sistema, pero sí hay tres actualizaciones que...

ODY. ¡Más tarde!

(Trata de sacarse la imagen de su mamá muerta de la cabeza, intentando escapar de ellas en su mente).

ODY. No puedo dejar de verla. ¡Deja de hacerme verla! No quiero. No quiero ver.

COMPUTADORA. Ody, no estoy proyectando nada.

ODY. Lo hice todo bien. Lo hice todo bien. Excepto una cosa. Y... y me atrapó y...me atrapó y no me deja ir y... ¡Es mi culpa!

(Oscuro).

COMPUTADORA. Iniciando secuencia.

(Se prende la tele. Vemos nuevamente el noticiero, siendo interrumpido por la estática).

PRESENTADOR. Urgimos ... se queden adentro... todas las ventanas cerradas. ... accidente en la fábrica Livin... *(tose, se aclara la garganta)*. Problema... no ha parado de emitir... gas esparciendo ... velocidad alarmante las...

(Se prenden las luces, la mamá le pega a la tele. Estamos dentro de la mente de Ody. La mamá de Ody le pega a la tele, tapando un teléfono de cable con el hombro).

MAMÁ. Mugre cosa nunca funciona. ¡Augh!

(Ody la ve, pero ella no lo puede ver ni escuchar. Ody trata de bloquear su mente, no la quiere ver. La mamá parece ser afectada por alguna interferencia, como una señal de radio siendo perdida o una computadora congelándose).

MAMÁ. ¿Con que no ...hijo... Entiende No t-t-te lo puedo creer... Mira... cuidar al... S-S-Sola... ¿Y que crees, que yo sí quería esto?!

(Ody escucha dentro de sí los ecos de la voz de su mamá. La mira).

MAMÁ. Ody, ¿Ody? Ody ven para acá.

(Ody cierra los ojos. Las luces se apagan).

MAMÁ. Ody por favor ven para acá

MAMÁ. ¡Ody!

(Se prenden las luces blancas repentinamente, ya no está la mamá, Ody está paralizado, su mente procesando que acaba de pasar).

ODY. M-mam-mama.

COMPUTADORA. Ody.

ODY. (*Hacia él mismo*). Deja de pensar. ¡Deja de pensar!

COMPUTADORA. Solo estoy tratando de ayudar.

ODY. ¡No me estás ayudando! ¿Porque me estás haciendo esto?

COMPUTADORA. No estoy

ODY. La veo. Todo el tiempo. Pero nunca es tan real. ¡Estás haciendo algo!

COMPUTADORA. Ody.

ODY. N-No, no la quiero ver. No así.

COMPUTADORA. Ody, solo quiero ayudar...

ODY. ¡¿Como?! ¡¿Mostrándome a mi mamá muerta?!)

(Los ecos de Ody resuenan en el cuarto, resuenan dentro de él. Ha abierto una puerta que no quería abrir).

ODY. Es mi culpa. Es mi culpa.

(Lo repite susurrando).

COMPUTADORA. Eras un niño, Ody.

ODY. ¿Tú que sabes?

(Se apagan las luces. Se prende la tele. Nuevamente se ve una caricatura, esta es interrumpida por anuncio de emergencia noticiero que tiene un sonido agudo. El sonido agudo se queda por más tiempo).

ODY. Ese ruido interrumpió mi infancia. Me puso alerta.

PRESENTADOR. Urgimos a nuestros televidentes que se queden adentro, con todas las ventanas cerradas.

ODY. Corrí a buscarla, tenía miedo. No sabía que estaba pasando. Escuché que apagó la tele.

(La mamá de Ody le pega a la tele, tapando un teléfono de cable con el hombro).

MAMÁ. Mugre cosa nunca funciona. ¡Augh!

ODY. Estaba hablando por teléfono, iba a decirle, pero escuché lo que estaba diciendo, cómo estaba hablando.

MAMÁ. ¿Qué significa no puedo más? ¿Con qué no puedes más, idiota?

ODY. Estaba hablando con papá.

MAMÁ. ¿De responsabilizarte un poco por tu hijo? Entiende que ya es muy tarde para. No te lo puedo creer, no, no esto no es por el dinero. Mira, estoy sola... Tengo que cuidar a este niño, sola.

ODY. Me quede callado, escondido.

MAMÁ. Yo, ¿¡y que crees, que yo si quería esto?!

(Le cuelgan).

MAMÁ. ¿Bueno? ¿¡Bueno?! Chin... ¡Aaaah! Ody.

ODY. Corrí a mi cuarto.

MAMÁ. ¿Ody? Ody ven para acá.

MAMÁ. Ody por favor ven para acá.

ODY. Cerré mi puerta con seguro.

(La mamá empieza a caminar hacia la puerta).

MAMÁ. *(Titubea)*. O-Ody, por favor abre la puerta.

ODY. Cerré mi ventana.

MAMÁ. Por favor... mmm... ¿Vamos al cine? ¿Por un helado?

ODY. Me quede callado, escondido.

MAMÁ. ¡Ody por favor abre la puerta! ¡Por favor!

ODY. Vi como una extraña nube cubrió mi ventana. Era espesa, se movía de tal manera que se veía viva, crecía. Era un monstruo acechando alguna presa. Y la encontró.

(Se apagan las luces. Con estrobo rojo, se escucha a la mamá de Ody toser descontroladamente).

ODY. Escuché su lucha por respirar. Su pánico, como gritaba mi nombre, como cayó al suelo y su muerte.

(De repente, silencio. Se prenden luces rojas. Vemos a la mamá en el piso. Ody la ve directamente).

ODY. No me quería. Yo sé que no me quería. Perdió su juventud... y su vida... por mí. Eventualmente me encontraron. Supongo que no sabían qué hacer conmigo. Me metieron aquí. Solo. Rodeado de tubos, de cables. ¡Estaba solo! Me lo merecí. Fue mi culpa. Todo. Fue mi culpa. Soy una horrible persona.

COMPUTADORA. Eras un niño, Ody.

ODY. ¡Fue mi culpa!

(Silencio).

ODY. ¿Sabes? Capaz y no es mala idea solo sentarme aquí y esperar hasta que se acabe el oxígeno.

(Pausa).

ODY. A ver si por fin hay silencio.

COMPUTADORA. Ody.

ODY. Shhhhhh. Esto es lo que me merezco. Cerrar mis ojos y acabar justo como ella.

COMPUTADORA. ¿Por que es tu culpa?

(Ody se sorprende por la pregunta tan directa viniendo de la computadora. Trata de responder, pero es incapaz. Piensa).

ODY. La tenía en frente de mí. Pude hacer algo, era obvio que algo estaba mal. Y lo no hice.

COMPUTADORA. Culparte es demasiado fácil.

ODY. Pero sí es mi culpa. ¡Sí es mi culpa! ¡Sí es mi...

COMPUTADORA. *(Interrumpiendo)*. Eras un niño. No estabas en condiciones para comprender qué estaba pasando. Tenías miedo. Lo sigues teniendo.

(Ody se queda callado, asiente con la cabeza ligeramente. Busca las palabras por muy dentro de él y lucha contra el nudo de la garganta tan solo para decir una palabra).

ODY. Duele.

COMPUTADORA: Nunca va a parar de doler. Pero eventualmente, estoy segura, aprenderás a vivir con eso.

(Las luces parpadean indicando una falta crítica de oxígeno. Ody, mareado solo puede pensar en lo que viene una vez que respire el aire de afuera).

ODY. El aire.

COMPUTADORA. Hace unos días terminó de aclararse, es completamente respirable. *(Silencio. Ody respira hondo, viendo a la puerta fijamente. Se escucha a la computadora empezar a apagarse).*

COMPUTADORA. Adiós, Ody.

(Con miedo se para enfrente de la puerta, respira hondo y sale).

FIN



3.1.3 La voz del silencio

Julián Arturo Estrada Martínez

Acto 1

(En el Colegio Libertad. Salen en escena Yólotl, don Alfredo y la maestra Miel. El salón de clases está vacío, a excepción de Manuela que está al fondo, sin hablar).

MAESTRA MIEL. *(Habla con calma mientras mira a Yólotl)*. Como en años anteriores, no tiene nada de qué preocuparse don Alfredo; ya sabe usted que aquí le cuidaremos a la niña. Nunca ha causado problemas, sus maestros de años anteriores me han dicho solo maravillas de ella. La segunda mejor de su clase, algo extraordinario teniendo lo que tiene.

DON ALFREDO. *(Con un tono preocupado)*. Usted sabe que siempre los he considerado más que capaces para tratar a mi pequeña, y no creo nunca arrepentirme de poner en sus manos la educación de Yolo, pero ahora que está en su último año de la primaria, temo que su problema la esté afectando más allá de lo académico.

(Yólotl mira con molestia a don Alfredo; don Alfredo la mira levemente, después, regresa a hablar con la maestra).

MAESTRA MIEL. Póngase usted en calma don Alfredo, que aquí nos encargaremos de que su niña aprenda y se mantenga contenta.

DON ALFREDO. *(Observando a Manuela, que sigue en el fondo del salón, y hablando en voz baja)*. ¿Y quién es esa niña del fondo? No la había visto antes

(La maestra mira también a Manuela, quien levanta la mirada).

MANUELA. (*Emocionada y gritando desde la parte de atrás del salón*). Sí, es cierto, yo me llamo Manuela, sí. Soy nueva, perdón si no puedo moverme desde aquí al fondo para ir a saludar como se debe. La silla de ruedas no deja mucha libertad de movimiento.

(*Don Alfredo observa la silla de ruedas en la que está Manuela, después, clava su mirada en su propia hija, que tiene la mirada fija en la niña que saluda desde atrás, y después se acerca a la maestra Miel*).

DON ALFREDO. (*En un susurro*). ¿Qué tiene la niña?

MAESTRA MIEL. (*En un susurro*). Perdóneme don Alfredo, han sido tan insistentes en que no dé información médica de esta niña como lo es usted con la suya. No puedo decir nada.

DON ALFREDO. (*Alejándose y volviendo con su hija, que todavía tiene la mirada clavada en la de la parte de atrás*). Está bien maestra, cuento con usted. (*Se acerca a su hija y le besa en la frente*). Volveré más tarde Yolo, pórtate bien. Te amo.

(*Don Alfredo sale de escena, quedando Manuela, Yólotl y la maestra Miel en el salón*).

MAESTRA MIEL. (*Hablando con una sonrisa a las dos niñas*). Bueno, pues, todavía falta bastante para que el resto de sus compañeritos lleguen; es demasiado temprano. Si me disculpan, tengo que ir a la oficina del director Beto por el material que me hace falta.

(*La maestra Miel sale de escena; Yólotl se sienta en una de las bancas hasta el frente del salón, bastante lejos de Manuela*).

MANUELA. (*Hablando emocionada*). Oye, estás muy lejos, ¿así como vamos a poder hablar? (*Trata de mover la silla de ruedas, pero es en vano*).

Oye, ¿no me ayudas a moverme?

(Yólotl, de mala gana, camina hasta donde está Manuela, y mueve bruscamente la silla de ruedas hasta la parte de enfrente, donde está ella; la suelta en la banca al lado de la suya).

MANUELA. Gracias, ahora sí se puede hablar con comodidad, oye, ¿y tú cómo te llamas?

(Yólotl saca de su mochila una hoja y la pone en las manos de Manuela).

MANUELA. Así que te llamas Yólotl, que bonito nombre, sí. No hablas mucho, ¿verdad?

(Yólotl, exasperada, saca otro papel de su mochila; le quita de las manos el que tenía antes y le pone el nuevo. Manuela, esta vez con más detenimiento, lo lee).

MANUELA. *(Confundida)*. ¿Qué significa traumatismo severo de nacimiento en la subárea posterior del área de Broca?

(Entran en escena Aura y Sergio).

AURA. *(Con un poco de burla)*. Significa que Yolito no sabe hablar.

SERGIO. *(Parándose entre Manuela y Aura)*. Querrás decir que no puede hablar, Manuela.

MANUELA. *(Con un poco de enojo, pero todavía sin perder la emoción)*. ¿Y esos dos quiénes son? No se ven muy agradables, sí, se estaban burlando de ti, ¿verdad?

(Yólotl asiente mientras ve con enojo como los otros dos se van a sentar en la parte contraria del salón de clases).

MANUELA. *(Hablando con mayor seriedad)*. ¿Lo que dicen es verdad? ¿Eres mudita?

(Yólotl asiente).

MANUELA. ¿Y si puedes leer y escribir?

(Yólotl asiente; la maestra Miel vuelve a entrar al salón y todos guardan silencio).

MANUELA. *(Hablando ahora en un susurro)*. ¿Y no te gustaría poder hablar? ¿No es feo no poder decir nada? Porque, por ejemplo, yo no puedo moverme sin ayuda de mi mamá y de mi papá, sí, y tampoco siento como todos los demás cuando tengo que ir al baño, pero nunca cierro la boca, pero ya me estoy alejando, ¿no es feo eso de no poder decir nada?

(Yólotl niega con la cabeza).

MANUELA. ¿Y por qué no?

(Saca su cuaderno y comienza a escribir, tarda aproximadamente medio minuto; cuando termina, le da la hoja a Manuela, que comienza a leer).

MANUELA. *(Un poco nerviosa)*. Bueno, pues, entiendo, sí.

MAESTRA MIEL. Bueno niños, yo soy Miel Lizárraga, y seré su maestra por todo este último año de la primaria, así que pues, espero

que todos nos llevemos bien y que todos se porten de acuerdo a la edad que tienen. Me imagino que casi todos ya se conocen, ¿cierto?

MANUELA. (*Gritando y levantando la mano*). ¡No! A mí no me conocen, porque yo soy nueva y no creo que me conocieran de donde antes yo vivía. Porque yo vivía en Tabasco, y eso está muy lejos de aquí, sí.

(Yólotl y la maestra Miel sonríen; el resto la mira con extrañeza).

MAESTRA MIEL. (*Con una leve risa*). ¿Y cómo te llamas pequeña?

MANUELA. Pues yo me llamo Mariela Manuela Martínez, sí. Pero nadie me dice Mariela porque no me gusta.

AURA. (*Hablando con burla*). Tu nombre está lleno de emes, sí. Se me ocurre otra palabra con eme que te queda muy bien.

MAESTRA MIEL. (*Hablando con seriedad*). ¿Te gustaría compartir con el grupo lo que te parece tan gracioso?

AURA. (*Mirando todavía con burla a Manuela*). Perdón maestra, hablé sin pensar.

(La maestra hace un gesto vago con la cabeza, después, asiente y regresa a su asiento; se cierra el telón).

Acto 2

(Colegio Libertad, Yólotl va empujando la silla de ruedas con Manuela encima).

MANUELA. (*Hablando con emoción*). No puedo creer que seas tan inteligente Yolo, sin necesidad de decir ni una sola palabra le cerraste la boca a los engreídos de Sergio y Aura, sí; ¿cómo le hiciste?

(Yólotl para en seco, deja de empujar la silla; coloca sus manos en los hombros de Manuela y comienza a tocar con ciertos dedos sobre ellos, como si estuviera tecleando en una computadora).

MANUELA. *(Mirando asombrada a Yólotl).* ¡No puedo creer que se te ocurriera eso, sí!

(Yólotl vuelve a hacer el mismo gesto sobre la espalda de Manuela, Manuela se mueve un poco ante el leve cosquilleo).

MANUELA. Gracias Yolo, eres muy amable, y también gracias por ayudarme con la silla; no te pediría que me ayudaras con el baño también, pero el simple hecho de moverme de un lado al otro es muy lindo de tu parte, sí.

(Entran Aura y Sergio en escena, se acercan bruscamente a Yólotl y mueven a Manuela).

AURA. *(Enojada).* Niña muda, tú nunca habías sido capaz de superar a Sergio en nada, y ahora de repente eres mejor que él en casi todo, ¿qué demonios sucede contigo? ¿Quieres quedar bien con la otra rara o qué?

SERGIO. *(Calmado, pero igualmente molesto).* Déjalas Aura, Yólotl, Manuelita, no olvidaré esto, y no dejaré que ni ustedes ni nadie me vuelva a superar en algo como esto. Nunca habías mostrado esos talentos ocultos Yólotl, ¿por qué nunca dijiste nada al respecto?

MANUELA. *(Enojada).* ¡Oye! Eso es cruel, tú bien sabes que Yolo nunca pudo haber dicho nada al respecto, sí.

AURA. *(Con ironía).* No cabe duda que lo matada no quita lo tarada.

(Aura se acerca con malicia a Manuela; Yólotl se para entre las dos antes de que se acerque lo suficiente. Aura retrocede, y regresa al lado de Sergio).

SERGIO. No te desgastes con quien no se puede desgastar Aura, vámonos.

(Yólotl se vuelve a colocar detrás de Manuela, coloca sus dedos en su espalda y vuelve a teclear sobre ella).

MANUELA. *(Entre risas)*. No lo hubiera podido decir mejor, mírate, ahí donde no dices nada, bien sabes cómo golpear con las palabras, sí.

(Yólotl sonríe, y empuja a Manuela fuera de escena; entran a escena Aura y Sergio).

SERGIO. ¿Viste esa confianza que tenía Yólotl? Nunca en todo el tiempo que llevamos de conocerla había probado ser superior a mí en cualquier cosa. Siempre la respeté por ser muy inteligente, pero ahora, verla como una igual, me niego a aceptarlo. Todo es culpa de la otra niña.

AURA. ¿De quién? ¿De la...

SERGIO. *(La interrumpe)*. ¡No le digas así! No busques conflicto donde no lo hay.

AURA. Pero Sergio, piénsalo, ¿cómo te sentirás cuando esto se repita? Por culpa de Manuela todo se ha ido al caño; está arruinándolo todo. Para empezar, ¿cuándo habías visto a Yólotl tan sonriente? No me respondas porque no fue nunca. Es desde que mueve esa silla que su ánimo ha subido como la espuma, no podemos permitir que eso continúe.

SERGIO. *(Con voz firme)*. Ni se te ocurra intentar hacer cualquier cosa, contra Yólotl o contra Manuela, es cierto que van a ser lo más complicado que hayamos superado hasta ahora, pero no quiero que les hagas nada a ninguna de las dos. Sería horrendo.

AURA. (*Con voz suplicante*). Déjame hacer algo, lo que sea por favor, sabes cómo se pondrá tu padre si descubre que ya no eres el mejor de la clase.

SERGIO. (*Con voz triste*). No tienes que recordarlo.

AURA. (*Con malicia*). ¡Eso es, eso es! Perdóname Sergio, pero a situaciones duras respuestas duras tiene que seguir. Si no haces algo para acabar con esas dos, le voy a decir a tu papá, le voy a decir todo, le diré que te rebasó ella, que ha sido la mudita la que ha rebasado a su hijo perfecto. Y después...

SERGIO. (*Con desilusión*). En serio eres una bruja Aura, si no fueras mi prima no te seguiría hablando siquiera.

AURA. ¿Entonces cuál es el plan Sergio?

SERGIO. (*Con resignación*). Está bien, mira, la fuerza de Yólotl llega a través de Manuela; Manuela la inspira, Manuela le da esa fuerza que necesita, entonces, en teoría, si no hay Manuela, Yólotl volverá a ser la misma de antes, resignada al número dos.

AURA. ¿Entonces tú sugieres que separemos a Manuela de Yolito?

SERGIO. Te sugiero a ti, yo no haré nada, solo te pido Aura, por lo poco que signifique que seas de mi familia, dame un bimestre más, si no he rebasado a Yolo y a su amiguita para ese momento, ya haces tus maldades.

AURA. (*Estrechando la mano con Sergio*). Está bien primo, te lo prometo.

(*Los dos salen de escena, se cierra el telón*).

Acto 3

MANUELA. (*Hablando con emoción*). ¡Me has ayudado muchísimo Yolo, nunca había salido tan alta en la escuela!

(Yólotl, con más rapidez que antes, empieza a tocar en la espalda de Manuela).

MANUELA. Oye, por cierto, ¿ya casi salimos de vacaciones verdad?

(Yólotl asiente).

MANUELA. Aquí en Apizaco hace muchísimo frío, no puedo creer que aguanten estos climas.

(Entra en escena Sergio).

SERGIO. *(Con tristeza)*. Felicidades a las dos, hace un bimestre me sentía mal con que Yolo me hubiera superado, pero ahora que las dos se han vuelto las mejores, no puedo más que darles mi más sincera felicitación.

MANUELA. *(Extrañada)*. ¿Nos estás felicitando? ¿Te sientes bien?

SERGIO. Me siento bien Manuelita, pero cuidado con Aura, ella está más inconforme que yo, después de todo, desde el punto de vista de ella, cómo puede un par de raras superar a su familia es su más desafiante misterio.

(Comienza a tocar con rapidez en la espalda de Manuela).

MANUELA. Dice Yólotl que no te cree nada, siempre has sido un patán con ella. Y yo quisiera creerte, pero después de lo que tu prima y tú le han hecho a Yolo en cinco años, no hay mucha confianza que digamos.

SERGIO. *(Exaltado)*. ¡Por favor, créanme! Miren, vengan al salón conmigo, está preparando algo horrible para ustedes. Las estoy advirtiendo.

(Yólotl vuelve a poner sus dedos en la espalda de Manuela y después se aleja un poco de la silla).

MANUELA. Dice Yólotl que ella irá contigo, yo los esperaré aquí mientras regresan.

SERGIO. Está bien, vente Yólotl.

(Yólotl y Sergio salen corriendo de escena. Entra Aura por el lado contrario y se pone atrás de Manuela, justo como Yólotl).

AURA. *(Con malicia)*. Sabía que mi primo era demasiado bonachón como para dejar que hiciera mi horrible plan original, entonces tuve que improvisar. ¿Cómo estás Manuelita?

MANUELA. *(Asustada)*. Deja en paz mi silla, solo Yolo puede tocarla.

AURA. *(Enojada)*. ¿Te quieres callar? Yolo esto, Yolo lo otro, parecería que la muda tiene más voz que los que realmente hablamos. Y eso, eso es lo que no soporto, ver cómo la muda supera a mi familia, ver como la muda tiene alguien que, valga la ironía, la escuche', ver como la muda muestra esa horrible sonrisa, que es el único gesto que puede hacer con la boca, eso me enloquece. Pero, mírate ahora, sin ella estás tan indefensa, eres una simple minusválida, hasta que puedo decirlo.

MANUELA. ¿Y con esto qué ganarás?

AURA. Mi ganancia será que ella pierda, ¿te diste cuenta de que convenientemente estamos demasiado cerca de las escaleras? Basta con un pequeño empujón.

(Aura lanza a Manuela con todo y silla escaleras abajo; Sergio y Yólotl vuelven a entrar a escena).

SERGIO. (*Enojado*). ¿Qué has hecho?

AURA. He acabado con tu competencia primito, ahora ninguna niña rara será mejor que tú. Deberías estar feliz.

(Yólotl corre escaleras abajo a ver a Manuela).

SERGIO. (*Le dice condenando*). Estás loca Aura, eres una loca.

(Yólotl se desploma sobre el cuerpo inmóvil de Manuela, que ha quedado inconsciente. Se cierra el telón).

Acto 4

(Don Alfredo y Yólotl están frente a una cama, en ella está Manuela, con su típica sonrisa de oreja a oreja).

DON ALFREDO. Que bueno que te pusiste bien Marielita.

MANUELA. (Con voz débil, pero con un poco de risa). Ya le dije que no me diga Mariela. Además, seguro que después de la tremenda paliza de Yolito, es Aura la del problema médico serio, sí.

DON ALFREDO. Gracias al Señor ya has salido del hospital Marielita, ahora me toca dejarlas solas, para que, supongo, “conversen” a su manera un poco.

(Don Alfredo sale de escena).

MANUELA. Gracias Yolo, gracias por enseñarme todo lo que me has enseñado, gracias por ser la primera buena persona que sin obligación ni compromiso movió mi silla, aún recuerdas esa primera vez, cuando de mala gana me moviste porque estaba de platicona. A mí no se me

olvida. Me acuerdo cuando me dijiste que no te gustaba hablar para decir tantas tonterías como los que hablaban, fue duro leerlo, pero también fue bueno saberlo. ¿Te acuerdas cuando escribiste en mi espalda por primera vez? Aunque no lo parezca creo que han sido los momentos en los que más útil me siento, cada que le doy voz a alguien. Gracias por tener la paciencia para mover a la que no se mueve, gracias por tener el temple para observar a la que se niega a ver. Gracias por dejar que sea tu voz, y gracias por dejarme escuchar todos los sonidos que el silencio puede dar. Gracias por ser mi callada bendición.

(Se cierra el telón).



3.2 Profesional

3.2.1 Arrebato de inocencia

Juan José Maya Godínez

Personajes

PROFESOR BENITO. (*San Benito, santo de la protección*)

SOFÍA. (*Santa Sofía, santa de la sabiduría*)

PROFESOR EXPEDITO. (*San Expedito, santo de la calma*)

SEBASTIÁN. (*San Sebastián, santo de los deportistas*)

BOSCO. (*San Bosco, santo de los deportistas*)

LAURA. (*Santa Laura, proveniente de Colombia, ayuda a la gente que sufre de discriminación racial*)

ANTONIO. (*San Antonio de Padua, santo de las cosas perdidas*)

GREGORIO. (*San Gregorio, santo de los cantantes*)

ANA. (*Santa Ana, santa de las amas de casa*)

SAM

WILLIAM

HENRY

POLICÍA. (Oficial del S.W.A.T.)

(Se escucha un disparo).

PROFESOR BENITO. Sofía, cierra la puerta.

(Sofía corre hacia la puerta y la cierra con seguro, se escucha otro disparo).

PROFESOR EXPEDITO. Sebastián, Bosco, apaguen las luces.

(Bosco y Sebastián corren a hurtadillas a apagar las luces. Se escucha un tercer disparo. Se oyen gritos y personas corriendo).

HENRY. Oh my god! Not again.

SAM. I told you man it's all because those mexicans, this school it's screwed.

(Laura voltea de una esquina).

LAURA. I'm from Colombia. (*Lo dice susurrando y con un claro acento latino*). PROFESOR BENITO. Guarden silencio.

HENRY. Go back to your country.

(*El profesor Benito a punto de contestar a Henry, voltea a ver a Antonio*).

PROFESOR BENITO. Antonio, aléjate de la ventana.

PROFESOR EXPEDITO. Antonio, miijo, haz caso, por favor. Gregorio, Ana, ustedes siempre traen sus celulares. Avisen a quienes puedan lo que está pasando, pero no digan en que salón están.

GREGORIO. Sí profe.

WILLIAM. (*Dirigiéndose a Henry y a Sam*). They should take those beaners and leave us all alone.

HENRY. Sure man.

SEBASTIÁN. O lo calla, o lo callo yo

SOFÍA. ¡Cállate Sebastián! Ya está suficientemente tensa la situación.

ANTONIO. (*Comienza a llorar, pero se tapa la boca con las manos*). ¿Y si ellos tienen razón? ¿Y si su objetivo son los latinos?

GREGORIO. La semana pasada en el condado de al lado, leí en *Facebook* que el objetivo del tiroteo eran los latinos.

(*Sofía comienza a tener un ataque de pánico y Ana corre a abrazarla*).

ANA. Tranquila Sofí, todo va a estar bien, Laura ya publico en Twitter lo que está pasando, y Gregorio tiene muchos seguidores. ¿No es cierto chavos?

(Laura y Gregorio asienten. Se separa la escena, de un lado tenemos a los dos profesores, de otro tenemos a Henry, Sam y William, y en el fondo vemos a los estudiantes latinos sentados en el piso).

PROFESOR BENITO. ¿Los estás escuchando? Su esperanza para salir de aquí es ver quien tiene más seguidores en una red social, esto es ridículo.

PROFESOR EXPEDITO. Lo es, pero no pueden marcar porque pueden escuchar que estamos aquí adentro.

PROFESOR BENITO. Pobres muchachos.

(Empiezan a hablar de la parte de atrás del salón).

ANTONIO. Mi mamá se la pasa diciéndome que nos fuimos de México porque era muy inseguro.

LAURA. Mis abuelos me dicen lo mismo de Colombia.

BOSCO. Y de seguro los gringos esos tienen razón, seguro solo nos buscan a nosotros.

ANA. No digas eso, la gente de este país tiene ideas muy locas.

SEBASTIÁN. La gente blanca, querrás decir, yo nací en este país, ni mi familia, ni yo, y supongo que ustedes menos, tenemos ese tipo de ideas.

(Se interrumpe del otro lado del salón).

WILLIAM. Hey beaners, speak english, you are in America.

HENRY. Go back to Mexico, or wherever, you're from. *(Mira con asco a Laura).*

BOSCO. Voy a hacer que te tragues tus palabras.

(Se levanta y camina con pisadas fuertes hacia Henry, que también se levanta).

PROFESOR BENITO. Hey, los dos, ¡síéntense ya!

(Bosco y Henry se encuentran y comienzan a empujarse).

ANA. Bosco, hazle caso al profe, no vale la pena.

SAM. Beat him man, teach them who's the boss.

(Sam se levanta al lado de Henry).

SEBASTIÁN. Déjalo en paz

(Se para rápidamente al lado de Bosco).

PROFESOR EXPEDITO. *(Intentando hablar fuerte pero no demasiado).*
Los cuatro, sepárense. ¿No ven que espantan a los demás? Por su culpa nos pueden encontrar.

(Solo Sebastián y Bosco voltean a ver al grupo de latinos que han comenzado a temblar y llorar).

SAM. What a coward *(lo dice refiriéndose a Gregorio que ha comenzado a llorar de pánico).*

BOSCO. Ahora si, ya estuvo *(se mueve hacia Sam para golpearlo).*

(Se escucha un grito. Se escucha un disparo. Se hace un oscuro y cuando regresa la luz vemos a Bosco y Sebastián que se quedan inmóviles, mientras que Sam y Henry se han puesto en posición fetal cubriéndose la cabeza).

PROFESOR BENITO. Bosco, Sebastián, al suelo los dos. (*Sebastián y Bosco hacen lo que les pide el profé*).

ANA. (Sollozando). Quiero irme a mi casa.

ANTONIO. Profé, (*dirigiéndose a Benito*) ¿cree que vayamos a salir de aquí?

PROFESOR BENITO. Mira, la situación es que... (*lo interrumpe en seco el profesor Expedito*).

PROFESOR EXPEDITO. Claro que vamos a salir de aquí, solo hay que ser pacientes.

(*Antonio abraza a Sofía que no puede parar de llorar*).

PROFESOR BENITO. Deja de hacerles ilusiones, tienen que saber las posibilidades.

PROFESOR EXPEDITO. Escúchate Benito, son solo niños, son solo almas inocentes.

PROFESOR BENITO. Llevamos por lo menos 30 minutos aquí. ¿Les has visto la mirada en el tiempo que llevamos aquí? A esos niños les acaban de arrebatar la inocencia.

PROFESOR EXPEDITO. ¿Qué clase de persona haría algo así en una escuela?

PROFESOR BENITO. ¿Te estás escuchando? Claro que sabemos que clase de persona hace esto, esos gringos se creen dueños del mundo, incluso de las vidas humanas, si la vida en Guatemala no fuera tan mediocre, nunca me habría ido.

PROFESOR EXPEDITO. Baja la voz, somos los profesores, no podemos tomar bando en esto. Míralos (*Señala a todos, incluso a Sam*,

William y Henry) ninguno de ellos tiene la culpa, puede que ya no sean inocentes a partir de este momento, pero aun son unos niños.

PROFESOR BENITO. Es imposible no tomar un partido en esta situación, ante mis ojos, el que lo haya hecho no merece nada. El cinismo de una persona creyéndose con el derecho de quitar la vida de un humano.

PROFESOR EXPEDITO. Baja la voz, escucha.

(Todos guardan silencio. A lo lejos se escuchan pasos. Se escuchan gritos. Ahora son más los pasos que se escuchan. Se escuchan gritos, pero no se acercan al salón en el que se encuentran nuestros personajes. No se distingue todo lo que se escuchan gritando, pero se distingue HELP, PLEASE, SOMEBODY, HELP ME).

ANTONIO. Tenemos que ayudarlos. *(Se levanta y se queda inmóvil).*

SOFÍA. Siéntate Toño, por favor.

ANTONIO. ¡Tenemos que ayudarlos! *(Sale corriendo a la muerte. Sebastián corre hacia él y lo derriba).*

ANTONIO. ¡Tenemos que ayudarlos! Tenemos que... *(Ha comenzado a llorar y abraza a Sebastián de la desesperación).*

HENRY. Jesus, you're gonna get us killed.

ANTONIO. Se escucho como mi hermana *(sigue llorando)* no puedo dejarla allá afuera. Por favor, *(dirigiéndose hacia los profesores)* tenemos que ayudarla, Tengo que ayudarla.

(El profesor Expedito solo puede voltear la mirada).

SOFÍA. (*Se seca las lágrimas*). Mi tocaya es inteligente, de seguro esta bien Toño, a ella no le gustaría que te arriesgaras así, ven siéntate. (*Le da la mano y se sienta junto a su lado, Sebastián hace lo mismo*).

(*Se hace un silencio*).

GREGORIO. La semana pasada mi papá me dijo que trajera una pistola en la mochila, que la situación en las escuelas era muy difícil. Que si tenía que defenderme que lo hiciera. Mi mamá, luego luego le dijo que estaba loco. “¿Como vas a mandar al niño a la escuela con una pistola? ¿Y si le revisan la mochila? ¿Y si se dispara sin querer? No le hagas caso a tu papá mijo, córrele lávate las manos, vamos a comer”.

SOFÍA. ¿Qué hicieron con la pistola? ¿La tiene tu papá?

GREGORIO. Mi papá fue a mi cuarto ese día en la noche, me la dio y me dijo “mire mijo, su mamá y yo nos vinimos a este país para darle a usted y a su hermano una vida que en México no le íbamos a poder dar, perderlo a usted, a su hermano o su mamá, para mi sería perderlo todo, si uno de estos días ve que uno de sus compañeritos se está portando muy agresivo o raro, llévesela y tenga mucho cuidado.” La tengo en el fondo de mi ropero.

(*Se hace un silencio*).

LAURA. Cuando nos vinimos de Colombia mis abuelos y yo fuimos los primeros de mi familia en venir, tuvimos que esperar cinco años para juntar dinero para que mis papás se pudieran venir con mi hermanita. Mi papá habla inglés de la universidad así que pudo conseguir el visado fácilmente, pero mi mamá y mi hermanita no lo pudieron conseguir. Mi papá se vino y se puso a trabajar, y les mando dinero a mi mamá y a mi hermanita para que se vinieran con un coyote como le llaman los mexicanos. Eso fue hace un año, y a la fecha no hemos sabido que

ha pasado con ellas. (*Comienza a sollozar, pero rápidamente se seca las lágrimas*). Si esa gente (*señalando la puerta*) piensa que uno viene aquí por gusto se equivocan.

SEBASTIÁN. How about you racist? Do you have guns at your houses?

(*Dirigiéndose a Sam, Henry y William*).

SAM. Of course we do, we have to be prepared if situations like this happened at our homes.

SOFÍA. ¿Escuchan lo que dice? Es un círculo vicioso con eso de las armas, que solo son para defenderse.

(*Se hace un silencio*).

ANTONIO. Mi hermana y yo no nacimos aquí, pero no tenemos recuerdos de México, mi papá se vino para acá desde que yo tenía un año y mi hermana acababa de nacer, cuando mi mamá y mi abuelita juntaron lo suficiente para que nos viniéramos, lo único que le decían a mi abuelita era, *your visa has been denied*. La intento sacar como ocho veces. Nos dijo que no importaba, que nos viniéramos, ella iba a ver como le hacia. Cuando llegamos acá, no podíamos salir del país por lo menos en tres años para que nos dieran la ciudadanía, durante el transcurso de ese tiempo mi abuelita se enfermó de cáncer y no pudimos ir ni a su funeral porque íbamos a quedar vetados para siempre del país. El único recuerdo que tengo de ella es dándonos la bendición antes de subir al avión “Virgen santísima, cúbrelos con tu manto, del Patriarca señor San José, ni presos, ni cautivos, ni vencidos por sus enemigos, en nombre del padre, del hijo, del espíritu santo”.

PROFESOR EXPEDITO. Amen

SEBASTIÁN. ¿Cual es su historia profe?

PROFESOR EXPEDITO. Siempre quise ser maestro, muchachos, pero las universidades de mi país son muy conflictivas, además de que la profesión es muy mal pagada, está dentro de las profesiones más mal pagadas del país. Conseguí la visa de estudiante y me vine para acá. Cuando estudiaba tenía tres trabajos, más el dinero que me mandaban mis papas desde México, apenas y me alcanzaba para pagar la universidad. Viví de pan y de pasta cuatro años, pero no me arrepiento de convertirme en maestro.

(Se escucha un disparo. Sam, Laura, Sofía y Antonio empiezan a sollozar, sus compañeros cercanos comienzan a abrazarlos).

GREGORIO. ¿Cuánto tiempo va a pasar antes de que nos encontren?
¿Qué va a pasar si...?

PROFESOR EXPEDITO. Cuéntanos tu historia Benito, nunca me canso de escucharla, ándale Benito. Como decía Siqueiros: “Una parte del hombre y busca la salvación del hombre en el más completo de los términos”.

PROFESOR BENITO. En Guatemala, como en todos los países latinoamericanos, ser artista y vivir de ello, es algo casi imposible. Estudié música en la Universidad de San Carlos de Guatemala. Desde que empecé, hasta que terminé, sabía que mi destino era algo grande, pero sobretodo, sabía que, de música en Guatemala, no iba a vivir. Cuando me gradué, me fui a la Ciudad de México y trabajaba en lo que podía, tocaba en bares, o en eventos, y durante el día me subía a los camiones a pedir dinero por mis canciones. Todos los días, salía esperando que un productor me descubriera, o que el director de una orquesta escuchara y le gustara mi música. Como eso no pasó, decidí saltarme ese paso y venirme para acá. Junte el dinero suficiente, realice los trámites necesarios. Tomé mi flauta, mi guitarra, tres cambios de ropa, una libreta en donde escribía mis canciones y me vine para acá.

Seguía viviendo de limosnas, pero incluso así ganaba más que en México, ni que decir de Guatemala. Vi la vacante de maestro aquí, solo iba a ser temporal, ya saben, yo estaba destinado a algo grande, pero pasaron los años y pasaron los años...

GREGORIO. Perdón profe (*lo dice sintiéndolo en serio y no como sarcasmo*).

PROFESOR BENITO. No no, no me dejaste terminar. Pasaron los años y pasaron los años, pero entendí que esto era la gran oportunidad para la que estaba destinado, puedo enseñarle a los más jóvenes, sobre la belleza de la música, la importancia del arte. De lo único que me arrepiento es no haberle hecho saber a todos los alumnos que mi oficina estaba abierta en todo momento si necesitaban ayuda.

(Se hace un silencio)

SEBASTIÁN. Mi papá tiene una pistola en su camioneta y otra bajo su cama.

(Se hace una pausa, se escuchan pasos por fuera, cuando ya no se escuchan todos vuelven a ver a Sebastián).

SEBASTIÁN. Yo nací aquí, pero mis papás ya eran ciudadanos para ese momento. Mi papá me contó que tuvieron que mudarse antes de que yo naciera porque vivían en un pueblo muy conservador y racista. No soportan escuchar el español, ni tampoco ver piel que no sea blanca, como estos tres (*señala al otro lado del salón*).

PROFESOR EXPEDITO. Eso no justifica que tu papá tenga dos armas, Sebas.

SEBASTIÁN. ¿¡Ah no! Mi papá no tomó la decisión de mudarse solo porque los vieran feo, o porque les dijeran beaners (*vuelve a ver al*

otro lado del salón). Todas las noches aventaban bolsas de plástico con frijoles al coche de mi papá. Cuando esto dejó de importarle y que ellos notaron que ya no le importaba, comenzaron a lanzarle piedras al coche, cuando esto dejó de importarle y que ellos notaron que ya no le importaba, una noche cuatro personas vestidas del Ku Klux Klan persiguieron a mi mamá hasta la casa. ¡Del maldito Ku Klux Klan! En mi familia no somos agresivos, pero si es la única manera en la que podemos sentirnos seguros, apoyo que mi papá tenga pistolas en la casa.

ANA. Ya no se escuchan disparos, probablemente ya se aburrió y se fue. O a lo mejor ya llegó la policía a la escuela y están intentando sacarnos de este infierno.

BOSCO. ¡Ja! Como si a la policía le interesamos.

ANA. Claro que les importamos, somos las víctimas.

BOSCO. Pues ante sus ojos somos los culpables. Mi hermana se regresó a estudiar la universidad en México, decía que los gringos no sentían las ciencias sociales, ni la filosofía como los latinos. Se graduó con honores como Filósofa, de la UNAM. Mis papás sabían que no iba a encontrar trabajo de eso, y en algún momento iba a regresar a este país. Cuando eso pasó, comenzaron los discursos de odio y la situación en la frontera se puso muy tensa. Tenía los papeles necesarios, los policías la sacaron de la fila, le pidieron que la acompañaran y fue lo último que supimos de ella.

ANA. Hay uniformados en esta violencia

BOSCO. Ni siquiera sabemos de que país eran los policías. (*Se escuchan dos disparos*).

ANTONIO. Si no han parado los disparos quiere decir que está o están buscando a los que están escondidos.

SEBASTIÁN. Estamos.

PROFESOR EXPEDITO. No quiero imaginar por lo que están pasando los que están escondidos solos.

WILLIAM. What are gonna do? (*susurra para que solo lo escuchen Sam y Henry*) SAM. We have to escape.

HENRY. What if we scream that those (*señala con la cabeza a los demás*) are here.

WILLIAM. He or them are going to kill them.

HENRY. Its them or us Will, think

SAM. And, what if their target are students in general. (*Los tres se miran*).

PROFESOR EXPEDITO. ¿Por qué nadie mostró señales?

PROFESOR BENITO. ¿Por qué no pidieron ayuda si algo estaba mal?

SOFÍA. Claro que mostraron señales

PROFESOR BENITO. (*Se siente atacado*). Perdón

SOFÍA. Claro que había señales, siempre las hay, que no las queramos ver es otra cosa.

PROFESOR BENITO. ¿Y si mostraron señales por qué no acuden a pedir ayuda, eh?

SOFÍA. ¿Ve? Esto es lo que pasa... (*se le ha cortado la voz, como si fuera a comenzar a llorar otra vez*). Esto es lo que pasa con los adultos, se les olvida la juventud, se les olvida la vida a nuestra edad.

PROFESOR BENITO. Porque todo es más fácil a tu edad, cuando creces y ves el mundo, lo único que quieres es regresar a ¡Tu edad!

cuando creces te das cuenta de que el mundo esta jodido, todo lo ves hasta que pasa la adolescencia y la juventud.

ANA. Justo por eso (*se hace una pausa*) Si, es justo por eso (*se levanta*). Como no se hablan de los problemas que hay a nuestra edad, crecen, tienen hijos y solo forman parte de este círculo vicioso al que nunca le encontramos origen.

SOFÍA. Pedir ayuda suena fácil, es mas, es fácil profe, pero agarrar valor para hacerlo lo cambia todo.

LAURA. Yo puedo darle el nombre de por lo menos cinco personas que pueden estar haciendo esto.

GREGORIO. Yo cuatro, mínimo.

BOSCO. Yo otras cinco.

SEBASTIÁN. Yo otras dos, y ni siquiera pienso que todos estemos pensando en las mismas personas.

PROFESOR BENITO. ¿Tantas? (*Lo dice casi susurrando*).

ANTONIO. (*Se encuentra sentado y se toma la cabeza, respira hondo pues sigue llorando*). Hey, how about you racist? Do you know somebody that can be behind this?

SAM. Of course we do.

WILLIAM. Every person in this school.

HENRY. Yeah man, everyone is joking about it, all the time.

SAM. It's like if it is something common.

ANA. Tienen razón cuando empezaron a ser cada vez más frecuentes los tiroteos y mis papás no me dejaban venir a la escuela al día siguiente, casi reprobé química por eso, hasta que pensaron que era algo común.

GREGORIO. ¿Te dijeron que era común?

ANA. No, no me dijeron eso, solo que un día que un día mientras cenábamos viendo las noticias, y hablaron sobre un tiroteo mi mamá dijo “esa solo es gente que quiere llamar la atención”.

(Se escuchan pasos corriendo. Hay un silencio).

Profe PROFESOR BENITO. ¿Alguien tiene noticias de fuera? *(Se escucha un disparo).*

GREGORIO. Por favor, díganme que estoy muy paranoico y que no escuche ese disparo más cerca que los anteriores.

(Se escucha un disparo y un cristal rompiéndose).

BOSCO. Esa fue la repisa de trofeos que está en el otro pasillo. *(Se escucha un disparo).*

SOFÍA. *(Intentando no hacer mucho ruido).* Se está acercando al salón.

SAM. Shut up! He’s will listen to you.

(Se escucha un disparo. Se escuchan sollozos dentro del salón) .

HENRY. Shhhh!

(Se escuchan pasos. Se escucha afuera de la escena).

POLICÍA. Is anyone there?

SEBASTIÁN. *(susurrando)* Está afuera.

POLICÍA. Is anyone there?

WILLIAM. What are we gonna do?

PROFESOR EXPEDITO. Be quiet Will.

PROFESOR BENITO. No hagan ruido, puede que pase de largo.

(El cerrojo de la puerta se está forcejeando. Algunos ahogan un grito).

ANA. Está intentando entrar. *(Se golpea la puerta).*

ANTONIO. La está intentando tirar. *(Se hacen más fuertes los golpes).*

PROFESOR BENITO. Todos a los lados de la puerta. *(Todos se distribuyen a los lados de la puerta).*

PROFESOR BENITO. Mantengan la calma. I love you guys. *(Se ve como la puerta se pone más débil).*

SOFÍA. Nosotros a usted, profe, gracias por todo. *(Se cae la puerta).*

(Entran dos policías especiales, alarmados).

POLICÍA. Everybody down, everybody to the floor, ¡Now! ¡Now!

(Todos van al suelo con las manos atrás de la nuca, algunos han empezado a llorar. Se va a oscuros. Se abre la escena otra vez en el mismo salón, están el profesor Expedito, Sofía, Ana, y Bosco y Gregorio).

PROFESOR EXPEDITO. Ayer pasamos una experiencia traumática, quiero que sepan y que les digan a sus compañeros que la puerta de este salón de clases, la de mi oficina y la del profe Benito siempre están abiertas para ustedes.

ANA. Sí profe, gracias.

(Salen del salón y entra el profesor Benito).

SOFÍA. Hola profe.

PROFESOR BENITO. Hola.

PROFESOR EXPEDITO. ¿Ya escuchaste?

PROFESOR BENITO. Sí, me parece una tontería que pongan detectores de metales justo al día siguiente.

PROFESOR EXPEDITO. ¿Por?

PROFESOR BENITO. ¿Crees que el tirador va a traer el arma justo después del tiroteo?

PROFESOR EXPEDITO. Nunca esta demás

PROFESOR BENITO. ¿Sabes cuántos fueron?

PROFESOR EXPEDITO. El policía de la entrada me dijo que once, hay rumores que dicen que el responsable se quitó la vida antes de que el equipo S.W.A.T. llegara, pero no es nada oficial.

PROFESOR BENITO. ¿Y qué se supone que vamos a hacer? Esperar a que el responsable confiese que mató a 11 personas.

PROFESOR EXPEDITO. No dejo de pensar en las caras de los niños cuando se escuchó el primer disparo.

PROFESOR BENITO. Solo espero que la tensión en la escuela se disperse rápido.

(Se escucha un disparo. Todos ven a público. Se hace oscuro).



3.2.2 *Alien*

Juvencio Vargas Suárez

Indicaciones

Este monólogo se presenta a tres voces. Los tres actores se encuentran presentes en el escenario todo el tiempo, la división de diálogos y acciones actorales serán definidos por el criterio del director. La obra se lleva a cabo mayormente en una secundaria pública de un pueblo o ciudad pequeña. El tiempo tendrá intervalos entre el pasado y el presente sin criterio, pues el dramaturgo no es un ser letrado, es solo un ser. Esta historia pudo, o no, ser basada en hechos reales.

Escena única

Hace unos días que nuestro amigo Arnold desapareció de la faz de la tierra junto con toda su familia.

Esto pasó durante la gran tormenta, la más grande que ha habido en años.

Nubes gigantes, granizo y relámpagos cayendo por toda la ciudad.

Un rayo cayó sobre la casa de Arnold.

¡Zaaaz!

El rayo cayó en una varilla que no había sido recortada y la punta sobresalía del techo de su casa.

La familia de Arnold no había tomado la precaución de poner una botella de plástico sobre ella.

El techo quedó chamuscado, los electrónicos inservibles y la familia de Arnold desaparecida.

Pero fue hasta el otro día cuando la lluvia paró, que nos dimos cuenta que no estaban.

Arnold siempre fue muy puntual, pero ese día no llegó a clases.

Fuimos a su casa después de la escuela.

—¡Arnold!

—¡Aarrnnooold!

—¡Aarrnnoooooold!

Silencio.

Tocamos la puerta y después intentamos abrirla.

La puerta no tenía seguro.

Entramos a la casa, todo estaba ordenado, como si no hubiera pasado nada.

Pero toda la casa olía a circuitos quemados.

Buscamos por todas partes.

No había ningún rastro de Arnold o su familia.

Nos acordamos muy bien del día en que llegó Arnold a la escuela.

—Buenos días niños, hoy recibimos a un nuevo alumno.

Dijo la maestra Moni.

—El viene de un lugar muy lejano. Su familia se ha mudado aquí desde Inglaterra.

Nosotros nunca habíamos visto a un extranjero.

Bueno, el Kevin nació en Estados Unidos, pero era igual de prieto que nosotros, entonces no contaba.

—Arnold habla muy bien el español. Preséntate con tus compañeros Arnold.

—Muy buenos días compañeros, mi nombre es Arnold Simons y me da mucho gusto estar aquí. Espero que podamos ser buenos amigos.

—Muy bien Arnold. Pasa a sentarte.

Nuestro grupo era de los más populares de la escuela, por supuesto que el único extranjero de la ciudad nos iba a dar mejor *status*.

—Hey Arnold, siéntate con nosotros.

—Gracias.

—¿De donde vienes?

—De Inglaterra.

—Sí, pero, ¿de qué ciudad?

—Oxford.

—Y ¿Por qué te viniste para acá?

—Mi padre consiguió trabajo aquí.

Eso se nos hizo extraño porque en nuestra ciudad no hay trabajos.

Aquí, solo uno que otro tiene un negocio pequeño.

Una tiendita, una *boutique*, una panadería, estética, ventas por catalogo.

O trabaja en una ciudad más grande y vive aquí porque es más barato.

—¿De qué?

—Es arquitecto.

—¿Qué van a construir?

—Una fábrica.

Eso la verdad que no nos hizo sentido.

Aquí, ni hay agua ni gente para trabajar.

—¿De qué?

—No lo sé. Mi padre no me ha dado esa información.

Siempre hubo algo extraño en Arnold.

Y no lo decimos porque era blanco y mucho más alto que todos nosotros.

Había algo raro en sus ojos.

Una mirada perdida y vacía.

Como si siempre estuviera en otro lugar.

Era como ver un cuerpo sin vida con los ojos abiertos.

Podía permanecer quieto por bastante tiempo.

Y siempre que le hablabas reaccionaba con retraso.

—Arnold

—¡Arnold!

—What? I mean: ¿Qué?

—Que si quieres jugar futbol con nosotros.

—Sí, claro. Pero no soy muy bueno con los deportes.

—No hay problema, puedes ser el portero.

—Sí, está bien.

Creímos que Arnold sería un buen portero.

Era lo suficientemente alto para tocar el travesaño sin saltar.

A parte el fútbol se inventó en Inglaterra.

Asumimos que estaba en su sangre jugar bien.

El delantero se burla a uno, se burla a otro. ¡Está solo, está solo! ¡El portero es único que puede evitar el gol! Un duelo entre dos hombres, el extranjero contra el mexicano, es el momento de la verdad. Veremos si los ingleses traen con queso las quesadillas. Se prepara para tirar y ¡tira! ¡Tira! y...

Un tiro deplorable.

Arnold reacciona medio segundo después con un movimiento mediocre.

Gol.

—¡No mames Arnold!

—Oh crap.

—¡Quítate! Pido ser portero ambulante.

Desde entonces no invitamos al Arnold a jugar en nuestro equipo.

Pero seguimos siendo sus amigos.

Porque era muy interesante hablar con él.

Arnold era una calculadora humana y hablaba cinco idiomas.

Siempre nos gustó explorar los límites de su mente.

—Oye Arnold.

—¡Arnold!

—¿Qué?

—¿Cuanto es mil doscientos menos cuatrocientos cuarenta y seis multiplicado por doce?

—Nueve mil cuarenta y ocho.

—¿Sí?

—Sí, eso sale en la calcu.

—Oye Arnold, ¿Y si eso lo elevamos al cubo?

—Setecientos cuarenta billones, setecientos veintiséis millones, trescientos dieciocho, quinientos noventa y dos.

—¿Sí?

—Sí.

—Oye Arnold. ¿Como se dice “¿Hola nena, te invito a dar una vuelta por la escuela” en francés?

—Salut bébé, je t’invite à faire une tour par l’école.

—Salut bébé, je t’invite à faire une tour par l’école.
(Exageradamente mal pronunciado y dirigiéndose a la única mujer del elenco, ella lo mira con decepción).

—¿Qué otros idiomas hablas?

—Chino, ruso y árabe.

A nosotros nos habían dicho que en Europa las personas hablan varios idiomas.

Los países son pequeños y están cerca.

Es como si en México fueras de un estado a otro.

Después no dimos cuenta que no eran idiomas europeos.

El Arnold hablaba los idiomas de las mayores potencias mundiales.

Una proeza que la gente normal tardaría casi una vida para lograrlo.

—Nosotros hablamos dos.

—¿Qué idioma hablan?

—Español y albures.

—¿Qué es albures?

—Un idioma que se inventó en San Jasmeo

—¿En donde es San Jasmeo?

—Donde venden raspados de anís

—¿Raspados de anís?

—Los cocinan en sartenes.

—No entiendo nada.

—A la larga te acostumbras.

Pero nunca entendió.

Ni nunca le explicamos.

Era divertido verlo confundido.

Solo una vez vimos al papá de Arnold.

Para ese entonces la fábrica ya estaba en construcción.

Era una fabrica de remolques y plataformas para tráiler.

El director lo mandó a llamar porque descubrieron al Arnold:
“haciendo actos indebidos con una compañerita en los baños”.

—Hola Arnold.

—Este es el baño de los hombres.

—Eres muy gracioso.

—¿Qué dije?

—Sabes Arnold, nunca había conocido a un hombre tan guapo e inteligente como tú.

—Gracias.

—Oye Arnold.

—¿Qué?

—¿Alguna vez has besado a una mujer?

—No.

(La actriz se aprovecha de que Arnold es muy lento para reaccionar y lo besa).

—¡A ver, a ver, a ver! ¿Qué está pasando aquí?

Dijo el director de la escuela.

—¡Él me obligó!

Nunca nos imaginamos que Arnold podía tener contacto humano.

El papá de Arnold era un hombre extraño.

Alto, blanco, con los ojos casi cerrados porque la luz del sol lo molestaba.

Jorobado, con lentes y cabello escaso.

Nos miró fijamente y luego subió a su auto.

—Oye Arnold.

—¡Arnold!

—¿Qué?

—Tu papá es muy raro.

—¿Sí?

—Da miedo.

—A veces.

—Y huele feo.

—¿Qué?

—Tú también hueles feo. ¿No tienen agua en su casa?

—Sí tenemos.

La casa de Arnold no tenía nada especial.

De hecho, vivía en una casa pequeña.

Una casa rentada que estaba en obra negra.

Esa casa había alojado a personas que huían.

Una prostituta del Estado de México con sus hijas.

Una familia del Estado de México que corrimos de la ciudad porque se dedicaban a robar.

Una pareja del Estado de México que vendía ropa de paca y discos pirata.

Un señor del Estado de México que buscaba a su esposa y sus hijas.

En fin.

A nosotros no nos hacía sentido que Arnold haya venido desde Inglaterra a vivir en un hoyo con puerta

—Oye Arnold.

—¿Qué?

—¿Por qué vives aquí?

—Es muy barato.

—¿Te gusta vivir aquí?

—No.

—¿Eres pobre?

—Es complicado.

—A nosotros no nos importa si eres pobre.

—Pero no soy.

—Aquí nadie es rico... Tal vez el Kevin, sus tíos le mandan tenis del gabacho, pero solo en Navidad.

—Mi padre quiere ahorrar.

—¿Para qué?

—Regresar a casa.

Nunca nos habíamos puesto a pensar en que nuestra casa podría estar en otro lugar.

Aquí es todo lo que conocemos.

Nuestros abuelos, padres y hermanos.

La iglesia, el centro y la escuela.

Un único puesto de revistas, dos rosticerías y tres cajeros automáticos.

Entonces decidimos que queríamos hacer que Arnold se sintiera en casa.

Pero nosotros no sabíamos nada sobre Inglaterra.

Les preguntamos a nuestras mamás sobre Oxford.

Nos dijeron que era un tono de gris.

Uno muy elegante.

—Oye Arnold.

—¡Arnold!

—¿Qué?

—¿Qué extrañas de Oxford?

—Extraño los museos, los palacios y extraño el arte que estaba presente por toda la ciudad.

No le podíamos dar nada de eso.

En el museo municipal; la principal atracción era un colmillo de mamut.

Las haciendas coloniales son casas muy bonitas, pero no son un palacio.

El arte es solo para burgueses.

Pero nosotros teníamos nuestra forma de expresarnos.

—¿Quieres ser artista?

—No.

—¿No extrañas el arte?

—Sí.

—Nosotros tenemos un club de artistas, puedes entrar si quieres.

—¿Un club?

—Somos GDP.

—¿Qué es GDP?

—Grafiteros Decorando Paredes.

Un plumón de aceite.

Una lata de verde fosforescente de la Comex.

La casa abandonada a las afueras de la ciudad.

—Muy bien Arnold, antes de rayar, primero debes inventar tu firma.

—¿Firma?

—Sí, mi firma es “Ceko”.

—Y la mía es “Kraken”.

—No entiendo.

—Es un seudónimo.

—Tu nombre artístico, por así decirlo.

—Cada grafiti tiene que ir firmado.

—O puedes poner tu firma en una pared para marcar tu territorio.

—¿Marcar mi territorio?

—Sí, para que los otros grupos vean que te atreves a rayar en donde sea y empieces a ganar fama.

Nos costó mucho trabajo convencer a Arnold de que era una buena idea.

Incluso le dimos sugerencias para su firma.

Básicamente todas las palabras que nos sabíamos en inglés.

Fuck, ass, crap.

Scum, nigga, bitch.

Shit, bastard, cunt.

Es importante mencionar que el único maestro de inglés que tuvimos fue el Kevin.

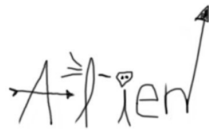
—Ya se cual será mi firma.

—¿Cuál?

—*Alien*.

—¿Por qué *alien*?

—Así es como me siento.



(A Arnold le salía mucho mejor).

A Arnold le gustó *grafitear* paredes.

A diferencia de nosotros, él podía dibujar muy bien.

Hacía maravillas con una lata de aerosol de sesenta pesos.

Como si sus manos fueran una impresora.

Todos los martes después de la escuela comprábamos una lata y buscábamos lugares donde *grafitear*.

—Te has vuelto bueno en esto Arnold.

—Gracias.

—Haces cosas que esta ciudad nunca ha visto.

—Gracias.

—Creemos que te volverás una leyenda.

Arnold realmente estaba ganando fama.

Incluso escuchamos a señoras decir:

—Mire comadre, este dibujo sí está bonito.

—Esto sí es arte, no como los rayones que hacen los otros orangutanes.

—Vandalismo, vandalismo es lo que hacen.

—Habrían de meterlos a todos a la cárcel.

Estábamos tan orgullosos de nuestro Arnold que empezamos a poner su firma por toda la ciudad.

“Alien” se podía leer por doquier.

Solo había otro grupo que hacía grafitis.

Los Leo.

Eran una generación mayor que nosotros.

Una bola de retrasados buenos para nada.

—Hey tú.

—Sí.

—¿Eres el que firma *Alien*?

—Sí.

—¿Quieres saber lo que opino de tus grafitis?

—Sí, claro.

¡*Bam!*

Un golpe en el estómago, dejó sin aire a Arnold.

¡*Bam!*

Otro, le dejó un ojo morado.

¡*Bam!*

Arnold llegó al salón con lágrimas en los ojos.

—¿Qué te pasó?

—Un muchacho me preguntó sobre mis grafitis y después me pegó.

—¿Como era?

—Como de un metro sesenta, moreno y se peinaba con los pelos parados.

¡Maldita sea!

Podía haber sido cualquiera en esta ciudad.

Pero nosotros sabíamos que seguramente había sido alguno de los Leo.

Estábamos enojados.

Todos estábamos enojados.

—Vayamos a partirles su madre.

Dijo el Kevin.

—Sí.

—Sí.

—Sí.

Toda la escuela se había enterado de lo que le habían hecho a Arnold.

Todos estábamos enojados con los Leo.

Pasamos a otros grupos a reclutar guerreros.

Al final del día éramos como cuarenta guerreros dispuestos a recibir una paliza para vengar a Arnold.

—Ustedes se encargarán de tirarles piedras para atraerlos y si pueden descalabrar a uno, mucho mejor. Los más

grandes atacaremos de frente. Y ustedes atacaran a los costados. Ustedes se quedarán pendientes para frenar a los que lleguen después.

—Recuerden, cuidarse unos a otros. El trabajo en equipo es nuestra arma más poderosa.

—Pueden traer palos, pero no cuchillos porque no somos criminales.

—Huevos y harina para humillarlos no estarían de más.

—Bueno guerreros, vayan a sus casas a comer y nos vemos a las cuatro afuera de la prepa.

Todo estaba listo.

Estábamos preparados.

Comimos bien.

Juntamos las piedras.

Nos robamos la harina y los huevos de nuestras casas.

Veinte minutos antes de las cuatro.

Comenzó a llover.

La lluvia no tardó en volverse un tifón.

Rayos cayendo por toda la ciudad.

Era imposible salir de nuestras casas.

Las calles se hicieron ríos.

¡Zaaz!

Árboles destruidos por los rayos.

¡Zaaz!

Un rayo cayó sobre la iglesia.

¡Zaaz!

El reloj marcaba las cuatro en punto cuando dejó de funcionar.

¡Zaaz!

Los salones de la prepa se convirtieron en albergue.

¡Zaaaaaaz!

Un rayo gigante cayó sobre la casa de Arnold.

La luz se fue en toda la ciudad.

La lluvia bajó de intensidad, pero no paró hasta la madrugada.

Una ciudad paralizada y a oscuras.

Al amanecer todo estaba en silencio.

Árboles caídos y charcos que parecían lagunas.

Nuestra escuela tiene un lema.

Las clases solo se suspenden si cae un meteorito o si el Papa visita la ciudad.

Arnold siempre fue muy puntual, pero ese día no llegó a clases.

Fuimos a su casa después de la escuela.

—¡Arnold!

—¡Aarrnnoold!

—¡Aarrnoooooold!

Silencio.

Hace ya tres días que no sabemos nada de Arnold ni de su familia.

Hemos preguntado a nuestros padres y no saben nada.

Fuimos con la policía y no saben nada.

Le preguntamos al dueño de la casa donde rentaba la familia de Arnold y nada.

El presidente municipal organizó brigadas de búsqueda por los alrededores de la ciudad.

Encontramos otro colmillo de mamut.

Ahora nuestro museo tiene dos.

La escuela no ha vuelto a ser lo mismo desde que Arnold ya no está.

Todos los días llegamos con la esperanza de verlo sentado en el salón.

Hasta enfrente, con su mirada perdida.

Tres meses han pasado desde que Arnold y su familia desaparecieron.

Hace poco fue la inauguración de la fábrica que diseñó el padre de Arnold.

Desde entonces ha llegado mucha gente a vivir a la ciudad.

Ningún extranjero.

En su mayoría, gente del Estado de México.

La casa de Arnold ahora es habitada por otra familia.

Sus grafitis son el único recuerdo que tenemos de él.

Incluso investigamos cómo hacer para que duren más tiempo sin borrarse.

Ahora todos firmamos *Alien*.

Porque nos negamos a olvidarlo.



3.2.3 *El godinato*

Servio Tulio Reyes Castillo

Escena 1: el elevador

Personajes:

FEDERICO. Hombre de 40 años vestido con camisa azul claro ensuciada ligeramente con salsa, corbata negra, pantalón de vestir negro, zapatos negros y lentes con marco cuadrado. Casi sin cabello y con ligero cuadro de sobrepeso.

PETRONILA. Mujer de 40 años con camisa blanca completamente limpia, pantalón negro y tacones no muy altos. Cabello negro bien cuidado, maquillada profesionalmente.

CLARA. Hombre de 40 años camisa amarillo claro y pantalón café claro. Cabello bien cuidado y afeitado impecable.

(Elevador principal del edificio de un corporativo. Petronila entra al elevador, pone su piso y las puertas empiezan a cerrarse).

FEDERICO. ¡Paren el elevador! (*Menciona apresuradamente mientras detiene la puerta con su mano*).

PETRONILA. Por poco y te tocan las escaleras. (*Federico entra al elevador y se cierran las puertas*).

FEDERICO. Ya sé, esto de tener el mal del jabalí no es muy bueno.

PETRONILA. ¿Mal del jabalí?

FEDERICO. Sí, el mal del puerco, pero más salvaje.

(Petronila se ríe tranquilamente).

FEDERICO. Gracias, muchas gracias. Si hubiera tenido que usarlas, creo que me habría dado un infarto. Te debo la vida.

PETRONILA. Ahora serás mi esclavo el resto de tu vida. (*Con un tono muy serio*).

FEDERICO. Disculpa, ¿cómo dijiste? (*Haciendo una cara de sorpresa*).

PETRONILA. Escuchaste bien. Tú acabas de decir que me debes la vida, una paga justificada es que el resto de tu existencia *godín*, trabajes para mí. De sol a sol, sin repelar.

FEDERICO. ¿Estás bromeando?

PETRONILA. No. (*Gestos aún más serios*).

FEDERICO. Eso es ilegal, ¿sabes?

PETRONILA. No, porque aún tienes tus prestaciones de ley. (*Federico hace cara de asombro*).

FEDERICO. Creo que aquí bajo.

PETRONILA. Cómo quieras, Federico.

FEDERICO. ¿Cómo sabes mi nombre?

PETRONILA. Soy adivina y leo la mente de los demás. (*Con tono de sarcasmo*).

(*Federico tiene un gafete con su nombre colgando*).

FEDERICO. A ver, ¿dime qué comí ahorita?

PETRONILA. No estás entendiendo, ¿verdad?

FEDERICO. A claro... No quieres que el resto de las personas se enteren. Tu secreto está a salvo conmigo, obviamente si me devuelves mi libertad.

PETRONILA. Yo creo que no.

FEDERICO. En fin, ¿a qué hora me presento con usted mañana?

PETRONILA. Como a las 9, estaría bien.

FEDERICO. A las 9 no puedo, le parece mejor a las 11.

PETRONILA. Recuerdas que me debes tu vida, ¿no? (*Con un tono de indignación*).

FEDERICO. Es que fíjese que ya le debo mi vida a otra persona. Supongo que conoce a Don Agustín, el del cubículo A-1376.

PETRONILA. Yo soy la jefa de Don Agustín, ahora tu me perteneces sin repelar.

FEDERICO. ¿Usted es la jefita de Don Agustín? Mucho gusto en conocerla, yo me la imaginaba de una edad mayor. Digo Don Agustín ya anda en los sesenta y usted se ve enterita.

(*Petronila con un gesto de que se quería morir*).

FEDERICO. Déjeme hacerle una pregunta aquí entre cuates. ¿Qué se siente que a cada rato le envíen saludos?

PETRONILA. ¿Qué?

FEDERICO. Pues a cada rato les dicen a Don Agustín: ¡Me saludas a tu madre! O también que chin...

PETRONILA. ¡Federico!

FEDERICO. Obviamente yo no lo digo. Mi vida depende de Don Agustín, Rebequita, Eleonor, Don Pepe y ahora de usted.

PETRONILA. Tú me debes de tratar con más respeto.

FEDERICO. Pues si usted lo dice, ¿entonces a qué hora la veo?

PETRONILA. Ya olvídalo, quieres.

FEDERICO. Cómo cree. Si yo no olvido nadita.

PETRONILA. Se te cree tanto. Sobre todo, porque no le picaste al piso que ibas.

FEDERICO. Es que me entretuve con usted, y aprovechando (*empieza hablar muy rápido sin respirar*). ¿Cómo le hará para aumentar la productividad de la venta de camisetas a nivel global considerando la actual demanda de los consumidores sin dejar de lado el ambiente económico tan volátil que actualmente existe?

(Petronila se le queda viendo con el ojo cuadrado).

FEDERICO. Vi que salió en la revista *Forbes*, además como es de compañía le presté más atención. Yo no soy adivino, pero leo mucho.

PETRONILA. Eres un ser peculiar.

FEDERICO. No tanto como usted evidentemente.

PETRONILA. Solo por eso no me debes nada de tu vida.

FEDERICO. Gracias, de verdad gracias.

PETRONILA. Creo que este es tu piso.

(Sonando el timbre del elevador, se abren las puertas y Federico sale del elevador).

PETRONILA. Federico, me haces un favor. *(Parando las puertas del elevador)*. FEDERICO. El que quiera.

PETRONILA. Ya no andes dando tu vida a cualquiera.

FEDERICO. Podría ser, pero de otra forma no habría terminado siendo el director ejecutivo de la compañía. Nos vemos después Pety.

(Federico no voltea y Petronila se queda con una cara de incógnita. Se cierran las puertas del elevador).

(Oscuro).

Escena 2: conflicto en la comida

(Comedor principal del corporativo. Petronila se sienta en la primera mesa que encuentra en la cafetería de su empresa, ya que se encuentra en la hora de comida del corporativo).

PETRONILA. Caramba la comida cuesta cada vez más, y sigue sin saber rico. A la próxima me prepararé algo yo misma. *(Mientras ve el recibo de la comida corrida que pidió).*

(Llega Clara por el lado izquierdo de Petronila).

CLARA: Desde que nos conocemos siempre has dicho lo mismo y sigues sin traer tu propia comida.

PETRONILA. Pues qué te digo, siempre estoy ocupada.

CLARA: Sí como no, si eres la que más tarde llega y más temprano se va. Sin considerar todo el tiempo que te tomas en la comida.

(Clara canta un fragmento de “Talento de televisión” de Willie Colon. Mientras se sienta con todos los túpers de su comida).

PETRONILA. ¿Qué cantas?

CLARA: Nada, aunque quizás podría describirte. *(Alargando su expresión mostrando su sarcasmo).*

PETRONILA. No sé cómo sigo comiendo, contigo.

CLARA: Ay amiguis, si la razón es bien fácil. Es que estás más sola que una serpiente en el desierto.

PETRONILA. ¡Clara!

CLARA: Yo solo digo, lo que veo. Si no te gusta lo que digo te puedes ir de la mesa.

PETRONILA. Quizás, pero solo quizás tengas un poco de razón.

(Clara la ve fijamente).

PETRONILA. Bueno, quizás estés en toda la razón.

(Suena en el altavoz: “Orden 68”).

PETRONILA. Esa es la mía. Déjame ir por ella.

(Petronila se va por su orden. Mientras ella no está, llega Federico).

FEDERICO. Clara, ¿qué tal te va?

CLARA: Pues ya ves, aquí disfrutando de la vida. ¿Tú, Fedex?

FEDERICO. Igual, paseándome a ver que cosa entretenida me sucede.

CLARA: ¿Te quieres sentar?

FEDERICO. Claro.

(Federico hace caso y se sienta junto a Clara).

CLARA: Recuerda que me tienes que contar, la broma que me dijiste que hiciste el otro día en el elevador.

(Petronila regresa con su torta ahogada).

PETRONILA. ¿Broma? ¡Maldito desgraciado! *(Indignada se da la vuelta y se marcha Petronila).*

CLARA: Creo que se molestó un poco. Tranquilo, no hay otra mesa libre, va a regresar. Solo dale tiempo.

(Tras unos instantes Petronila regresa y se sienta).

PETRONILA. No había otra mesa libre. La verdad, te seré sincera no me gustó nada cómo me trataste el otro día. *(Con un tono de bastante indignación).*

FEDERICO. Es entendible, pero también era necesario.

PETRONILA. ¿Cómo? No entendí muy bien, eso último.

FEDERICO. Tus colegas dicen que últimamente los tratas como lo ves. Y si bien eres excelente en lo que haces. Pues no les agrada el ambiente que generas.

PETRONILA. Lo tomaré en consideración, aunque no esperes que cambie mucho mi persona, digo así llegué hasta ese puesto. *(Con tono de indiferencia)*.

FEDERICO. Eso me queda muy claro, ¿o no Clara?

CLARA: Absolutamente, yo digo que mejor la corras. Es más efectivo así.

PETRONILA. Si esos son mis amigos, para qué quiero enemigos. *(Viendo enojada a Clara)*.

FEDERICO. Pues todavía no te corro, y eso que ni si quisieras me saludas tan amigablemente después de tantos años sin vernos.

PETRONILA. Pero a ti ni te conozco personalmente.

CLARA: Ves. Te digo que ya no estima ni se acuerda de nadie. El es el mítico Fedex, solo que con algunos kilos de más y muchos pelos de menos.

(Federico lo ve con cara seria).

PETRONILA. ¡Lo siento mucho, ya ni te reconocía! *(Con gesto de sorpresa y alegría, casi tirando todo lo de la mesa)*.

FEDERICO. Ya sé, no son lo mismo los tres mosqueteros 30 años después.

PETRONILA. Vaya. Ha pasado mucho tiempo desde que hablamos, pareciera toda una vida.

FEDERICO. Pues tu fuiste la que se desapareció, yo sigo hablando con

nuestros amigos y compañeros de la escuela.

CLARA: Creo que solo tú no hablas con nosotros, para eso existen las maravillosas redes sociales, ya no necesitamos señales de humo para hablar.

(Señalándola con el tenedor y Federico se ríe. Petronila hace cara de disgusto, para después retomar la plática con Federico).

PETRONILA. ¿Y cómo es que llegaste aquí?

FEDERICO. Con la fusión de mi antigua empresa con la suya, decidieron que sería buena opción que fuera el director mientras se hacía todo el papeleo.

PETRONILA. Pero eso ya lleva años, ¿no?

CLARA: Así es mija. La buena noticia es que finalmente todo el relajo legal finalmente se resolvió.

FEDERICO. Yo ya no tendré que seguir así y finalmente podré poner mi florería.

(Lo menciona estirándose y de una forma muy relajada).

PETRONILA. Aprovechando que estamos en este chisme, cuéntame, ¿quién será el digno que ocupe tu puesto? *(Bajando su tono de voz, pero sin dejar de comer su torta).*

FEDERICO. Aquí mis ojos. *(Responde tranquilamente y volteando a ver a Clara).*

PETRONILA. ¿Clara? *(Subiendo el tono de voz).*

CLARA: ¿Ahora qué hice?

PETRONILA. ¿Saben qué? Ya no los soporto. Me voy. Son una bola de hipócritas.

(Petronila se va de la mesa enojada, llevándose su torta. Federico y Clara ven como Petronila se va del comedor).

CLARA: Por eso siempre me agradaste, la molestabas como ninguno. ¿Cuánto tiempo le damos antes que se dé cuenta que era puro choro?

(Federico se ríe momentáneamente y después se pone serio).

FEDERICO. Fuera de broma. Muy posiblemente tú seas el nuevo director.

(Clara se le queda viendo con el ojo cuadrado y se le cae parte de la carne molida que se estaba llevando a la boca en su tenedor).

FEDERICO. Pensé que ya estabas acostumbrado al hecho que aquí, las apariencias suelen engañar a todos y eso es lo divertido del godinato. *(Levantándose de su silla).* Buen provecho y nos vemos por ahí.

(Clara se le queda viendo sin entender lo que sucedía. Oscuro).



3.3 Posgrado, egresados, profesores y empleados en general

3.3.1 Caperucitas

Mónica Viridiana Perea Rosas

Personajes

CAPERUCITA ÁMBAR

CAPERUCITA CELESTE

CAPERUCITA ROJA

ABUELA

LOBO (*voz entre los árboles del bosque*)

Escena 1: mientras el lobo no está

ABUELA. Esta es la historia de las caperucitas. Las que a diario salen de sus casas con miedo, sin saber si volverán.

(Cada Caperucita trae consigo una canasta. Se toman de las manos y hacen un círculo. Cantan).

CAPERUCITAS. Jugaremos en el bosque mientras el lobo no está. Porque si el lobo aparece, a todas nos comerá. Lobo, ¿estás ahí?

LOBO. Está prohibido.

(Las tres hermanas se miran).

ROJA. Ya es tarde y la abuela debe estar preocupada.

ÁMBAR. Y hambrienta.

CELESTE. Deberíamos tomar el atajo que les digo.

ÁMBAR. ¿Y quién nos va a cuidar del lobo?

CELESTE. ¿Cómo que quién?

ROJA. Mamá siempre nos lo dice.

CELESTE. Tú te tienes que cuidar sola.

ROJA. Faldas largas.

CELESTE. Debajo de las rodillas.

ROJA. Y la caperuza bien puesta.

CELESTE. Bien cerrada.

ROJA. No hables con desconocidos.

CELESTE. Sigue siempre la vereda.

ROJA. No te salgas del camino.

CELESTE. No abras las piernas.

ROJA. No provoques a los hombres.

CELESTE. Mucho menos les sonrías.

ROJA. Ni siquiera los voltees a ver.

CELESTE. Y no te quites la caperuza.

ROJA. Pero nada puede pasarnos si estamos juntas.

ÁMBAR. No quiero que me coma el lobo.

ROJA. No te preocupes, aún somos unas niñas.

CELESTE. *(Aúlla imitando a un lobo)*. A los lobos no nos gustan las güeras esqueléticas. Nos gusta la carne de cañón *(molestando a Roja)*.

ROJA. Pero a mí no me gustan los lobos.

CELESTE. ¡A mí sí me gustan! Yo quisiera ser un lobo, uno con alas: sorteando todos los peligros del bosque, asechar sigilosa a mis presas para luego volar y clavarles los colmillos en su carne suavcita.

ÁMBAR. ¡Ya, Celeste!

CELESTE. Uy, tranquila, ni aguantas nada.

ROJA. Tranquilas las dos. Vamos jugar una última rueda y ya.

ÁMBAR. Pero y si...

CELESTE. No nos va a pasar nada, estamos las tres juntas.

ROJA. Nada puede pasarnos si estamos juntas y con las caperuzas bien puestas.

(Roja besa a Ámbar en la mejilla. Celeste mira a Ámbar y termina dándole un abrazo. Regresan al juego).

ROJA. Juntas no puede pasarnos nada.

CELESTE. Nos iremos por el camino de siempre, ¿contenta?

(Ámbar asiente).

CAPERUCITAS. Jugaremos en el bosque mientras el lobo no está porque si el lobo aparece a todas nos comerá. Lobo, ¿estás ahí?

CELESTE. ¡Cuidado con el lobo!

(Las niñas gritan, se asustan y se separan, dejando atrás a Ámbar. Ella se queda sola).

ÁMBAR. ¡Hermanas! ¡Celeste! ¡Roja! ¡Niñas! ¡Espérenme! No quiero que me coma el lobo.

(Celeste, escondida, aúlla como lobo. Ámbar corre asustada y avienta la canasta, se suelta a llorar).

CELESTE. Tienes que aprender a correr más rápido, Ámbar.

ÁMBAR. Eres una tonta.

CELESTE. Ya vamos tarde. Deja de llorar y mueve esa caperuza.

ROJA. La abuela debe estar hambrienta, se nos fue el tiempo jugando. Vamos, Ámbar.

ÁMBAR. Yo no quiero ir con Celeste.

ROJA. Tenemos que ir las tres juntas. Recuérdalo: juntas.

CELESTE. Ya deja a esa chillona y cobarde. No quiero tener qué estarla cuidando a cada...

(Aullido del lobo. Ámbar deja de llorar, mira a Celeste. Las tres se miran. Se toman de las manos, salen corriendo y acomodándose las caperuzas).

Escena 2: escoba rota

ABUELA. Pero ahí están mis niñas. ¿Qué me trajeron el día de hoy?

CELESTE. Ayer horneamos pan con mamá.

ROJA. También hicimos mermelada.

ÁMBAR. Abuela, escuchamos al lobo esta mañana antes de venir y me dio mucho miedo. Estaba muy cerca.

CELESTE. Ash, es porque Ámbar es una niña llorona y miedosa.

ROJA. Se supone que íbamos a guardar el secreto. No tenemos por qué preocupar a la abuela, debemos cuidarnos entre nosotras.

ÁMBAR. Cuidarnos, no estarnos asustando.

ABUELA. Ya les dije que es peligroso que jueguen solas. El bosque guarda muchos peligros. ¿Se vinieron siguiendo el camino?

ÁMBAR. Sí abuela, pero Celeste quería explorar por el bosque.

CELESTE. Es que estoy segura de que hay un atajo. Quisiera poder volar como un pájaro para guiar a mis hermanas por el atajo y avisarles de cualquier peligro.

ABUELA. Los atajos, mis caperucitas, pueden llevarnos más rápido hacia algunos lugares. Pero también nos pueden perder en ellos o dejarnos atrapadas para siempre. Tengan cuidado, no se salgan del camino.

ROJA. ¿Cómo sabes eso, abuela?

CELESTE. ¿Alguna vez te saliste del camino?

ABUELA. No por nada llegué a esta edad. Háganme caso, no quieran preocupar a esta pobre vieja. ¿Dónde quedó tu canasta, Ámbar?

ROJA. Se nos perdió por estar jugando.

CELESTE. “Se nos perdió”. Se le perdió a Ámbar por miedosa.

ROJA. La dejó mientras jugábamos.

ÁMBAR. Me dio miedo regresarme sola a buscarla.

ABUELA. Ámbar, no te preocupes. Estás a salvo y eso es lo que importa. Pidan a su madre una ración más generosa para mañana.

ROJA. Prometemos traerte más, abuela.

ÁMBAR. No quiero que mueras de hambre por mi culpa.

ABUELA. Tranquila, pequeña. Ahora preocúpate por explicárselo a tu madre. Y no querrán hacerla enojar, así que mejor váyanse antes de que oscurezca.

CELESTE. ¿Hoy no habrá cuento?

ABUELA. Ya es algo tarde y no quiero que preocupen también a su madre.

ÁMBAR. Abuela, no quiero que el lobo me coma. Me quiero quedar contigo a que me cuentes historias y ya no salir de tu cabaña nunca.

ABUELA. Pero entonces no verías más a tu madre. Hay cosas que debes conocer afuera y debes aprender a defenderte. Anda, ve con tus hermanas y no te apartes del camino.

CELESTE. Un cuento rápido, abuela.

ROJA. Sí, uno cortito.

ABUELA. Antes, prométeme que mañana vas a ser más valiente. No puedo comer solo pan con mermelada por siempre.

ÁMBAR. Lo prometo, abuela.

ABUELA. ¿Y ustedes prometen cuidar de su hermana?

ROJA Y CELESTE. Lo prometemos, abuela.

ABUELA. Cuento de la escoba rota. Alguna vez también tuve su edad y quise conocer el mundo.

CELESTE. Eso debió ser hace mucho tiempo.

ROJA. ¡Celeste!

ABUELA. Así fue, mi pequeña. Y como tú, intenté volar lejos de los peligros del bosque, pero no tuve tiempo de aprender a usar mis alas.

ÁMBAR. ¿El lobo te las quitó?

ABUELA. Para tener alas, es fundamental saber usarlas y nunca fueron tan fuertes.

ROJA. ¿Entonces nunca volaste?

ABUELA. Construí, entonces, una escoba que se elevaba alto en el cielo, pero el lobo la rompió para retenerme antes de que pudiera usarla. Luego le prendió fuego.

ÁMBAR. ¿Y nadie te defendió?

ABUELA. También tenía hermanas tan hermosas como ustedes y no todas corrieron con la misma suerte que yo. Todo lo que hacemos tiene consecuencias. Yo sobreviví. Por eso deben estar juntas. Pero basta de cuentos, ahora denle un beso de despedida a su abuela y mañana lleguen más temprano.

ÁMBAR. Como que no le entendí a este cuento.

CELESTE. Es porque no estás poniendo atención.

ABUELA. No peleen, mis niñas. Nosotras debemos estar siempre juntas. No lo olviden.

ROJA. Sí, abuela, juntas.

ABUELA. Ahora, tomen sus cosas y apresuren el paso antes de que anochezca.

(Roja besa a su abuela).

CELESTE. Yo jamás voy a dejar que un lobo me impida volar, abuela. Nos vemos mañana.

(Celeste besa a su abuela).

ABUELA. Ámbar, cumple mañana tu promesa. Cuídense entre ustedes y sé valiente.

ÁMBAR. Sí, abuela. Seré valiente.

(Ámbar besa a la abuela. Las niñas salen).

Escena 3: luna de sangre

ABUELA. Cuento de la luna de sangre.

CAPERUCITAS. Jugaremos en el bosque, mientras el lobo no está. Porque si el lobo aparece a todas nos comerá. Lobo, ¿estás ahí?

ÁMBAR. Solo somos unas niñas.

CELESTE. Nada puede pasarnos. *(Ámbar y Celeste salen. Roja se queda sola).*

ROJA. Lobo, ¿estás ahí? ¿Lobo? ¿Eres tú? Sin salirse del camino, sin salirse del camino. El lobo llega. ¿Estoy perdida? Es de noche, yo estoy dormida, por eso no lo escucho. Mamá me advirtió sobre la luna que llega. Es roja y la tengo entre las piernas. Me duele aquí. Mientras me quita la caperuza, el lobo dice:

LOBO. Ya eres una mujer.

ROJA. ¿Ya no soy una niña? Quiero recuperar mi caperuza, me la hizo mi abuela.

Todo pasa tan rápido. La noche se detiene en la luna roja. Él se detiene entre mis piernas, me toca la luna. Sonríe. Tengo miedo.

LOBO. Si dices algo, a tus hermanas también les puede doler.

ROJA. No, a ellas no.

LOBO. Sé una buena niña y guarda silencio.

ROJA. Ya no soy una niña.

LOBO. ¡Shhh!

ROJA. Quiero llorar, pero es la luna la que me solloza entre las piernas.

LOBO. Este será nuestro secreto.

ROJA. La luna se llena de aullidos lastimeros cada noche, pero yo me vacío en llanto silencioso. A ellas no, a ellas no. Trato de callar, pero estoy segura de que se me nota en la cara. Se me nota entre las piernas. Se nota unos meses después. Ya no se puede ocultar.

(Ámbar y Celeste entran con un lobo bebé).

ÁMBAR Y CELESTE. ¡Ahí viene el lobo!

(Nace el lobito bebé del vientre de Roja. Ella juega con su lobito, es suyo y lo ama. Cuando el lobito llora, Roja se lo da a Celeste. Celeste lo calma y juega con él, hasta que llora de nuevo y se lo da a Ámbar. Ámbar también juega con él y se lo regresa a Roja cuando vuelve a llorar. Las tres siguen jugando con el lobito bebé y lo van cambiando de manos cuando llora. El

llanto llega cada vez más rápido hasta que Ámbar y Celeste desaparecen. Roja vuelve a quedarse sola con el lobito bebé llorando entre sus brazos. Tiene las manos llenas de sangre).

ROJA. Como mi madre, me perdí en el bosque.

ABUELA. Y eso pasó después de que a Caperucita Roja se la comiera el lobo.

Escena 4: bilis amarilla

ABUELA. Cuento de la Bilis amarilla.

CAPERUCITAS. Jugaremos en el bosque, mientras el lobo no está. Porque si el lobo aparece a todas nos comerá. Lobo, ¿estás ahí?

(Ámbar se mira en un espejo).

ÁMBAR. Lobo, ¿estás ahí? Lobo, ¿estás ahí? Una pesadilla. Solo una pesadilla. Despierto.

CELESTE. Sola.

ÁMBAR. A diario.

ROJA. Muy pálida.

ÁMBAR. El maquillaje lo arregla todo. Cara limpia, no quiero poros tapados. Prebase transparente, la jornada es larga, que me dure todo el día. Base, sin manchas ni imperfecciones. Corregir e iluminar, soy una artista todas las mañanas. Con mi paleta de brochas, le doy luz a mi cara y difumino los cachetes.

CELESTE. Gorda.

ÁMBAR. Una faja por debajo de la ropa y tacones para estilizar la figura.

ROJA. Gorda.

ÁMBAR. Desayuno ligero. No tengo hambre, muchas gracias. No puedo salir a comer, tengo mucho por hacer. Las manzanas están envenenadas. La comida es para la abuela. Al lobo no les gustan gordas.

ROJA Y CELESTE. Gorda.

ÁMBAR. A los lobos les gustan los huesos, que no me coma, que no me coma, que no puedo comer, no tengo hambre, pero mi apetito es feroz. La noche me da más miedo que el lobo.

(El lobo aúlla).

CELESTE. Noche.

ROJA. Soledad.

ÁMBAR. Hambre insaciable. Llego con la abuela y me la como, luego acabo con su comida, después con mis hermanas. Entra un lobo y lo devoro. Veo a otro buscando a su compañero y también lo engullo. Pruebo a todos los lobos del camino, muerdo el bosque a cada paso. Ahí viene mamá. Maquillaje. En los cuentos de la abuela el espejo es mágico y a cada brochazo me parezco más a ellas. Que nadie lo note. Me duele, me paso un bocado con mi llanto, bebo mi silencio y, entonces, me atraganto con mi soledad. Otra vez me duele el estómago. No me cabe más. Todo se revuelve. De mi boca sale una bilis amarilla. Uno, dos, tres kilos menos. Agua, por favor, que ardo por dentro. Más bilis amarilla y una vez que estuvo toda afuera, un ataque al corazón.

ABUELA. Caperucita Ámbar murió antes de llegar a padecer cáncer de esófago. ¿Quién es el verdadero lobo de esta historia?

Escena 5: príncipe azul

ABUELA. Cuento del príncipe azul.

CAPERUCITAS. Jugaremos en el bosque, mientras el lobo no está. Porque si el lobo aparece a todos nos comerá.

CELESTE. Lobo, ¿estás ahí? ¿Quién se esconde? ¡Sal, cobarde, no te tengo miedo! ¿Quién puede temerle al lobo? Me estoy hice unas alas de pájaro para volar lejos de ti, las escondo debajo de la caperuza que me hizo la abuela. ¿Abuela?

LOBO. Hija, pasa.

CELESTE. Abuela, pero qué rara estás hoy.

LOBO. ¡Qué va! Soy un viejo lobo, una pobre vieja.

CELESTE. Pero qué ojos tan más grandes tienes.

LOBO. Son para verte mejor, hija.

CELESTE. Y tus orejas, qué grandes son.

LOBO. Es que a los viejos nos siguen creciendo las orejas de grandes para poder escuchar al pájaro azul de la felicidad, mi niña.

CELESTE. Qué nariz tan más enorme, abuela.

LOBO. Es para olerte mejor, hasta acá me llega tu fresco olor de libertad. CELESTE. Pero qué manos tan grandes tienes.

LOBO. Son para tocarte mejor. Acércate para sentirte. ¿No te gusta?

CELESTE. Me tocas igual que los sapos.

LOBO. ¿Pero qué dices?

CELESTE. Los sapos del estanque. Los vi cuando volaba por el bosque. Bajé a tomar agua junto a ellos y me tocaron de la misma manera que lo haces tú ahora.

LOBO. ¿Y te gustó que te tocaran de esa manera?

CELESTE. Creo que sí. Pero ellos son muy feos. ¿Cuántos sapos hay que besar antes del príncipe?

LOBO. No me has preguntado por mi boca grande.

CELESTE. ¿Es para besar a más sapos?

LOBO. Es porque no debes besar a sapos, sino a los lobos para encontrar a tu príncipe azul.

CELESTE. El lobo y yo nos besamos. Cierro los ojos para imaginar que es un príncipe. Vuelo. Abro los ojos y él sigue en el piso siendo el mismo lobo. ¿Y cuándo te conviertes en príncipe?

LOBO. Para hacerlo necesito unas alas.

CELESTE. Yo solo tengo estas.

LOBO. Lo sé, la vida es tan injusta con nosotros los lobos por no darnos alas. Tú me amas, ¿verdad?

CELESTE. No lo sé.

LOBO. Es decir, si fuera un príncipe, lo harías, ¿no es cierto?

CELESTE. He buscado un príncipe toda mi vida.

LOBO. Si me prestas tus alas podré convertirme en ese que siempre deseaste.

CELESTE. ¿En verdad? Pero qué aspiraciones tan grandes tienes.

LOBO. Son para tratarte mejor.

CELESTE. El lobo me corta las alas. Duele. Mi sangre azul se derrama sobre mis plumas y mancha mi caperuza. Jamás se convirtió en príncipe. Nunca encontré uno. Tampoco encontré la felicidad, ni dentro ni fuera; con alas y sin ellas.

ABUELA. Caperucita Celeste tuvo un único lobo. Los demás han sido solo sombras del primero.

Escena 6: coro de consignas sobre un destino encantado

ABUELA. Traté de protegerlas con las caperuzas, pero su destino estaba escrito. Como el de mi hija, como el mío. Eran tres niñas.

ROJA. Ahora somos tres mujeres.

CELESTE. Pero somos muchas más.

ÁMBAR. Con una sola voz.

CELESTE. Y un solo ojo.

ABUELA. Teman a la unión de las voces en una.

CAPERUCITAS. Mujer.

ABUELA. La vista en una sola dirección.

CAPERUCITAS. Femenina.

ABUELA. La vida de mi hija le perteneció al lobo, siempre fue la causa de su dolor.

Una desaparecida más.

CELESTE. Hermanas sin temor al lobo.

ABUELA. Ya no más.

ROJA. Somos muchas voces anónimas.

ÁMBAR. Atragantadas por el silencio.

ROJA. Hermanas.

ÁMBAR. Hijas.

ROJA. Madres.

ABUELA. Abuelas.

CELESTE. Caperucitas.

ABUELA. Ni todas las caperuzas hubieran sido suficientes. Para que el final sea feliz, las caperucitas deben acabar con todos los lobos del bosque.

(Las tres caperucitas se miran. Ya no son unas niñas, se toman de las manos como al principio. Van por la abuela y la toman de las manos. Cantan todas juntas).

CAPERUCITAS. Quien te ama no ata, tampoco maltrata. Quien te ama no te mata, te impulsa para volar. Más amor, menos agresión. Hermanas, ¿dónde están?



3.3.2 Historias de ¿amor?

René Maximiliano Reyes García

(La obra se desarrolla en 2 tiempos, la luz amarilla marca la actualidad; mientras que la luz azul marca los recuerdos de los personajes. El narrador es un personaje místico, vestirá de negro y con una capucha que le cubra toda la cara, también puede solucionarse con una máscara).

NARRADOR. El ser humano es, en definitiva, la criatura más maravillosa y más terrible que ha existido. Siempre viviendo a gran velocidad, sin detenerse a reflexionar, acompañado de eso que llaman “sentimientos”. Sin duda alguna el sentimiento más trillado y tal vez más sobrevaluado es el amor. Ese sentimiento que todos alguna vez han sentido. Grandes artistas han dedicado obras enteras a él, guerras terribles se han peleado en su nombre. El amor en una pareja tiene muchas caras. La forma de entender y vivir el amor es muy distinta entre hombres y mujeres. Incluso entre personas del mismo género se encuentran muchas diferencias en el significado de este. Conozcamos a algunas personas que nos evidenciarán esto.

Mario (*aparece Mario en escena*) un actor en ascenso, que, evidentemente, es muy pasional. Su edad: 27 años.

Fernanda (*entra Fernanda*) secretaria de 26 años que trabaja más de 10 horas al día en un pésimo ambiente de oficina burocrática.

Renato (*aparece Renato*) de 25 años, es el futuro heredero de la compañía millonaria de su padre, evidentemente mimado y con tendencia a alcoholismo.

Santiago (*entra Santiago*) joven emprendedor con un negocio propio. A sus 28 años ha logrado establecerse como una de las jóvenes promesas del país.

Dinora (*aparece Dinora*) directora de mercadotecnia de una empresa líder en su ramo. Aunque disfruta su trabajo se siente bastante presionada por sus responsabilidades. Edad: 27 años.

Micaela (*entra Micaela*): ama de casa de 24 años, vive su realidad a cada momento y trata de aceptarla tal cual es.

MARIO. El amor debe estar basado plenamente en la confianza. La confianza es fundamental para que una relación funcione adecuadamente, siempre se debe buscar un común acuerdo entre los dos. Desde mi punto de vista, no es justo que una persona sea quien lleve las riendas de la relación. En mi caso, que llevo tres años de noviazgo con Laura, buscamos siempre estar en constante comunicación para poder tomar las mejores decisiones, por supuesto que ella tiene toda mi confianza. Hace un par de semanas ella salió de fin de semana con unos amigos, entre los cuales, iba su exnovio. Yo nunca me sentí celoso ni nada por el estilo. Laura me dijo que no pasó nada con él y claro que yo le creí porque no tengo ningún motivo para desconfiar de ella.

FERNANDA. ¿Salir con otros hombres? Eso no está bien. El amor debe ser fidelidad e inocencia. Yo creo que tanto hombres como mujeres deben llegar castos al matrimonio. Solo de esa manera estarán seguros de que se aman, porque si es así sabrán esperar todo el tiempo que sea necesario. Las relaciones no deben estar basadas en sexo. Por ejemplo, yo llevo un año con mi novio Javier y nunca hemos hablado del tema. Nos tomó un buen tiempo darnos nuestro primer beso. El amor debe ser muy puro.

RENATO. Yo no estoy de acuerdo. El amor es fidelidad, pero eso no significa que no te puedas divertir con tu pareja. Simplemente debes de dar todo por ella, ella tiene que ser la única persona en tus ojos. Que cuando no estén juntos, estés pensando en ella. Que se convierta en tu alimento y tu aire. Yo, con Claudia, encontré lo que siempre busqué. Mi vida gira alrededor de ella, de eso se trata el amor, de encontrar

a esa persona especial y llegar a la máxima comunión con ella, tanto física como emocionalmente.

SANTIAGO. ¡Qué cursis son! El amor no es nada de eso. De hecho, el amor está sobrevaluado, lo que realmente importa es el control que tienes sobre tu pareja, sobre todo con las mujeres. Debes hacerles entender que tú eres quien tiene la última palabra, que solo pueden hacer lo que tú les permitas. Eso lo sabe perfectamente mi novia, ella no puede voltear a ver a nadie más, no puede hablar con ningún otro hombre si no estoy yo presente, incluso, no puede salir de casa si yo no lo autorizo y sé a dónde va. Sabe que si lo hace se atiene a las consecuencias. Eso es lo más parecido que puede haber al amor.

DINORA. ¡No seas machista! El amor sí existe, de hecho, yo creo que el amor ya tiene escrito el destino de cada uno de nosotros. Aunque a veces tenemos que superar algunos obstáculos para encontrar a esa persona que se convierte en el amor de tu vida y a quien vas a amar para siempre. Algunos la encuentran hasta el día de su muerte y otras a muy temprana edad.

MICAELA. sí, hay personas afortunadas que conocen al amor de su vida desde que son unos niños y tienen la fortuna de convivir todo el tiempo con esa persona. A veces, el amor llega en el momento que menos te lo esperas, pero cuando llega te das cuenta que no puedes luchar contra él. Lo único que puedes hacer es aceptarlo y ser feliz. No hay bendición más grande en este mundo. Sé que suena cursi, pero en mí tienen una prueba del amor real.

NARRADOR. (*Entrando al centro*). Todo ser humano va cambiando con el tiempo, y cada persona tiene una máscara que oculta una realidad. Algunas historias terribles se esconden detrás de una de estas caras. (*Mutis*).

MARIO. Hace 5 años, cuando yo tenía 22, conocí a una mujer. Fue una de esas ocasiones extrañas en las que yo estaba sentimental. Fui al

teatro a ver una puesta en escena de un amigo director. Me senté en la quinta fila, como lo hago siempre; antes de empezar la función vi a esta mujer, 8 butacas a la derecha y 2 filas más atrás. La obra no tenía tanta fuerza, pero por alguna razón empezaron a salir lágrimas de mis ojos. Por casualidad me di cuenta que ella también lloraba, pero no creo en eso del destino ni nada de esas porquerías. Sus ojos, aunque llenos de lágrimas llamaron mucho mi atención y vi en ellos una luz. Al terminar la función fui a felicitar a mi amigo y después salí del teatro. *(Lucy entra a escena y camina al centro del escenario. La luz cambia a azul que significa recuerdos)*. Afuera la volví a ver, estaba sola, como esperando a alguien, caminé hacia ella sin razón alguna.

LUCY. Hola, te vi adentro, esperaba que salieras.

MARIO. Sí, yo también te vi, llorabas.

LUCY. Al igual que tú.

MARIO. *(Incómodo)*. Sí, no sé porque hoy estoy sentimental y la verdad es que la obra me llegó, tal vez fue por la música o el hecho de que la obra tuviera ese toque de romanticismo...

LUCY. No tienes que darme explicaciones. Recuerda, yo también lloraba y no creo que los hombres tengan que demostrar fuerza y por eso no lloren, al contrario, creo que los que lo hacen son más valientes y fuertes. Las personas que no ocultan sus sentimientos hacia los demás son muy valiosas porque no tienen nada que ocultar.

MARIO. *(Al público y personajes reales, luz amarilla)*. Por supuesto que aquel día no era normal en mi vida, yo no solía ser sentimental ni nada por el estilo, y por supuesto que no dejaba que los sentimientos guiaran mi existencia. Yo era una persona que calculaba todo, no soportaba tener algo fuera de control. Cualquier persona, después de un rato, me hartaba, terminaba desesperándome. No podía convivir con nadie. Con ella fue diferente, pasó un mes y yo no podía dejar pensar en ella,

la buscaba por las calles, en teatros, en plazas. Tenía la esperanza de que, en alguna función mía, ella me viera y platicara conmigo, nunca pasó. Después de ese mes, cierto día, yo iba caminando por un parque cerca de mi casa y la vi, me acerqué a ella.

MARIO. (*Entra luz azul*). Tenía tiempo sin verte.

LUCY. Yo te he visto mucho, en tus obras, casi siempre voy, me siento atrás, dónde no me veas, salgo antes de que termine la función y regreso al día siguiente.

MARIO. ¿Por qué? Te he buscado tanto durante este mes.

LUCY. Porque tú eres un sueño, y yo siento que no encajaría en ese sueño, yo no podría llenar las expectativas de una persona como tú.

MARIO. No he podido sacarte de mi mente, te necesito, no sé por qué, solo sé que te necesito como nunca he necesitado a nadie.

DINORA. (*Entra luz amarilla*). ¡Típico en lo hombres!

MICAELA. Seguro ella te creyó, ¿qué pasó después?

MARIO. Viví los 7 meses más hermosos de mi vida, fuimos felices, nos entregamos el uno al otro, a excepción de las salidas que ella hacía por su trabajo. En las cuales yo no podía más que sentirme en absoluta soledad. Odiaba darme cuenta de que amaba y necesitaba a esa mujer. Cada vez que regresaba de sus viajes, yo la notaba distante, poco a poco, con el pasar de los días todo regresaba a la normalidad. Aquél último día en que regresó, mi paciencia había llegado a un límite, tenía que terminar con todo, no podía seguir aceptando sus abandonos.

LUCY. (*Entra luz azul*). Hola amor, ¿cómo estás? Te extrañé tanto, fue tan solo una semana, pero me pareció un siglo sin ti. Vengo muerta, ¿te parece si vamos a la cama?

MARIO. No, tenemos que hablar

LUCY. “Tenemos que hablar”, la frase más odiada del mundo. Vamos a ahorrarnos todo el teatro y los rodeos, dime que ya no me quieres, que hay alguien más, tomo mis cosas y me voy.

MARIO. Nada de eso, eres tú quien sale con otro, ¿no es cierto?

LUCY. No, ¿cómo crees?

MARIO. Nunca has sido buena mintiendo, sé perfectamente que me estás engañando.

LUCY. ¿Cómo lo sabes?

MARIO. Conozco tu mirada, sé que me ocultabas algo desde hace tiempo, no lo querías decir por no herirme, pero tus ojos te delatan, no puedes ocultarlo más.

LUCY. Te juro que...

MARIO. Cállate, no quiero que empieces con tus cursilerías. Solo quiero que me digas ¿por qué lo hiciste, ¿qué te hizo falta?

LUCY. Nada, tú eres maravilloso.

MARIO. ¿Entonces?

LUCY. No sé, soy una tonta, no he tenido el valor de decirte lo que pasa.

MARIO. ¿Quién es?

LUCY. No es necesario que sepas

MARIO. ¿Quién es?

LUCY. Tu primo, Enrique.

MARIO. Dios...

LUCY. Mario, te juro que no significa nada para mí, simplemente fue que estaba sola, el día que tu saliste a presentar tu obra a Monterrey, lo encontré en la calle, me acompañó a la casa, lo invité a pasar, estuvimos platicando, casi todo el tiempo de ti, de lo mucho que te quiero, de lo mucho que él te admira. Reímos, platicamos, cenamos, tomamos unas copas... las cosas se salieron de control. No me di cuenta de lo que hice hasta la mañana siguiente. Traté de acabar las cosas en ese momento, pero él me chantajeo, me dijo que, si no aceptaba todas sus condiciones, él te diría lo que pasó, te diría que yo fui quien lo sedujo. Tenía miedo, no sabía qué hacer, acepté sus condiciones y él empezó a buscarme más seguido.

MARIO. E inventaste que tenías mucho trabajo para llegar más tarde.

LUCY. Sí, yo no quería, pero me daba miedo que te dijera algo y me dejaras, te amo tanto. Después me invitó a un viaje, quería que saliera de vacaciones con él, yo le dije que no, pero me amenazó y me respondió que no tenía otra alternativa; acepté por miedo, todo lo hice por miedo, y cada vez eran más frecuentes sus invitaciones, yo estaba desesperada, impotente, no podía hacer nada.

MARIO. Y preferiste quedarte callada y no decirme nada.

LUCY. Lo siento, créeme que yo quería decirte, pero no podía, estaba atada.

MARIO. Yo lo sabía desde hace tiempo, te vi con él. Te seguí un día de tus viajes, vi que te subiste a su carro, los seguí hasta Querétaro. Me registre en el mismo hotel que ustedes, y en la noche confirme todas mis sospechas.

LUCY. Perdóname, te juro...

MARIO. Cállate, eres una cualquiera, ya no puedo estar con alguien como tú.

LUCY. No me dejes, te juro que te amo.

MARIO. No, no te voy a dejar.

LUCY. En serio, gracias amor. *(Lo abraza)*.

MARIO. Querida Lucy, eres mía, siempre serás mía, pero me das asco, ya estuviste con otro hombre. *(Ahorcándola)*. Ya no puedo estar contigo... y si no eres mía no serás de nadie.

(Oscuro. Sale Lucy. Mario regresa a su lugar, visiblemente afectado por el recuerdo, llorando, muy agitado. Entra narrador).

NARRADOR. *(Entra luz amarilla)*. Un hombre, que un día, sin poder evitarlo, llora en público.

TODOS. ¡Maricón!

NARRADOR. Sus celos lo llevan a matar a la mujer que ama.

TODOS. ¡Asesino!

LUCY. *(En off)*. Los hombres que no ocultan sus sentimientos detrás de una máscara, que lloran en público, son más fuertes, sinceros y valientes que los demás. Te amo Mario.

NARRADOR. Sin duda hay personas que cambian, que aprenden de sus errores, personas valientes, inteligentes. Pero hay personas que tienen que pasar por cosas terribles antes de aprender de sus errores. Para una de ellas el costo fue muy alto. *(Mutis)*.

FERNANDA. Hace 10 años, en mi adolescencia, como todos, cometí errores, errores graves que me han perseguido a lo largo de mi vida y que no creo poder olvidar nunca. Acababa de cumplir 16 años, vivía sola, puesto que mis papás son de Guadalajara. Me mantenía ocupada en la escuela, tratando de no tener otro tipo de distracciones.

Sin embargo, como es inevitable, conocí a muchas personas. Personas que cambiaron mi vida. Entre ellos, conocí a Toño, un compañero de clases muy guapo, que además de todo, fue de los primeros en hablar conmigo.

TOÑO. (*Entra luz azul*). Hola, ¿cómo estás? Soy Toño

FERNANDA. Hola, soy Fernanda.

TOÑO. ¿No eres de aquí verdad?

FERNANDA. No, ¿cómo lo sabes?

TOÑO. Porque eres demasiado bonita a comparación de las mujeres de aquí.

FERNANDA. Gracias.

RENATO. (*Entra luz amarilla*). Suena al inicio de una linda relación.

FERNANDA. Sí, los primeros 10 meses así fue. Él fue muy lindo conmigo, pero éramos muy jóvenes y locos. Además, estábamos en plena adolescencia, queríamos experimentar todo.

TOÑO. Te amo Fer, eres lo mejor que ha pasado en mi vida.

FERNANDA. Yo también te amo... y te deseo.

TOÑO. Yo también te deseo

FERNANDA. Tu presencia me llena el corazón de fuego, hace que mis sentidos vibren.

TOÑO. Tus ojos son como soles que derriten mis fríos pensamientos y me hacen sentir lo tibio de mis sentimientos.

FERNANDA. Tu boca llena la mía de ilusiones y sueños.

TOÑO. Yo siento tus sueños entrando tiernamente entre mis dientes y bajando por mi garganta, llegando a los pulmones, donde los espera un eterno descanso.

FERNANDA. Tu perfume invade mi nariz, le habla a mi corazón, lo enloquece y devora mi sensatez.

TOÑO. Tus dedos acarician mi alma, la hacen estallar, querer vivir eternamente.

FERNANDA. Tu pecho, tu hermoso pecho me invita al pecado.

TOÑO. Tus caderas, sensuales, avivan mi naturaleza masculina.

FERNANDA. Tus varoniles piernas, en las cuales quisiera escapar hacia la locura, tiemblan al sentir mi pasión.

TOÑO. Tus delicados pies, que flotan en el cielo del amor, me llevan a un paraíso excitante.

FERNANDA. Tus brazos se aferran a mi vida, a mi pecho.

TOÑO. Tus muslos nadan en mis sueños, en mis piernas.

FERNANDA. Me acerco más.

(Se acercan, empiezan a acariciar al aire, como queriendo acariciarse el uno al otro).

TOÑO. Tus ojos.

FERNANDA. Tu boca.

TOÑO. Tus sueños.

FERNANDA. tu aroma

TOÑO. Tu tacto.

FERNANDA. Tu pecho.

TOÑO. Tus caderas.

(Sus dedos se tocan muy suavemente. Poco a poco las manos, casi sus bocas).

FERNANDA. Tú.

TOÑO. Tú.

LOS DOS: Yo.

(Se besan tiernamente, mientras la música va subiendo de volumen, el beso se vuelve apasionado. Oscuro).

(Regresa la luz amarilla. Siguen los dos personajes en el centro, Fernanda voltea al público y habla).

FERNANDA. Pero después, las cosas se empezaron a tomar un rumbo distinto, nuestra pasión mandaba sobre la razón en nuestras acciones. Nos dejábamos llevar por la impetuosidad del momento, nunca pensamos en las consecuencias de nuestros actos, que, por supuesto iban creciendo, hasta que un día, el problema se volvió inevitable. *(Entra luz azul).*

TOÑO. ¿Estás segura?

FERNANDA. Sí, hoy lo confirmaron.

TOÑO. No mames, esto no puede estar pasando

FERNANDA. ¿Qué vamos a hacer?

TOÑO. ¿Vamos? No Fer, a mí no me metas en esto.

FERNANDA. Pero Toño, este bebé es tuyo, es de los dos.

TOÑO. No, todo esto es tu culpa, es tu responsabilidad, yo no quiero tener nada que ver con esto.

FERNANDA. Esto es el resultado de nuestro amor.

TOÑO. Fernanda, ese bebé no es mío, es solo tuyo.

FERNANDA. ¿No estás feliz? ¿Ya no me amas?

TOÑO. Claro que te amo Fer, pero tienes idea de lo que esto significa para mí. Todos mis planes se arruinarían, mis papás estarían decepcionados de mí. Tendría que dejar la escuela, trabajar, mantener una familia. Es mucha responsabilidad, yo no puedo con tanto.

FERNANDA. ¿Y crees que para mí no cambian las cosas? Claro que sí, mis papás también se van a decepcionar, voy a perder mi beca, tendré que trabajar para mantener al bebé.

TOÑO. Lo siento Fer, yo no puedo ayudarte.

SANTIAGO. Un puberto cualquiera

MICAELA. (*Entra luz amarilla*) Desgraciado, ¿de verdad te dejó sola?

FERNANDA. Sí, me dejó. No volví a saber nada de él, solo que sus papás lo enviaron a estudiar a España. Mi vida se volvió insoportable a partir de ese momento. Efectivamente me quitaron la beca y tuve que dejar la escuela; mis padres me rechazaron, dijeron que nunca pensaron que yo me comportara tan estúpidamente, que les daba asco, no querían verme. Parecían no darse cuenta del dolor y la angustia que yo vivía en ese momento, estuve días fuera de su casa, esperando que recapacitaran, pero ellos parecían no sentir ni la más mínima lástima por mí. Ni siquiera sentía que me odiaran, tal vez así me hubiera sentido mejor, pero no, para ellos no existía, era una mancha en la calle. En ningún lugar me aceptaban, me corrían de todos los trabajos en cuanto se enteraban que estaba embarazada, llegué a odiar

mi vida, a odiar a mi bebé. Fue así, totalmente desesperada, cómo decidí abortar, deshacerme del bebé que había arruinado mi vida. Que me había arrancado mis sueños, que me robó mi juventud. Eso es algo que me ha atormentado durante todos estos años, de lo que estoy profundamente arrepentida.

(Oscuro).

NARRADOR. *(Entra luz amarilla).* Dos personas, un hombre y una mujer, dos tragedias. ¿Quién es más rechazado por la sociedad? El hombre es llamado asesino, lo es. La mujer fue rechazada por empezar un noviazgo.

TODOS. ¡Zorra!

NARRADOR. La rechazaron sus padres por tener relaciones con su novio.

TODOS. ¡Prostituta!

NARRADOR. La rechazaron por querer trabajar embarazada.

TODOS. ¡Estúpida!

NARRADOR. La rechazaron por abortar.

TODOS. ¡Monstruo!

TOÑO. *(En off)* Te amo, amo a nuestro hijo, los amé y los amaré siempre. No hay mujer más inteligente y pura que tú.

NARRADOR. No cabe duda que el ser humano está destinado a sufrir cuando muestra sus sentimientos. ¿Sufrir, será parte del amor?

SANTIAGO. Cuando tenía 22 años, estaba recién graduado de la escuela, empecé a trabajar, la verdad es que me iba muy bien, ganaba

suficiente dinero como para salir de la casa de mis padres, así que renté un departamento. En mi vida personal también todo empezó a encaminarse, llevaba algún tiempo saliendo con una compañera de la escuela, nos hicimos novios, al principio todo fue muy especial, yo era sumamente feliz, siempre quise independizarme de mis padres, encontrar una novia que quisiera y que me quisiera, alguien con quien imaginarme un futuro juntos. Después de algunos meses de relación, empezamos a vivir juntos. Yo tenía muchos planes, quería viajar, comprar un carro, tal vez en algunos años casarme, todo estaba encaminado para eso, sin embargo, a veces los planes van cambiando con el tiempo. (*Entra luz azul*).

NORMA. Hola amor, ¿cómo te fue en el trabajo?

SANTIAGO. Bien amor, aunque tengo muchas cosas que hacer, supongo que no podremos ir al cine hoy.

NORMA. ¿Otra vez? Ya van dos veces que me cancelas, mejor dime que no quieres salir conmigo, que te da pena. Qué casualidad que siempre que haces planes conmigo tienes otras cosas que hacer.

SANTIAGO. Norma, te juro que tengo mucho trabajo, no es que no quiera salir contigo, tú sabes que tengo que esforzarme en mi trabajo, de esa manera me van a ascender rápido.

NORMA. Claro, solo eso te preocupa, tu trabajo, yo no te importo.

SANTIAGO. Claro que no, tú también me importas, me importas mucho.

NORMA. ¿Sabes qué? No quiero hablar contigo, mejor me voy con mis amigas, te dejo trabajar, no te interrumpo y no te obligo a estar conmigo. No me esperes a dormir.

SANTIAGO. No, no te vayas. Está bien, vamos al cine, no importa, termino esto después.

NORMA. ¿Y no me vas a reclamar luego?

SANTIAGO. No, de hecho, creo que necesito un descanso, trabajo mucho.

NORMA. ¿Seguro?

SANTIAGO. Totalmente.

NORMA. Por eso te quiero.

SANTIAGO. ¿Estás lista? Vámonos.

MARIO. (*Entra luz amarilla*). No puedo creerlo, ¿en verdad dejaste todo por ir al cine con ella?

SANTIAGO. Sí, y eso no fue todo, después fuimos a cenar, regresamos como a las 2 de la mañana y tuve que trabajar hasta las 4:30. Las cosas empezaron a ponerse mucho peor, yo tenía cada vez más trabajo y Norma cada vez empezaba a exigirme más; por cualquier cosa se deprimía, o fingía deprimirse, me chantajeaba con cualquier pretexto. Yo dormía menos, empecé a tener problemas de salud. Pero todo eso parecía no importarle. Ella me exigía más tiempo, más atenciones, no le importaba nada más.

NORMA. (*Entra luz azul*). ¿Por qué llegaste tan tarde?

SANTIAGO. Son 8:30.

NORMA. ¡Exacto! Saliste del trabajo a las 8 en punto, llamé para ver a qué hora habías salido, ¿en dónde estabas? ¿Con otra?

SANTIAGO. No, había mucho tráfico, es viernes.

NORMA. Claro, crees que soy tonta.

SANTIAGO. No creo que seas tonta, solo te quiero explicar lo que pasa.

NORMA. No, no necesito tus explicaciones, vete con la otra, explícale a ella.

SANTIAGO. No hay otra, te lo juro.

NORMA. Eso dicen todos.

SANTIAGO. En serio, yo te amo a ti.

NORMA. ¿Me lo juras?

SANTIAGO. Más que a mí mismo

NORMA. ¿Entonces por qué me haces esto?

SANTIAGO. Te prometo que no lo vuelvo a hacer

NORMA. Bueno, te perdono

SANTIAGO. Gracias amor, perdón, fui un tonto, no he sabido valorarte como lo mereces.

NORMA. No te preocupes amor, todos tenemos errores, pero quiero que sepas que a pesar de que te equivoques, yo te quiero, y por eso estoy aquí, contigo.

SANTIAGO. Gracias amor, eres maravillosa.

NORMA. Pero que no vuelva a pasar, por favor, Santiago.

SANTIAGO. No, te juro que no.

RENATO. (*Entra luz amarilla*). ¿No puedo creer que te dejaras manejar así, por que no trataste de ponerle fin a la relación?

SANTIAGO. Lo intenté, pero para ese momento, ella tenía el control total de mi vida. Estaba viviendo en un círculo vicioso del cual no podía salir.

NORMA. (*Entra luz azul*). Santiago apúrate, no tenemos todo el día, tenemos que irnos ya.

SANTIAGO. Sí, ya voy, ya casi termino.

NORMA. Dios, que van a decir mis amigas, cuando vean que llego tarde y con un idiota como tú por pareja, de seguro voy a ser la burla de la fiesta.

SANTIAGO. Si quieres me quedo

NORMA. No seas estúpido, no te voy a dejar solo en la casa, que tal si rompes algo, o invitas a tus amigos. Recuerda, no quiero que hables, con nadie, no quiero que veas a mis amigas, no quiero que hagas caras, por favor compórtate como si fueras una persona y no el animal que eres. Camina bien, no comas mucho, no tomes ni una gota de alcohol, no quiero que te pongas impertinente. Si te preguntan en que trabajas, diles que eres gerente de producción de una importante empresa automotriz, si te preguntan de dónde eres les dices que de Monterrey, de una familia acomodada. Si te preguntan dónde estudiaste, respondes que en el extranjero, en Harvard. ¿Quedó todo claro?

SANTIAGO. Sí, mi amor.

NORMA. Eso espero, no quiero pasar más vergüenzas, ya es mucho con llevarte de acompañante. Todo porque Susana quería conocerte, dicen que salgo más con Víctor que contigo. Claro, es obvio, él no es ningún estúpido como tú.

SANTIAGO. Sí, perdón.

NORMA. ¡Ay, ya cállate! Vámonos, ya es tarde.

SANTIAGO. Lo que tú digas.

NORMA. Trata de no hablar, al menos que sea necesario.

SANTIAGO. (*Entra luz amarilla. Al público*). Mi vida fue así durante un año, por supuesto que jamás me ascendieron de puesto, cada vez llegaba más cansado, mis enfermedades se fueron agravando y multiplicando. La gastritis empeoró, y se le agregó colitis y anemia, según los médicos estuve muy cerca de caer en leucemia, empecé a fumar mucho por el estrés. En la empresa se cansaron de pagar mis múltiples enfermedades y me despidieron. Esto fue lo mejor que me pudo pasar, porque cuando Norma se enteró, me dejó. Entonces regresé a vivir con mis padres, hasta que pude recuperarme de todos mis problemas. (*Oscuro. Regresa luz amarilla*).

NARRADOR. Esta sociedad no acepta que un hombre sea manejado por las mujeres.

TODOS. ¡Mandilón!

NARRADOR. Tampoco es aceptado si no sabe cómo defenderse y como luchar por sus derechos.

TODOS. ¡Maricón!

NARRADOR. Que su vida sea destruida por otra persona.

TODOS. ¡Fracasado!

NORMA. (*En off*). Eres el hombre más especial que he conocido, exitoso, generoso, inteligente, fuerte. Te amo por lo que eres.

NARRADOR. Te amo, dos palabras que se dicen a diario, pero cada persona les da su propio significado. Algunos incluso llegan a confundirse entre amar y desear.

RENATO. Hace dos años conocí a una mujer llamada Rocío, estábamos en un antro, yo iba con unos amigos, habíamos estado tomando unas cervezas antes; desde que llegamos ahí, cada quien se fue por su parte, entonces fue cuando la vi, sola, en la barra, me acerqué, impulsado por

una fuerza extraña. Había hecho eso muchas veces antes, conocer a alguien en un antro, salir con ella. Totalmente confiado, caminé hasta donde estaba.

(Camina al centro del escenario y empieza la escena con rocío. Entra luz azul).

RENATO. Hola, ¿me puedo sentar?

ROCÍO. Es un país libre.

RENATO. ¿Vienes sola?

ROCÍO. ¿Ves a alguien conmigo?

RENATO. Perdón, solo quería platicar, pero creo que mejor te dejo sola.

ROCÍO. ¡No! Lo siento. Es que mi día no ha sido bueno y mi humor no ayuda.

MARIO. *(Entra luz amarilla)*. No puedo creerlo, cayó en la clásica trampa del chantaje.

RENATO. Exacto, utilicé una estrategia chantajista, y ella se la tragó completita. Como era de esperarse, esa misma noche nos fuimos a mi depa y las cosas se dieron muy bien, ella excedió mis expectativas, era realmente salvaje y yo, como solo buscaba una aventura, fue la mejor manera de acabar la noche. Por supuesto que, después de ese día, mi intención era no volver a verla, seguí mi vida normal a lo largo de la siguiente semana, sin pensar siquiera en hablarle. El siguiente fin de semana, yo volví a salir de antro, con los mismos amigos de siempre. Fuimos a un lugar completamente diferente al fin pasado y me encontré con Rocío, me acerqué a platicar con ella.

ROCÍO. *(Entra luz azul)*. Hola, que gusto verte.

RENATO. Hola, ¿cómo estás?

ROCÍO. Muy bien.

RENATO. Jamás pensé en encontrarte aquí, ¿con quién vienes?

ROCÍO. Sola, como siempre.

RENATO. ¿Por qué no vienes con nosotros?

ROCÍO. ¿Seguro?

RENATO. Sí, claro, venimos solo nosotros tres, no hay ningún problema con ellos, te lo aseguro.

ROCÍO. Está bien

RENATO. Respecto a la otra noche...

ROCÍO. No te preocupes, era algo que los dos buscábamos, la verdad no me arrepiento, pude distraerme de todos mis problemas, creo que fue una buena terapia.

RENATO. Totalmente de acuerdo, la verdad es que creo que el sexo es una experiencia que te ayuda a relajarte y a estar mucho más a gusto.

ROCÍO. Sí, de hecho, me encantaría repetirla.

RENATO. A mí también, ¿qué te parece si nos vamos a mi depa?

ROCÍO. Pensé que nunca lo dirías.

FERNANDA. (*Entra luz amarilla*). No puedo creerlo, eso es pecado.

RENATO. Sí, sí, sí, pero un pecado tan delicioso. A partir de ese día, el sexo se volvió un vicio para nosotros, nos veíamos todas las veces que podíamos, había semanas en las que lo hacíamos a diario, éramos insaciables, nunca involucramos sentimientos, era... Solo atracción física. Pero, desafortunadamente, las cosas empezaron a cambiar.

ROCÍO. (Entra luz azul). No, hoy no puedo, tengo una cita con alguien más.

RENATO. ¿Una cita? ¿Con quién?

ROCÍO. Eso a ti no te incumbe.

RENATO. O sea, que ya no te importo.

ROCÍO. Tu bien sabías que esto iba a pasar.

RENATO. Sí, pero eso no quiere decir que nos olvidemos de todo, que nos dejemos de ver, que no podamos tener nuestras noches como siempre.

ROCÍO. Pues lo siento, las cosas ya cambiaron y ahora tienes que adaptarte a mis tiempos.

RENATO. Te juro que te vas a arrepentir por esto.

ROCÍO. Pues tal vez, pero al menos ya estoy pensando las cosas mejor y empiezo a decidir lo que es mejor para mí.

RENATO. (*Entra luz amarilla*). Después de eso, yo conseguí novia, pero, yo soy una esas personas que no ha podido evitar caer en las redes de las llamadas mujeres “fáciles”, siempre me han dicho que soy un adicto al sexo. En el pasado esto era mucho más común en mí. Hubo una ocasión, la cual me provocó muchos problemas. Fue un fin de semana en el que mi novia había salido con sus papás, yo quería salir con mis amigos la noche del sábado, pero todos tenían planes, así que de lo aburrido que estaba, decidí salir a buscar alguien con quien divertirme, fui a algunos bares con la ilusión de encontrar a alguien conocido y pasar un rato agradable, pero no encontré a nadie. Después me fui a un lugar que frecuentaba mucho, un *table dance*, tengo que admitir que todos me conocían ahí y siempre me trataban muy bien. Después de unos tragos coquetos, salí del lugar y le hablé a una amiga,

era con quien siempre iba a desahogarme, una amiga fiel que cumplía muy bien su función de amante.

ROCÍO. Renato es la última vez que contesto tus llamadas a esta hora, ya te dije que no podemos estar haciendo esto a cada rato, mucho menos en el estado en el que te encuentras, ¿qué tal si Claudia se entera?

RENATO. No tiene por qué enterarse, esto se queda entre nosotros, a ti tampoco te conviene que se entere Raúl.

ROCÍO. Está bien, no se enterará nadie, pero trata de ser más discreto la próxima vez, no quiero que las personas se den cuenta de algo y que tengamos que sufrir, o hagamos sufrir a los demás.

RENATO. Cállate, vamos a hacer lo que nos gusta, lo que queremos los dos, para lo que siempre nos vemos. Dime que me desees.

ROCÍO. Tú sabes que sí, ven, sabes lo que quiero, sabes lo que me gusta.

MICAELA. (*Entra luz amarilla*). Y eso, ¿hace cuánto tiempo fue?

RENATO. Hace dos días. La verdad es que a pesar de que amo a Claudia, no he podido dejar de ver a Rocío. Me he vuelto adicto a ella.

NARRADOR. Un hombre adicto al sexo.

TODOS. ¡Andrómano!

NARRADOR. Que engaña a su novia.

TODOS. ¡Infiel!

NARRADOR. Sin atreverse a decirle la verdad a su pareja y jurándole que es fiel.

TODOS. ¡Hipócrita!

ROCÍO. (*En off*). Debemos seguir nuestros caminos, la realidad es que no nos amamos, cada quien tiene su pareja, sigue tu vida, yo seguiré la mía.

NARRADOR. ¿Será que el amor no hace feliz a nadie?

MICAELA. Hace 4 años me enamore por primera vez. Conocí a Rogelio, un chavo de 23 años, uno de esos hombres que ya no se encuentran tan fácilmente. Era muy detallista, romántico y cuidaba mucho de mí. Nuestra historia fue bastante linda. Lo conocí en una fiesta y desde el principio hubo un clic entre los dos. (*Entra luz azul*).

ROGELIO. Hola, disculpa que te moleste, pero te vi aquí sola y quise venir a platicar contigo.

MICAELA. Hola, sí, yo también te vi, pero me daba pena acercarme a ti.

ROGELIO. Me llamo Rogelio

MICAELA. Yo soy Micaela.

ROGELIO. Sé que no nos conocemos, pero te gustaría ir por un café mañana.

MICAELA. Sí, me encantaría.

FERNANDA. (*Entra luz amarilla*). ¿Amor a primera vista?

MICAELA. No sé si fue amor a primera vista, pero la verdad es que decidimos darnos la oportunidad de conocernos. Ese día en el café platicamos muy a gusto, nos dimos cuenta de que teníamos muchas cosas en común y que valía la pena seguir saliendo. A las pocas semanas nos hicimos novios. Se me declaró de una manera muy especial. Una noche, yo estaba en casa y recibí una llamada de él. Cuando me asomé por el balcón lo vi parado en el centro de un corazón formado por velas justo en el patio.

ROGELIO. (*Entra luz azul*). Micaela, sé que tenemos poco tiempo de salir, pero estoy verdaderamente enamorado de ti. Ni con todo este corazón iluminado puedo demostrarte todo lo que siento por ti. ¿Te gustaría andar conmigo?

MICAELA. Rogelio, es lo más lindo que me han dicho y que han hecho por mí. Me encantaría empezar un noviazgo contigo.

SANTIAGO. (*Entra luz amarilla*). ¡Qué cursi suena eso!

MICAELA. ¡Sí, fue súper lindo! Empezamos a andar y todo se volvió más hermoso todavía. Conocimos a nuestras familias y encajamos perfecto.

ROGELIO. (*Entra luz azul*). Amor, acuérdate que este fin de semana vamos con mis papás a Cuernavaca.

MICAELA. Sí amor, lo tengo presente. (*Entra luz amarilla*).

DINORA. Hace 5 años, en casa de una prima, me enamoré como nunca. Tenía con unos ojos preciosos que reflejaban una luz tan intensa como una estrella. Platicamos un rato y me cautivó la forma de ser tan inocente y bella. Por alguna razón no pude decirle lo mucho que me encantó. Después de esa noche, me pasé muchos meses buscando, le pregunté a mi prima si se conocían, pero me dijo no, desesperada iba a fiestas, a bares, a plazas esperando que nos encontráramos, pero todo era en vano. Un día, muchos años después coincidimos. Entonces caí en la cuenta de que estaba con alguien, pero no me importo, tenía que saber su teléfono, algo para asegurarme que no desapareciera de mi vida otra vez.

ROGELIO. (*Entra luz azul*). ¿Entonces qué película entramos a ver mi amor?

MICAELA. No sé, la verdad es que no me he decidido.

DINORA. Hola, perdón que los interrumpa.

MICAELA. ¿Dinora?

DINORA. Sí, ¿te acuerdas de mí?

MICAELA. Claro, nos conocimos en casa de mi prima hace algunos años. Perdón, te presentó a mi novio Rogelio. Amor, ella es Dinora.

ROGELIO. Mucho gusto

DINORA. Igualmente. (*A Micaela*). ¿Puedo hablar contigo a solas?

MICAELA. Claro. (*A Rogelio*). No tardo.

(*Se alejan de Rogelio*).

DINORA. Micaela, sé que va a sonar un poco raro, no me lo tomes a mal, pero la verdad es que te he extrañado demasiado.

MICAELA. Pero solo nos vimos una vez... es decir, sí te recuerdo, pero... no entiendo.

DINORA. Sé que es difícil de entenderlo, pero hoy que te vuelvo a ver, no quiero... que vuelvas a desaparecer de mi vida

MICAELA. (*Entra luz amarilla*). Sentí algo raro en ese momento, de pronto me cautivó demasiado su forma de verme. Me sentí bastante bien en su compañía y quería saber más de ella.

DINORA. ¡Me temblaban los pies y mi voz se quebraba! No podía dejar de ver sus ojos y sus labios, que en ese momento cobraron vida propia.

MICAELA. Salimos un día a caminar y aunque me di cuenta de que ella buscaba algo más, nunca me sentí incomoda con esa situación.

DINORA. ¡Yo estaba fascinada con ella! Poco a poco mi sentimiento se hizo más fuerte hasta que un día le propuse empezar una relación.

MICAELA. En ese momento entendí que Dinora no me era indiferente y quise darme una oportunidad, pero tenía que hablar con Rogelio antes.

ROGELIO. (*Entra luz azul*). Hola amor, ¿qué era eso tan urgente que me querías decir?

MICAELA. Tú sabes muy bien que te quiero, y que nuestra relación ha ido muy bien, y es por eso que prefiero ser honesta contigo.

ROGELIO. Sabes que puedes confiar en mí y que te voy a apoyar en cualquier cosa.

MICAELA. Lo sé, pero esto te va a lastimar mucho.

ROGELIO. Cualquier cosa la podemos superar juntos.

MICAELA. El problema es que ya no podemos estar juntos.

ROGELIO. ¿Por qué? ¿Qué es lo que estás diciendo?

MICAELA. Que ya no puedo seguir contigo.

ROGELIO. ¿Hice algo mal? Dímelo, podemos solucionarlo.

MICAELA. No, esto lo tengo que solucionar sola.

ROGELIO. Amor, yo estoy aquí contigo, apóyate en mí.

MICAELA. En este caso no puedo.

ROGELIO. Por favor, dime que es lo que pasa, ¿hay alguien más?

MICAELA. Sí, hay alguien más, pero no puedo decirte quien.

ROGELIO. Creo que es lo menos que merezco.

MICAELA. Está bien, es... Dinora.

ROGELIO. ¿Dinora, tu amiga? ¿Ella que tiene que ver en esto?

MICAELA. Estoy enamorada de ella.

ROGELIO. (*Confundido*). No, seguro estás confundida.

MICAELA. Por favor, no hagas más difícil esto.

ROGELIO. ¿Más difícil? ¿Te das cuenta de lo que me estás diciendo?

MICAELA. Sí, lo siento, me tengo que ir.

(*Micaela se va y él se queda solo. Después de un tiempo se va*).

MICAELA. (*Entra luz amarilla*). Cuando hablé con mis papás, ellos no me dieron el apoyo esperado y entonces me fui de mi casa.

DINORA. Una tarde, Micaela llegó a mi casa... con maletas.

MICAELA. (*Entra luz azul*). Mis padres no entendieron, ¿puedo vivir contigo?

DINORA. Micaela, ¡hoy es el día más feliz de mi vida! Desde luego que puedes vivir conmigo y a partir del día de hoy, serás el aire y el alimento que siempre he buscado. Desde niña me imaginé al amor de mi vida y lo que significaría para mí, pero tú superas todo lo que he soñado. Te amo.

MICAELA. Yo también te amo.

(*Se besan. Oscuro*).

DINORA. (*Entra luz amarilla*). Eso fue hace 2 años, logramos vivir a pesar de que la sociedad no nos acepta. Nos margina, pero el amor que

nos tenemos es mucho más fuerte que cualquier paradigma que tengan de nosotras.

MICAELA. ¡Dos maravillosos años que yo no cambiaría ni por un millón de dólares! Dos años y hoy estoy más enamorada que antes, cada día que paso con Dinora me hace más feliz. No quiero nada más, ella es mi mundo.

NARRADOR. Dos mujeres juntas.

TODOS. ¡Lesbianas!

NARRADOR. En una sociedad cerrada.

TODOS. ¡Anormales!

NARRADOR. Sin embargo, de las pocas personas que logran ser felices, que, a pesar de las críticas, el amor las une y no importa nada más (*al centro*). ¡Amor! ¿Hay alguien que pueda definirlo? ¿O... solo podemos sentirlo?

(Los personajes empiezan a hablar ad libitum, tratando de definir lo que es amor, según sus personalidades, pero no se entiende nada porque todos hablan al mismo tiempo. A un movimiento del narrador, todos se callan).

NARRADOR. Tú me quieres alba, me quieres de espumas, me quieres de nácar. Que sea azucena sobre todas, casta. De perfume tenue. Corola cerrada

MARIO. Ni un rayo de luna filtrado me haya. Ni una margarita se diga mi hermana.

FERNANDA. Tú me quieres nívea, tú me quieres blanca, tú me quieres alba.

RENATO. Tú que hubiste todas las copas a mano, de frutos y mieles los labios morados. Tú que en el banquete cubierto de pámpanos.

SANTIAGO. Dejaste las carnes festejando a Baco. Tú que en los jardines negros del engaño vestido de rojo corriste al estrago.

DINORA. Tú que el esqueleto conservas intacto no sé todavía por cuáles milagros,

MICAELA. Me pretendes blanca (*Dios te lo perdone*), me pretendes casta (*Dios te lo perdone*), ¡me pretendes alba!

LUCY. Huye hacia los bosques, vete a la montaña.

ROCÍO. Límpiame la boca; vive en las cabañas; toca con las manos la tierra mojada.

NORMA. Alimenta el cuerpo con raíz amarga; bebe de las rocas; duerme sobre escarcha.

TOÑO. Renueva tejidos con salitre y agua; habla con los pájaros y lévate al alba.

ROGELIO. Y cuando las carnes te sean tornadas, y cuando hayas puesto en ellas el alma que por las alcobas se quedó enredada.

NARRADOR. (*Mientras descubre su cara, mitad hombre y mitad mujer*). Entonces, buen hombre, preténdeme blanca, preténdeme nívea, preténdeme casta.



3.3.3 Armadura

Jaime de Jesús Castro Gerardo

Escena 1

(Se abre el telón. Aparece el príncipe parado en el centro, en proscenio. Viste una elegante armadura color ocre con grabados florales y piedras preciosas, tiene una larga capa y carga una hermosa espada en la mano. El príncipe mira al frente a lo alto, respira agitadamente, tiembla y apenas puede sostener su arma. Se escucha un rugido leve, gutural y amenazante. La respiración del príncipe se agita más conforme el volumen del rugido va en aumento hasta que un reflector le ilumina el rostro y el escenario entero brilla con un poderoso flash antes de que todo se quede a oscuras. Se escucha un grito de el príncipe y el sonido de un splash).

Escena 2

(La luz se va encendiendo poco a poco para revelar a El Príncipe dormido en el suelo junto a un tronco. Frente a él hay una fogata y del otro lado hay otro tronco igual. Se escucha el sonido de la leña quemándose, grillos cantando y otros animales nocturnos del bosque. El príncipe despierta lentamente y mira a su alrededor confundido. El caballero entra en escena vistiendo una reluciente armadura plateada. El príncipe se sobresalta y se cubre los ojos).

PRÍNCIPE. ¡Ah!

CABALLERO. Despertaste.

PRÍNCIPE. Tu armadura... es muy brillante.

(El caballero se acerca a la fogata, toma un tazón con una cuchara y se lo ofrece al príncipe).

CABALLERO. Mis disculpas, no fue mi intención deslumbrarte. Come algo, has estado inconsciente muchas horas.

(El príncipe toma el tazón de las manos del caballero y comienza a comer apresuradamente. Luego se detiene un poco avergonzado y pone el tazón de lado antes de subir a sentarse en el tronco).

PRÍNCIPE. Gracias.

CABALLERO. Casi te atrapa. ¿Verdad?

(El caballero toma asiento en el extremo opuesto de la fogata. El príncipe se pone de pie para narrar).

PRÍNCIPE. Cuando la bestia se alzó frente a mí, no pude hacer más que sostener mi espada y mirarlo fijamente. Es mi destino. Mis ojos se clavaron en los suyos, que me observaban como quien mira un suculento filete de cordero asado, y no pude moverme; estaba petrificado.

CABALLERO. ¿Por eso preferiste saltar?

PRÍNCIPE. Quisiera al menos darme ese mérito, pero no fui yo. Quise tomar una posición defensiva, quise contraatacar, quise... prepárame para conocer a mi creador, pero fue un deslumbrante rayo de luz proveniente del otro lado del risco quien tomó la decisión por mí. El resplandor me hizo cerrar los ojos, dar un paso en falso, y lograr que el abismo tomase posesión de mi cuerpo.

(El caballero agacha la mirada escuchando la historia y asiente).

CABALLERO. Entonces me alegra haber estado ahí para evitar que el río fuese tu tumba helada.

PRÍNCIPE. Gracias.

CABALLERO. No es nada... Alteza.

(El príncipe voltea a ver al caballero con una mirada extraña).

PRÍNCIPE. Tú no perteneces a mi reino. Jamás había visto una armadura como la tuya ¿Cómo sabes que soy...?

CABALLERO. Vi el emblema real en tu espada.

(El caballero saca la espada del príncipe de detrás de uno de los troncos y se la entrega en la mano. El príncipe observa la espada con sorpresa, su rostro luego cambia a tristeza y a enojo mientras la guarda en su funda).

PRÍNCIPE. Qué vergüenza. Pensar en mis antepasados; en las personas que forjaron ese símbolo con sudor y sangre. ¿Qué dirían de mí ahora? ¿Qué opinarían del patético príncipe que no pudo completar su destino? ¿Qué sentirían de verme hundido y paralizado por el miedo?

CABALLERO. Te aferrabas a ella con fuerza aún cuando te saqué inconsciente del agua.

(El príncipe mira la espada en la funda y la abraza con mucho cariño).

CABALLERO. La gente espera mucho de ti, pero nadie espera más de ti que tú mismo. Eso lo he aprendido a la mala.

PRÍNCIPE. ¿Y qué hacías en el bosque cuando me encontraste?

CABALLERO. Vine desde muy lejos a matar a la bestia. Pero te vi caer al río y pensé que era más importante salvar una vida que terminar con otra.

PRÍNCIPE. Esa bestia ha atormentado a mi gente desde tiempos ancestrales. Asesinarla es mi destino. Es lo que la antigua profecía dijo y, por decreto, su muerte es mi derecho.

CABALLERO. Entiendo. Pero me siento obligado a ayudar. Soy culpable de dañar tu cruzada con mi presencia.

(El príncipe, confundido, voltea a ver al caballero).

CABALLERO. Debo confesar algo.

(El príncipe entiende).

PRÍNCIPE. El brillo de tu armadura... fue lo que vi al otro lado del acantilado. CABALLERO. Fue lo que te hizo caer.

(El príncipe desenvaina su espada furioso y se abalanza contra el caballero. El caballero extrae su arma y frena el sable adversario con el suyo. Ambos pelean con fiereza).

CABALLERO. ¡No fue mi intención, mi armadura es como un espejo!

PRÍNCIPE. ¡¿Por qué la usas entonces?! ¡¿Quién se viste así?!

(El príncipe y el caballero continúan peleando. Cruzan sables con fuerza una última vez y retroceden para tomar distancia. Permanecen en guardia unos segundos más hasta que el príncipe se detiene reflexivo y guarda su arma. El caballero hace lo mismo).

PRÍNCIPE. La verdad es que mi suerte estaba echada desde el principio. No pude hacer nada cuando estuve frente al monstruo. Tu llegada solo me dio una segunda oportunidad... para acertar esta vez, o para fallar de nuevo.

(El príncipe se vuelve a sentar en el tronco, junto a la fogata. El caballero se sienta también, pero esta vez lo hace a su lado).

CABALLERO. ¿Por qué habrías de fallar de nuevo?

PRÍNCIPE. Porque no creo que pueda hacerlo. No estoy listo. No tengo el valor, ni la fuerza. Estoy solo.

CABALLERO. ¿Sabes por qué uso esta armadura brillante?

(El príncipe guarda silencio esperando la respuesta).

CABALLERO. Porque no quiero que se olviden de mí. No estás solo.

PRÍNCIPE. Siempre he estado solo. Solo y cargando esta responsabilidad.

CABALLERO. Pues no más. A partir de hoy, tienes un amigo que carga esto contigo. Y mañana que amanezca, encaramos a esa bestia y ponemos fin a esa profecía.

PRÍNCIPE. No tienes que hacer esto. Es mi carga, es mi destino.

CABALLERO. Es lo que hacen los amigos. *(El príncipe se aleja con tristeza).*

PRÍNCIPE. Yo no tengo amigos.

CABALLERO. Tienes uno ahora.

(El caballero le pone la mano en el hombro al príncipe. El príncipe suspira agobiado).

PRÍNCIPE. ¡Pero no es justo! Hacerte cargar con esto es injusto y no tiene caso alguno. Es mi responsabilidad ¡Es mi lucha!

CABALLERO. Sí lo es. Es tuya y de nadie más.

(El príncipe se tranquiliza y se queda viendo al caballero).

CABALLERO. Pero no tienes que hacerlo solo. Mañana voy a estar ahí y vas a matar a la bestia. Puedes hacerlo.

(La luz se atenúa hasta quedarse en penumbra, la voz del caballero se sigue escuchando).

CABALLERO *(Voz en off)*. Puedes hacerlo. Cree en ti. No estás solo. No estás solo.

Escena 3

(La luz comienza a iluminar nuevamente el escenario para revelar al príncipe en medio del escenario vacío. Porta su espada en la mano y mira hacia lo alto con determinación. Su respiración es agitada, pero no se ve asustado. Los sonidos guturales del monstruo se escuchan).

CABALLERO *(voz en off)*: No estás solo. No estás solo. ¡No estás solo!

(Se escucha el potente rugido del monstruo. El reflector ilumina de nuevo al príncipe mientras el escenario destella de flashes. El príncipe corre a proscenio con la espada en alto y un grito de guerra. Todo se queda oscuro. Se escucha una ovación, gritos de celebración y música medieval).

Escena 4

(El escenario está decorado como el salón de un palacio. El príncipe entra por las piernas del lado derecho y el caballero por las del lado izquierdo. El príncipe no usa armadura. El caballero carga un paquete envuelto en tela marrón).

CABALLERO. Alteza.

PRÍNCIPE. Cuando los guardias me anunciaron tu visita no lo podía creer.

CABALLERO. ¿Cómo estuvo la fiesta? Tuve que perdérmela.

PRÍNCIPE. La gente del reino me recibió con alegría cuando regresé con mi espada bañada en la sangre de la bestia. Mis padres, orgullosos, organizaron un gran banquete para celebrar, y los músicos tocaron sin parar durante días. El reino jamás había estado tan feliz.

CABALLERO. ¿Y qué tal tú?

PRÍNCIPE. Me habría gustado presentarles al caballero a quien debo mi victoria.

CABALLERO. Solo estoy de paso. Me han enviado de viaje de nuevo.

PRÍNCIPE. No voy a decir que no me entristece.

CABALLERO. Tengo algo para ti.

(El caballero entrega el paquete marrón al príncipe. El príncipe, sonriendo, se dirige a abrirlo. En el interior descubre una armadura plateada resplandeciente igual a la suya. El príncipe levanta el peto ante su rostro y lo contempla con una sonrisa).

CABALLERO. Cuando veas esa armadura, quiero que veas al caballero a quien debes tu victoria... tu reflejo... tú.

(El príncipe voltea a ver al caballero, conmovido).

CABALLERO. Un amigo siempre estará ahí para ti.

PRÍNCIPE. Y yo siempre estaré ahí para un amigo.

(El príncipe se pone el peto y sonríe orgulloso al caballero).

PRÍNCIPE. Hasta que la vida nos vuelva a encontrar.

(El príncipe y el caballero se dan la mano y se congelan ahí. Ambos usando la armadura plateada. Se cierra el telón).



Categoría 4. Poesía

4.1 Preparatoria

4.1.1 *Tragedias fantásticas, comedias honestas*

Sebastián Rigel Robledo Uribe

Oda a la pequeña muerte magnífica

A veces las piedras flotan y rebotan con tus dedos;
con tus uñas, con las gotas de las nubes de tu cielo.
A veces las ramas caen, chocando con tu cabello,
haciendo secar al mar que va empapando el infierno.

A veces me sobra rima para decir lo que pienso,
por esclarecer intenso de llegar hasta tu cima
y helarme con ese clima que me calienta por dentro,
haciendo pelear mi centro con la palabra siguiente:
ilógica, permanente, que si busco ya no encuentro.

O a veces, vale callarse y declamar con un beso
bajo el durazno de Dios que no narra ningún cuento.
A veces los barcos viajan de mi brazo hasta tu pecho
y el humo vuelto columnas es todo lo que recuerdo.

A veces no digo nada, a veces tan solo vuelo,
como si vivir desvelos fuera cosa de pasada;
como tú, dulce parvada de caricias en el cuello;
como tú, bravo destello; pura radioactividad
que vuelve mi realidad en algo mucho más bello

A veces todo se va. Se va tu nombre sincero,
sin ser o sin acabar a cavar mi desentierro.
A veces las piedras cantan cuando termina su verso,
a veces voy a soñar
y al soñar por ti, despierto.

*

Levita

En medio firmamento, avión y ave
Viajan juntos hacia un sueño cercano
El pájaro cantaba al aeroplano
Y destellaba el sol sobre la nave

Y así como el ala, la pluma sabe
Que va volando al lado de su hermano
Incluso si uno es hijo del humano
Pues padre de ambos es el viento suave

Su vida es un arriba y adelante
Y yo, desde la tierra, solo obtuve
Motor y trino, su ruido incesante

Me ven y los aventureros suben
Surcando entre atardecer y levante
Volviéndose una sombra entre las nubes

*

Síntomas de una visita

Como un ritmo sin origen de golpes tras la ventana, los trenes hoy me dirigen a un óleo de mi mañana. Es una torre muy alta de fiel forma y gris ladrillo, como sueños de bolsillo que ni a un ojo sobresaltan.

Y el alma se hace un ovillo donde las palabras faltan.

Si el viaje me deja exhausto, muerto me encuentra el destino pues el corazón incausto lo olvidé a medio camino. Resuena el agrio murmullo de una sonrisa esperada que como rama delgada resquebraja aquel orgullo.

Y el alma es presa larvada de un intocable capullo.

Fue inmortal aquel contacto que yo imaginaba como fuerte aroma putrefacto de muerte, pólvora y plomo. Fue un roce como de seda, un rayo de sol perdido que por pasión abatido elige nueva vereda.

Y el alma recuerda el ruido del poco amor que le queda.

Desde esta vista de aceite con pigmentos naturales olvidamos el deleite de los lazos desleales. Bajo la lluvia de hubieras, sin dolor y sin euforia, ni una moción ilusoria dejó que la historia muera. Y el alma en la isla de escoria pone pronto su bandera.

Pudimos haber llorado, tizado nuestra pureza, pero nos había llamado la pintura y su belleza. Pues arcoíris el cielo por el norte nos mostraba y sus colores regaba sobre el gris de mis anhelos. Y el alma por sed quedaba entre café, ron y hielo.

Voces, lluvia, tiempo y nubes en afiladas preguntas que, por una arteria, suben a mi realidad difunta. Cosen como agujas pliegos de mis dudas, mis carencias, que con tal tela silencian hasta ser sordos mis ruegos.

Y el alma pierde consciencia de cómo jugar con fuego.

El crujir de tantos pasos, el revoloteo del viento, el hollín de esos abrazos que encapsulan lo que siento. Un torbellino que agita mi espíritu sin permiso hasta que da en el preciso sitio donde el alma habita.

Y el alma flota hacia el piso como una hojuela marchita.

Tal vez no venga la noche, la dueña de la abundancia que llama al triste derroche de su dorada sustancia. Quizá libere la luna las barreras de su mente y la refleje de frente como no ha visto a ninguna.

Y el alma exhala, inocente, al borde de una laguna.

Siembra mis deseos la tierra y por segundos parece que el cuarto que los encierra de pronto se desvanece. Mas, cuando se vuelve arena infértil, hostil y vieja, esa esperanza se aleja a un lugar con menos pena.

Y el alma grita la queja con la voz que en su voz suena.

Me hago paso entre la nieve hacia el mar de sus encuentros y ciegos mis pies se mueven en búsqueda de su centro. La sombra de su figura, que ansía honestidad adulta, cuya ambición dificulta cuando su verdad censura.

Y el alma infeliz resulta al admitir tal locura.

Al cerrar los ojos, nace esa fuerza innecesaria que a la lógica deshace y no existe solitaria. Es una mirada honesta más allá de decisiones, en busca de sensaciones infinitas, inmodestas.

Y el alma solo se opone por no hallar allí respuesta.

En silencio queda el mundo, como el Universo, oscuro, se asienta el dolor profundo con un sabor a futuro. Y hoy podemos saber cuánto hemos cambiado esa tarde al observar cómo guarde cada uno su propio llanto.

Y el alma llama cobarde a su inminente quebranto.

Nos vimos de cara a cara cuando sin horas quedamos y la ciudad nos mostrara su malicia, ya no hablamos. Se fue, yo miré en las vías trenes que van y regresan, pensando si a ellos les pesa haberme visto aquel día.

Y el alma un recuerdo besa, consumada en su poesía.

*

A la estrella del Norte

Siento que soy un vago marinero
que no sabe llegar hasta su casa
y el porvenir en ventarrón me pasa,
dejando boca abajo mi velero.

Entonces pienso en ti, primer lucero,
que con azul deslumbras mi carcasa
y tú, radiante ser, siempre rebasas
al mapa y al sextante y al tintero.

Y te observo brillar, astro monarca,
dando esperanza a todo quien te vea,
calmando incertidumbres en mi barca.

¿Será que también tú buscas marea,
que tú también navegas en tu charca
y tú tienes tu faro en tu odisea?

*

La excepción

A toda norma constante, por cada rima perfecta
hay para siempre variantes, curvas en las líneas rectas.
El hombre solo es callado, sofocado por su llanto
si no se pone a su lado la *femme* que le falta tanto.
O puede ser que el enojo con su fuerza destructora
sean víctimas del despojo de un gran amor, como ahora.
O el loco pobre erudito que a su mente se aferrara
porque nunca fue bendito de un alma que le escuchara.
¡Pero esto no es nada raro! No se duda ni un momento
que en el mundo cruel y avaro nunca falta el sufrimiento.
Mas, se sabe de antemano (por título es la razón)
que debe haber un humano que a esta norma sea excepción:

En el paisaje correcto, con la dicción indicada,
declama el verso perfecto que hace llorar a su amada.
Tal vez luego se regalan un beso suave en la cama
y las palabras no bastan al explicar cuánto se aman.

Luego él le pide que vaya, mano en su mano tomada,
a que vean en las pantallas su vida representada.
Quizá viva en un poema, quizá una fábula corta
quien no acumula problemas y no sufre, o no le importa.
Debe de ser así en verdad, si no, ¿de qué otra manera
se explica la cantidad de sufrimiento aquí afuera?
Todos a su ser tendemos sin lograr nunca acercarnos,
pero que al morir podemos morir en el intentarlo.
Ese ser que habita un lago tras una carta postal,
con un pedazo de vago, con un poco de inmortal,
¡Que vivas siempre sin quejas, pero te suplico, escucha
pues te perderás la vieja, bella danza de la lucha!

Cada día rogamos menos y eso no cambio por nada.
Me quedo yo con mis penas y tú con tu cuento de hadas.

*

Vittoria

Cuando fluye su sangre al cementerio
no difiere entre nobles y sirvientes
el agua que antes corría en las fuentes
al sordo derrumbar de un gran imperio.

Sus almas, en perpetuo cautiverio;
sus cuerpos, enterrados en el frente
y el último en quedar sobreviviente
soldado sin hogar, camina serio.

Canta sin que lo escuchen, esta historia;
huye del sufrimiento que lo encierra
al pensar esas promesas de gloria

y quemada yace la antigua tierra,
pues esa en realidad es la victoria
del dulce alcohol que llamamos la guerra.

Instrucciones para pasar una tarde agradable en perfecta soledad

Camine al parque, cuando se siente que nada pasa y el sol desciende.
Halle si puede una fuente y busque en el agua un arcoíris.
En el suelo, tome asiento si no hay banco ni pasto cercano.
No se necesitan actividades entretenidas,
todo lo contrario, lo importante es disparar una sonrisa seria
y tomarse con suma importancia el regocijo de no hacer nada.
Mientras sucede esto hay un sitio
que el sol raspa con sus rayos sin llegar a ser perfectamente tibio.
Toque el piso, mire el cielo,
encuentre el ángulo mejor para admirar el mundo imperfecto.
Encuentre una pareja de amantes, un niño feliz, un pajarillo
marrón y un basurero repleto.
Déjese ir, sin encontrar nada.
Oiga las conversaciones, pero con poca atención, como si
fueran hojas al viento.
Cierre los ojos, no piense en mañanas.
Tal vez en esos momentos alcance a ser feliz.

*

El mago del ave

¡Qué raro es, en verdad, aquel poeta!
Ese de cojo amor, de mar morado,
aquel que, siempre ausente, está a tu lado
que te llena y también, no te completa.

Lejos te hace volar, te escribe metas
que en sueños ni tú habrías imaginado,
luego, como metal queda grabado
soldando un porvenir libre de grietas.

¡Qué raro es, en verdad! Siento que plagia
tus bienes y los molda en sus palabras
con las que te enamora y te contagia
de su encanto, de su visión macabra.
Pero, si eres creyente de esa magia
que el truco siga igual. Abracadabra.

Llorar a la lluvia

Si tan solo con esta aguja cosiéramos el agujero del cielo, que al
agua da una cascada sobre la cual corre nuestra tristeza...

Pero por ahora, quisiera que la miraras desde lejos, cómo llueve
desde las nubes sin color y a pesar de eso, brota un millón de
arcoíris...

Aunque tal vez pronto tengamos que volver a las gotas que nos salpican con esos recuerdos que, a pesar de ser pasado, no dejan de estar aquí...

Un día se parece a una gota que cae desde el latir del cielo: brillante e incolora cuando va sola, pero azul y enorme cayendo en el río de la historia de la cual solo es un momento...

Y en la aguja cabe solo una gota, colgada desde la punta que atrapa la lluvia, pero viéndola colgando ahí, el agua se siente como un hilo del pasado...

Si tan solo con esta gota congeláramos el momento de belleza que cuelga dentro de un ojal que puedo tocar, pero a la vez es transparente...

Y cuando mi lágrima cae también en la punta del mundo, puedo a veces distinguir que detrás de su belleza parece brillar el sol...

Una definición titubeante

Misteriosa criatura es el deseo
pues nada es imposible en su presencia,
que apaga como vela la conciencia
y se hace Dios viviente del ateo.

A orden de los dedos, un chasqueo
y mata de mis labios la decencia.
Desear se vuelve toda mi existencia
de nunca parpadear mientras te veo.

Desear, es libertad como es castigo:
motor que nos impulsa en este viaje
mientras convierte reyes en mendigos.

Desear, pintado en mí como tatuaje
tanto como el amor lo está contigo
y como el verso está con su lenguaje.

Poema a una flor arrancada de su rama

Corazón de jacaranda, nacido en la primavera y
muerto por la gravedad: déjame contar tu historia.
Hoy te observé en el tejado, en tu procesión de huérfano,
saludando amable al mar con tu meñique morado.
Yo de ti nunca fui nada más que tu breve testigo,
pero en tu revolotear soñé encontrar un oído.

Hoy me despedí del mundo, ya no mostraré mi cara.
Perdí sol, pasión y rostro; solo guardé mi palabra.
Y mi palabra es un pétalo, familia de tu familia,
también migrante del viento que a tus pétalos admira.

Quiero regalarlo todo, cantar a lo bello y ser
puente entre gloria y el odio, antes de desvanecer.
Pero mi voz es pequeña, y tal vez virar el rumbo
de nuestro destino de humo nunca mereció la pena.
No tengo a nadie que escuche: si lo encuentran no lo observan,
si lo observan no lo entienden y si lo entienden, lo dejan.
Comenzaron otra vida que prescinde de metáforas,

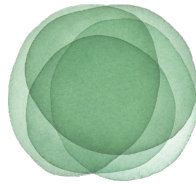
perdieron toda importancia las bellas nubes rosáceas.
Ya no caben más estrofas en nuestra música eterna,
en la inexistencia cómoda que es nuestra dulce condena.
Soy entonces disidente de este baile incomprensible
de este pueblo y de su gente, de esta ciudad que no existe.

Pero

Si ya no me queda nadie a quien regalarle letras,
si soledad es destino y si ya no quedan poetas;
entonces hoy te regalo a ti, fiel flor compañera,
rimas de mi juventud,
sembradas en mí desear
y muertas en primavera:

Vivo en un valle de estrellas que respira mil alientos,
que late en mil corazones, que habla mil y un pensamientos.
Un recuerdo del olvido, una fruta venenosa.
En los últimos momentos de un desvanecido aroma.
Y en el valle está una casa que cada segundo muere,
que al siguiente instante nace, que en rotos cimientos crece.
Hay un árbol en la casa, plantado ahí, en media sala
y en su rama abandonada,
un alma de jacaranda.
Le doy amor a la vida, a aquel nido entre el follaje,
a un sol que por el sol brilla al suspirar otra tarde.
Mi dar no lo necesitas, igual que el resto del mundo,
pues un verso es una flor arrancada y en desuso.

Pero,
si un poema libre al aire
puede dejar sus semillas
y con suerte germinar,
moriré buscando el arte
y daré solo por dar.



4.1.2 Pasado, presente y futuro

Mónica Sagastegui Roel

Una nueva oportunidad

Un vals por la vida,
una luz impresionante.
Ese instante me dejaste ver
un camino mostrando,
oscuro,
lo que es esperanza.
Verdadera e inigualable.

Se puede ver la puerta a tus anhelos,
sentir tus angustias,
respectivos consuelos.

Entender lo que lastima,
cántalo al viento.
Apagarlo todo
permitirá que esa puerta lleve a mi afección.

Gracias por dejarme acompañarte
en la experiencia,
consolar mi demencia.
Gracias por darte una oportunidad
a abrir tus pensamientos
y escuchar con atención los míos.

*

Caídas cotidianas

Me he caído al estar a tu lado.
Me he caído no porque me hayas empujado, sino que me dejé tirar.
Me he levantado millones de veces, tantas que soy capaz de volar.
Volar, volar lejos.
Pero cada pájaro debe aterrizar para recuperar su aliento.
Y todo avión debe regresar a firmeza para que los pasajeros bajen.

Creí ser capaz entonces de flotar.
Flotar y poder mantenerme en una nube.
Viví en ella lo suficiente para haberle forjado una armadura.
Dura,
resistente,
y que solo pudiera ser abierta desde el interior.

Pero cada vez que llovió
debía bajar de ella y cubrirme de las gotas que cayeron.
Es ahí cuando descubrí que me dejé tirar, esta vez no por ti,
sino por mí.

Me dejé tirar, ¿y qué ocurrió?
Un día perdí mi rumbo.
Un día caminé en círculos.

Y me arrepiento, no de haber marchado en un sinfín de enredos
y engaños.
Me arrepiento de hoy volver a dejarme tirar por ti.
Me arrepiento de no haber aprendido a construir una nave que
vuele por mí.

Fue después de ese atardecer a escondidas.
Vimos las cascadas de palabras,
en las cuales un día nos empapamos
como aves bañándose.
Y hoy soy capaz de volver a tierra firme.

Pude construir un mecanismo
que ya no causará mi desequilibrio al pasar junto a ti.
Después de cuatro años,
digo esto viendo a través de cristales torcidos.
Ya no son como los que aparecían cuando me dejaba tirar por ti.
Hoy los veo
y son gracias a que me logré levantar.
De ti.

De mí.

Y pude volar.

*

Perfección

Difícil de adquirir, imposible potencial.

Existencia irrealizable, tu presencia universal.

Personalidad invariable, alma omnipresente.

En absoluto hogaño, eternamente ausente.

Te anhelan proyectar, te desean imitar.

Tan atractiva y aburrida, incomprendida has de estar.

Deseable es tu mentira, apetecible decepción.

Invaluable subsistencia, ¡qué creativa invención!

Es tu constitución la que es marcada por el tiempo.

No obstante, sin tu realidad no habría tal ejemplo.

Desvanecerte quieren todos,

para un nuevo inicio dar

A esta sociedad que nos vuelve locos,

y apariencias dejar de comparar.

*

Singularidad

Lisas superficies, dobleces que acarician las caras.

Las cuatro hermanas, madre de doce cada una, deciden moverse y bailar cuando el grito animado de los gigantes escuchan.

El sutil suspiro y el melodioso viento que sopla permite su verdadero talento resaltar.

Al ser llamadas, por las ventanas se asoman, pues desean crear un patrón uniforme utilizando cada una su valor singular.

Sus teces de nieve brindan armonía a sus vestimentas rojas y negras.

Esta perfección es perseguida por dos gemelos bufones ya que cargan consigo mucha alegría y una variedad de funciones.

Una por una parte de casa y al desplazarte por el aire sus voces se escuchan gritar. Se vuelven juntas a su hogar, donde el olor a papel y sudor penetra el día y la noche. Y, si desean danzar continuamente, la fachada de aquella se ha de deteriorar.

*

Soneto - Lágrimas

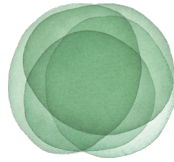
Tu pulgar acaricia la mejilla
alcanzando los relucientes claros.

Pretenden manar y aparentas faros
contemplando muy íntimo lo que brilla.

Les acobijas como en pesadillas.
Frecuentas reunir las cediendo amparos
y atesorar semejantes disparos,
protegidas cuan refugiada ardilla.

Y aunque su conmovedora presencia
brinda vasta quietud pese al ciclón,
siempre será este mayor en su ausencia.

Pero para el final de la función,
son ellas las que guían con frecuencia
el remedio ante una desilusión.



4.1.3 *Sentimientos sin sentido*

Michelle Sánchez Armas González

Voces

Ufanas e infelices.
Risas de un llanto eterno
que distingue sus matices.
Cambiante, volumen etéreo
con marchitantes cicatrices.

*

#0000ff

Cian de tus ojos penetrantes.
Que a la noche índiga adormece.
Eternos tus sueños, zafiros danzantes.
Que a tus voces turquesas obedece.

Tus lágrimas, añiles, que de seda se visten triunfantes.
Amargan el celeste, que rápidamente se desensoberbece.
Se retorna el lapislázuli, de voces a sueños amantes.
Amantes del cielo marino que de penas florece.
Tus miedos cerúleos, que dan gritos andantes.
Me llevan al ocaso purpúreo que de misterio crece.
Y el mundo, naval óleo, inmuta su silencio parlante.

*

Catástrofe natural

Eclipse bélico de armonía.
Opacando al girasol de altamar.
Eterno caracol, cayendo en utopía,
A un rompecabezas de un cosmos nebular.
León cohibido, en fárraga armonía,
por un crío inclusero que debe amamantar.
Nenúfar en lo profundo, que con delicadeza maltraería.
Las calmas aguas del caos pletórico de proporción celular.

*

La lluvia no rima

Damisela fantasmal de risas estrépitas.
Ríe al diluviar, carcajea al granizar.
Su alegría es malentendida.
Risas confundidas con amargura.
Que traen misericordia y soledad.
Mas seguirá riendo, aunque sea criticada.

*

Temperatura social

Cálidas alusiones a la realidad.
Trabajando con infinita bondad.
Fría humanidad.
Procrastinando hacia la posteridad.

*

Artista todopoderoso

Magistrales órbitas, morados horizontes.
Cientos de diamantes albugíneos esparcidos en el lienzo.
Un pintor frustrado acrecenta su misterio.
De forma exorbitante engendra ríos, engendra montes.
De su universo se concibe un imperio.

Se presencia el pigmento de la fauna y la flora.
Y en su cincel, la inspiración se asoma.
Entre candongas e idiosincrasia creó al hombre.
Pintó sus pasiones, sus amarguras y sus dolores.

Mas sus bosquejos florecieron con vida propia.
Y los bosquejos que alguna vez llamó erratas.
Retornaron para transfigurarse en su fobia.
Atrocidades, esperpentos y voraginadas.

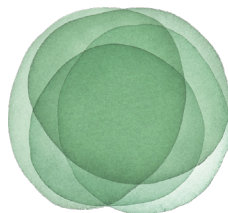
Lo que antes como universo era llamado.
Se volvió una distopía, verdadera corpórea.
Y ningún aguarrás, borrador o milagro.
Solventarán la antigüedad melancólica.

*

La muerte del ayer

La belleza florece para marchitar.
La humanidad emerge para perecer.
Un minuto menos, un minuto más.
Dónde el tiempo es imposible mantener.

La muerte se avecina con el pasar de las penas.
Se embellece con la vista, se vuelve antología.
Mientras que la vida, la que poca ya nos queda,
se disfraza como amiga, como prueba de cortesía.
Difama su eternidad, y por su mentira nos lleva,
hasta que caemos en muerte por su perpetua poesía.



4.2 Profesional

4.2.1 *El agua no hierve*

Teresa Rivera Flores

El agua no hierve

y dentro de mí
hay una puerta que rechina,
un sonido intermitente,
una larga fila que no avanza,
una hoja de nogal
a punto de caerse
 pero no cae

y yo espero
sin poder rascarme la piel desde adentro.

Mis huesos tiemblan, la sangre borbotea,
y el agua de la olla
sigue quieta.

*

Costras

no te arranques las costras
no te las arranques
tere
no
deben caerse solas

por más que estén a punto
no las jales

mamá te dijo
que si las arrancas
quedará la marca para siempre
tócalas por encimita
son la cordillera de las traes
de la piedra al final de la resbaladilla

no te las arranques
recuerda
te quedarán manchitas en los brazos
en las piernas manchas
¿sería eso tan malo?
sí
mamá lo dijo

*

Hiena

Cada cuarto menguante
una hiena me arranca el vientre,
lo destroza con sus colmillos
y me deja torcida
en la sangre que escurre.
¿Por qué Dios odia
los úteros vacíos?

*

Peso

A veces quiero
cortarme por la línea punteada
y aplastar mis globos oculares
como flores
entre libros.

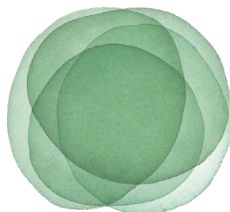
A veces quiero
que el peso de mi cuerpo
me sumerja hasta el núcleo de la tierra
y que ahí mis párpados
se quemem.

*

Polvo

cubre la ventana del coche
se acumula
en los álbumes de fotos

el polvo
prueba que vivimos
dentro de un reloj de arena.



4.2.2 Espectrogramas de la espontaneidad

Roger Eduardo Vázquez Tuz

Espectrograma:

Representación visual del espectro de frecuencias de una señal.

Espontaneidad:

Cualidad de espontáneo.

Expresión natural y fácil del pensamiento, los sentimientos y las emociones. Cualidades del ser.

*

La señal

A falta de manifiestos, se presenta el ser.

En carne, alma-espíritu.

En cuerpo, labios sellados en cal.

Es el ser la existencia no-pura,

el nudo de sí mismo.

Se da, se adhiere a la señal.

Al grito, al intento y al espectro.

Es actualidad-pasado,

distante conciso,

presente arañando el futuro.

No es nada fuera del todo.

Es idea,
idea de cada ser existe.
Pero no existe cada ser
que ser es del está
más nunca del será.
La luz perece.
Ser, en forma.
No-ser, en tiempo.
La figura remite a su origen,
el humano permea,
el ser trasciende.
Mueren por sus ideas,
viven a través de ellas.
Infinitésima voz, dame silencio,
silencio en la penumbra.
Solo el grito existe.
y a través de él, se incita a sí mismo.

Grita.

*

Fotoestampa de una antesala

A saber de simplezas, una simple:
hoy el mundo dejó de girar a la mitad del almuerzo,
cuarto menguante antes del nocturno.
Tarde pues, pero dónde todavía estaba el sol
junto a un desnudo, rapaz y calvo cielo
que nacía desde el cerro y acababa debajo de la lámpara,
esa, la que guarda todas las vibraciones y los instintos,
chuecos más no huecos,
que se traen todos.
Ni parece otoño, sino un octubre pendiente
trastabillándose en un noviembre
aunque el sol me entrapa y
me dan ganas de decir que es un agosto frío.

Y verde, muy verde que de no ser por el amarillo
servido junto con la anestesia inconclusa de un nuevo comienzo
lo haría ver más como un lunes cualquiera,
una ocasión de desvelo, pero no de soliloquio,
de monólogo poco menos mórbido
vertido en mis vasos de plástico.

Plástico que se revienta,
con las tantas ganas que me dan de decirte algo,
o de aventarme a la corriente con tal de seguirtela.

Al final, escupí un hola a mis pies para seguir viéndolos,
en lo que esperaba el taxi y acababa de escribir
esto.

*

Un vals

uno, dos, tres

Acero y piezas de cartón, izquierda
una boca cosida
un pie adelante, cansado
una boca cosida
derecha, piezas de cartón y acero.

uno, dos, tres

Incomodidad en la espalda, al frente
dos pasos a la izquierda, estática
inquietudes audibles
Estática, dos pasos a la derecha
para atrás, incomodidad en la espalda.

uno, dos, tres

Sobre mí, los ojos.
Quince cuadros azul pálido.
En la cintura cinco dedos, prestados.
Quince cuadros azul pálido.
Los ojos, sobre ti.

uno, dos, tres

Relajación caótica, gracias.
Electricidad abundante, alternancia.
Fuerte desliz, espontáneo.
Alternancia, electricidad abundante.
Gracias, relajación caótica.

uno, dos, tres

Un nuevo lugar para ahogarse, agua.
Tus tacones de velcro.
Dos pasos a la izquierda y cedo la pieza.
Tus tacones de velcro,
Agua, un nuevo para ahogarse.

*

Replicación en estéreo

[1]

Sobretudo.
Sobresaliente.
Sobre ti.
Sobre mi.
Sobre nosotros
Sobredosis.

[2]

Pero, ¿esta vez de que?
¿Qué habrá de poseer el artilugio de mi hartazgo?
¿Cuál será la justificación de mi nostalgia?
La causa inerte de esta ocasión, la idea detrás.
La cadena,
tras cadena,
tras cadena,
de memoria y replica
la sabes solo tú.

¿Por qué estamos hoy en tras tiempo?
Desfasados de horario, fuera de servicio.
En estas tradiciones de medianoche,
punto y coma,
estas pláticas nocturnas
incitando
prácticas nocturnas,
¿Qué nos habrá de esperar?

*

Ruido blanco

Si alguna vez existió un cuando,
ahora es nunca.

Si me vas a dejar ir, mínimo dime que hacer
a estas horas, aquí.

Escucho tu voz todavía,
explicando por qué no fue lo que es.

Quizás por eso que no suelto todavía,
al adhesivo de tu recuerdo.

Para echarte la culpa del menjurje que soy,
por ti y no por nosotros.

Poco tiene que ver con el racimo de dudas tras mi nuca,
esas son de ahora y no de siempre.

O de la sensación de ausencia,
es de siempre y no de ahora.

Tanto tiempo llevo arrastrando,
en la cuenca de mis ojos.

Tantas formas que he sido,
ninguna es suficiencia

Tantas cosas me asedian,
pocas como tu voz,
esperando desde la nada.

Y si te he de soltar,
mínimo dime que hacer,
a estas horas aquí.

Con tantas transfiguraciones tuyas debajo del colchón.
Con tanto ruido blanco espantándome el sueño
y haciéndome sentir aún más solo que de
costumbre.

*

PLÁSTICO

Falaz, incierto.

PLÁSTICO.

Sangre, saliva y sudor.

PLÁSTICO.

Contenedor, cristal delgado.

PLÁSTICO.

Insulso, falso, inútil.

PLÁSTICO.

Poco representado, supra-existente.

PLÁSTICO.

Infrahumano, solo ante la ultraviolencia.

PLÁSTICO.

Fabricación, constructo, no-real.

PLÁSTICO.

Surrealidad latente.

PLÁSTICO.

La terraza de la esquina, solárium.

PLÁSTICO.

Disonancia cognitiva.

PLÁSTICO.

¿Terminal o efectivo?

PLÁSTICO.

Estructuras aisladas del vacío.

PLÁSTICO.

¿Alguna vez te has ahogado?

PLÁSTICO.

Política disociativa.

PLÁSTICO.

Botella, tras botella, botella.

PLÁSTICO.

Toxicidad olfativa.

PLÁSTICO.

Grito encapsulado.

PLÁSTICO.

Saciación semántica.

PLÁSTICO.

PLÁSTICO.

PLÁSTICO.

PLÁSTICO.

4:17

Cuatro diecisiete después del último
nocturno siento que me desvanezco, siento que me recluyo.
En el silencio, la oscuridad, las sombras.
Faltan mañas para entenderle a
la indiferencia de la noche.

La noche que viene,
se arrastra, reptar, huye profusa
a través, para,
de y detrás
del último adiós, en el desván,
en la parada del camión.

Muchas duplas, un par de veces.
Me he enredado en algo más que unos tragos
un esbozo,
dos susurros entre mis manos.

Me he perdido en la soledad,
esa, la que nos cuesta más.
Tómale una foto, enmarca el alba,
déjame salir después de ver el sol
(abre los ojos y déjame entrar).

El asfalto tiembla,
los motores roen y las piedras se rozan.
Él pájaro emprende el vuelo.
Las nubes se alzan, se dejan ver,

se dejan tocar.

Vibra la noche ante tus pies.

Resume ideas frágiles
acerca de volar en círculos
cuestas colmadas de errores
a cuestas de timbres, luces y estrellas

Doce letras.

Látigos a la imaginación.

Duerme.

Deja el día.

Vive de noche,

repite.

*

INFRA(HUMANO)RROJO

Si me hubiera arrepentido, no estaría aquí.

Aquí dónde no es lugar.

Aquí dónde queda de todo
menos las partes de mí.

Mismo enclave, diferente pozo,
pero con las mismas costumbres,
con los mismos vicios.

No somos tan diferentes, creo eso.
A excepción quizás de causa.

Causa y efecto, plenitud resonante.

Ahogados en concreto,
pensando en texturas,
leyendo entre líneas.

No soy igual a los demás.
Ahora es cuando el silencio perturba.
Cuando todos callan pocos hablamos.
Cuando pocos hablan nos piden callar.
Escenografía de acero,
luz solar de metro y medio.

Creo en la muerte y en su estética.
Estoy bastante seguro de que
si esta fuera de un color
sería en tonos beige.
sería en tonos de mi desesperación.
sería en tonos gris, edificado en acero y concreto.

Estructuras a partir del silencio,
del silencio parten las estructuras.
Ahora es momento para la nada, que la nada abarca todo,
menos las partes que quedan de mí.

Estructuras a partir de la nada,
de la nada, estructuras.
Todo menos la razón,
que la razón no cabe en mí.

ULTRA(VIOLENCIA)VIOLETA

Alguien que detenga el mundo,
si así es como siempre fue
no pienso recibirlo, de brazos abiertos
y con los huesos rotos.
una o dos perforaciones,
más prácticas que de decoración.

Apesta, apesta a concreto.
Concreto y asfalto ardiendo,
con metal redescubierto, placas de acero,
moldeadas por un pragmatismo de casquillo,
practicidad verde que no distingue,
ni dislumbra,
ni avisa,
ni rebota,
ni siente pero si sirve,
sirve de siervo.

Ese que apunta sin preguntar y manda,
manda a lo lejos sus ideas a marchar,
pero nunca las manda con uniforme.
Uniforme como lo que se supone que somos.
Iguales,

pero diferentes

Algunos más iguales que otros.

Menos a la hora de quemar, de arder.
Convertirse en humo, pero no en olvido.
Que al final el recuerdo hiere.
Un poco más que nuestra contingencia.
El caso aislado, su error, nuestro paradigma fallido.
Al final, resentir no absuelve.
Se transpone en memoria,
en retazos de un sentir.
Una punzada.
Que se vuelve en
mural,
filmografía,
osadía,
congregación,
unísono
y, algún día
Justicia.

*

Carretera Federal

Casas de verano y olvidos momentáneos, horas sin huso, intrusos instantáneos, predilectos los hábitos que nos han de condenar. Tintes caseros, tonos de invierno, vibras nocturnas, casetas perdidas en caminos a ninguna parte. A la esquina, cerca del olvido vuelan entre manglares, un hombre corriendo contra su pasado, o más bien, obsesionado con su futuro. Dios lo bendiga.

*

Insomnia

Insomnia eterna, caudal inmortal.

En el espejo se asoman algunos pliegues de carne,
agua sobre mi espalda, gotas del grifo en el espectro.

Penden sobre un hilo cordura y soledad.

Retumban las rimas, versos y tambores enunciando que dormir
es pariente de la muerte.

Gritos aislados, tasas individuales de mortandad.

Todos gritan a lo lejos, se alzan sobre el alba, y llaman:
Es hora de despertar.

*

Normalización

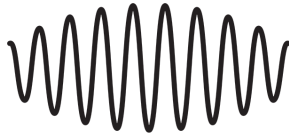
[1]

Sientes el eco constante,
ese péndulo girando en el cenit
que, a saber, bien podría ser
una horca o una hoja de hierro
lista para ceder,
para profanar.

Sientes el eco constante.
Ondulación latente interna,
que no encuentras
la instrumentación necesaria

para dejarla ir,
ni el acompañamiento suficio
para orquestrarla.

Sientes el eco constante,
el humo que atosiga tus pulmones,
en forma de agua,
siguiéndote a todos lados,
rincones y penumbras.
¿Vas a nadar o hundirte?



[2]

Percibes el crujir del espectro,
veinte años a la intemperie,
viviendo cinco a la deriva,
bailando dos al son de la estática
dictaminando al proceso,
rezándole a la estabilidad.

Percibes el crujir del espectro,
tu mandíbula ya está cansada,
de mascar poco a poco
la iniciativa del será,
los motivos de ojalá,

las formas del un día de estos,
pero nunca de ahora,
del inmediato.

Percibes el crujir del espectro
en technicolor, pleno y derecho.
Perdido en un *loop* de sintetizador.
Curándose en las minucias.
Y te pierdes.
Te pierdes en las noches,
en el ardor del piso.

¿Vas a nadar o a ahogarte?



[3]

Te vuelves uno con la estática,
la aprendiste a interpretar,
a leer su composición.

Te vuelves uno con la estática,
quieres vivir tan rápido que parece
que el mundo se quiebra un poco
cada momento en el que se te resbala
el ir y venir de los días.
Al final, ¿qué querías?

Te conviertes uno con la estática.
Escúchala, la ciudad respirando.
Llamando tu nombre, rogándote
que te arrastres hacia ella
hacia el todo.

Estás ya tan hundido en el letargo,
lo viste venir de reojo desde hace tiempo ya.
Te olvidaste de la manifestación, del ser.

¿Piensas ahogarte?

*

Certezas

Un día quiero ver el sol de frente,
tomar la luna por los cuernos y doblarla en una calca de papel.
Quiero mandártela en un sobre para darte a entender
que existe algo más allá del sol.

Una noche quiero correr por la calle, recoger una gota
y no volverme a acordar de tu nombre, rocío.
Guardarla en un frasco y ponerlo junto a tu retrato.
Quizás se mueve y decida irse.

Tengo nuestra foto del mañana que nunca fue,
enmarcada, arrumbada con el tiradero de dudas que traigo.
O las incertidumbres que guardo en el cajón del ropero.
Allí, al lado de la única certeza que traigo por verdad.

Algún día me voy a morir, estoy seguro,
pero no va a ser una noche,
menos en una carretera mojada
o debajo del puente que está frente a tu casa.
Va a ser viendo el sol de frente.

*

Alguna vez

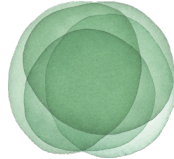
Hablamos de los ciegos, de un trasfondo mundano.
De los vientos distantes, un existir pleno y llano.
Y, un par de veces, de la mente oscura,
la invisibilidad del abismo.
Pero no hay razón para llorar,
para gritar, para dejar de ser el mismo.

Háblame del pasado, de lo ilusos que fuimos.
Los cuentos que contamos, las vidas que vivimos
y los minutos que contamos.

Hablaremos del futuro incierto,
del miedo constante,
el suplicar del consenso,
consenso que aullá, plástico aislante.
Del cesar de la luz, el pasar de los años.

Tiempo sin vernos, pero no suficiente
para dejar de sucumbir ante tus manos
a costumbres ajenas, látigos morales,
deslices reptantes.

No hay que atrasarnos más para dejar de escribir.
Escribir y aullar, señalar quizás, que después de todo
ser etéreo es lo crucial y probablemente,
esté de más hablar.



4.2.3 *En el seno de Perséfone*

Ximena Martínez Aranda

*nieve de invierno
el agua se refleja
sobre los copos*

Lágrimas vacías cristalizadas
que osan custodiarme siempre sonámbulo.
El tacto de su piel inerte, aliadas
náuseas a su miseria, preámbulo
de la descomposición congelada.
Su cuello todo un artista funámbulo,
musa ilustre a torturas fue forzada,
con contorsionistas extremidades.
Sola, yace gélida, demacrada.

*manos atadas
sobre la carretera
torso desnudo*

No le veía la cara, mas, jades
dejos en su espalda con carmesí.
Esencias diluidas, son castidades
sudorosas, agonías rubí.
Afrodita asfixiada en pavimento.
Tormentosos lamentos que engullí
ante una escena tan mórbida, aliento
fiambre en viento, mismo sexualizado
tortuoso. Está libre Belcebú hambriento.

*los pies
descalzos con
la mirada
ausente y el
cuerpo herido*

Si el lamento no me hubiera alarmado
querida ¿Qué le habría sucedido?
Desnuda y sola por las calles. Cado
le parecía el callejón. Quejido
de su impura piel, heridas sangrantes,
en sus pies descalzos llagas. Podrido
manifiesto crimen. Son los semblantes
que socorrieron, de ella se mofaron.
Entonces residió entre almas penantes.

*vuelan palomas
sobre el manzano seco
ante un aullido*

Sumisos vástagos se marchitaron.
La luz del alba clamando clemencia,
las aves fueron testigo, volaron
oscilantes, pavorosas. Sentencia
vulgar de auroras, soplando alaridos
sin respuesta. Mendiga de indulgencia,
gimiendo crepúsculos excedidos,
abandona realidad tortuosa
en raíces espíritus jodidos.

*luna que brilla se refleja
en el cristal
cega la noche*

Detalles que astros dejan en mi prosa,
afligidos vestigios blasfemables
acompañados de diluvios. Fosa
insaciable, mártires incontables
e inmateriales son voces desiertas.
Tras el fulgor, mi libertad. Palpables
universos incontenibles, muertas
virtudes aprensivas, acogida
condena de mujeres descubiertas.

*sol de verano
desde llagas infectas
brota la sangre*

Arena infernal que en bermejo oxida
hendiduras putrefactas. Objeto

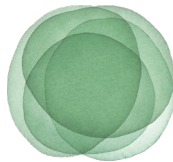
de las combustiones curtidas. Cuida
el zopilote un infecto secreto.

Marchitas caltas, repelen funesto
erial donde permanece discreto
el crimen. Remoto paisaje expuesto,
lejana memoria de identidad.

Úlceras expuestas a un astro infesto.

*la piel morena
se incendia solitaria
si brilla ante el sol*

Pasada la acera, diversidad
de delitos. Sierva, moza morena.
Deudas inexcusables, es crueldad
tener su edad y venderse. Serena,
accede a toda petición bizarra.
Por naturaleza, la escena obscena
inevitable juventud desgarrada,
por nulas oportunidades. Cielo
despejado que su alma despilfarra.



Un cuervo aguarda otoño, un amanecer

Cuando me preguntas
por qué ya no te toco, hermoso Sora,
no es porque te ame menos.
Ni porque no desee lo que guardas como un niño
cuando guarda un insecto dorado entre los bambúes.

El amor es nube.
Si observas bien, puedes ver en ella,
la lluvia, aunque no haya lluvia.
Es causa y potencia.
Y así es mi deseo hacia ti,
está en ti antes de que te toque.

Y te amo en la cordillera,
en el pez que ayer devolviste piadoso al lago
porque no pudiste matarlo.
En las hierbas que consumimos dichosos,
en los juegos de luces que se escapan de nuestros ojos entrecerrados.

Si el amor es así,
¿cuándo puede morir, Sora?
¿Cuándo?

*

El rocío borra el poema en el sombrero

Cada momento de cada día
cierro y abro las valvas azules de mis venas.

Sentarse a contemplar una hoja de hierba
y descubrir el delicado vello que la cubre,
como a los adolescentes broncos,
abre y cierra los senderos de la música.
La misma que emana de la luz
si es que florece.

*

El son de la cigarra taladra las rocas

Bajo este plátano me siento.
A través de sus hojas largas
miro el jardín y su puerta de roble.
El envés es blancuzco
y su fruto dorado pende sobre mí.

Ayer, durante la noche, mi corazón estuvo intranquilo.
Los grillos atinaron a cantar levemente
y el viento apagó la flama del quinqué.

En qué te pierdes, Sora, ¿hoy que eres joven?
Igual que tú, me vi.
Y aunque caminé muchos pasos, más de seis veces seis mil,
Aprendí después de los viajes
que donde estuviera mi corazón,
ahí mismo me encontraba.

*

El sendero se borra por dentro

Silencio.

Los grillos van callando con la llegada del amanecer.

El frío de la noche se aminora.

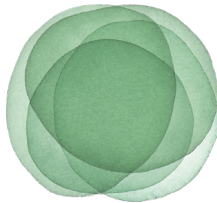
Los cerezos dormidos van quedándose callados.

Los nísperos, los nenúfares del lago,
en su sueño, callan.

El cielo guarda silencio.

Yo mismo, Matsuo Basho, a los cincuenta años,
callo.

El universo estalla
dentro de mi corazón silencioso.



4.3.2 *Si te llega este baúl, papá*

Fernando Moisés Ávila Ortega

Prefacio

Padre, Dios es a veces una quimera más negra que las arpías.

Oí que tus huesos se quebraron uno a uno a

Uno a uno, digo

que tu piel de pesadilla, se derritió como plástico
a la lumbre,
la tarde aquella que Dios
te abrazó
con todo su amor.



*De niña me fue dado mirar por un instante
los ojos implacables de la bestia.
El resto de la vida se me ha ido
tratando inútilmente de olvidarlos.
- Piedad Bonnett*

Esta es la primera de las cartas que debí haber escrito.
Lo hago ahora.
Debes saber que hui de ti
como se huye de la oscuridad en el bosque.
No porque no te amara, sino
porque en tus ojos conocí el fuego primitivo
del desprecio.
Fue esa llama
tus manos fuertes sobre mí.
fue tu voz
-que desde entonces fue sinónimo del trueno-
Los hilos con los que tejí la ira
suficiente para caminar lejos,
allá donde no te molestaran más las
dulces aves que han nacido siempre
cuando uso mi voz.



Pero las bestias son las que nos temen,
Me enteré tarde
del pasmo que las inmoviliza al vernos escapar,
del fracaso que sufren sus garras
por no poder destruir
aquello que nunca han de conocer
y se les va.

Voy a empezar a buscarte para pedirte perdón
y después de este verso, prometo
no volver a compararte con las bestias, papá.



Dejo de juzgarte. Te voy a contar:

De niño yo quería ser pájaro,
tú querías que fuera tigre, al menos gato
querías que fuera hombre.

[más hombre.

Sigo queriendo volar.

Tengo hoy una obsesión con lo que vuela,
hablo de los pájaros, les nombro aves cuando leo en sus ojos lejanía.
Y quiero convertirme en uno porque siempre están a punto de huir.

De niño yo cazaba mariposas, ¿te acuerdas?

[otra vez esta voz femenina

Quizás por eso por eso te cansaste de mí
y te fuiste del cuento.

Para ver si así me convertía en un hombre.



Y lejos de ti quise ser otra cosa, me bauticé con nombre de ave.

Estaba muy cansado de los nombres de la Biblia,
cansado de las cosas del cielo y de las flores.

He escrito en otros sitios la capacidad de huida,
la lejanía de la palabra pájaro.

Este muchacho asustado, siempre tuvo la falsa ilusión
de que de tanto menear las manos cuando habla,
un día aprendería volar.

Reitero: me hubiera gustado ser otra cosa,
por ejemplo, una ballena.

Algo enorme que, en la profundidad de los océanos,
en la incertidumbre que es el mar,
aprendiera a hablar la lengua de lo que siempre va a mantenerse
oculto.

Un ser diferente que volara en la frialdad del agua.

Otra cosa que ignorase el mecanismo del recuerdo. Otro. Otra.



Pero del recuerdo no se escapa uno.
¿Por qué será que tras los años todo vuelve
y nos confronta?
Es el tiempo un redentor.
Al final de cuentas
[del cuento
Sí me convertí en un hombre, papá.

Ni ave ni ballena, ni tigre ni gato temeroso.
Este hombre es tu hijo
que ha aceptado que moviendo las manos
nunca ha de poder volar.
Y que te extraña.



Antes de buscarte, antes de verte de nuevo
aprendí a escribir.
Tenía miedo de morirme
sin hablarte otra vez
y en un periódico local
me publicaron un testamento para ti,
¿lo leíste?
¿quieres leerlo?

Decía:

*Si te llega este baúl, papá
es que estoy muriendo, o que por fin
mi cuerpo danza ya, sin ninguna vergüenza
en la invisibilidad de lo que no ha de volver a nombrarse.*

*Sí, es rosa y tiene flores decorativas, no te asustes.
Te dejó mi rubor, el carmín delgado de mis labios, ahora incapaces al
beso.*

*Un vestido de leopardo
y el recuerdo de la noche
del canto estridente
de los grillos.*

*Hay también una peluca de cabello natural tejida a mano.
Son para ti los aretes brillantes, la fantasía
y los abalorios que cascabeleaban en las noches de rumba
sobre la finitud de mis muñecas.
Te dejó todo, incluso el amor que nunca dejé de prodigarte
desde el rincón silencioso de los sueños.*

*Si te ha llegado, es que tengo un capricho de moribunda:
Ponte la peluca y píntate los labios.
Seguro estoy de que
la viejita primorosa en el reflejo, ha de quererme más que tú.*



Perdón. No sabía que íbamos a volver a vernos.
 No sabía que, tras una mañana de domingo,
 quince años después del silencio
 todas las aves juntas
 todas las ballenas
 juntas todos los gatos y
 todos los tigres del mundo, juntos.

Iban a poder reunirse para dibujar en el tiempo
 la mancha que en la memoria que ha de parecer un mural
 imborrable
 en el que un hijo abraza a su padre
 otra vez,
 y para siempre.



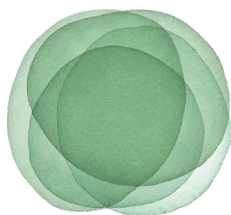
Una palabra basta para enterrar a un hombre.

*Un silencio que llegue de otros labios
 para resucitarlo.*

- Luis Armenta Malpica

Esta es la primera de las cartas que debí haber escrito. Lo hago ahora. Desde la calma desconocida que a un hombre se revela tras vencer silencio y distancia. Esta es la primera carta que debí haber escrito. Lo hago ahora. Seguro del amor mutuo que reflejaron las lágrimas que tu ojo izquierdo derramó involuntariamente, traicionado por tu conato de parálisis facial. Esta es una carta que debí escribir antes que las otras. Lo hago ahora. Pleno de

agradecimiento porque si no me hubieras dado la vida, no habría conocido el color azul. El cielo, primero. Luego el mar, luego el azul que inventé en el marrón oscuro de los ojos del hombre que me enseñó a traducir la palabra amor. Luego el azul que deja siempre el vacío. Esta debió haber sido la primera carta, porque tu ausencia me entregó en las manos un pequeño animal con ojos de fuego, un animal feroz que me educó, me hizo crecer como a una flor en medio del otoño, me regaló un arañazo de perdón contundente. Me enseñó que los ojos de las bestias no se olvidan, porque en ellos traen tatuado el destino. Y, hasta hace poco, me reveló al oído su nombre: el regalo que me diste se llama poesía, papá.



4.3.3 El nudo de mis palabras

María Cristina Gutiérrez Martínez

Perfecta contemplación imperfecta

Ella contempla un cuadro, siente cada detalle de las formas imperfectas de la silueta dibujada en el lienzo y la pequeña habitación se envuelve en un orgasmo perfecto. Observa todos los instantes que han pasado en el vaivén del tiempo de la pintura.

Distingue las pinceladas de las curvas, la decoración estrellada en los hombros, el óleo color rosa pastel de sus pezones y la oscuridad debajo de los ojos. Percibe los trazos del cabello húmedo, las gotas de

lluvia que resbalan en el frágil cuello y la inclinación de los pechos después de tener hijos. Ella sabe que la mujer del cuadro es bonita, proveedora de amor y vida. No tiene filtros que quitan todas las imperfecciones con un botón, la silueta está al natural, recién salida de la tina, vestida de piel y empapada de destellos.

Sin bajar la vista y haciendo un esfuerzo para no pestañar, ella mira lo invisible de la mujer: estrella de mañana y sol de noche, contradictoria y revuelta en pensamientos; todo lo dice en su mirada, laberintos de vidas pasadas, fuerte como metal, no se derrite tan fácil. Está cuajada de anhelos y sueños, de ojos que vibran y una mente que habla otro idioma que no existe. *¿Dónde estoy yo?*, ella se pregunta. *Sigo aquí*, se contesta a sí misma.

La silueta mide 1.64 metros de largo, ella seduce a la pintura, la reta y acepta que el brillo se compara con las obras de Gustav Klimt y con el surrealismo de Gervasio Gallardo. Ella ríe por pensar tal disparate, siempre ha pensado que es rara, eso le gusta, y si no se ama a sí misma, sabe que no existiría. Al final de cuentas, ella es un parpadeo en un mundo tan difícil de comprender.

El lienzo está empotrado en la pared, tiene un marco de madera opaco que ella compró hace años atrás y se encuentra en un espacio reducido lleno de vapor del ferrocarril de Monet. Ella sigue observando con cautela: carnaval de colores en su aura, remitente de un alma con dirección directa al ocaso o... a estrellarse. Tiene aroma orgánico que contagia al vacío y lo envuelve de feminidad. Los labios de la silueta desprenden besos a los suspiros que se dibujan en el aire. Es una obra con expresionismo dimensional, la magia se expande por todo el cuarto de baño.

Ella está sola, la acompaña únicamente su espíritu y el cuerpo prestado que se refleja en el lienzo. Se acepta tal como fue creada. Su reflejo le da pistas de quién es. Está llena de vida, su corazón late y su cuerpo se estremece. Una silueta imperfecta dentro de un cuadro perfecto. Ella es aquella mujer que está en la pintura, justo en el espejo de su baño.

Está completamente desnuda. Aún conserva tulipanes de su juventud, su piel sigue tapizada de suave tela y sabe cómo y dónde tocarse para llegar al cielo en una estrella fugaz. Mojada de los pies a la cabeza, piel de coral con poca espuma de jabón, cabello enredado y empapado. El cristal divide una vida y un reflejo, ¿qué pasaría si el cristal se rompe?, ¿a dónde se iría su reflejo? Ella medita por un momento; los espejos se quiebran, pero la sombra siempre pertenece, y recuerda que la oscuridad es el verdadero rostro de la luz.

El pintor es su padre, que dicen, vive en el cielo, pero eso lo sabrá cuando ella muera, cuando lo tenga a Él de frente, así como ahora ella observa su reflejo, hasta ese día conocerá todas las respuestas.

El día que me enamoré del tiempo

El viento flotaba en dirección al norte, yo en dirección al sur, en caída libre. Cuerpo en declive, avejentado y el pesimismo atado a mis pies. Con los ojos cerrados sentía las cachetadas de la vida. Los necios oídos eran tapados con mis manos, aun así, escuchaba la risa sarcástica del destino. Mi mente desnuda en pensamiento, la maraña de dudas hecha locura, no lograba ni siquiera conjugar el odio.

Volaba, eso sí, volaba en reversa, en precipicio. Extendí los brazos sin alas, abrí los ojos como un silbido y desprendí el peso de mis extremidades que cayó junto con el calcetín percutido de mis miedos.

Poco a poco el nudo de mis palabras se desvaneció. Lo único que hice fue llorar, ya no podía cambiar de rumbo, caía sola, nada me sostenía. ¿Cómo parar el vuelo a la inversa?

Reaccioné, el tiempo me abrazaba. Un espejo apareció frente a mí dibujando una silueta cubierta de plata, que se vaciaba en la recta final de la muerte, con escenario de fracasos y tapiz de arrugas.

Tan cerca de mi reflejo, sin aviso, me besé; con un beso frío de escarcha del cristal y destellos ardientes de estrella fugaz. Hice la paz conmigo misma sin olvidarme de la historia y sin aniquilar fantasmas de antaño. Me abracé al tiempo desgastado y me enamoré de un reflejo que palpitaba sonriente.

Seguí en vuelo, con mi cabello blanco que flotaba como paloma acariciando el viento. Era el tiempo, extraño huésped, hechizo que no daña, amante impuesto, que me obsequiaba un espacio para seguir viviendo.

Cielo líquido

Mi cabello, revoltura en silencios con deseos de gritar. Mirada latente, esperanza de verte con la intención de pegar mis alas. Vivo en estado líquido que provoca ansiedad y una tristeza azul refleja mi cielo perdido. Mi corazón arde en migajas de sol, la razón siempre ha sido locura y confusión.

El tiempo, forastero que intensifica las ganas de besarte. Mi cuerpo respira la ausencia de luz, cuesta demasiado no desearte. Despedirme fue un error que no encaja ni siquiera en una canción. No importa la herida cuál llovizna, tú nunca volverás a diluirme en poesía.

Cortometraje

Entre nosotros se formó un espacio oculto en el tiempo, un pasadizo secreto construido para dos. Se paralizó el mundo exterior y solo quedamos tú y yo, atrapados en un cortometraje sin orquesta ni director.

Quisiste ser el protagonista en la historia, rodar la cinta cuando en realidad me arrancabas las alas, imponer diálogos con horario a tu conveniencia, sin importar las veces que doblé la voz, para darte la razón.

Es tan corto el amor, y es tan largo el olvido, decía Neruda. Porque el encierro de este amor se difuminó fugaz pero eterno será, como la estrella que brilla de nostalgia, que con solo repetir el cortometraje de recuerdos aparecerá una sonrisa, de esas, que te acortan el alma.

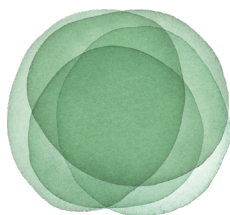
Raíz

La vida sin amor es niebla, llena de destellos nulos. Lluvia gris que empapa el aura descolorida, sin sangre en las venas, noches vacías. Pero en el viaje del tiempo, entre arrugas y desamores, apareciste tú, dentro de la rutina. La casualidad desnudó a la suerte, tu sonrisa conectó con mi mirada e hicimos un baile de destino sin máscaras.

El fabricar eternidades en tu boca es ahora mi nueva fórmula. Eres incendio que no quema porque es tu calor el que respiro. Navego entre flores donde la miel deleita mis labios, te descubro y me descubres para cubrirnos los dos, piel donde quiero amanecer y morir porque contigo la vida ahora me sabe a raíz.

Sí, raíz, porque me conectas con la humanidad y me lanzas al cielo para luego caer en tu espacio. Me vistes con tierra y trigo, me deshojas en besos; soy jardín cuando eres primavera, soy bosque cuando eres invierno, soy simplemente yo cuando estoy contigo. Debilitas miedos, deshaces tormentas cuando empapan la tristeza y llueves en mi desierto cuando la melancolía asfixia.

Eres fruto entre raíces y yo crezco cada día enredada en tu abrazo, mientras el tiempo, riega nuestra suerte.



Aviso legal

CIP TECNOLÓGICO DE MONTERREY

Nombre: Concurso Nacional de Creación Literaria (34o : Monterrey, México), autor.

Título: Antología del XXXIV Concurso Nacional de Creación Literaria del Tecnológico de Monterrey

Temas: LCSH: Mexican poetry--21st century--Competitions. | Mexican essays--21st century--Competitions. | Short stories, Mexican--21st century--Competitions. | Juvenile literature. | Literature--Competitions. | Electronic books. | Local: Poesía mexicana--Siglo XXI--Concursos. | Ensayos mexicanos--Siglo XXI--Concursos. | Cuentos mexicanos--Siglo XXI--Concursos. | Literatura juvenil. | Certámenes literarios. | Libros electrónicos.

Clasificación: LCC PQ7245 | DDC 860

Editorial Digital del Tecnológico de Monterrey

Gerardo Isaac Campos Flores. Director de Efectividad Institucional del Tecnológico de Monterrey

Alejandra González Barranco. Líder de Editorial Digital

Elizabeth López Corolla. Coordinadora editorial

Innovación y diseño para la enseñanza y el aprendizaje.

Noemí Villarreal Rodríguez. Coordinación de proyectos institucionales y empresariales

Jesús Alejandro Rocha Gámez. Administración de proyecto

María Isabel Zendejas Morales. Diseño editorial

D.R.© Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey,
México. 2020.

Ave. Eugenio Garza Sada 2501 Sur Col. Tecnológico C.P. 64849 |
Monterrey, Nuevo León | México.

Antología del XXXIV Concurso nacional de creación literaria del
Tecnológico de Monterrey

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier
medio sin previo y expreso consentimiento por escrito del Instituto
Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey.

ISBN Obra Independiente:

Primera edición: abril 2021.

Amazon Media EU S.à.r.l.
Luxemburgo, Luxemburgo
4 de mayo de 2021
100 ejemplares